

LARS VASA JOHANSSON

El mago que se perdió en su sombrero

Un extravagante e inolvidable antihéroe,
en el bosque mágico



NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



EL MAGO QUE SE PERDIÓ EN SU SOMBRERO

LARS VASA JOHANSSON



Duomo ediciones
Barcelona, 2017

Título de la edición original: Den stora verklighetsflykten

Edición en formato digital: noviembre de 2017

© Lars Vasa Johansson, 2016, con acuerdo con Enberg Agency

© de la traducción, 2017 de Francisca Jiménez

© de esta edición, 2017 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-171282-34

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



Los ancianos estaban sentados alrededor de la mesa a la espera de que la reina del bosque se pronunciara sobre un rumor siniestro que se había empezado a difundir por allí.

Estamos demasiado débiles, pensó ella. Y somos muy pocos. Lo que necesitamos es temeridad y coraje, aunque proceda de alguien de fuera y no de nuestras decrepitas articulaciones. ¿Podríamos considerar, en el peor de los casos, el *sacrificio* de algún foráneo? La reina del bosque se estiró en la mesa cuan larga era y bostezó. Tal vez era mejor esperar un poco antes de tomar la decisión. Después de todo solo se trataba de un rumor, y por el momento no era más que un leve susurro en el sonido del viento:

el Eterno Llorón ha vuelto.

1

No resulta nada fácil comerse un pastel milhojas con una cuchara. Es preferible hacerlo con un tenedor de postre, ya que se necesita algo que sea suficientemente duro para que pueda romper la capa solidificada de azúcar y gelatina de grosella que cubre la masa de hojaldre y después, ejerciendo una leve presión, atravesar suavemente el interior de nata y crema de vainilla, que suele aplastarse con facilidad. La verdad es que se trata de un pastel bastante mal diseñado.

Eran casi las once de la mañana. Yo había aparcado en una zona de descanso situada entre Askersund y Karlsborg. Vistas al lago Vättern, brillante bajo el sol de junio. Había llegado el momento de mi ritual anual de cumpleaños. Apagué el móvil para poder estar diez minutos en paz y me senté en el capó del coche con mi pastel.

Nací en el hospital Södersjukhuset hace cuarenta y cinco años a las once menos un minuto. En realidad, adentrarse cada vez más en la mediana edad no tenía mucho motivo de celebración pero, independientemente de donde estuviera, solía concederme todos los años un breve momento de privacidad y comerme un trozo de tarta o algo parecido. Además, ese año precisamente era el vigésimo quinto aniversario de mis inicios como mago profesional, de lo cual, —si no importa que lo diga—, estaba muy orgulloso. Y valía la pena celebrarlo, sin ninguna duda.

No estaba solo en la zona de descanso. Una familia con varios niños había dispuesto las cosas para almorzar sobre una mesa de madera medio rota. Por desgracia fui a parar el coche cerca del olor de sus sándwiches de huevo y de dos retretes portátiles que había un poco más allá. Y también de un montón de moscas pesadas, pero fue el único sitio que encontré para celebrar mi cumpleaños.

—Felicidades, Anton. Buen trabajo. Muy bien hecho —me dije en voz baja mientras cortaba el pastel, que no tenía muy buen aspecto después de pasar

varias horas dentro del coche. Lo había comprado esa misma mañana en un supermercado a las afueras de Södertälje. En oferta, debido a su próxima fecha de caducidad. Ya que los únicos invitados al ritual de mi cumpleaños éramos mis pensamientos y yo, pensé que era mejor reducir gastos.

La cuchara de plástico se quebró como una rama seca cuando intenté que atravesara la capa de hojaldre de la parte superior. Cogí lo que quedaba de la cuchara con los dedos índice y pulgar y empecé a excavar en la nata del pastel por uno de los lados y lo fui vaciando hasta que solo quedó una porción delgada. Un par de bocados era suficiente. Tendría que haber comprado un paquete de galletas. Cerré la tapa abollada del envase de plástico y tiré el pastel en un contenedor de basura detrás de los malolientes retretes. La familia de los sándwiches de huevo había esparcido un montón de cosas por la mesa de madera. Servilletas, termos, recipientes de aluminio y de plástico, vasos y tazas de café. Los niños lo toqueteaban todo y se reían, los padres ordenaban las cosas e intentaban comer algo. El padre debía de tener mi edad. Le observé un instante pensando si podría llegar a envidiarme si supiera que yo tenía un trabajo liberal en el mundo del espectáculo, mientras él tenía que cargar con mujer e hijos en medio del calor del verano y planificar cada minuto hasta el último detalle para evitar el caos.

Me dirigía a una función en la residencia de ancianos Igelkotten, en las afueras de Karlsborg. Después me esperaba una habitación de hotel, cama recién hecha y cacahuets en el minibar. El padre de familia, en cambio, tanto si quería como si no, tenía que encargarse de limpiar los dedos llenos de huevo y de caviar a sus hijos.

Precisamente eso era lo que me gustaba, desconectar de todo y pasar diez minutos conmigo el día de mi cumpleaños. Era una oportunidad excelente para reflexionar acerca de lo privilegiado que era. Libertad. Solo yo y el camino hacia el horizonte abierto.

La madre desató una cinta coloreada que rodeaba una caja de cartón blanco y puso una tarta princesa sobre la mesa. Los niños la ayudaron a colocar las velas en la tarta y una vez encendidas entonaron el *Cumpleaños feliz*. Era una coincidencia sumamente peculiar que dos hombres de mediana edad celebraran su cumpleaños en la misma área de descanso. Aunque los niños cantaban fatal, el entusiasmo que ponían era irreprochable. El padre parecía ser de la opinión de que «la intención es lo que vale» ya que todo el rostro le resplandeció al oír la canción.

Después de apagar las velas recibió un beso largo y apasionado de su esposa.

Me volví de espaldas porque no quería perder los diez minutos de mi ritual privado mirando a una familia feliz. Al volver al coche miré otra vez el móvil. Ni mensajes perdidos ni llamadas de gente para felicitar me. Mis padres me habían llamado por la mañana, y además no eran muchos los que sabían cuándo cumplía los años, lo que en realidad era bastante agradable. De pequeño pensaba que se pasaba por alto la fecha debido a su proximidad a la noche del solsticio de verano, pero ahora ya no me importaba. El hecho de cumplir cuarenta y cinco años no tiene mucho motivo de celebración, como he dicho.

2

Un buen año hacía casi cien actuaciones por todo el país. Iba donde me indicaba el GPS y a veces no sabía ni en qué provincia estaba. Para aprender a diferenciar una ciudad de otra solía distraerme descubriendo datos raros e interesantes, como que Karlsborg es conocida por tener algunas cosas de muy reducido tamaño como, por ejemplo, la jaula de pájaros más pequeña de Escandinavia, la mesa de cocina más baja de Suecia y una de las cuerdas más cortas del mundo.

La residencia de ancianos Igelkotten es un edificio de los años ochenta de color marrón que tiene cinco pisos y está situado en la entrada al centro de Karlsborg. En los últimos dos años he actuado tres veces allí.

Al llegar a la sala, de aspecto triste a pesar de estar recién pintada, vi una veintena de sillas colocadas y un par de espacios vacíos para las sillas de ruedas. De momento todo estaba en orden. Miré de reojo a un limpiador que estaba pasando la aspiradora entre las sillas. La aspiradora hacía un ruido terrible. Dejé en el suelo mi caja de magia, negra, pesada y con herrajes de metal, y miré con gesto indiferente el espacio donde habían previsto que hiciera mi actuación. Dos mesas de *ping-pong* con la superficie cubierta con puzles a medio acabar. La chica que atendía la residencia, que me indicó el camino aunque yo podría haberlo encontrado solo, me explicó que los residentes acababan de empezar el puzle y era conveniente que las mesas de *ping-pong* se quedaran donde estaban.

Estoy acostumbrado a mirar a las personas hacia abajo debido a mi metro noventa de estatura y esta vez no fue una excepción. La chica que atendía llevaba el pelo teñido de un rojo intenso y era casi dos cabezas más baja que yo. En primer lugar miré al limpiador intentando que apagara la rugiente aspiradora. No resultó porque estaba de espaldas a mí. Luego, miré a la chica.

—He conducido trescientos kilómetros y en todo el día solo he comido un par de bocados de un pastel milhojas que estaba a punto de caducar, así que espero me disculpes si sueno un poco irritado, pero ¿*dónde* piensas que puedo

actuar?

Tal vez moví las manos de un modo demasiado concluyente para mostrar que no había sitio, ni al lado de las sillas donde estaba previsto que se sentara el público ni junto a la mesa de *pingpong*, donde los puzzles que ni siquiera estaban terminados eran más importantes que yo, pues no disponía de sitio donde ponerme de pie. La chica de pelo rojo preguntó si podía colocar al público en círculo. ¿Tal vez yo podía estar de pie en el centro haciendo los juegos de manos? Apenas la oí debido al ruido. Hice un gesto al limpiador y esta vez sí me vio.

—¿Puedes apagar la aspiradora? —grité—. Intento *trabajar* aquí. No voy por ahí limpiando mientras tú trabajas, como puedes ver.

El limpiador murmuró algo, apagó la aspiradora y salió cabizbajo de la sala. La chica de pelo rojo repitió la pregunta de si podría quedarme de pie en el centro y actuar allí. Me encogí de hombros. En principio era un gran problema para mí que un par de puzzles inacabados fueran más importantes que mi ubicación, pero yo era mago, no un payaso de la televisión con bailarines, accesorios lujosos y trucos que requerían que el público se sentara en un ángulo determinado.

—Por supuesto; puedo ponerme en el centro. Vamos a colocar las sillas entre los dos y luego puedes ir a ver dónde están mis bocadillos.

—Tengo que irme a casa. Termino ahora.

—Cuando voy a actuar a un sitio hay que tener bocadillos o algo parecido preparados. Lo dice el contrato. Y también dice que debe haber un espacio donde pueda actuar. Un escenario o un trozo de suelo sin mesa de *ping-pong*.

—Hay bocadillos en la cafetería.

—De acuerdo, entonces hagámoslo así: yo pongo en orden las sillas y tú vas a por un par de bocadillos.

—Tengo que irme a casa. Termino ahora. Hay bocadillos en la cafetería.

Sacudí la cabeza al oír su insensible y robótica respuesta.

—Entonces hagamos lo siguiente: yo coloco las sillas y luego voy a ver si puedo conseguir un bocadillo. Tú no tendrás que hacer nada. ¿No es fantástico?

Mi irónico comentario pasó, al parecer, muy por encima de la cabeza de la chica de cabello rojo. Ella se limitó a asentir con satisfacción, se puso a toquetear su teléfono móvil y luego se marchó.

La última actuación antes de la fiesta del solsticio de verano que cambió mi vida estaba resultando bastante bien. Después de un truco en el que sacaba una

copa de champán de una chistera, pregunté a los ancianos asistentes si les apetecía cantar un rato todos juntos. Era algo que no hacía normalmente, pero pensé que podía ser un buen momento para cantar *Las ranitas*, *El cuervo del cura* o cualquier otra canción de las que se suelen cantar en la fiesta del solsticio de verano. A ellos pareció entusiasmarlos bastante y esperaron a que yo empezara.

—Escuchad, se me acaba de ocurrir algo. Resulta que hoy es mi cumpleaños. No espero que cantéis para mí, pero estaría bien cantar algo que todos conozcáis. ¿Qué os parece?

Empecé a entonar *Cumpleaños feliz*, con un resultado desacompasado e irregular a pesar de que utilicé mi varita mágica de plástico como batuta. Al acabar la canción nadie tomó la iniciativa de vitorear, así que también tuve que empezar a hacerlo yo. A un hombre que iba en silla de ruedas le dio un ataque de tos en medio de los vítores. Un ruido bronco, como una especie de graznido que no cesó durante el resto de la función. Bastante irritante, por cierto.

Cuando se actúa para personas mayores puede ser arriesgado hacer trucos de cartas basados en que un espectador recuerde una de ellas. Es fácil que resulte un poco confuso, así que me dediqué a hacer los trucos que tenía ensayados y había repetido miles de veces desde mi adolescencia sin tener en cuenta si los espectadores eran viejos, jóvenes, o si estaban borrachos o sobrios. Un violinista puede interpretar la misma pieza clásica durante toda su vida sin ser acusado de estancamiento.

El reto para mí era que siempre había algo que mejorar y perfeccionar, tanto en la cuestión técnica como en la presentación visual. También era importante cómo te encontrabas ese día. Del mismo modo que una pieza musical, un truco de magia podía ir más o menos más rápido que el día anterior. Algunos magos se llaman a sí mismos ilusionistas y realizan exhibiciones fastuosas con luces, humo, bailarines, mucho humor, monólogos «memorables» y otras basuras por las que las masas no tienen inconveniente en pagar mucho dinero. Yo solía llamarlo magia televisiva, y eso no era para mí. Un buen mago no necesita paredes de espejos móviles, rampas hidráulicas en el suelo del escenario ni una asistente encantadora que distraiga al público. Si yo hubiera tenido un presupuesto ilimitado, es probable que hubiera incluido algún número más espectacular, pero en realidad a mí me gustaba el contacto íntimo con el público, que vieran de cerca lo que hacía.

Después de la función llamó Pontus Bergström, el que se encargaba de mis actuaciones. Su plantilla de artistas se componía de humoristas, escritores que viajaban de un lado a otro para impartir conferencias, un par de DJ, algunos famosos de *reality shows*, un hipnotizador y yo.

—Hola, Anton. Tengo buenas y malas noticias. ¿Cuáles quieres oír en primer lugar?

Le pedí que empezara por las buenas.

—¡El fin de semana pasado gané un concurso de tiro con pistola neumática! Diez paquetes de café de premio y un montón de filetes de buen solomillo de buey.

Ni siquiera sabía que Pontus se dedicara al tiro, pero lo felicité y le pedí que me dijera las malas noticias.

—Han anulado Skövde y Vänersborg.

—¿Qué? —fue todo lo que pude decir después de un momento de silencio a causa del asombro.

—Por desgracia es así. Basmati tenía un hueco y la fiesta de empresa en Vänersborg la prefirió a ella. El centro comercial de Skövde iba a hacer una especie de espectáculo con sus chicas del equipo de baloncesto, así que al parecer no había tiempo para ti.

—Pero ¿no tenemos los contratos? ¿Pueden cambiar simplemente de opinión?

El último año yo había tenido menos actuaciones que nunca, pero ninguna anulación. Hasta ahora.

—Es duro, lo sé. Pero tengo que ser flexible y no quiero venderle a la gente lo que no quiere. Basmati es atractiva, prepara cócteles y es una famosa de la tele. Va bien en las fiestas de empresas y se trata de una empresa de pintura, así que será bastante movida. No me parece adecuada para ti.

Suspiré ruidosamente un par de veces para mostrar mi desagrado.

—¿Así que no tengo nada más antes del solsticio de verano? Entonces ya puedo volver a casa.

Me maldije a mí mismo por haberme registrado ya en el hotel de Karlsborg. Mi plan era quedarme tranquilo, quizás ver una película, dormir bien y viajar a Skövde al día siguiente.

—No he recibido el cuadrante de julio. ¿Qué aspecto tiene?

Pontus tardó en contestar.

—Está un poco vacío, si he de ser honesto. No se trata solo de ti; en este momento la cosa está difícil para la mayoría. La verdad es que la única que va realmente bien es Kicki Hjort.

Apreté las mandíbulas. Kicki Hjort era una mujer de sesenta años que estuvo a punto de ahogarse una vez y tuvo una experiencia cercana a la muerte en la que vio ángeles. Escribió un libro sobre ello y vendió cientos de miles de ejemplares. Actualmente no cesaba de viajar y de visitar asociaciones y empresas para contar su experiencia. Por lo visto al público todo eso le parecía sumamente espiritual e inspirador, aunque para mí era totalmente incomprensible. Un mago engaña a su público. El público *quiere* ser engañado. El público sabía que la magia que yo hacía no era «de verdad». Nadie creía que una carta viajaba, de forma invisible y a través del cosmos, desde donde estaba yo (en el escenario o al lado de la mesa de *ping-pong*), hasta el bolsillo de la chaqueta de alguien del público. Pero cuando una dama decía estupideces acerca de los ángeles parecía que nadie se daba cuenta de que los estaba engañando tanto como yo.

—Por cierto, ¿no están Sebastian y Charlotta más o menos por donde estás tú?

Me encogí de hombros aunque él no pudiera verme.

—Ni idea; no controlo todo el tiempo lo que hacen —respondí mientras percibía el tono quisquilloso de mi respuesta.

—Creo que ayer o anteayer hicieron un gran espectáculo de verano en el Sparbanken Arena de Lidköping. Entradas agotadas, unas ocho mil personas. No te puedes imaginar el tirón que tienen. ¡Son fantásticos!

—Hoy es mi cumpleaños —dije para cambiar de tema lo antes posible.

—¿De verdad? Felicidades.

—Gracias. ¿Cuándo cumple años Kicki Hjort?

—No estoy seguro, puedo echarle un vistazo al calendario.

—¿Así que tienes anotado en el calendario el día de su cumpleaños y el mío no?

Pontus puso una excusa poco consistente. Dejé el tema y acabé la conversación volviendo a felicitarlo por su premio en el concurso de tiro. Se alegró tanto que por lo visto no percibió el tono amargo de mi voz. Yo no tuve fuerzas para explicarle que, cuando uno dice que tiene buenas y malas noticias, ambas suelen ir dirigidas al receptor. Un médico no le debe decir a un paciente que la buena noticia es que él (el médico) ha heredado cincuenta millones de su abuela, y que la mala es que el paciente tiene un cáncer terminal.

3

No logré anular la reserva del hotel debido a que ya «se había utilizado» unas horas. Solo había estado en la habitación para dejar la bolsa encima de la cama, pero no podía discutir la letra pequeña de las absurdas normas del hotel. Me duché, bajé al bar y pedí una cerveza. Era un bar de hotel corriente en el que se mezclaban viajeros de comercio y talentos locales. Una mujer se sentó a mi lado en la barra. Parecía ser más o menos de mi edad. Bien vestida y arreglada. La típica viajante de comercio. Tal vez con algún kilo de más por la mala comida de las carreteras, pero era atractiva profesionalmente de un modo que debía funcionar si vendía productos en un sector predominantemente masculino. Nos saludamos con una inclinación de cabeza. Ella pidió una copa e inició una breve charla conmigo sobre el tiempo (cálido y soleado).

Si fuera ella la que contara la historia, tal vez me describiría como un hombre de una estatura por encima de la media, de complexión normal tirando a delgado, traje negro ajustado y zapatos bien cepillados, ojos azules y cabello rubio oscuro corto. Una apariencia sin ningún tipo de características especiales. Ni guapo ni feo. De una normalidad que casi resultaba poco interesante e inofensiva, lo cual podía ser bueno o malo dependiendo de lo que quisiera obtenerse de una charla superficial sobre el tiempo con un hombre en el bar de un hotel. De todos modos yo no tenía nada en contra de hablar con ella y supe que vendía ropa deportiva, que desconocía el significado de todas esas luces que parpadeaban en el salpicadero de su nuevo coche de empresa y que en ese bar preparaban un sándwich Club riquísimo si uno tenía hambre.

Mi segunda cerveza estaba medio vacía y yo casi seguro de que habría una tercera cuando me preguntó cuál era mi signo del Zodiaco. Me encogí de hombros intentando mostrar desinterés, pero ella se las arregló para sacarme que soy Cáncer. Afortunadamente cambió enseguida de tema para preguntarme a qué me dedicaba. Cuando las mujeres sabían que era mago profesional solían

reaccionar de un par de modos distintos. A veces sentían curiosidad, querían ver un truco y luego solían insistir en que les revelara cómo lo hacía. Pero un mago no revela nunca sus trucos. Es una ley no escrita que todos siguen. Las que no sentían curiosidad tendían a adoptar una expresión de leve recelo, igual que reaccionan la mayoría de los adultos cuando alguien les dice que es payaso. A veces incluso me preguntaban después si realmente se podía vivir de eso. En este caso a la mujer le pareció que sonaba emocionante y noté que iba a pedirme que hiciera un truco. Sin embargo fue por otro lado.

—¿Has visto a esa pareja que hacen magia en la televisión? Sebastian y Charlotta creo que se llaman. Son fantásticos. ¿Viste la gala del medio ambiente el fin de semana pasado, cuando ella entró en una jaula de tigres que fue bajando hacia el público y todos creían que saldría un tigre, pero al quitar la cortina vieron que lo que había en la jaula era un gatito que llevaba en el cuello la pulsera de una espectadora? ¡Fue fantástico! No entiendo cómo lo hacen.

En esta situación yo podía intentar anotarme puntos diciendo que los conocía. Que Sebastian tenía tanto miedo escénico de pequeño que le producía diarrea antes de cada actuación, o que el truco de la jaula del tigre se podía comprar en una empresa en Las Vegas y que no requería tener talento ni finura, solo pagar un precio elevado, seguir las instrucciones y ensayarlo muchas veces. Pero no me pareció bien hablar de Sebastian y Charlotta cuando mi semana del solsticio de verano acababa de cancelarse.

No hubo tercera cerveza.

Pasé la tarde en la habitación del hotel intentando conectar a la red mi viejo portátil. Sobre las once bajé a recepción. Me asomé al bar. La mujer seguía allí. Estaba en una mesa comiendo sándwiches Club con un hombre que iba bien vestido. Reían, charlaban y gesticulaban mucho. Tal vez estaban hablando del horóscopo o de cualquier otra cosa sin interés.

Me apoyé en el mostrador y no logré hacer contacto visual con la joven recepcionista que estaba absorta en la lectura del libro de Kicki Hjort sobre las experiencias cercanas a la muerte y los ángeles.

—Disculpa que te interrumpa —dije agitando la mano como si estuviéramos a diez metros de distancia el uno del otro—. Solo hay cacahuets tostados en el minibar. No puedo comerlos.

Ella levantó al fin la cabeza y me miró.

—Es como si estuvieran llenos de polvo. Me producen tos. Quiero cacahuets normales.

—Bueno, pues esos son los únicos cacahuets que tenemos —dijo ella y luego volvió a la lectura del *best seller*.

—No pienso pagar unos cacahuets carísimos que me producen tos. Ni siquiera tenía intención de quedarme en este hotel, pero era demasiado tarde para cancelarlo. Por ello te sugiero que muestres un poco de buena voluntad y traigas cacahuets normales.

—Lo que hay en el minibar es lo que hay.

—Sí, lo entiendo, pero ¿te parece justo que un cliente como yo tenga que comer cacahuets que solo dan tos?

—Si no te gustan, no tienes por qué comerlos.

Lancé una bolsita de cacahuets vacía encima del mostrador.

—No es que estén malos; lo que no me gusta es que son cacahuets tostados y tienen polvo. El nombre ya indica que están secos. Al respirar mientras mastico me da tos. No voy a pagar algo así.

—De acuerdo, te invitamos nosotros, ya que te has comido todo el contenido de la bolsa a pesar de que no te gustan.

No me agradó nada su tono. Había llegado el momento de hablar claro. A través de las puertas de entrada señalé un 7-Eleven al otro lado de la calle.

—Ahora te voy a mostrar lo fácil que es ser un poco más servicial. Iré allí a comprar una bolsa grande de cacahuets normales. No tardaré más de cinco minutos. Piensa en ello después, cuando hayáis perdido a un cliente que no querrá volver a hospedarse aquí nunca más. Solo cinco minutos y me habría quedado satisfecho. Pero elegiste otro camino.

—Lamento que no estés satisfecho, pero no puedo dejar mi puesto de trabajo y marcharme.

—¿No puedes o no quieres? —respondí mirándola fijamente antes de dirigirme a las puertas de la entrada.

—Ya que vas a comprar, ¿tendrías la amabilidad de comprarme unos chicles? Sin azúcar, de hierbabuena o menta helada si es posible —gritó cuando yo estaba a medio camino en la calle.

Un chico de pelo largo levantó la cabeza desde la pequeña oficina que había detrás de la recepción.

—¿Vas al 7—Eleven? ¿Puedes comprar un paquete de Marlboro rojo?

4

Era casi la una de la noche y no conseguía dormir. Me bajé de la cama y me puse a recoger mis cosas. Decidí dejar el hotel y marcharme a casa. Como es natural, no sabía que esa decisión desembocaría en una serie de acontecimientos extraños y sorprendentes. Todo lo que sabía era que prefería irme a casa a quedarme tumbado y amargado en la habitación de un hotel.

Tres o cuatro horas de coche en la noche estival. Llegaría a buena hora antes del desayuno a mi casa de Sundbyberg, en el norte de Estocolmo. Un piso de alquiler luminoso y recientemente renovado en el que me sentía bastante bien, a excepción de las vistas del balcón, que daba a Sundbyberg.

Un par de meses atrás había fallecido la anciana sorda que vivía en el piso de al lado. Debió de ser triste para ella, claro, pero para mí fue agradable dejar de oír a través de la pared los programas de la naturaleza que solía poner a todo volumen. Poco después de la muerte de mi vecina alguien del edificio empezó a decir que había fantasmas en el apartamento donde ella vivía. Fue gente a ver el piso, pero cuando les decían que estaba habitado por el fantasma de una sorda no querían alquilarlo.

Hace bastantes años todos creíamos que la tierra era plana, y lo de la anciana ocurría en la actualidad, en Sundbyberg. La gente rechazaba un apartamento de tres habitaciones con contrato de alquiler directamente con el propietario, debido a que alguien había extendido el rumor de que había fantasmas. Casi sentía lástima por todos esos imbéciles supersticiosos que renunciaron al apartamento, aunque me alegraba de no tener un vecino nuevo. Por mí podía seguir vacío por mucho tiempo.

Antes de iniciar mi gira del solsticio de verano vi un camión de mudanzas en la puerta de la casa y me preocupó que alguien se viniera a vivir al apartamento. No soy ese tipo de vecino que espía receloso a los demás inquilinos, pero en este caso era algo que me concernía a mí, así que me puse de pie con la oreja pegada

a la pared por si oía a alguien al otro lado. Ni un ruido. Me quedé un momento en el hueco de la escalera para ver si los de la empresa de mudanzas subían muebles a mi rellano. Tampoco ocurrió nada. Por mi parte el apartamento podía quedarse vacío para siempre.

*

El aire de la noche era bochornoso y anunciaba tormenta cuando salí de Karlsborg. Fui hacia el norte a lo largo del lago Vättern en dirección al límite entre Västergötland y Närke. Solté un exabrupto al darme cuenta de que se me había olvidado cobrarles los chicles y los cigarrillos a los empleados del hotel. Dediqué un par de kilómetros de monótona conducción nocturna a redactar una queja muy airada que pensaba enviar a la sede central de la cadena de hoteles. Por su mal servicio, por seleccionar tan mal los cacahuetes y por su política de desprecio al cliente respecto a las cancelaciones. La visión de unas luces intermitentes delante de mí y varios triángulos de señalización en medio de la oscuridad de la carretera me sacó de mis elucubraciones. Detrás de un cordón policial, atravesada en la carretera y rodeada de trabajadores, pude ver una humeante máquina de asfaltar. Apagué la radio y su monótona música ambiental, frené y me detuve. Un hombre sin afeitar vestido con un mono de color naranja con bandas reflectantes se acercó a mi lado del coche. Bajé la ventanilla.

—Está cortado ahí —dijo con voz clara señalando con el brazo una pequeña salida—. Baja por la izquierda por allí y luego a la derecha en dirección Olshammar antes de Tiveden y volverás a la vía correcta.

El hombre llevaba un cigarrillo en la comisura de los labios y yo hice un gesto demostrativo para apartar el humo que estaba entrando en el coche.

—Izquierda y luego derecha hacia Olshammar *antes de* Tiveden, ¿entendido?

No me gustó su tono autoritario.

—Gracias, dispongo de un mapa en caso de que tuviera algún problema con lo de izquierda y derecha —murmuré mirando el teléfono móvil que llevaba en el soporte del salpicadero de mi coche.

Subí la ventanilla y fui hacia la izquierda. Puse las luces largas al darme cuenta de que se trataba de una carretera llena de baches flanqueada por un bosque de pinos denso y oscuro.

Después de diez minutos apareció un poste en el que ponía:

PARQUE NACIONAL
DE TIVEDEN

El único camino era seguir adelante, así que continué. Pero ¿no tendría que haber visto una señal antes de Tiveden? Me parecía que era algo que empezaba por O. No le había prestado demasiada atención al hombre del cigarrillo porque me dio la sensación de que me hablaba como si yo fuera un imbécil que no era capaz de entender unas simples instrucciones. El paisaje se abrió formando un campo cubierto de niebla a la izquierda de la carretera. Me puse a toquetear el móvil intentando acercar la imagen en el mapa.

Fue entonces cuando, al resplandor de las luces, vi algo rojo y grande delante de mí en medio de la carretera.

Fue entonces cuando choqué contra un sofá Chesterfield.

5

Siempre me han gustado los coches alemanes. A temprana edad decidí que mi carrera, cada vez más exitosa, estaría representada por marcas de coche alemanes cada vez más lujosos. Del Volkswagen al Audi, luego al BMW, el Mercedes, el Porsche... Cuando choqué contra el sofá Chesterfield, me salí de la carretera y fui a parar en medio del campo. Me dio tiempo a pensar que para eso estaba bien que mi coche fuera un Volkswagen Passat de trece años de antigüedad. Recuerdo que se me dobló el cuello y me golpeé la cabeza con la puerta. Es probable que estuviera inconsciente unos segundos, porque cuando salí del coche tambaleándome me noté algo confuso y somnoliento. El corazón me latía con fuerza en el pecho y tenía las yemas de los dedos frías y como entumecidas. Moví y giré brazos y muñecas para asegurarme de que todo funcionaba. No parecía que hubiera nada torcido ni roto.

El sofá me había seguido hasta el campo y estaba prácticamente intacto. Las ruedas delanteras del Passat apuntaban en distintas direcciones, lo que era alarmante. Me senté al volante. El asiento se movía y ajusté el respaldo que estaba algo inclinado hacia delante. El motor funcionaba pero no se podía conducir. Todo lo que no estaba fijado a la cabina había ido a parar contra el parabrisas y el salpicadero. Hice una mueca cuando recogí las distintas partes del teléfono que había a mis pies. Intenté montarlo pero no sirvió de nada.

¿Cuántos errores se cometen al día? ¿Más de diez? ¿Menos de veinte? Olvidamos algo, se nos caen cosas al suelo, confundimos algo, decimos cosas que no son. Creo que cometemos por lo menos diez errores menores al día. Errar es humano. Pero ¿cómo diablos se puede perder un sofá en la carretera sin que nadie se dé cuenta? Porque tiene que haber alguien a quien se le haya caído de un camión, no creo que nadie lo haya arrastrado hasta la carretera y lo haya dejado allí en medio. Como no tenía a nadie a quien gritarle me desahogué dándole unas patadas al sofá. Después me dolía el pie.

Eché un vistazo al equipo que llevaba en el maletero. No había muchas cosas frágiles y todo parecía haber sobrevivido al accidente. No soy una de esas personas que tienen que toquetear el móvil cada cinco segundos, pero cuando ya llevaba más de media hora de pie al borde de la carretera esperando que pasara algún coche, empezó a dominarme la idea de que no podía llamar al servicio de asistencia en carretera. No podía llamar a nadie.

Me latía la sien debido al golpe en la cabeza y me dolía la clavícula por el cinturón de seguridad. Sobre todo estaba enfadado. Decidí caminar en alguna dirección e intentar encontrar una casa con un teléfono. U otra carretera con más tráfico.

Apenas había riesgo de robo en el coche. No llevaba nada de valor aparte de algunos accesorios y el traje hecho a medida para las actuaciones. Mi portátil era tan viejo que no les parecería interesante a los delicados ladrones suecos. Lo que sí me llevé fue una baraja de cartas en buen estado que utilizaba desde hacía años. No es que yo fuera sentimental ni supersticioso, pero no quería deshacerme de ningún modo de esas cartas. Se puede decir que eran mis cartas de la suerte. En la parte posterior, en letras elegantes y rebuscadas ponía «Anton», ya que en una ocasión me hicieron veinte juegos de cartas en una empresa que imprimía camisetas, tazas, bolígrafos y artículos de papel. Y solo me quedaba una baraja. Hacer un nuevo pedido no suponía un gran desembolso, pero mi economía necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. No quería ni pensar lo que me costaría remolcar y reparar mi coche de trece años que había tardado diez en pagar.

Me quedé pensando si seguir el camino en sentido de la marcha o salir al campo y ver lo que había al otro lado. Elegí el campo porque tenía aspecto de haber sido cultivado alguna vez y por lo tanto debía de haber alguna casa cerca de allí.

Una tenue neblina cubría el campo cuando me puse de camino. Enseguida dejé de ver la carretera, el coche y el sofá rojo que estaban detrás. Más tarde recordaría este paseo como si desapareciera en medio de la niebla y entrara en un mundo nuevo.

La hierba estaba esponjosa y húmeda. Por desgracia el campo solo conducía a más bosque de pinos. Vi unos carteles clavados en los troncos de los árboles que lindaban con el bosque. Parecían estar hechos a mano y había unos diez metros entre uno y otro. Texto negro. Fondo naranja. Marco rojo. Rotulador y pintura sobre los trozos de contrachapado con forma de triángulo.

ZONA PRIVADA
TERMINANTEMENTE PROHIBIDO EL ACCESO

La necesidad carece de ley. Ignoré la prohibición. Esperaba que el dueño de la zona tuviera una vivienda cerca. No tardé mucho en llegar a una nueva fila de carteles clavados y hechos con el mismo estilo rústico.

CABLE DE ALTA TENSIÓN
PELIGRO DE MUERTE
ALÉJATE DE AQUÍ

Un cartel muy extraño. Miré alrededor. No pude ver ningún cable eléctrico. Lo que vi fue una línea blanca pintada en el suelo que al mirarla de cerca me pareció hecha con sal gruesa. Además había aquí y allá pequeños montones de cuchillos y tenedores de mesa clavados en el suelo cerca de la línea. También había alguna que otra cuchara de café. Los cubiertos estaban manchados y parecían antiguos, tal vez incluso eran de plata. El montón que tenía a mis pies estaba atado con un cordel y de él colgaba una tira de tela larga y sucia. La tira estaba bordada con caracteres del antiguo alfabeto rúnico. Intenté leer lo que ponía pero no entendí ni una palabra.

¿Pertenería el terreno a algún artista excéntrico y tal vez eso era una parte de su obra, o los cuchillos, los tenedores, las tiras de tela y la línea de sal blanca eran un modo de indicar que había un cable eléctrico oculto?

Di una gran zancada por encima de la línea, me adentré en el bosque y eché un vistazo al Casio que desde hacía años quería cambiar por un TAG Heuer u otro reloj de pulsera parecido. Me sorprendió que fueran las cinco y media de la mañana. Tuve la desagradable sensación de haber estado dando vueltas durante dos horas. ¿Quizá estaba más aturdido por el choque de lo que creía en un principio? ¿Habría tenido conmoción cerebral?

Me sentí desorientado en medio de la bruma de la mañana, miré alrededor y vi que había arroz, brezo y pedruscos. A esas horas debía de ser ya de día, pero los pinos altos y espesos oscurecían el bosque. Además todo estaba inquietantemente silencioso y tranquilo y se percibía un intenso y casi pesado olor a hoja de pino.

Un par de rayos de sol de la mañana traspasaron las copas de los árboles e iluminaron un claro del bosque que había delante de mí que se mantenía oculto

bajo el musgo y la neblina. Me recordó esas imágenes irreales de naturaleza romántica que tenemos como fondo de pantalla en el ordenador. Caí en la cuenta de que probablemente me encontraba en Tiveden. Había oído en algún sitio que era una amplia zona virgen de bosque escandinavo. Esperaba que no se tratara de bosque virgen e *inhabitado*. Los rústicos carteles indicaban que había gente en la zona, pero tenía la sensación de que yo estaba en el lado equivocado. Lejos de la civilización. En medio del desierto. Mantuve esa sensación hasta que atravesé el claro y vi un estrecho camino de gravilla un poco más allá, bajo un declive empañado por la niebla. Fui hacia allí con toda la rapidez que permitía el terreno. Me temblaban un poco las piernas y volví a tener la sensación de haber estado vagando un buen rato en una especie de estado de estupor. Mientras bajaba la pendiente encontré otra fila de carteles clavados.

PELIGRO DE OSOS MUY PELIGROSO ESTRICTAMENTE PROHIBIDO EL ACCESO

Era un cartel mal redactado. ¿Había osos en Tiveden? No estaba seguro pero aligeré el paso todo lo que pude y cuando llegué al camino de tierra vi, a unos cincuenta metros de distancia, una típica casa de campo roja con los marcos de las ventanas pintados de blanco. Salía una línea de humo de la chimenea. *Por fin* se movía algo.

—Hola.

Di un salto al oír la voz y me di la vuelta. Había una niña detrás de mí, en el lindero del bosque. Tendría unos diez años. Piel pálida. Largo pelo rubio y un vestido blanco que le llegaba hasta los pies descalzos.

—Estoy buscando siete flores para ponerlas debajo de la almohada la noche del solsticio de verano. ¿Me quieres ayudar?

La niña hablaba despacio y con voz monótona. Señalé con el dedo la casa roja.

—¿Vives allí? ¿Están tus padres en casa?

Ella negó con la cabeza. Un pasador de perlas brilló bajo el sol de la mañana.

—Oye... tengo un poco de prisa. He chocado con el coche y necesito hablar por teléfono.

Le di la espalda y empecé a caminar hacia la casa.

—¿No quieres ayudarme con las flores?

Me detuve y me volví. La niña estaba inmóvil en el lindero del bosque. Su

rostro no expresaba alegría ni tristeza.

—Necesito un teléfono —repetí—. Otra cosa, ¿hay osos por aquí? En tal caso debes tener mucho cuidado.

—Los osos no se atreven a venir aquí —respondió la niña, y me pareció percibir cierta arrogancia en su mirada—. ¿Estás seguro de que no quieres ayudarme a recoger flores?

—Estoy *completamente* seguro. Y además, por poner siete flores debajo de la almohada la noche del solsticio no vas a saber con quién te casarás. Solo son viejas supersticiones. Todo lo que puede ocurrir es que se te meta una tijereta en el oído. Además tienes muchos años por delante para que empieces a pensar en tu boda.

La niña bajó la mirada y retrocedió lentamente, adentrándose en la oscuridad del denso bosque con cierta teatralidad. Una diva mimada a pesar de su corta edad, pensé mientras me dirigía a la casa roja.

6

Después de llamar un par de veces, la puerta de la casa se abrió y al otro lado vi dos rostros sorprendidos. Una mujer y un hombre de unos setenta años. Un anciano y una anciana sería una mejor descripción. Ambos eran más bien huesudos, fibrosos y curtidos, pero sus ojos azules estaban sanos y despiertos. El hombre peinaba raya en medio. Un cabello grueso, liso y descolorido que le llegaba un poco más abajo de las orejas. El de la mujer era fino, aplastado y gris. Recordaba una boina de azúcar hilado. Casi parecía que los ancianos se hubieran intercambiado el peinado. Los dos llevaban pantalones de carpintero. La camisa de él era roja y la de ella verde.

—Buenos días —dijo la mujer—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿No has visto los carteles?

—Tal vez no sepa sueco —dijo el viejo—. Siempre digo que tenemos que poner carteles en varios idiomas.

La anciana negó con la cabeza.

—Son suficientes por ahora. Ya hay demasiados.

El anciano frunció el ceño y luego asintió.

—Es probable que cuantos más carteles haya resulte menos disuasorio. En la próxima asamblea tendríamos que plantear que solo tengamos *un* tipo de cartel.

Levanté la mano para recordarles mi presencia y poner fin al debate interno que mantenían.

—Claro que los vi; había un montón de carteles. También vi que es zona privada. Pido disculpas por haber invadido vuestras propiedades, pero necesitaría...

—¿Propiedades? —interrumpió la anciana—. No somos dueños del bosque. El bosque pertenece al bosque. Los que vivimos aquí colocamos carteles para que los que vivís fuera no vengáis aquí y os metáis en problemas.

—Pero ya que estás aquí tal vez quieras tomar un poco de café y un trozo de pastel enrollado —terció el anciano.

Negué con la cabeza e intenté contarles mi situación antes de que volvieran a tomar las riendas de la conversación.

—He chocado y necesitaría que me prestaran un teléfono.

—¿Has chocado? ¿Aquí?

—No *precisamente*. A poca distancia de aquí, en una carretera asfaltada. No sé exactamente dónde. Atravesé un campo en medio de la niebla, un sembrado tal vez, y me adentré en el bosque dejando atrás un montón de carteles y una línea blanca, y luego salí a un camino de gravilla que conducía hasta aquí...

—¿Destruiste la línea? —preguntó la anciana, y yo sentí una oleada de irritación.

—¿Qué quieres decir?

—¿Le diste una patada a los cubiertos o borraste la línea de sal con los zapatos?

—No, pasé por encima —mascullé—. Ni siquiera rocé la línea.

—Eso está bien. Protege a los que estáis fuera de los que vivimos aquí y no debe romperse.

—Está bien... ¿tenéis por casualidad un teléfono para prestarme?

—Por supuesto. La carretera asfaltada más próxima está a más de diez kilómetros de aquí. Habrás caminado bastante. Entra.

Me hicieron entrar, me estrecharon la mano y se presentaron como Gunnar y Greta. La casa era cómoda y acogedora. Desordenada pero limpia. Una puerta abierta parecía conducir a un pequeño dormitorio. Otra puerta daba a una pequeña cocina. Olía a comino y a madera engrasada y me dio la sensación de que la mayoría de las cosas de esa casa habían sido hechas por ellos.

Rechacé un trozo de pastel y agradecí en cambio una humeante taza de café que Gunnar me ofreció. Me mostraron un teléfono anticuado que estaba encima de un aparador de Greta. El café estaba rico y todo mi cuerpo se espabiló. Al lado del teléfono había un ovillo dorado. Le di unos golpecitos con el dedo. Era compacto. Parecía duro y muy pesado. Me pregunté si el ovillo, que tenía el tamaño de dos naranjas, sería simplemente un ovillo de hilo de oro y qué valor tendría en tal caso.

Greta se deslizó entre el ovillo dorado y yo, levantó el auricular del teléfono y me lo dio. Llamé a información, me facilitaron el número de emergencias y luego me puse en contacto con una empresa de servicio de grúas que estaba

cerca de allí. Con la ayuda de Gunnar y Greta les dije dónde estaba el coche más o menos, que había chocado en una carretera que lindaba con el Parque Nacional de Tiveden. El chico que había al otro lado me dijo que iría a recoger mi coche y lo remolcaría hasta una estación de servicio cuya dirección me facilitó. Allí le echaría un vistazo para ver qué problema tenía, si podía arreglarse allí mismo o había que llevarlo a un taller. Yo podía ir a la estación de servicio antes del mediodía para comprobar los daños. El chico me pareció muy profesional y razonable en todos los aspectos, pero no me atrevía a cantar victoria antes de tiempo cuando se trataba de mecánicos de automóviles.

Justo después de concluir la conversación telefónica me di cuenta de que tendría que haberle mencionado que el asiento del conductor se había quedado algo inestable después del choque, pero pensé que tal vez no era nada grave y podía quedarse así.

Gunnar se ofreció a llevarme a la estación de servicio, que estaba más o menos a una hora de distancia, en cuanto termináramos de tomar café. Le di las gracias y me senté en un sillón muy usado pero cómodo. Poder sentarme resultó *sumamente* agradable después de haber pasado casi toda la noche sin dormir. Gunnar me sirvió más café. Estaba ardiendo y me comentó que era café cocido y que seguramente no lo había probado antes. Estaba realmente bueno. Después de unos sorbos acepté un trozo de pastel. Era casero y lo había hecho Gunnar siguiendo una antigua receta. Llevaba arándanos, según me explicó. No le presté mucha atención mientras me decía con todo detalle y apasionamiento cómo se hacía, la función que cumplían los huevos, el azúcar, la levadura, el tiempo de cocción y lo importante que era para que subiera la masa batirlo a mano en el sentido contrario a las agujas del reloj. Había que batirlo *siempre* en ese sentido. Yo asentía con la cabeza de vez en cuando como si estuviera interesado. De todos modos estaba delicioso y cogí otro trozo.

De repente, el asa se desprendió de la taza de café, que se me cayó encima de las rodillas. El café hirviendo me quemó la parte del cuerpo que menos queremos que se queme. El dolor no llegó de forma inmediata, ya que transcurrieron unos segundos antes de que empezara a gritar y me levantara de un salto del sillón.

Greta secó con un trapo el café que se había derramado. Gunnar lamentó que se hubiera roto la taza. Yo iba y venía por el crujiendo y viejo suelo de madera mientras gemía y apretaba las mandíbulas.

—¿Qué te has hecho en la frente? —preguntó Greta.

—¿En la frente? ¿A qué te refieres? —pregunté yo, que ya estaba bastante ocupado con mi entrepierna escaldada.

Greta y Gunnar me miraron con ojos desorbitados, casi asustados. Gunnar me dio la vuelta para que me pudiera mirar en el espejo que había encima de la cómoda. En la frente, más arriba de la sien, tenía unas manchas de grasa pequeñas y viscosas que casi parecían dos huellas digitales. Me encogí de hombros. Habría cerca de un centenar de posibilidades de que te salieran manchas de hollín en la frente después de chocar con el coche y vagar por el bosque durante varias horas. No entendía qué importancia tenía.

Gunnar y Greta intercambiaron miradas de preocupación y después ella se volvió hacia mí.

—¿No habrás visto por casualidad a una niña en el bosque?

—Pues sí —dije sorprendido—. La vi al salir del bosque cuando iba bajando por un camino de gravilla. ¿Por qué?

—¿Te pidió que la ayudaras a coger siete flores para ponerlas debajo de la almohada la noche del solsticio de verano? —preguntó Gunnar.

—Sí —dije yo tirando de la tela de mis pantalones mojados de café.

—¿La ayudaste? —preguntó Greta.

—No, no tenía tiempo. O fuerza. O ganas.

Greta resopló.

—¡Has sido marcado por la muerte! —exclamó levantando un dedo amenazador.

—¿Cómo pudiste decirle que no? Cuando una niña pide ayuda para algo *hay que ayudarla*, ¿no lo entiendes?

—Esa fue la primera desgracia —murmuró Gunnar en tono agorero mirando la taza de café rota.

Cansado de la actitud cada vez más misteriosa de ambos, les pregunté de qué diablos hablaban.

—La niña es un *zomer* que va deambulando por el bosque todos los años cuando se acerca el día del solsticio de verano. Si la ayudas a recoger las flores, te salvas. Si *no* la ayudas, te maldice y sufres desgracias a diario hasta que no puedes soportarlo más y te suicidas. Después, tu alma pasa a la eternidad encerrada en una de las perlas del pasador que lleva en el pelo.

Asentí brevemente con la cabeza después de la larga exposición de Greta y me limité a limpiarme la «marca de la muerte» de la frente con el dorso de la mano.

—Gracias a ambos por el café. Me pregunto si me podríais prestar un mapa para que pueda ir solo a la estación de servicio.

Tenía la esperanza de que se percibiera en mi voz que ya había oído suficientes disparates. Gunnar negó con la cabeza.

—No puedes irte ahora. Tenemos que ayudarte con un ritual de limpieza para que te deshagas de la maldición.

Estuve alrededor de diez minutos asegurándoles que no corría ningún riesgo, que yo no creía en las criaturas sobrenaturales del bosque, que no creía que hubiera sido objeto de ningunamaldición ni que de repente me iban a empezar a ocurrir accidentes. Al final desistieron del intento de convencerme e insistieron en llevarme de todos modos a la estación de servicio. Acepté, aunque sospeché que era probable que Gunnar y Greta estuvieran algo seniles y atolondrados a pesar de sus vivaces ojos azules.

*

El coche se fue deslizado por los serpenteantes caminos de tierra, atravesando lo que a mí me parecía un bosque sin fin. Yo no habría llegado nunca allí por mí mismo, ni siquiera con un mapa.

Greta conducía con cuidado y yo sentía la mirada escrutadora de Gunnar en mi cuello desde el asiento de atrás. Probablemente le preocupaba que yo tuviera un accidente mientras íbamos juntos en el coche. Le conté lo del sofá con el que había chocado por la noche y le dije que pueden ocurrir cosas extrañas y casi incomprensibles sin intervención sobrenatural. Que a una taza de café se le pueda desprender el asa se debe más bien a las grietas de la porcelana que al influjo de un zomer. Greta ignoró mi razonamiento y dijo que era probable que el cosmos intentara decirme algo poniendo el sofá en mi camino. Asentí con la cabeza y apreté las mandíbulas. Prefería no hacer comentarios sobre esa estúpida teoría de que el cosmos tenía una especie de conciencia omnipotente y se comunicaba con la gente poniéndole sofás en el camino.

Greta se detuvo en medio de una curva cerrada. Cuando le pregunté el motivo señaló una gruesa línea de sal que atravesaba el camino de lado a lado. Gunnar salió del coche y sacó un paquete de sal gruesa del maletero. Recompuso con mucho cuidado la línea que había destruido el coche al pasar, enderezó algunos cubiertos y tiras de tela bordada que habían quedado aplastados por las ruedas y luego entró en el auto y volvió a sentarse en el asiento de atrás.

—Como he dicho, os protegemos a vosotros los foráneos de que no se salga un zomer o cualquier otra criatura por el estilo y haga un montón de diabluras —explicó Gunnar mientras se sentaba—. Sal, plata y un viejo conjuro escrito en rúnico, el antiguo alfabeto nórdico. Funciona realmente bien.

—Estupendo —fue todo lo que pude decir.

Poco a poco fuimos saliendo del bosque Tiveden hasta llegar al asfalto y a algo que empezaba a parecerse otra vez a la civilización moderna. La estación de servicio estaba cerca de una salida de la autovía. Yo no tenía ya la menor idea de dónde me encontraba geográficamente pero, según me habían prometido, mi viejo Passat estaba allí, al lado de una grúa y de un chico que llevaba unos grandes auriculares en la cabeza.

Recibí una nota con el número de teléfono de Greta y Gunnar y un gran trozo de pastel envuelto en plástico.

—Es importante que comas un bocado de vez en cuando durante el camino de vuelta a tu casa —dijo Gunnar—. Te protegerá en alguna medida contra los malos espíritus y maldiciones. No se trata de una protección completa aunque es mejor que nada. Pero no es una cura. Tú seguirás llevando la marca de la muerte y sufriendo accidentes, así que ve con cuidado.

Preferí no hacer ningún comentario. Solo asentí con la cabeza y «prometí» llamar por teléfono cuando no pudiera soportar sufrir más accidentes. Para mi sorpresa, recibí un sincero abrazo de Greta. Ambos me desearon buena suerte. Casi me conmovió lo preocupados que estaban por mí. Nos despedimos y ellos se alejaron con el coche en dirección al bosque infinito.

7

El pastel estaba realmente delicioso, pero no me lo quería llevar a todas partes, así que lo tiré en una papelera mientras volvía al sitio donde esperaba el chico de la grúa. Estaba escuchando música a todo volumen por los auriculares, pero no tuvo ningún inconveniente en hablar conmigo al mismo tiempo y explicarme que todo había sido un problema de la dirección, —ya solucionado—, y que quería saber dónde debía enviar la factura por el remolque y la reparación que, ¡maldita sea!, me pareció elevadísima. Le di la información que necesitaba. Me dieron ganas de cuestionarle el precio. En realidad no podía permitírmelo, pero carecía de conocimientos suficientes de mecánica para poder argumentar debidamente. No sabía si lo que él había hecho era fácil o difícil, si lo había hecho rápidamente o le había dedicado mucho tiempo. Pero me había devuelto el coche funcionando en menos de doce horas. Solo podía tragarme ese gasto innecesario o enviárselo al «cosmos» que puso el sofá en mi camino.

—¿Arreglaste también el asiento?

—¿El asiento?

Abrí la puerta y tiré ligeramente del respaldo.

—Me da la impresión de que está suelto. No sé si estaba ya así antes del choque, pero no lo creo.

—No lo mencionaste por teléfono.

—Creía que ibas a arreglar todo lo que estuviera roto.

El muchacho se sentó en el asiento y se encogió de hombros.

—Se trata de un coche viejo y usado, simplemente. Si quieres, puedo llevarlo al taller y revisarlo todo.

Me pareció que resultaría demasiado caro y que necesitaría mucho tiempo. Sobre todo demasiado caro.

—No es necesario. De todos modos no tardaré en comprarme un coche

nuevo. Un Audi, creo. O un BMW.

Le di las gracias por la ayuda y entré en la estación de servicio. Realmente necesitaba comer algo en condiciones. Cogí una bolsa de cacahuets salados. Miré los sándwiches que había en la vitrina, pero parecían duros y poco frescos. Pasé junto a un chico joven de pelo grasiento que merodeaba alrededor de los estantes. Pálido y enjuto, llevaba una cazadora guateada demasiado grande y gruesa, lo que era raro teniendo en cuenta el calor que hacía. El típico ratero, pensé mientras decidía no perderlo de vista. Pero entonces me pareció ver algo por el rabillo del ojo y miré por la ventana.

Un enorme y ostentoso autobús turístico entró haciendo un giro y se detuvo al lado de los surtidores de gasolina. Relucientes tonos lila y plateados con una llamativa inscripción a ambos lados:

«SEBASTIAN Y CHARLOTTA — *Together in magic forever summer tour*».

Uf, mierda. Sentí que los hombros se me hundían. Suecia era uno de los países más grandes de Europa en cuanto a superficie, pero con una población inferior a los diez millones. En otras palabras, hay *muchísimo* espacio. Parece increíble que las personas que menos quería encontrar en ese momento hubieran elegido *precisamente esa* carretera para ir del Arena de Lidköping a Estocolmo y *precisamente esa* estación de servicio en *ese preciso momento*. Yo estaba sucio, llevaba la ropa arrugada e iba desaliñado. Manchas de café seco en la entrepierna del pantalón. Coche abollado y escacharrado. No soportaba la idea de encontrarme cara a cara con el rostro triunfante y bronceado de forma artificial de Sebastian. No soportaba la idea de ver a Charlotta mirar sucesivamente a uno y a otro y notar su gesto de satisfacción por haber elegido al mago correcto. Tal vez ni siquiera me iban a reconocer, pero no quería esperar para averiguarlo. La tienda de la gasolinera tenía dos salidas, así que me dirigí a toda prisa a la de la parte posterior, que conducía al lavadero de coches.

—Oye, ¿vas a pagar eso?

Me di cuenta de que llevaba una bolsa de cacahuets en la mano. Me di la vuelta y asentí con gesto de disculpa a la cajera. Tendría veinte años como mucho, era alta y llevaba el pelo rubio recogido en una coleta.

—*Sorry*, he olvidado que llevaba esto —dije volviendo a entrar.

—Entra en la oficina —dijo la chica señalando una puerta que había detrás de ella.

Miré estresado el autobús de gira que estaba aparcado junto a los surtidores de gasolina. Probablemente Sebastian y Charlotta eran demasiado famosos para bajar siquiera del autobús en un sitio así, pero no me quería arriesgar.

Abrí los brazos y sonreí a la chica.

—Se me olvidó pagar, pero solo di dos pasos fuera de la tienda, así que tal vez no sea necesario que cunda el pánico. He vuelto después de pasar cinco segundos al margen de la ley.

La chica no sonrió. Tal vez era demasiado joven y no había desarrollado el sentido del humor.

—Aquí tenemos tolerancia cero para los rateros. Entra en la oficina.

—Pues yo tengo tolerancia cero para la estupidez. Ha sido un error. Mira, ahora mismo voy a dejar los cacahuetes de nuevo en el estante.

Así lo hice. Con un movimiento demasiado explícito.

—No me gusta tu tono —dijo la chica.

—A mí no me gusta *el tuyo* —espeté.

Y así estuvimos un rato. Cuanto más tiempo pasaba menos me gustaba su tono de voz. Probablemente ella pensaba lo mismo del mío. No quería malgastar mi tiempo con eso. Levanté las manos para indicarle que ya estaba bien de tonterías y atravesé rápidamente la puerta de atrás en dirección a la fachada en la que estaba mi coche. Me quedé allí sentado unos minutos hasta que el imponente autobús de gira de Sebastian y Charlotta rodó majestuoso en dirección a la autovía. No llegué a ver si habían entrado o no a comprar.

Ningún obstáculo a la vista. Era la hora de irse de allí. Di un salto cuando vi que se abría de un tirón la puerta del copiloto. El chico de la cazadora grande y acolchada al que había observado en el interior de la tienda se lanzó dentro del coche y se sentó a mi lado.

—¡Vamos, conduce, date prisa!

Del interior de su repleta cazadora salieron unos bocadillos, varias bolsas de golosinas y un par de ambientadores con forma de abeto. Yo estaba a punto de protestar cuando oí que la luneta trasera se hacía añicos. Sonó como me imagino que suena cuando te pones de pie encima de un par de cartones de huevos. Vi a la chica de la tienda por el espejo retrovisor. Iba armada con un bate de béisbol y venía hacia el lado del coche en que yo estaba. No estaba nada contenta.

8

Cuando tenía trece años mis padres me llevaron de viaje a Londres una semana. No me gustó nada. Había demasiada gente en todas partes. Me causó demasiada impresión. Colas largas, sinuosas y desordenadas en museos y atracciones. Grandes grupos de turistas ruidosos procedentes de todos los rincones del mundo en cada paso de peatones. Yo prefería quedarme leyendo en paz en la habitación del hotel, pero cuando mis padres me preguntaban el motivo no quería admitir que me sentía raro en una ciudad tan grande y con tanta gente. En vez de decírselo me limitaba a encogerme de hombros y me iba con ellos.

—Si no dices lo que quieres, nos resulta difícil saberlo —solían decirme.

Tal vez uno no sabe bien lo que quiere a veces, y otras tal vez no queremos desvelar demasiadas cosas de nosotros mismos diciendo exactamente lo que sentimos y pensamos. A menudo me daba la sensación de que mis padres no estaban especialmente interesados en mí, que lo de ser padres tal vez no era del todo asunto de ellos. En casa había un montón de álbumes de fotos de los viajes que habían hecho por Europa antes de existir yo. Copenhague, Hamburgo, Ámsterdam, Bruselas y otras ciudades. Parecían estar felices en todas las fotos.

Cuando mis padres me pedían que «dijera lo que quería», solía sentirme acorralado entre la espada y la pared, como si esperaran que yo dijera algo inteligente y significativo y así ellos pensarán que valía la pena tener hijos. Como ya he dicho, a veces no sabía bien lo que quería, por lo que generalmente me resultaba más fácil encogerme de hombros y hacer lo que me decían.

En Londres comí por primera vez pollo tandoori, convirtiéndome en un gran aficionado a la comida india, y visitamos el museo de cera de Madame Tussauds, donde no tardé en aburrirme. Estuvimos también en los grandes almacenes Harrods, que en aquel tiempo eran un poco peculiares. Tal vez todavía lo son, en cualquier caso eran mucho más grandes que el Domus de Skärholmen.

En el departamento de juguetes vi una caja de magia. En la tapa había una foto de un mago que llevaba el pelo cortado al estilo de los años ochenta y una capa negra. Delante de él, ligera de ropa y como flotando, estaba su asistente femenina. Del gesto dramático del mago se podía deducir que la tenía en trance y hacía que levitara. La caja contenía accesorios e instrucciones para hacer veinte trucos sencillos pero efectivos. Un par de trucos con monedas, trucos de cartas, de cuerdas, de pañuelos, etcétera. En Suecia también había cajas de magia, por supuesto, aunque yo estaba en esa edad en la que ya no resulta atractivo ir a las jugueterías. Pero entonces la caja de magia se convirtió en lo que yo definitivamente quería. No sé el motivo. Tal vez fue la foto de la tapa lo que hizo que mi inconsciente soñara con poner en trance a mujeres ligeras de ropa haciendo gestos dramáticos con las manos. De todos modos entré en Harrods antes de que volviéramos a casa y compré la caja con mi dinero.

Crecí en Mälarhöjden, en la zona sur de Estocolmo. En un chalé que estaba constantemente a la sombra detrás de otro mayor que tenía vistas hacia otro chalé aún mayor que tenía unas vistas realmente bonitas hacia el lago Mälaren. Era una zona tranquila donde solo vivían adultos y jubilados. Nadie de mi edad con quien poder hacer amistad, pero me gustaba estar en silencio y conmigo mismo, así que nunca me sentía solo.

En la casa había un montón de libros. Muy poca literatura de ficción, casi todo libros temáticos. Pasaba una gran parte de mi tiempo libre tumbado en la habitación leyendo acerca de la Segunda Guerra Mundial, la pesca industrial, biografías y compositores de música clásica, el esplendor y el declive del Imperio otomano, astronomía, la peste negra y la Edad Media europea, catedrales famosas, historia de la agricultura, etcétera.

Mi padre era arquitecto y mi madre una especie de jefa intermedia de una cadena de hoteles. Nuestros vecinos más cercanos eran viejos, silenciosos y educados. A un par de casas había un pastor alemán que ladraba una vez a la semana más o menos y, por lo demás, era un entorno bastante seguro para crecer allí.

Mälarhöjden está al lado de Bredäng, donde iba a la escuela secundaria. Bredäng era un poco más desordenado y yo desarrollé una rutina respecto al modo de pasar el tiempo allí. No iba nunca a dar vueltas por el centro en los descansos. Llegaba a la escuela lo más tarde posible y, después de la última clase, me quedaba allí hasta que todos los demás alumnos se habían ido a sus casas. Al lado de la dirección había una sala común donde me sentaba a solas sin

levantar la nariz de un libro grueso que me había llevado de casa. De ese modo me podía pasar una semana entera sin decir una palabra a nadie.

En el comedor era más difícil estar solo. Fue allí donde conocí a Sebastian. Él tocaba la batería en un conjunto y estaba entre los más populares. Era algo más bajo que yo y de complexión maciza. Su pelo, largo y oscuro, ya empezaba a clarear en la adolescencia. No nos habíamos saludado hasta ese día, aunque íbamos a la misma clase. Yo había recibido de mis padres como regalo de Navidad un reloj Casio con calculadora, que en aquella época era bastante avanzado y caro. Sebastian estaba detrás de mí en la cola de la comida, y cuando yo estiré el brazo para coger un plato se quedó mirando mi muñeca.

—¿Tiene eso una calculadora?

Yo asentí y seguí poniéndome guiso de carne en el plato.

—¿Me lo prestas para el examen de matemáticas?

Rápidamente hice un cálculo mental de los riesgos. Si le decía que no, podía enfadarse y ponerse violento. Si le decía que sí, las posibilidades de que volviera a ver mi reloj eran más bien escasas. Ambas posibilidades me preocupaban.

—¿Vas a utilizarlo tú?

—No —dije con voz débil y quebrada, debido a que había estado en silencio desde el desayuno.

Carraspeé un par de veces y me pregunté por qué no había sido capaz de decir que yo también necesitaba el reloj para hacer trampas en el examen de matemáticas.

—Te lo devolveré al salir.

Dudaba realmente que lo hiciera, pero me quité el reloj y se lo di.

Después de la última clase nos vimos en un quiosco que había a la salida del metro en el centro de Bredäng. Estaba seguro de que iba a decirme que el reloj se había roto, que había «desaparecido» o algo por el estilo. Sebastian compró unas golosinas sueltas que eligió con mucho cuidado. El hombre del quiosco suspiraba cada vez que tenía que sacar las golosinas con las pinzas, separar las ranas de gelatina que se habían pegado y apretar los caramelos de regaliz para demostrar que no estaban secos ni rígidos. Sebastian, ignorando la mirada de cansancio del hombre, se tomó el tiempo necesario para llenar la bolsa de golosinas.

Detrás de Sebastian se estaba empezando a formar una cola de clientes impacientes, pero a él le daba igual. No le importaba seguir allí para asegurarse de que le ponían lo que él pedía. Cuando al fin le dieron la bolsa y la pagó, se

volvió hacia mí y me dio el reloj. Examiné la esfera y los minúsculos botones. El reloj parecía estar intacto.

—Gracias por prestármelo.

Me dio la bolsa de golosinas. Yo debí de parecer muy sorprendido con el reloj en una mano y la bolsa de golosinas en la otra.

Sebastian no era buen estudiante, ni siquiera comparado con el resto de idiotas de Bredäng, y habló largo y tendido sobre lo agradecido que estaba de que le hubiera ayudado indirectamente con el examen de matemáticas. Había algo que me gustaba en su modo de mostrar sentimientos. En casa no había nadie que mostrara lo que pensaba o sentía, especialmente yo.

—Me lo puedes volver a pedir si es necesario —logré decir mientras sacaba de la bolsa un caramelo de regaliz blando y jugoso.

Y así fueron las cosas cuando Sebastian y yo nos hicimos amigos. Todo fue muy rápido, posiblemente siempre sea así cuando haces amigos, pero yo no podía compararlo con nada porque fue el primero.

Las semanas siguientes con mi nuevo amigo fueron para mí como entrar en un torbellino de sensaciones desconocidas. Poco a poco me fui deshaciendo de mis viejas rutinas, abandoné mi perfil bajo y me dejé llevar por él.

Al principio de los ochenta se puso de moda tener una cámara de vídeo en casa, y durante un breve período de tiempo empezaron a llegar películas en alquiler procedentes de todos los rincones más oscuros del mundo. Los medios de comunicación estaban horrorizados a causa de la denominada «violencia en vídeos», y mis padres se creyeron toda esa propaganda de intimidación, manteniendo un férreo control de todo lo que se introducía en el reproductor de vídeo. Suecia era por aquella época un poco como Corea del Norte, y rápidamente se estableció una normativa acerca de lo que se le permitía hacer a la gente en su tiempo libre.

En casa de Sebastian no había ninguna norma en general, y antes de que los vídeos violentos se prohibieran y se retiraran por completo, Sebastian tuvo tiempo de acumular una gran cantidad de deliciosas películas de terror. Su padre pasaba por completo de lo que hacía Sebastian, y su madre no estaba nunca en casa porque solía estar ocupada drogándose en el centro de Estocolmo.

Nos pasábamos las pausas para comer, las tardes y los fines de semana viendo vídeos. En mi casa era importante comer sano. Pan integral, muesli, alimentos variados y equilibrados, moderar el consumo de azúcar y grasa. En casa de Sebastian se podía beber refrescos y comer patatas fritas en el almuerzo.

A veces me quedaba a dormir en su casa los fines de semana. Era una increíble sensación de libertad, aunque el apartamento donde vivía estaba sucio y descuidado.

Cuando el padre de Sebastian estaba borracho, a veces le daba por apagar los cigarrillos encima de su hijo. Entonces Sebastian tenía que pasar la noche en mi casa. Mis padres estaban de acuerdo en ello. Tal vez pensaban que estaba bien que hubiera encontrado a alguien con quien tratarme. Sebastian no compartía del todo mi interés por los gruesos libros temáticos, así que cuando estábamos en mi casa nos pasábamos casi todo el tiempo en mi cuarto tumbados hablando de la vida, de todas las chicas con las que no habíamos estado y de lo que haríamos cuando fuéramos mayores. De si Sebastian apostaría por ser bueno de verdad con la batería o si se dedicaría a colocar moqueta como su padre.

Creo que teníamos catorce o quince años cuando, una noche que estábamos realmente sin nada qué hacer, saqué la caja de magia que había comprado en Londres unos años antes. Recuerdo que parecía un poco infantil, no era tan emocionante como mirar una película italiana de caníbales y comer cereales azucarados directamente del paquete. De todos modos le hice uno de los pocos trucos que aprendí durante el breve tiempo que me interesó la caja. Con gran sorpresa para mí, Sebastian quedó fuertemente impresionado. Recuerdo muy bien la expresión de asombro en sus ojos al abrir la caja de magia, como si fuera el cofre de un tesoro. Se debió de preguntar cómo podía tener yo algo tan fantástico en casa y dejarlo simplemente en el estante sin tocarlo.

Creo que me limité a encogerme de hombros y dije algo como «simplemente lo vi cuando fuimos a Londres». Sebastian no había viajado nunca al extranjero, así que cuando supo que la caja era de Inglaterra, sus ojos se abrieron más aún. Le dije que si quería se la podía prestar. Él no quiso. Tenía miedo de que se estropeará en medio del caos que había en su casa. Pero propuso que empezáramos a hacer magia. Los dos juntos.

Y así fue como empezó.

9

—¡Vamos, conduce, date prisa! —gritó el muchacho de la cazadora guateada.

La chica de la gasolinera que iba provista de un bate de béisbol se estiró y cogió la manilla de mi lado del coche. Pisé el acelerador automáticamente, giré y salí de la estación de servicio. Entré con cierta imprudencia en una rotonda donde estuvimos a punto de ser machacados por un camión que tocó el claxon con furia.

—Aquí a la derecha. ¡Y luego a la izquierda!

—¡Maldita sea! —grité después de echar un rápido vistazo a la luneta trasera de mi coche.

—¡Aquí a la derecha! —repitió el muchacho.

Su acento era una curiosa mezcla de escanés y finlandés. Doblé por una salida antes de la autovía.

—Aquí a la izquierda. Entra en el camino de tierra.

Reduje la velocidad.

—Voy a parar para que te bajes.

El chico negó con la cabeza y se puso a buscar algo en la manga de su cazadora.

—Tengo un cuchillo. Haz lo que te digo. ¡Conduce!

Antes de poder sacar un largo cuchillo de cocina se le cayeron un par de cajas de pastillas y una chocolatina que llevaba metidas en la manga. Me apuntó con el cuchillo. Cuando se le salió el teléfono del bolsillo de la cazadora y cayó entre los asientos tuvo algo más en lo que pensar. El aspecto de mi secuestrador no era terrorífico en absoluto, pero un cuchillo es un cuchillo. El muchacho se puso a buscar el teléfono móvil entre todas las cosas robadas que se le habían salido de la cazadora. Yo suspiré, dije un taco y seguí conduciendo por el serpenteante camino del bosque.

—Se me cayeron las llaves del coche en la estación de servicio. Cuando lleguemos te dejaré ir, no debes tener miedo. Me llamo Jorma, por cierto, y no soy peligroso.

Volví a suspirar. Jorma había bajado el cuchillo. Pensé que si supiera bien cómo hacerlo tal vez podría darle un codazo en la cara, pero opté por tratar de razonar.

—No tengo miedo, pero joder, la chica de la gasolinera debe de creer en estos momentos que yo estoy confabulado contigo.

—¿Confabulado? ¿Qué significa eso?

—¿No sabes lo que significa estar confabulado? Significa que estamos haciendo algo juntos.

—¿Como una pareja de enamorados?

Puse los ojos en blanco.

—No juntos de *ese* modo. Que trabajamos juntos. Que yo hice una maniobra con los cacahuets para distraer la atención de ella y que, mientras tanto, tú pudieras vaciar la tienda.

—Pero yo soy alérgico a los cacahuets —se limitó a replicar Jorma.

Me indicó que entrara en un camino de gravilla que estaba casi oculto detrás de un montón de restos oxidados de coche. La grava y los guijarros golpearon el tren de aterrizaje. Llegamos a un pequeño espacio de terreno sin cuidar que estaba dentro del bosque, donde había un minigolf que estaba cerrado. Paré el coche al lado de una tienda de campaña para dos personas montada de cualquier manera.

—Gracias por traerme hasta aquí —dijo Jorma saliendo del coche.

Vació el contenido de la cazadora en el suelo, junto a la tienda de campaña. Lo miré. Era un tipo huesudo y llevaba un peinado raro que parecía demasiado grande para su cabeza. Por lo demás su aspecto era inofensivo.

Me miré en el espejo retrovisor y me vi otras dos manchas oscuras encima de la sien. Parecían dos huellas digitales diminutas y grasientas. Recordé por un momento las fantasías que me habían contado Greta y Gunnar. Eran tan absurdas que casi rayaban en lo cómico. Me limpié las manchas, salí del coche y miré a Jorma, que intentaba arreglar la tienda de campaña tirando de una de las cuerdas. No resultó.

—Has dicho que te llamas Jorma, ¿verdad?

Él asintió y cogió una tableta de chocolate que había en el suelo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—¿Así que no estudias? ¿Tienes trabajo?

—¿Por qué?

—Quiero que me pagues la luneta del coche.

—Pero no fui yo quien la rompió.

Estuve cerca de un minuto intentando explicarle que la luneta no se habría roto si él no se hubiera metido en mi coche, pero no pudo o no quiso ver la relación entre ambas cosas.

—Escúchame, Jorma. Llevo más de veinticuatro horas sin dormir. Si no solucionamos esto ahora, voy a volverme loco.

—Te pido disculpas por lo de la luneta y por amenazarte con un cuchillo. No está nada bien, pero la verdad es que en este momento no puedo permitirme ningún gasto. Participo en un *quest*.

—¿Un *quest*?

—Sí, es una especie de juego de aventuras arriesgado en el que tienes que buscar algo. Ya sabes, como cuando uno sale a buscar algo importante en los juegos de rol. Puedes ser un caballero, un mago, un enano con buen manejo del hacha, un sanador que ayude a los demás cuando sufren algún daño, o...

—Conozco el significado de la palabra *quest*. Eso no resuelve el problema de la luneta de mi coche.

—Pero es que mi coche se ha quedado en la gasolinera con medio depósito. Tengo que ahorrar dinero para gasolina si no quiero que fracase el *quest*, ya que le he prometido a mi novia unas piedras mágicas.

Lo miré con ojos cansados. Jorma se sintió obligado a aclararme las cosas con una explicación demasiado larga y minuciosa.

—Nos conocimos el día del solsticio de verano cuando teníamos dieciocho años y a ella le interesaban los cristales mágicos, las piedras, los minerales y esas cosas. Es por lo que me he embarcado en un *quest* del amor para encontrarle unas piedras bonitas por nuestro aniversario, que celebramos todos los años. Hemos prometido no llamarnos en todo el tiempo. Hace mucho, cuando uno participaba en un *quest* no había teléfonos, ni tampoco esos juegos de ordenador que se desarrollan en mundos imaginarios. Cuando encuentre lo que busco me presentaré ante su puerta, y todo será más romántico si no nos hemos llamado por teléfono previamente. Todavía no he encontrado ninguna piedra, pero al parecer Tiveden está lleno de cuarzo de bruja, ojo de trol y cosas así.

A pesar de mi absoluta falta de interés por todo lo que Jorma tenía que decir,

no pude evitar formular un par de preguntas sarcásticas.

—¿No me digas? Eso suena muy interesante. ¿Para qué se utilizan las piedras mágicas? ¿Hasta qué punto son mágicas? ¿Pueden arreglar una luneta trasera rota?

—Creo que es algo distinto. Se puede hacer una joya de ojo de trol que alivie el estrés, o poner un trozo de cuarzo de bruja al lado de la cama si se tienen dificultades para dormir. No sabía nada de eso antes de estar confabulado con mi novia. A ella siempre le han interesado las cosas mágicas, tanto en los juegos como en la realidad.

—Estás utilizando mal la palabra confabulado, pero tal vez no sea tan importante en este momento. ¿De verdad crees que se duerme mejor si dejas una piedra encima de la mesilla de noche?

Jorma asintió con la sinceridad de un niño a la vez que cogía un par de trozos de chocolate. Parecía estar muerto de hambre y helado de frío a pesar de la cazadora guateada y del calor que hacía. Había algo en su modo de hablar que hizo que me preguntara si tendría la mente del todo clara o si solo era extremadamente inmaduro.

—¿Entonces no crees en las piedras mágicas ni en los cristales? —dijo Jorma con la boca llena—. Pues sí que eres cuadrulado. Mi novia suele decir que debemos salir del círculo vicioso de la industria. Tenemos que ser libres, abrir nuestras mentes y volver a la naturaleza y sus secretos si queremos tener un futuro.

—¿Así que en la sociedad ideal tuya y de tu novia, la humanidad vuelve a la naturaleza y al mismo tiempo uno va a poder entrar en una gasolinera de vez en cuando a robar golosinas? Si todos están en el bosque cogiendo piedras mágicas, ¿quién se encarga de la producción y de la distribución de productos como el que en este momento te estás metiendo en la boca?

Jorma se encogió de hombros y le quitó el plástico a un bocata de queso.

—Por otra parte no creo que estemos en Tiveden —añadí—. Estás en el lado equivocado de la carretera principal. Sin duda, estamos más cerca del lago Vättern. Tiveden está más allá de la estación de servicio, al otro lado de la carretera cuarenta y nueve, no hacia este lado. Estoy casi seguro de ello.

—No he encontrado aún ni una sola piedra mágica, así que debes de tener razón. Gracias por el dato; eres un tío legal. ¿Me das tu número de teléfono para que te llame la próxima semana cuando vuelva del *quest*? Te pagaré la luneta, lo prometo.

No me creí lo de que me iba a llamar por teléfono, pero quería continuar y no tenía ganas de armar jaleo. Para no desperdiciar una de las pocas tarjetas de visita que me quedaban en la guantera, le anoté mi número en un recibo, se lo di, me senté al volante, di marcha atrás apartándome del minigolf cerrado y busqué el camino de salida a la carretera principal.

Después me arrepentiría de haber ayudado a Jorma a encontrar Tiveden.

10

Volví a la rotonda. A la debida distancia de la estación de servicio había un restaurante de carretera. Era temprano por la tarde y yo iba debatiendo un poco conmigo mismo el modo de organizar el viaje de regreso. Yo solo y el camino hacia el horizonte abierto.

Se oían rugidos y bramidos procedentes de la ventanilla trasera rota. Ese ruido me ayudaría a mantenerme despierto, ya que estaba tan cansado que corría el riesgo de dormirme si cerraba los ojos durante unos segundos. El maldito ruido también era muy irritante.

Decidí comer algo. Sentarme tranquilamente media hora. Además tenía que ir al baño.

El aspecto del restaurante era el mismo que el de cientos de restaurantes de carretera. El comedor olía a detergente y a fritanga. Había mucho espacio y, exceptuando una familia con niños gritones, estaba relativamente silencioso. Me pareció perfecto. Pasé rápidamente por delante de la caja en dirección a los aseos. Un hombre corpulento de unos cincuenta años que llevaba un pequeño delantal levantó la mano mirándome de modo irritante y autoritario.

—Los aseos son solo para los comensales.

—Voy a comer, pero tengo que entrar ahí —dije yo señalando con la cabeza hacia delante.

—Solo para comensales. Primero pide.

Apreté las mandíbulas y volví a la caja. Examiné un pequeño tablero iluminado que mostraba varios platos frugales.

—Un escalope del día. Pero quiero cuñas de patata en vez de patatas fritas.

El hombretón se secó las manos en su estrecho delantal y tecleó el pedido en la caja registradora.

—El escalope va con patatas fritas.

—Sí, lo he visto en el menú, pero lo que yo quiero son cuñas de patata.

—¿No quieres escalope?

—Sí, quiero escalope, pero con el escalope quiero cuñas de patata.

Llegaron un par de comensales más y se formó una cola detrás de mí. Suspiraron de modo audible, pero pensé que no debía avergonzarme por intentar quedar satisfecho con mi pedido.

—El escalope va con patatas fritas —repitió el hombre del delantal.

—Sí, entiendo lo que dices, pero supongo que no habrá solo una clase de patatas, ¿verdad? ¿Podrían ser *pommes frites*?

—Patatas fritas.

—¿Croquetas?

—Patatas fritas.

—¿*Rösti* de patata?

—Patatas fritas.

—¿Patatas cocidas?

—Patatas fritas.

—Entonces tomaré una ensalada de queso y jamón. Pero sin jamón. Y con queso de cabra en vez de queso común.

—Son ensaladas preparadas —dijo el hombre del delantal señalando con la cabeza un par de ensaladas envueltas en plástico que había en un mostrador refrigerado al lado de la caja.

Pagué, lo miré con acritud y fui rápidamente hacia los aseos. Empezaba a tener un poco de prisa. La puerta se atascaba tanto al abrirla como al cerrarla. Perdí unos segundos valiosos con la cerradura, que no funcionaba bien. Me di la vuelta y miré asombrado a un niño de siete años que estaba sentado en el inodoro. Tenía un bloc en las rodillas y dibujaba con un rotulador negro.

—Huy, perdona —solté de repente mientras me daba la vuelta para salir.

El pestillo simplemente daba vueltas y no lograba abrir. Tiré del picaporte hacia abajo y empujé con fuerza la puerta un par de veces con el hombro. Siguió bloqueada y sin abrirse. Menos mal que el chico no se había asustado al verme entrar de golpe. Siguió dibujando y haciendo sus necesidades mientras yo, de espaldas a él, le decía que la cerradura se había estropeado. Golpeé y grité pidiendo ayuda. Vi mi imagen en un espejo que había encima del lavabo. Estaba demacrado y agotado.

—¡Johan! ¿Te queda mucho? —gritó una mujer al otro lado de la puerta.

—La cerradura se ha bloqueado. Estoy aquí con un señor —gritó Johan.

La madre del niño empezó a tirar de la manija. No me gustó que me llamara señor, especialmente en esas circunstancias. Acerqué la boca a la puerta y le expliqué a la madre que no me había dado cuenta de que el baño estaba ocupado, que había sido un error de buena fe y que ahora no podía abrir. Ella sonó molesta al otro lado. Johan tiró de la cadena y se puso a mi lado para lavarse las manos. Iba a pedirle que le dijera a su madre que no corría ningún peligro cuando se abrió la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre corpulento del delantal estrecho.

—Se ha bloqueado la puerta —le expliqué también a él.

Johan fue hacia su preocupada madre. El hombre giró la cerradura varias veces.

—No hay ningún defecto en esta cerradura —dijo.

Y tenía razón. El pestillo parecía funcionar. Desconcertado, negué con la cabeza.

—Es raro, la verdad, pero... cuando yo lo giré no funcionó.

La madre de Johan y el hombre corpulento me miraron con escepticismo. Entiendo al cien por cien que una madre se preocupe por su hijo, ya que hay tantos enfermos por el mundo, pero en este caso era evidente que a Johan no se lo había tratado mal, ni física ni mentalmente. Volví a señalar la cerradura con gesto torpe. Reiteré que, en efecto, estaba estropeada, pero que de repente había vuelto a funcionar. Oí cómo sonaba lo que acababa de decir. La madre de Johan le miró los dedos, manchados de tinta negra por los dibujos que había estado haciendo en el bloc. Luego miró sucesivamente a su hijo y a mí.

—¿Qué te has hecho en la frente? —preguntó.

Me encogí de hombros sin entender nada. Después me miré en el espejo.

Tenía un par de manchas de grasa encima de la sien. Otra vez.

Parecían unas huellas digitales grasientas.

El hombre corpulento me cogió del brazo y me sacó del baño. Se inició una fuerte discusión acerca de si habría llegado la tinta de los dedos de Johan hasta mi frente al intentar defenderse de mí. El comedor se quedó en silencio. Todos los comensales me miraron. Era una sensación asquerosa e injusta. Johan logró calmar a su madre explicándole que no había ocurrido nada. El hombre corpulento se ajustó el estrecho delantal y me pidió que abandonara el restaurante. No se creyó del todo mi explicación acerca de cerraduras que primero están estropeadas y después funcionan. Me limpié las manchas de la

frente y me marché. Hice mis necesidades en unos arbustos espinosos, detrás del restaurante de carretera.

Cuando entré en la rotonda por tercera vez en poco tiempo, el hambre, la fatiga, los niveles de azúcar en sangre y el humor competían sobre cuál tenía más necesidad de atención. El sol se había puesto detrás de las nubes y la lluvia merodeaba en el ambiente. Todo mejoró *un poco* cuando vi el teléfono móvil de Jorma entre los asientos delanteros. No entendía cómo se le pudo pasar por alto cuando lo buscó. Tal vez estaba oculto entre todos los objetos robados que se le salieron de la cazadora. De todos modos me lo metí en el bolsillo interior de la chaqueta y decidí que sería mío hasta que él se pusiera en contacto conmigo para pagarme la luneta trasera del coche.

La carretera empezó a estrecharse y el bosque que iba bordeando se hacía cada vez más denso. Una señal advertía de la existencia de un puente de un solo carril a trescientos metros. Me di cuenta de que me había saltado la carretera principal en la rotonda de algún modo que no podía entender.

¿Por qué tiene que ser tan condenadamente difícil salir de aquí? Me sorprendí a mí mismo gritando de frustración.

Entonces el respaldo del asiento se echó hacia atrás. Se me escapó el volante de las manos y de repente me quedé mirando el techo. No me había dado tiempo a pensar que le tendría que haber dicho al muchacho de la grúa que arreglara el asiento, cuando todo a mi alrededor empezó a saltar y a temblar.

Mi pie buscó el pedal del freno e intenté incorporarme. Después de un fuerte golpe, todo se detuvo. Mi columna se comprimió como un acordeón y me mordí la lengua. Me zumbaban los oídos mientras intentaba librarme del cinturón y del asiento roto. Abrí la puerta y me arrastré hasta salir de una pendiente cubierta de tierra. Una lluvia que iba en aumento me recibió al salir del coche, que se había detenido en un montón de bolsas de basura justo al borde de un canal.

El corazón me latía con fuerza y muy deprisa. Intenté tranquilizarme respirando profundamente un par de veces. Me había salido de la carretera antes del puente, había ido cuesta abajo por una pendiente y había detenido el coche justo antes de caer al agua.

La pendiente estaba llena de basura maloliente y supuse que se trataba de una especie de vertedero. Se podían tener un montón de opiniones negativas sobre ello, por supuesto, pero en este caso las bolsas de basura nos habían salvado de un baño tanto a mí como a mi coche.

Resbalé en algo sucio y pegajoso, tal vez restos viejos de comida. El cielo

era de color gris oscuro y sentí la lluvia helada, como si fuera una mañana de otoño en vez de una tarde de verano. Vi acercarse un coche desde lo alto del puente. Me apresuré a subir la cuesta, cada vez más resbaladiza a causa del barro. Me acerqué a los gruesos pilares de cemento del principio del puente, donde me podría haber metido y haber tenido unas consecuencias devastadoras. Agité los brazos en dirección al coche que pasaba.

—¡Para! ¡Para!

Por la ventanilla del lado del copiloto arrojaron una bolsa de basura que no me dio tiempo a esquivar y me golpeó la cara produciendo un sonido húmedo y pegajoso. Me tambaleé hacia atrás, caí al suelo y resbalé de espaldas entre el barro y la inmundicia hasta que me detuve en un montón de bolsas de basura, igual que había hecho mi coche poco antes. Me apoyé en la puerta de mi coche para ponerme de pie. Entonces me di cuenta de que el motor seguía en marcha. Al abrir la puerta me vi la cara en el espejo retrovisor.

Las manchas negras de la frente estaban otra vez allí.

Resoplé y me subí las solapas de la chaqueta todo lo que pude. Inspiré profundamente intentando olerme a mí mismo, como si necesitara estar en contacto con lo cotidiano y real, con algo conocido y comprensible.

Luego el aluvión de bolsas de basura cedió. Tras unos valiosos segundos de duda e impotencia, logré abrir el maletero y sacar un bolso de bandolera. Tendría que haber pensado antes en salvar mi caja con el equipo de magia, pero yo era demasiado lento. Mi Volkswagen Passat rodó por encima del borde y cayó al canal.

11

Tengo cinco trajes hechos a medida (cuatro si descontamos el que desapareció en el coche cuando cayó al canal). No es tan raro como parece. Si encuentras un sastre sensato, puede resultar incluso más barato que comprar los trajes en una tienda. Mi sastre se llama Rudolf y trabaja en Hallonbergen, en las afueras de Estocolmo. Vino a Suecia en la década de los setenta procedente de Argentina, debido al desorden que había allí. Sus padres llegaron a Argentina en los años cuarenta procedentes de Alemania, también debido al desorden que había allí.

Tengo dos trajes de actuación con unos bolsillos especiales ocultos. Además, una de las mangas de las chaquetas tiene algo

más de amplitud para que pueda esconder cosas sin que se vean. No voy a revelar ningún truco aquí, pero todo el mundo conoce la expresión «as en la manga» y seguramente entiende que un mago necesita ayuda de bolsillos invisibles para hacer sus trucos de ilusionismo. En cualquier caso, Rudolf me hace muy bien los trajes a medida, por lo que recurro a él aunque se trate de trajes de uso privado. Resulta agradable llevar algo que solo está hecho para ti.

Rudolf tiene dos habitaciones en su taller, una para la confección de trajes de novia y otra para la ropa de caballero. Rudolf suele fumar habanos en la habitación donde confecciona los trajes de caballero. Cuando sacas un traje nuevo de su taller, como hice yo antes de este viaje del solsticio de verano, la tela huele ligeramente a humo de habano. No como en un viejo y apestoso salón de billar más bien se percibe el olor de un club de caballeros.

Ese era el olor que intentaba percibir al subirme hasta la nariz las solapas de la chaqueta cuando me vi las manchas negras en la

frente por tercera o cuarta vez. Repetí el proceso en el momento en que vi desaparecer mi coche en el canal, pero solo noté olor a lluvia y a basura empapada.

Me coloqué al lado de la carretera y esperé un cuarto de hora a que pasara

algún coche por allí. Desistí, me deslicé por la pendiente y me senté debajo del puente. Me sentía como un vagabundo con un traje hecho a medida mientras estaba allí sentado tratando de ordenar mis pensamientos.

El teléfono de Jorma no tenía contraseña de protección, lo que en este contexto debería ser visto como un enorme éxito. Marqué

la primera cifra del número del servicio de emergencias, pero me detuve. A continuación saqué el trozo de papel con el número que me habían facilitado Greta y Gunnar. Antes de llamar, dudé y titubeé unos instantes. Greta respondió después de un par de señales y me pareció realmente aliviada al oír mi voz.

—Hola, Anton, sabía que no tardarías en llamar. ¿Cuántos accidentes has tenido desde que nos separamos?

—En este momento todo me parece un gran accidente, y necesitaría que me ayudaras a...

—Comprendo que es muy difícil estar marcado por la muerte, pero al menos sigues con vida, ¿no?

—Sí, como puedes oír.

—Eso es una buena noticia. ¿Podrías empezar a contar hasta diez para que sepa que no eres un fantasma?

—¿Bromeas?

—No. ¿Tienes en la mano algo que sea importante para ti?

—¿En este momento? Tengo un teléfono móvil.

—¿Es algo que tenga un gran valor sentimental para ti, un objeto del que te resultaría difícil deshacerte si tuvieras que dejar la vida terrenal?

—Greta, estoy sentado debajo de un puente y mi coche ha caído al canal y ha desaparecido en medio de una lluvia torrencial. Necesitaría vuestra ayuda.

—Te ayudaremos con mucho gusto, pero un fantasma no puede evitar hacer las cosas de atrás hacia delante. Por eso te pido que cuentes del uno al diez en el orden debido para comprobar que no estás muerto y que no tienes intención de castigarnos.

Un largo y explícito suspiro de disgusto no surtió ningún efecto en Greta, que insistió. Conté de forma rápida y monótona hasta diez en el orden correcto.

—Gracias. ¿Has dicho que estás en un puente?

—Así es. Un puente que hay sobre un canal. No sé exactamente dónde estoy, pero puedo mirarlo en el teléfono.

—Sé exactamente a qué puente y a qué canal te refieres. ¿Cómo has ido a parar ahí? Estás en un camino totalmente equivocado. Qué raro, ¿no?

—Debo haberme equivocado de salida en la rotonda. Más que raro, sumamente irritante.

*

Media hora después oí un coche arriba, en la carretera. Subí rápidamente la pendiente y me senté al lado de Gunnar, que había puesto periódicos en el asiento del copiloto al advertirme yo que iba mojado y lleno de barro.

—¿Te llegaste a comer el pastel enrollado o desapareció en el agua con el coche?

—Pues sí, comí unos trozos —mentí—. Pero por desgracia también ha desaparecido.

Gunnar asintió con la cabeza. Sacó un pulverizador y esparció el contenido por mi cara.

—¿Qué demonios haces? —exclamé retirando el pulverizador. Noté un sabor amargo en los labios.

—Perdona. Esto es una especie de repelente de mosquitos pero para espíritus, aparecidos y otros seres diabólicos —dijo echándome más líquido por la cara.

Los periódicos crujieron cuando me volví a recostar en el asiento. Ni siquiera me atreví a hacer ningún comentario.

—Y al igual que un repelente de mosquitos no protege al cien por cien, aunque atenúa un poco el efecto —añadió—. Es una antigua receta de familia que mezclamos con todo lo que comemos y bebemos. ¿Cuántos trozos de pastel te comiste? Me sorprende que te fuera tan mal.

—Gunnar, no fue ningún ser sobrenatural lo que hizo que me equivocara en la rotonda. Llevaba un día sin dormir y simplemente me equivoqué de salida. Y ahora no tengo fuerzas para llamar al servicio de salvamento, esperar hasta que remolquen el coche, intentar conseguir un coche nuevo y tal vez una habitación de hotel donde pasar la noche si hay que esperar mucho tiempo.

—Entiendo perfectamente. Si quieres, puedes pasar la noche en casa.

Incliné la cabeza a modo de agradecimiento y cuando dejamos el puente que cruzaba el canal, atravesamos los intrincados caminos forestales y nos metimos en lo más profundo del bosque Tiveden.

Gunnar no habló mucho durante el viaje. La lluvia dificultaba la visibilidad y me dio la impresión de que tenía que esforzarse para encontrar el camino en ese

laberinto de curvas confusamente similares, ramas y rectas cortas llenas de baches a través de un bosque cada vez más denso.

Cuando su móvil sonó, casi cómico de lo obsoleto y complicado que era, al principio me dio la impresión de que no quería contestar, pero después de un par de señales se lo puso en la oreja.

Noté que bajaba la voz, y evidentemente era una llamada que hubiera preferido no contestar en mi presencia. Se giró todo lo que pudo en el asiento intentando apartarse de mí y, en un tono grave y conciso, habló con alguien acerca de un eterno lagrimoso, un lloroso o algo así. Al finalizar la llamada suspiró preocupado.

Después de un corto viaje bajo el golpeteo de la lluvia, pasamos por encima de una línea de sal gruesa que atravesaba el camino. Gunnar se detuvo otra vez para arreglar lo que habían estropeado las ruedas. Miré el mapa en el teléfono de Jorma. La cobertura era muy mala (evidentemente mucho peor que la del viejo móvil de Gunnar) y, según el GPS, donde estábamos nosotros en ese momento no había ningún camino, solo una mancha verde vacía.

Media hora después me pareció reconocer el sitio donde había encontrado a la niña que llevaba el pasador de perlas, pero al parecer quedaban quince minutos para que volviera a ver la casita roja.

Yo no iba sentado al volante y no podía hacer nada al respecto, pero caí en la cuenta de una cosa: estaba totalmente perdido en medio de la selva virgen.

12

El cuarto de baño de Greta y Gunnar era pequeño pero estaba muy limpio. Los grifos de la bañera eran de los que no veía desde hacía tiempo, uno para el agua fría y otro para la caliente, lo que daba lugar a que resultara un poco difícil conseguir la temperatura adecuada, pero poder ducharse era sumamente agradable. La verdad es que yo estaba un poco sorprendido por la forma tan tranquila y sensata que traté el hecho de haber perdido mi coche y todo el equipo de magia. Probablemente estaba embotado por el hambre y el cansancio. Esperaba que no fuera nada relacionado con la resignación. Al día siguiente me encargaría de todo, o al menos esa era mi intención. Me puse la ropa interior seca y limpia que llevaba en mi bolso de bandolera, y Gunnar me prestó un chándal horrible de varios colores. Greta se ofreció para lavarme el traje y yo le dije que no solo era cuestión de meterlo en la lavadora. Ella se rio de mí y comentó que parecía que yo tenía dificultades para confiar en la gente.

Antes de sentarme a la mesa, Gunnar se acercó y me echó por la cara otro chorro de líquido con el pulverizador. Apreté las mandíbulas. La sala de estar hacía también las veces de comedor. Greta levantó un extremo de la mesa y de ese modo hubo sitio para los tres. Gunnar puso la mesa. Como todo lo que había en esa casa, los platos y las fuentes estaban muy gastados pero bien cuidados.

Cuando nos sentamos, Gunnar me sirvió codillo de cerdo y puré de nabos. Le dije que podía servirme solo pero él insistió, llenó un vaso de cerveza floja y me lo dio. Yo no había bebido ese tipo de cerveza desde que era pequeño. Ni siquiera sabía que existía aún, con ese sabor tan peculiar que era como una mezcla de cerveza y de ese zumo que se bebe por Navidad. Dulce y raro. Pero estaba bastante buena, o tal vez yo estaba sediento. Me bebí el vaso de un trago y me lo volvió a llenar.

Los platos cocinados por personas mayores suelen resultar insípidos y secos o demasiado salados, pero los codillos estaban jugosos y ricos de verdad. El puré

de nabo no es que sea uno de mis favoritos, pero hasta eso Greta lo había hecho bien. Pensé si la comida llevaría ese «insecticida» para los espíritus, aparecidos y otros seres diabólicos, pero no quise preguntar.

La comida casera me sentó de maravilla y al terminar estaba somnoliento y bastante satisfecho, la verdad. Gunnar y Greta charlaban entre ellos. Yo tal vez debería haberles formulado alguna de esas preguntas habituales de cortesía, como a qué se dedicaban, si les gustaba vivir en el bosque y cosas así. Pero di por hecho que estaban jubilados y que no hacían nada. Así que me quedé en silencio hasta que ellos centraron su atención en mí.

—¿Viven tus padres? —preguntó Greta.

—Sí —respondí.

—¿Os veis a menudo?

—No.

—¿Tienes hermanos?

—No.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Separado?

—No.

—¿Vives con alguien?

—No.

—¿Hijos?

—No.

Sus preguntas rápidas y personales hicieron que me sintiera como si estuviera en un interrogatorio, lo que no me gustó nada. Ya es suficiente, pensé. Pero ella tenía una pregunta más.

—Entonces ¿no te echaría nadie de menos si desaparecieras sin dejar rastro?

—¿Cómo?

Greta y Gunnar intercambiaron un par de miradas rápidas y sonrieron, como si compartieran una broma entre ellos. Después Greta volvió a dirigirse a mí.

—¿Cuántos accidentes has tenido hoy?

Me mordí los labios. Reanimado tras la ducha y la comida casera, me dirigí a ellos en el tono más educado y amable que pude.

—Las cosas están así, Greta. Y Gunnar. No acepto vuestra hipótesis en absoluto. No creo que haya sido maldecido por un zomer por no haber ayudado a

la niña a recoger flores. El día de hoy ha estado lleno de contratiempos y accidentes, pero no están relacionados con los karmas, maldiciones ni posiciones estelares. Unos días son mejores que otros, no es más complicado que eso.

En el preciso instante que acababa de hablar, una de las patas de la silla se torció. Se me cayó el tenedor y, después de dar una voltereta hacia atrás, caí al suelo. Mi cara y una vieja vitrina consiguieron que me detuviera. Platos y tazas temblaron en el interior del armario. Gunnar levantó la silla rota y acercó un sillón a la mesa.

—Deberíamos cambiar esa silla, pero casi nunca tenemos invitados a comer y simplemente lo hemos dejado para luego. ¿Te has hecho daño?

—No ha sido nada —mascullé con el rostro dolorido mientras me sentaba en la silla.

Menos mal que Gunnar y Greta no pensaron que la desvencijada silla se había roto por causas sobrenaturales. Esperaba que pudiéramos dejar de una vez ese tema absurdo.

—Dices que no crees, y tal vez se deba a que no has vivido por estas latitudes, pero supongo que habrás oído hablar de «El Gran Alboroto» —dijo Greta.

—No —dije volviendo a la comida.

Estaba hundido en el fondo del sillón, por lo que ellos parecían más altos y me sentía como un niño.

—El Gran Alboroto fue el inicio de una persecución de brujas que tuvo lugar en Suecia en la segunda mitad del siglo xvii, cuando varios centenares de mujeres fueron quemadas en la hoguera. Ello produjo que las brujas, e incluso personas corrientes que eran algo distintas y pensaban de otro modo, huyeran de las zonas edificadas y se escondieran en el bosque. Por ejemplo, en lo más profundo de Tiveden. Gunnar, yo y la mayor parte de las personas que vivimos aquí somos descendientes de las brujas. A medida que el mundo se fue desarrollando con redes viarias y electricidad, los seres del bosque disponían cada vez de menos espacio para moverse en libertad y hasta ellos tenían que buscar zonas despobladas para poder estar en paz. Cuando distintas especies se ven obligadas a convivir en una zona reducida se pueden producir desórdenes, pero tratamos de ponernos de acuerdo del mejor modo posible.

Yo tendría que haber asentido y seguir comiendo, pero no pude quedarme callado.

—¿Así que, según tú, Tiveden es un gueto de brujas, zomer, gnomos y seres

por el estilo?

—No, los gnomos están en el norte —dijo Greta riéndose como si acabara de decir una estupidez.

—Está bien, pero si puedo intercalar algo que tenga una mínima base de realidad en esta conversación, quisiera preguntar por qué razón ningún visitante del Parque Nacional de Tiveden ha visto a ningún ser extraño por allí ni los ha fotografiado. De haberlo hecho lo habríamos sabido, ¿no?

—Porque van a la zona turística de Tiveden, donde hay senderos con visitas guiadas y esas cosas. Además, la línea de sal y los cubiertos de plata de la parte exterior os protegen y evitan que salgan los zomer y os hagan un montón de diabluras. Tú simplemente tuviste la mala suerte de meterte en la parte antigua de Tiveden, a pesar de todos los carteles de advertencia que hemos puesto. Aquí no hay turistas, sino zomer que maldicen cuando no ayudas a coger flores.

—Pero si los que vivís aquí sois descendientes de brujas, ¿no tendríais que ser capaces de hacer brujería y ahuyentar a todos esos seres? ¿Lanzándoles una bola mágica de fuego, por ejemplo?

Noté algo de irritación en mi tono de voz, pero no podía evitarlo.

—¿Por qué la gente siempre tiene que expulsar y exterminar todo lo que le resulta incómodo e inadecuado? —dijo Gunnar—. ¿Por qué tenemos que ser siempre nosotros los que pongamos las condiciones? Si estamos nadando en el mar, podemos tener la mala suerte de encontrarnos con un tiburón. ¿Quieres exterminar a todos los tiburones?

—Al menos los tiburones existen de verdad —murmuré.

Greta y Gunnar parecían un poco enfadados. Tras unos minutos alabé la comida, en un intento de descongelar la fina capa de escarcha que se había extendido alrededor de la mesa.

—¿Sueles tomar pastillas para el dolor de cabeza? —preguntó Greta mientras me servía más codillo de cerdo.

—¿Por qué?

—¿Sabes cómo funciona exactamente una pastilla para el dolor de cabeza? ¿Eres capaz de hacerlas tú mismo o confías al tomarlas que te pueden curar el dolor?

—Yo confío en que existen analgésicos porque está demostrado científicamente que pueden curar el dolor.

—¿Sabes qué diferencia hay entre la confitura y la mermelada? —preguntó Gunnar.

—Nunca lo he pensado.

—Entonces ¿si te doy mermelada crees que es mermelada, y si te doy confitura crees que es confitura?

Enderecé la espalda intentando ponerme al nivel de sus cabezas.

—Disculpa, pero esa comparación no tiene ningún fundamento. Las pastillas para el dolor de cabeza, la confitura y la mermelada no son en absoluto lo mismo que creer que existan gnomos, brujas y maldiciones solo porque alguien lo diga.

Greta acercó su silla hacia mí y procuró hablar en un tono levemente suplicante.

—¿No podrías pasar el fin de semana aquí y dejar que te ayudemos? Ciertas cosas que tienes que hacer para deshacerte de la maldición es muy conveniente hacerlas los días en torno al solsticio de verano, y de todos modos no tienes nada por lo que volver a casa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No te relacionas con tus padres, no tienes esposa ni hijos. ¿No podrías estar aquí en vez de quedarte en casa completamente solo?

—No voy a estar en casa completamente solo. Tengo una... fiesta importante la víspera del solsticio de verano.

—Vaya, qué agradable. ¿Quién va a ir?

—¿A qué te refieres?

—No parece ser una persona que organice fiestas para otros.

—¿En qué basas esa suposición? Ayer fue mi cumpleaños, pero estaba de viaje y no podía invitar a todos los amigos que querían agasajarme. Por ello, este fin de semana voy a celebrar el cumpleaños y el solsticio de verano a la vez. Y vendrá un montón de gente.

—Felicidades con retraso. Di solo tres personas de las que van a ir a la fiesta.

La verdad es que me quedé un poco desconcertado. Ni siquiera pude inventarme tres nombres para poner fin a las difíciles preguntas de Greta. Cuando lo pensé detenidamente tampoco pude reunir tres personas existentes a quienes quisiera invitar a una fiesta. Aparte de mis padres, ninguna persona me llamó para felicitar me el día de mi cumpleaños. El hecho de cumplir cuarenta y cinco no tiene mucho que celebrar, sin embargo... Ninguna persona es bastante poco.

—Está bien, no voy a hacer ninguna fiesta. Pero quiero irme a casa.

Gunnar se levantó para traer café y pastel relleno (de confitura, no de mermelada), y luego se volvió a sentar con nosotros.

—Sé que decimos muchas cosas que deben sonar raras e irreales en tus críticos oídos, pero ¿no podrías quedarte a dormir esta noche y consultarlo con la almohada? Tenemos una cabaña de invitados en la que podrás estar en paz. Debes de encontrarte muy cansado, en eso creo que estamos de acuerdo. Consúltalo con la almohada y mañana veremos cómo te sientes.

13

La cabaña de invitados resultó ser una vieja caravana que estaba encajada entre dos pinos en una colina a poca distancia de la casa de Greta y Gunnar. Fuimos subiendo por un sendero estrecho. La lluvia había cesado y el bosque mojado tenía un olor fuerte, fresco y fragante. Casi abrumador para mí, que no estaba acostumbrado a la naturaleza.

En la chirriante caravana había luz y agua. Debió de ser un modelo de lujo en algún momento allá por los setenta. Aunque muy desgastada y con cierto olor a humedad, estaba limpia. Mientras Greta hacía la cama, Gunnar me mostró el funcionamiento del hornillo y la cabina de ducha. Encima de la mesita que estaba junto a la ventana posterior había un nivel de burbuja. Me explicó que la caravana tendía a inclinarse un poco hacia una pendiente que había al otro lado de la colina.

—Así que cuando te sientes a comer en este lado sería conveniente que controlaras el nivel.

Al mirar por la ventana vi una pronunciada pendiente a pocos metros de la caravana y filas de árboles que desaparecían en el fondo de un barranco cubiertos por la neblina.

—Supongo que no hay ningún riesgo de que caiga rodando —dije con cierta preocupación.

Gunnar negó con la cabeza.

—No tiene por qué pasar nada, pero ha estado lloviendo todo el día y el suelo está un poco blando. Además se dan otras circunstancias.

Me dio un pulverizador lleno de líquido.

—Aunque no creas en las cosas de las que hablamos, te recomiendo que te rocíes el contenido de este pulverizador por todo el cuerpo antes de acostarte. Sería una pena que te ocurriera un accidente mientras duermes.

Me senté a la mesa. Subí y bajé el húmedo asiento de vinilo. Empujé un par de veces la pared posterior con el hombro. El remolque era estable. Salí y me agaché para mirar. Vi unas sólidas cuñas de madera a ambos lados de los dos pares de neumáticos. Gunnar y Greta salieron y se pusieron a mi lado. Se preguntarían qué estaba haciendo. Vi sus miradas y señalé los neumáticos.

—Si el remolque se acerca al borde esta noche tan solo unos centímetros, prometo que creeré en las maldiciones y que no haré más preguntas escépticas. Es imposible que los neumáticos pasen por encima de esas cuñas de madera a no ser que la caravana fuera remolcada por un coche, de lo que me daría cuenta aunque estuviera durmiendo profundamente.

Gunnar y Greta se limitaron a sonreír y yo volví a entrar en la caravana.

—Ah, solo una cosa más y luego te dejaremos en paz —dijo Greta—. Si esta noche oyes que dan cuatro golpes en la puerta, no abras.

Gunnar inclinó inmediatamente la cabeza asintiendo.

—Está bien. Buenas noches —dije empezando a cerrar.

—Hay alguien que ronda por aquí por la noche y va llamando a las puertas, así que es *muy* importante que no abras si llaman cuatro veces —añadió Greta.

—¿Alguien ronda por la noche y llama a las puertas?

—Se trata de un zomer y nadie sabe cómo es, ya que todos los que han abierto la puerta han desaparecido sin dejar rastro. Así que *no* abras la puerta si llaman cuatro veces.

—De acuerdo, gracias por la información, la tendré en cuenta. Pero si yo fuera alguien que va llamando a las puertas por la noche, engañaría a la gente y llamaría dos o tres veces en lugar de cuatro. Parece un poco estúpido advertir previamente; es como si un ladrón avisara al personal antes de entrar al banco. Me parece una idiotez que se limite a seguir unas normas estrictas que reducen sus posibilidades. ¿Tal vez los zomer *son* idiotas? Si fuera yo, arrancararía la puerta en vez de llamar; es así de sencillo. Pero supongo que no es fácil saber cómo razona alguien que ni siquiera existe.

Al concluir mi discurso les dirigí una amplia sonrisa que no me devolvieron. Les agradecí la comida y la hospitalidad y cerré la puerta. Afuera caía lentamente la tarde, pero tardaría un rato en hacerse de noche. El pulverizador estaba encima de la mesa al lado del nivel de burbuja. Revisé mi bolso. Tenía cepillo de dientes, dentífrico, maquinilla de afeitar y un par de mudas. Intenté conectarme a internet con el móvil de Jorma. Quería ver si había pasado algo en el mundo, si había recibido algún correo electrónico, y tal vez también averiguar

qué diferencia había entre confitura y mermelada. Apenas había cobertura y, cuando me di por vencido y guardé el teléfono, me quedé sentado un momento con la mirada fija en el pulverizador que tenía delante. Mi mano se movió vacilante por encima de la mesa. Cogí el pulverizador y lo apreté dos veces para que el líquido turbio se esparciera sobre mí. Hice una mueca al notar su sabor amargo en los labios. Recordaba un poco al aguardiente picante.

La cama era estrecha, dura y casi demasiado corta. Me estiré de espaldas, incómodo. Miré el techo. Cerré los ojos. Volví a mirar el techo aunque me resultaba difícil mantener los ojos abiertos. Me pregunté si no debería levantarme para lavarme los dientes y quitarme el chándal. Probablemente me dormí unos segundos después. Soñé que me despertaban unos amenazantes golpes en la puerta y que escondía asustado la cabeza debajo de la almohada.

14

Sebastian y yo nos sabíamos al dedillo los trucos de la caja de magia. Competíamos entre nosotros para ver quién era mejor. De forma amistosa, por supuesto. Fuimos desarrollando nuevos trucos basados en lo que habíamos aprendido de los que contenía la caja.

No quiero presumir, pero yo era el que tenía más talento de los dos. A mí me resultaba bastante fácil aprender nuevos trucos, en cambio a Sebastian le ocurría lo contrario. Se suponía que él tendría que haber adquirido coordinación y sincronización en su época de baterista, pero al parecer no fue así. Le tenía que dedicar por lo menos el doble de tiempo que yo a cada pequeño detalle.

Cuando algo iba mal él siempre se lo achacaba a circunstancias externas o a mí. Apretaba las mandíbulas, se iba a su casa a practicar toda la noche y al día siguiente volvía algo mejor que el anterior. Solía estar agotado y ojeroso debido a la falta de sueño y a las violentas peleas que mantenía con su padre, que bebía mucho. A veces le notaba olor a alcohol y a comida grasienta. Era como si el olor del sucio y descuidado apartamento en que vivía se le pegara al pelo y a la ropa. Pero de todos modos luchaba para mantener el ritmo conmigo.

Yo estaba totalmente seguro de que mi talento llegaría más lejos que su esfuerzo pero debo reconocer que su interés era admirable, sin tener en cuenta lo que ocurrió después entre nosotros.

Un lunes que estábamos en el comedor de la escuela, lo noté inusualmente taciturno. Su madre había muerto de una sobredosis hacía un par de semanas y él había asistido al sepelio ese fin de semana. Dado que Sebastian era mi primer amigo y la primera persona que conocía a la que se le había muerto alguien de la familia, no sabía bien qué se esperaba de mí. Le di el pésame varias veces y, por lo demás, me comporté más o menos como de costumbre. De todos modos fue en el comedor donde Sebastian, después de un largo silencio, me vino con la peor propuesta que había oído en mi vida.

—Tendríamos que empezar a actuar en público.

Al principio pensé que se trataba de una broma, pero me equivoqué. En realidad no era ninguna sugerencia rara sino más bien el siguiente paso, y había que darlo de forma natural, aunque en aquel momento yo no pensaba más allá, solo que me resultaba divertido hacer magia y practicar nuevos trucos en mi cuarto. Actuar ante un grupo de desconocidos sonaba aterrador, era totalmente impensable.

—No estoy muy convencido. No creo que me atreva —dije y luego me arrepentí, ya que supuse que Sebastian iba a pensar que yo era un cobarde.

No lo hizo.

—¿No sería divertido intentarlo de todos modos? Puedo preguntar en el centro de actividades extraescolares; la semana pasada actuó un ventrílocuo allí.

—Claro, tú estás acostumbrado —dije refiriéndome al hecho de que él tocaba la batería en un grupo—. Nosotros nunca hemos actuado en público. Me parece algo espantoso.

—A eso me refiero. Debe de ser espantoso, pero ¿y si fuera también divertido? ¿Qué pasaría si a la gente le pareciera que somos buenos?

—¿Y si les pareciéramos una mierda? —repliqué.

Se encogió de hombros. Seguimos almorzando en silencio hasta que él soltó el tenedor, se inclinó sobre la mesa y bajó la voz.

—Me peleé con mi padre durante el sepelio, en el interior de la iglesia, delante del cura y de todos los primos. No creo que pueda ser peor que eso.

Aquella noche me costó mucho conciliar el sueño. Me quedé despierto hasta pasada la medianoche, tumbado en la cama mientras miraba la foto del mago con su capa negra y de su asistente femenina que, ligera de ropa, había entrado en trance y parecía flotar delante de él.

La idea de actuar en público me daba vueltas en la cabeza como ropa mojada y pesada dentro de una lavadora. Pensé en Sebastian y en lo terrible que debe de ser perder a tu madre. Deseé haber tenido más práctica en hablar con la gente antes de conocerlo para saber mejor lo que se le dice a un amigo cuando está triste.

Ese fin de semana, para mi sorpresa, le dije a Sebastian que si él podía concertar una actuación, yo estaba preparado para intentarlo.

Iniciamos nuestra carrera en un centro recreativo juvenil en Bredäng. A las cuatro y media en una sala con capacidad para unos cuarenta espectadores. El

público se iba a componer de chicos y chicas que mataban el tiempo entre las clases y la hora del almuerzo. Procuré no pensar en lo que ocurriría si hacíamos el ridículo.

Antes de la función me puse a dar vueltas por el pasillo de ese lugar mientras Sebastian estaba sentado en el inodoro por problemas estomacales graves. Cinco minutos antes de la hora de empezar había solo siete personas en la sala. Sugerí que lo suspendiéramos, pero Sebastian consideró que era demasiado tarde para echarse atrás. Nuestro camerino era un cuarto de la limpieza que estaba al lado de la sala. Nos cambiamos de ropa poniéndonos unas camisas negras arrugadas a juego con unos pantalones de vestir que habíamos comprado en las rebajas de H&M.

En el cuarto de la limpieza Sebastian aprovechó para contarme que había abandonado el grupo de música y que tenía intención de dejar de tocar la batería. Con ello se volvió tan poco interesante como yo. Dos chicos que forman un dúo de magos no puntuaba nada en la escala del machismo ni despertaba el interés de las chicas.

Las siete personas del público eran más jóvenes que nosotros. Debían de ir a quinto o sexto grado. Parecían estar relativamente impresionados cuando salimos al escenario —que simplemente era una parte de la sala en la que no había sillas— mientras sonaba *Thriller*, de Michael Jackson. Una entrada dramática con truenos y aullidos de lobo. Apagamos la música y por la sala se extendió un silencio incómodo. ¡Comienza el espectáculo!

Aunque habíamos ensayado los trucos muchas veces, no le habíamos dedicado tiempo a la cuestión de manejar el contacto con el público. Explicamos con voz nerviosa lo que íbamos a hacer y luego lo hicimos.

—Ahora viene un truco de magia con pañuelos.

A continuación yo hice el truco con los pañuelos y después le llegó el turno a Sebastian, que parecía estar a punto de vomitar.

—Ahora viene un truco de magia con monedas.

Seguidamente él hizo un truco con monedas. Después volvió a llegar mi turno.

—Aquí viene un truco con aros de metal que están unidos. Yo haré que *no* lo estén.

Una vez concluido el truco, me incliné con rigidez. Sebastian volvió a tomar el relevo.

—Ahora voy a hacer un truco con bolas de papel y un vaso de plástico.

La verdad es que no recuerdo si nos aplaudieron entre un truco y otro. Es probable que no les diéramos la oportunidad de hacerlo, ya que procurábamos avanzar lo más rápido posible. Fue sin duda el cuarto de hora más largo de mi vida.

—Ahora voy a hacer un truco con cartas y voy a necesitar que alguien del público me ayude voluntariamente.

Esa era una parte peligrosa del espectáculo. Para mi alivio, una chica menuda y muy delgada se puso de pie. Fui hacia ella con las cartas, pero lamentablemente resultó que se había levantado para salir de la sala y otras cuatro personas más la siguieron. En ese momento había la misma cantidad de personas «en escena» que en el público. Ninguno de los dos pobres desgraciados que quedaban parecía querer participar en el truco de cartas. Tuvimos que suprimirlo y seguir con el número final, que consistía en que Sebastian y yo juntos desatábamos varios nudos mágicos de una cuerda.

Los trucos salieron bastante bien en el aspecto técnico, ya que los habíamos ensayado mucho, pero había que pulir un montón de cosas respecto a la presentación.

Después del espectáculo recogimos las treinta y cinco sillas que había y las apilamos encima de dos carros. No intercambiamos ni una palabra. Un monitor de tiempo libre de barba pelirroja entró en la sala y preguntó si nos había ido bien.

Yo me encogí de hombros.

—Ha ido genial —dijo Sebastian—. Queremos hacer otra actuación.

Lo miré asombrado. ¿Hablaban en serio?

Salimos de aquel lugar. Compramos sendas bolsas de patatas fritas y nos sentamos en una pendiente al lado de las vías del metro, fuera del centro de Bredäng. Sebastian se criticó a sí mismo por haber generado estrés en el público con el truco de la moneda sin darles la posibilidad de que vieran lo que hacía. Sin embargo estaba seguro de que las dos personas que se quedaron hasta el final volverían la próxima vez.

No entendía cómo podía él ser tan positivo. Pensaba que yo solo quería dejarlo, dejar la magia y volver a quedarme en casa leyendo libros temáticos tranquilamente.

Las patatas fritas se revolvieron en el inquieto estómago de Sebastian, que se fue a vomitar junto a una cerca y luego volvió de un excelente humor y con fe en

el futuro. Su entusiasmo me arrastró.

Seguimos actuando en centros recreativos de los suburbios del sur de Estocolmo. Skärholmen, Aspudden, Vårby Gård, incluso en Hallunda, que estaba a casi diez estaciones de Mälärhögden, donde yo vivía, y la verdad es que era como estar de gira. Teníamos una media de público de cinco personas. Las funciones vespertinas suelen ser peliagudas, a menos que actúes en Las Vegas. Cuando volvimos al centro recreativo de Bredäng teníamos ocho espectáculos mediocres en nuestro haber. El regreso a nuestro propio terreno no fue del todo el triunfo que esperábamos, ya que no asistió ni una sola persona, aunque hicimos todo lo posible para que las sillas pasaran una tarde inolvidable.

Mike Oldfield tuvo un gran éxito en los años ochenta con *Moonlight Shadow*. A Sebastian le encantaba esa canción, y en el mismo álbum, o disco, como se llamaba entonces, había un fantástico instrumental de veinte minutos de duración titulado *Crises*.

Habíamos visto en la televisión y en los vídeos que los magos profesionales utilizaban música en sus espectáculos igual que las bandas sonoras de las películas refuerzan lo que ocurre en la pantalla. A Sebastian y a mí se nos daba muy mal hablar con el público, por lo que él propuso que empezáramos a hacer magia con música. Yo iba por otro lado y en mi opinión debíamos mejorar el tema de las acotaciones, tal vez intentando escribir un breve guion que contara una historia acerca de cada número, como habíamos visto hacer a los magos en la tele y en los vídeos.

Sebastian sostuvo que la música era la solución a nuestros problemas. *Crises* era una pieza perfecta según él, una combinación de tranquilidad y fuerza con un final magnífico. Si pudiéramos ampliar el espectáculo de quince minutos a veinte y sincronizar los números «lentos» y los «rápidos» para que encajaran con la música, podía ser impresionante, según explicó.

El problema estaba en sincronizar nuestros juegos de magia con la música. Exigía largas horas de ensayo y que ampliáramos nuestro repertorio con cinco minutos de trucos nuevos. Hoy en día habría sido fácil editar música en el ordenador y seleccionar las mejores partes, pero entonces solo había un CD y una tecla de *Play* y otra de *Stop* que podías pulsar.

Además a Sebastian le fascinaba la música. Desde el principio tranquilo hasta el final rimbombante, veinte minutos y cincuenta y ocho segundos después.

Sebastian sigue utilizando hasta el día de hoy algunas partes de *Crises* en su espectáculo, además de bailarines, humo, luces, rampas hidráulicas, decorados carísimos y otros accesorios. Con Charlotta.

Hicimos una pausa de varios meses en nuestras representaciones para ensayar meticulosamente el nuevo espectáculo musical. En los suburbios del sur de Estocolmo nadie nos echó en falta. Durante las primeras semanas nos pareció que era imposible conseguir que los trucos duraran veinte minutos en total, por no hablar de ajustarlos a los cambios de ritmo e intensidad de la música.

Pero la práctica hace al maestro. Despacio pero seguro. Paso a paso. Cuando al fin la pieza musical concluyó sin ningún contratiempo, cuando ambos desatamos juntos el último nudo del truco de la cuerda en el *preciso* momento en que sonaba el último acorde del final, fue como si hubiéramos resuelto un misterio milenario, como si hubiéramos batido un récord mundial en alguna prueba de atletismo.

Los investigadores deben de ser capaces de repetir un experimento con los mismos resultados una y otra vez para que algo se pueda considerar probado científicamente. Una imagen borrosa del monstruo del lago Ness no es zoología, es una ensoñación. Manteníamos la misma postura. Un *solo* intento logrado no contaba. Llegamos incluso a intensificar los ensayos hasta el punto de que mis padres reaccionaron y se preguntaron por qué poníamos siempre la misma música. Al final estábamos preparados para la reaparición, y para obtener respuesta a nuestra pregunta acerca de si podíamos llevar a cabo nuestro experimento con éxito fuera del entorno controlado del laboratorio.

La respuesta a la pregunta fue no, lamentablemente. Actuamos en un centro recreativo cerca de Liljeholmen, a cuatro estaciones de metro de distancia de Mälärhöjden. El público estaba compuesto por unos diez adolescentes y un profesor. Faltamos a las clases después del almuerzo para disponer de tiempo para ir al centro recreativo y preparar mi equipo de música y los altavoces. Probamos el volumen con mucho cuidado para que sonara bien en todos los rincones del local, nos aseguramos de que el reproductor de CD estuviera firme para que no se produjeran saltos o variaciones en la música, simplemente no queríamos dejar nada al azar. Cuando salimos al «escenario» en medio de unos amables aplausos, el profesor estaba fumando de pie junto a una ventana. Apagó el cigarrillo y cerró la chirriante ventana al empezar la música.

Después de solo unos minutos ya estábamos desincronizados, no encajaba nada y probablemente se notaba en nuestros rostros. Cuanto peor nos sentíamos más nos estresábamos. Los trucos solo duraron trece minutos. Cuando desatamos

juntos el último nudo mágico del número de la cuerda nos quedamos de pie como dos imbéciles mientras seguía la música. Recuerdo que fui andando de lado como un cangrejo hacia el reproductor de CD y lo apagué.

En el local reinaba un silencio mortal. El público no sabía que habíamos terminado siete minutos antes de lo debido, pero Sebastian y yo estábamos tan afectados por el fracaso que nos quedamos allí de pie mirándonos uno a otro asustados. El profesor, con ganas de fumar, volvió a abrir la chirriante ventana y encendió otro cigarrillo. Vio algo gracioso al otro lado y agitó la mano para indicar a los chicos que se acercaran a mirar. Sebastian y yo seguimos de pie como petrificados cuando el público literalmente nos dio la espalda.

Hicimos unos cuantos intentos más con el espectáculo musical, pero pronto nos dimos cuenta de que habíamos sido demasiado ambiciosos, que había una gran diferencia entre estar de pie frente al público y hacer magia en mi cuarto donde no estaba nada en juego. Tuvimos una reunión de crisis en la desordenada casa de Sebastian, donde decidimos prescindir de *Crisis* de Mike Oldfield. Yo seguía pensando que deberíamos aprender a hablar con el público y decidimos escribir un guion para nuestros trucos de magia. Yo había leído montones de libros, y si era bueno para leer también debía serlo para escribir. Tal vez era una lógica rara, pero en torno a un juego de cartas con reyes, reinas y jotas monté una breve historia sobre el robo en un castillo en Transilvania. En cualquier caso se convirtió en nuestro nuevo objetivo. Sebastian me dejó decidir a mí, ya que habíamos fallado de un modo tan estrepitoso con su idea musical y escribir pequeñas historias para nuestros trucos era realmente divertido.

Además me daba la sensación de que era yo quien decidía.

Un par de meses después ya estábamos otra vez en uno de los centros recreativos que hay en los suburbios del sur de Estocolmo. En Axelsberg, a una estación de metro de Mälarhöjden. Una función de tarde con quince espectadores y una sala alargada. Corté las cartas de la baraja e intenté sonar relajado al hablar.

—Permitidme que os obsequie con un número mágico. Las cartas esconden un enigma, un misterio. Ese misterio acontece en un viejo castillo en Transilvania.

Sebastian me lanzó una mirada extraña. No entendí el motivo. Con un elegante movimiento extendí las tarjetas formando un abanico y lo dirigí hacia el público.

—Ahora os diré cómo descubrió el rey de corazones que la jota de diamantes le robaba dinero a...

—Es mi turno —dijo Sebastian de repente.

Era como si estuviera borracho y no supiera bien cuándo debía hablar y cuándo no. Me quedé helado y estuve a punto de que se me cayeran las cartas. Él tenía razón. Después de un truco bastante logrado con un pañuelo, con su correspondiente historia acerca de un hombre lobo resfriado, me animé y seguí adelante a pesar de que era el turno de Sebastian.

¿Cómo pude estropear el orden de ese modo? ¿Y por qué no pudo él aguantar el tipo y dejarlo pasar? En ese momento oímos un ruido raro entre el público. Dos personas se estaban riendo. Nos volvimos los dos a la vez y vimos que los asistentes nos sonreían. No eran sonrisas burlonas.

En realidad al público le había parecido divertido, como si hubiéramos dicho y hecho algo gracioso y entretenido.

A Sebastian le brillaba la frente de sudor. Nos miramos con gesto de asombro.

—Oh, sí... perdona, te toca a ti —espeté—. Tienes algo que contar acerca de una maldición que pesaba sobre el tesoro de plata del capitán Barba Azul.

—Exactamente —dijo Sebastian dejando resbalar unas monedas plateadas entre los dedos.

Yo seguía de pie en el centro, junto a la primera fila de sillas con espectadores, sosteniendo delante de mí las cartas en forma de abanico.

—¿Tal vez tendría que quitarme de aquí? —dije por la comisura de los labios mientras cerraba el abanico de cartas y daba unos pasos hacia un lado.

—Es bueno que vean lo que hago —dijo Sebastian ocupando mi lugar en el centro.

Más risas del público, a pesar de que Sebastian y yo solo divagábamos entre nosotros de forma torpe y forzada. Al parecer creían que el «gracioso» diálogo y la torpe apariencia formaban parte de la actuación.

Sebastian y yo encontramos lo nuestro por error: dos magos nerviosos que competían por ganarse la atención del público, se quitaban la palabra y se interrumpían mientras hacían los juegos de magia.

Más tarde evitaría mezclar la magia con bromas y necedades exageradas, pero en aquel momento estábamos hambrientos de atención después de tantas actuaciones frustradas.

Oír el estallido de las primeras risas fue para nosotros como saborear una

droga sumamente adictiva. Desde ese momento hicimos todo lo posible para que el público se riera. Seguimos intentando hacer magia lo mejor que pudimos, no dejamos los utensilios ni estropeamos los trucos, pero la combinación de unos juegos de magia bastante aceptables, el humor y fingir que competíamos entre nosotros en el escenario, fue una fórmula que poco a poco nos llevó a nuestro primer trabajo remunerado.

Después del inesperado éxito de la actuación nos pusimos otra vez la ropa de calle en un almacén. Era la primera vez que nos atrevíamos a dar una vuelta por un centro recreativo después de un espectáculo y nos arriesgábamos a recibir posibles reacciones del público. Sebastian se quedó de pie junto a la mesa de billar con un par de chicos. Yo fui a la cafetería a comprar refrescos y bolitas de avena. Había una chica allí que parecía un poco rara. Alta, delgada, unas gafas demasiado grandes y unas botas llenas de barro.

—Hola —dijo ella poniéndose a mi lado en la cola.

—Hola —dije yo.

—Habéis estado muy graciosos.

—Gracias.

—¿Cómo se llama?

—Anton.

—Y yo me llamo Charlotta, pero me refería a cómo os llamáis cuando hacéis magia. ¿Tenéis otro nombre?

—Ah, vale. Anton y Sebastian, creo. No tenemos ningún nombre especial.

En realidad ella formuló una pregunta bastante sensata desde el punto de vista del *marketing*. Sebastian y yo éramos sin duda bastante malos para decir quiénes éramos. Era algo que merecía la pena pensar en el futuro. Charlotta estaba muy cerca de mí cuando la cola se fue acercando a la caja de la cafetería. Empezó a hablar de otras actuaciones que había visto en el centro. Recitales de poesía, bandas de *rock* duro, exhibiciones de *break dance* y cosas así. Ella parecía agradable, pero yo había visto que un poco más allá había un par de chicas mucho más bonitas, así que no le presté atención. Unas chicas realmente preciosas. Esperaba que miraran hacia donde yo estaba. Pensé acercarme a ellas y preguntarles si me habían visto hacer magia.

Pero no me atreví. Permanecí en la cola con la incesante conversación de Charlotta en el oído.

Horas más tarde estaba otra vez en mi casa de Mälarhögden. Después de una cena equilibrada y nutritiva con mis padres subí a mi cuarto e intenté estudiar

algo con vistas a un examen. Me costaba concentrarme. No podía dejar de pensar en esas dos chicas tan bonitas con las que no me había atrevido a hablar. Por desgracia las recordaba vagamente. Todo lo que se me venía a la cabeza era Charlotta, como si su verborrea hubiera destrozado la parte de mi cerebro donde se alojaba la imagen de las dos chicas bonitas.

Tres semanas más tarde Sebastian y yo volvimos a Axelberg para otra actuación exitosa. ¡Más de veinte espectadores! Vi a Charlotta entre el público y me puse más nervioso de lo habitual. Después se acercó a mí. Empezó a hablar otra vez. En esa ocasión no había chicas guapas a las que mirar, así que yo también tuve que hablar un poco. Debí hacerlo bien porque ella me sonrió. Una sonrisa que fue el disparo de salida de mi primera relación con una chica. Charlotta y yo.

Que finalmente fue Charlotta y Sebastian.



La reina del bosque escuchaba la información sobre ese bobalicón tan antipático que se había perdido en Tiveden y había sido maldecido por un zomer. Le resultaba algo difícil concentrarse porque había una mariposa nocturna revoloteando alrededor de la lámpara del jardín de Greta y Gunnar.

A la reina del bosque lo que más le gustaba era dormir, y eso era lo que quería hacer casi siempre. Negociar con un zomer no le interesaba para nada, pues al final todos los involucrados solían ponerse de mal humor. Pero ¿tal vez se podía sacar algo positivo de esa situación? Tal vez ese desagradable bobalicón del mundo exterior podía ser útil en este momento, cuando la fuerza del susurro del viento había aumentado y ya no era solo un rumor que no auguraba nada bueno.

Ha vuelto el Eterno Llorón. No hay ninguna duda.

15

—Lo prometiste —dijo Greta.

Me encogí de hombros sin saber bien cómo manejar eso.

—Prometiste que creerías en las maldiciones si la caravana se movía y se acercaba al borde.

Media hora antes me había despertado en la caravana. Tenía todo el cuerpo dolorido por lo incómoda que era la cama, aunque había dormido como un tronco, y luego estaba la pesadilla de los golpes en la puerta. Porque había sido una pesadilla, ¿no?

La realidad se acercó de puntillas cuando me levanté por la mañana y enderecé la espalda. Mi coche hundido en el agua, actuaciones suspendidas, perspectivas sombrías. Parecía que todo mi mundo se había ido a la deriva. Una sensación que se reforzó al notar la fuerte inclinación de la caravana. Abrí la puerta y me metí dentro de un pino que no estaba allí la noche anterior. Perdí un combate de esgrima con unas ramas afiladas y caí boca abajo en un charco fangoso.

De algún modo la caravana se había desplazado unos metros durante la noche.

Gunnar, Greta y yo estábamos de pie con nuestras tazas de café. La mañana era brumosa y el suelo del bosque estaba húmedo.

—Bueno, se ha desplazado. Pero al parecer ha llovido mucho esta noche. Tal vez se haya... deslizado sobre el musgo húmedo.

La caravana logró rodar de algún modo por encima de los bloques de madera que había al lado de los neumáticos. La lluvia tal vez no era una explicación razonable, pero ¿de qué otro modo había podido suceder? ¿Viento huracanado? No, no sonaba creíble.

—¿Habéis estado aquí esta noche y habéis desplazado la caravana?

Gunnar sacudió la cabeza con tal fuerza que su largo flequillo revoloteó alrededor de las orejas. Demostró ser muy fuerte cuando, empujando la caravana hacia atrás con brazos y hombros, volvió a ponerla en el lado correcto de las cuñas.

Le señalé con gesto acusador.

—Tú *has estado* aquí esta noche y has desplazado la caravana. Reconócelo.

Volvió a sacudir la cabeza. En esta ocasión también esbozó una amable sonrisa.

—Habrá sido el tocapuertas noctámbulo, que se habrá enfadado porque no le has abierto.

—Seguramente —murmuré apurando el café.

Greta volvió a llenarme la taza con el termo de café. Bebí un poco más. En realidad el café cocido no estaba del todo malo, aunque había que tener cuidado con los posos. Entre los dos volvieron a colocar las cuñas en las ruedas. Cuando concluyeron los miré a los ojos e intenté tomar el mando.

—Muy bien. Así están las cosas. Es posible que lo prometiera, pero llevaba más de veinticuatro horas despierto, con lo cual probablemente, solo quería que os callarais para poder irme a la cama y estar tranquilo. Pero digamos que me creo lo de que he sido maldecido. No digo que lo haga, aunque *si* fuera así, ¿cómo... me curaría?

He de admitir que en realidad tenía *cierta* curiosidad por saber cómo te quitabas de encima una marca de la muerte. Aunque no creyera en ello.

—Lo primero que debes hacer es coger siete flores y dárselas al zomer —dijo Greta con naturalidad y con la voz tan relajada como si hablara del tiempo—. Con ello no te librarás de la marca de la muerte, pero si le muestras respeto es posible que su humor mejore y no sufras accidentes por una temporada. Le gusta dormir con flores debajo de la almohada.

—¿Usan almohada todas las criaturas del bosque?

—Lo segundo que debes hacer es suprimir los comentarios críticos y tomarte esto en serio.

—Lo intentaré —dije con una sonrisa forzada.

—Y una vez que hayas cogido las flores para el zomer tendrás que superar tres pruebas para demostrar que eres un visitante respetable en Tiveden. Si lo consigues, tendrás la ayuda de la Vieja Gandula.

—La... ¿qué? —pregunté intentando que mi tono de voz no sonara crítico.

—La Vieja Gandula es la reina del bosque. Si muestras respeto por el bosque

y por sus habitantes, ella podrá convencer al zomer para que te retire la maldición que pesa sobre ti.

Gunnar apoyó una mano amistosa en mi hombro.

—La moraleja de esta historia es que si una niña pide ayuda para coger flores hay que dárselas. Aunque en este caso particular la niña sea un zomer vengativo que quiere que te quites la vida y luego encerrar tu alma en su pasador. El principio es el mismo: pórtate bien con las niñas, ya sean grandes o pequeñas.

Asentí con la cabeza mirando a Gunnar con cierta rigidez cuando concluyó su serio discurso, aunque me hubiera encantado hacer algún comentario arrogante y mordaz.

—Está bien... primero coger siete flores para el zomer para que se ponga de mejor humor.

—Exactamente —dijo Gunnar disfrutando de un gran trago de café.

—Y luego tengo que hacer tres pruebas para demostrar que soy digno del bosque... y de la Vieja Gandula.

La fibrosa y curtida pareja septuagenaria asintió con gesto complacido.

—¿En qué consisten las pruebas?

—Empieza cogiendo siete flores —dijo Greta con amabilidad—. Siete flores distintas. No te alejes demasiado y procura volver antes de que se haga de noche.

Gunnar levantó el pulverizador y me roció con una abundante dosis. Yo apreté las mandíbulas.

*

Tendría que haberme puesto en contacto con el servicio de remolque para que sacaran mi Passat del agua y ver si se podía salvar algo de la caja donde llevaba mi equipo de magia y alquilar un coche para volver a casa, pero en vez de eso estaba saliendo del bosque, con el espantoso chándal de Gunnar y unas botas de goma demasiado grandes, con la intención de coger flores para un zomer. ¿Por qué? Realmente no lo sé.

Cuando Sebastian y yo veíamos películas de terror en la adolescencia, solíamos reírnos de esos personajes tan estúpidos que, a pesar de las evidencias, se negaban a creer que el asesino estaba escondido en el desván, que el vecino era un vampiro, que la casa en que vivían estaba edificada encima de un pórtico del infierno, etcétera. No tenía ninguna prueba clara de haber sido atacado por un zomer, ya que ni siquiera creía en ellos. Sin embargo estaba saliendo del

bosque. Tal vez mi razonamiento era que no pasaba nada por dedicarle unas horas a hacer lo que Greta y Gunnar querían que hiciera, ya que no tenía demasiada prisa por volver a casa.

Greta me había anotado en un trozo de papel el nombre de siete flores que debía haber en la zona. Lo desdoblé y fui leyéndolo a la vez que intentaba no dar ningún traspie entre tantas piedras cubiertas de musgo y ramas verdes.

Campánula

Brezo

Escorzonera

Margarita

Loto corniculado

Nenúfar rojo

Trébol

Había oído mencionar las margaritas y las campánulas pero sin móvil ni internet la nota no servía para nada. No tenía la menor idea de cómo eran las demás flores. Según Greta, no hacía falta que fueran precisamente esas y podía improvisar sin ningún problema, pero sería genial que consiguiera el nenúfar rojo, ya que por lo visto era la flor favorita del zomer. Estábamos a finales de junio y el nenúfar rojo florecía en julio y agosto, pero con un poco de suerte podía encontrar un lago que estuviera muchas horas al sol. En la parte posterior del papel, Greta había dibujado un plano que me llevaría a un lago de esas características. La casa de ellos estaba representada en el papel por un cuadrado.

Después de algunos cientos de metros de incómodo zigzaguear entre árboles y pedruscos no tenía la menor idea de dónde me encontraba con respecto a la casa del plano que no me servía de nada.

16

Cuando estoy en casa en Sundbyberg no suelo pensar si el aire que respiro es fresco o no por la simple razón de que no se repara en ello, solo es aire. En Tiveden el aire me parecía denso, dulce y «viscoso» como el almíbar. Probablemente olía a resina, ya que esa dulzura empalagosa camuflaba un fuerte olor a madera húmeda y agria. Además tenía un constante sabor a aguja de pino en la boca.

Me detuve y miré alrededor, casi sin aliento ya que cada paso que daba en ese terreno irregular era una pequeña aventura. El bosque estaba oscuro y nebuloso a pesar de que era mediodía. Un suave murmullo se extendía como una alfombra sobre mí y lo que me rodeaba.

Me dio la sensación de que me observaban. Greta me había dicho que era probable que el zomer me observara y que ella y Gunnar pensaban que si veía que yo había salido a coger flores tal vez se tomara con más calma lo de mis accidentes. De todos modos era solo una teoría de ellos.

Me pasé la mano por la frente y no me quedaron manchas de grasa en los dedos. Supuse que era positivo. La sensación de que alguien me observaba se intensificó. Me di la vuelta y me preparé para ver a «la niña» del vestido blanco mirando escondida en un árbol. Pero no estaba detrás de mí, por lo menos no la vi. Lo que sí vi fue unas flores amarillas en la tierra por donde yo acababa de pasar. Me extrañó no haberlas visto antes y cogí un par de ellas. Reanudé mi torpe caminar sobre troncos y piedras y me fui adentrando cada vez más en el bosque.

Antes de que saliese a buscar las flores, Greta me había preguntado de repente desde la puerta de la caravana:

—¿Puedes decirnos algo que te dé vergüenza?

—¿Vergüenza? ¿Qué quieres decir?

—Ya que vas a pasar aquí el fin de semana me gustaría saber algo más de ti.

Se aprende mucho de una persona cuando logras saber qué le produce vergüenza.

—Bueno, la verdad es que no lo sé bien. ¿De qué os avergonzáis vosotros?

—Yo me avergüenzo de que una vez dije que un pastel relleno de puré de zanahoria que había hecho Gunnar estaba delicioso a pesar de que no me gustó nada —dijo Greta.

—Fue un experimento que resultó un fracaso, y yo me avergüenzo de no haberme dado cuenta de que a ella no le había gustado y seguí haciéndolo —añadió Gunnar.

—Menudo enredo, y aun así seguís viviendo juntos —dije sin evitar el tono sarcástico.

—De todos modos aprendimos a ser más receptivos —dijo Greta mirando a Gunnar con una cálida sonrisa en los labios.

—Y que hay que respetar que ciertas cosas no se pueden utilizar para rellenar un pastel —dijo Gunnar profundamente inmerso en los misterios de su pastel—. Creía que tendría el mismo sabor que la tarta de zanahoria, pero sabía raro.

—Otra cosa de la que me avergüenzo es de lo mal que trataba a Gunnar cuando éramos jóvenes y no podíamos tener hijos —dijo Greta cruzando las manos—. El problema estaba en mí, pero me negué a aceptarlo, escondí el resultado de las pruebas del médico y le eché la culpa a Gunnar. Cuando pienso lo injusta que fui me siento muy mal.

Gunnar la rodeó con su brazo.

—Ya que no somos troles y no les robamos los hijos a las personas, empezamos a darle vueltas al tema de la adopción —dijo él—. Por entonces yo era joven, estúpido y cerrado, así que decidí que o tenía un «auténtico» hijo de Tiveden o no tenía ninguno. Otra cosa de la que tanto Greta como yo nos avergonzamos a veces es que nos resulta difícil decirle a la gente que no hemos tenido hijos, como si por ello valiéramos menos que otros. Pero hemos compartido una vida larga, rica y divertida los dos solos. Y *no* nos avergonzamos de ello.

Greta asintió. Luego me miraron, curiosos por saber qué me avergonzaba. No quería ser demasiado personal con ellos pero, ya que no nos íbamos a ver más en cuanto se acabaran las desgracias, no había en juego ningún prestigio.

—Yo me avergüenzo de haber trabajado de limpiador en IKEA por las noches.

Me miraron asombrados.

—¿No te gusta IKEA? —preguntó Gunnar.

—¿Te avergüenza haber sido limpiador nocturno? —preguntó Greta.

—Yo no soy limpiador, soy mago profesional.

Menos mal que entendieron que yo me refería a juegos de magia y no de esa magia sobrenatural que se decía que existía en Tiveden, así me libré de explicaciones y aclaraciones. No me pidieron que les hiciera un truco, lo que me gustó. Tampoco parecían estar impresionados ni mostraron curiosidad.

—No creo que tenga que pasar la aspiradora para poder pagar el alquiler —dije—. Creo que soy tan bueno como otros magos que pueden vivir muy bien haciendo magia. Hace tres años tuve que hacer horas extra por la noche para que no me vieran. Lo hice unos pocos meses y me avergüenzo de ello.

—Gracias por contarlo —dijo Greta—. Ahora sabemos un poco más acerca del tipo de persona que eres.

—¿A qué os dedicáis vosotros? —solté a pesar de que no me interesaba lo más mínimo—. ¿Estáis jubilados?

—Gunnar era trabajador de carretera y yo trabajaba en una fábrica textil a las afueras de Olshammar. Pero hace diez años ayudamos a una ninfa del bosque que estaba atrapada en un cepo para zorros. En agradecimiento por la ayuda convirtió diez ovillos de hilo en oro y desde entonces no trabajamos.

A esas alturas yo apenas reaccionaba ante todas esas cosas tan raras que decían. Pero cuando me introduje en el bosque y repasé mentalmente la conversación, me acordé de que Greta había dicho que yo iba a «*pasar allí el fin de semana*». ¿Por qué no había hecho ningún comentario? ¿Qué grado de importancia tenían las tres pruebas? Me puse de tan mal humor que no me fijé dónde pisaba y se me quedó atrapado un pie debajo de una espesa rama, tropecé hacia delante, se me cayeron las flores amarillas y yo caí rodando por un montículo. Codos, rodillas y coxis se vieron afectados por todas las piedras afiladas que había en el camino de descenso, hasta tal punto que casi fue un alivio caer después sobre un pequeño rellano y aterrizar en un estanque de aguas heladas.

Me enredé en unas raíces correosas y resbaladizas que había en el fondo, preso de pánico ya que no me había dado tiempo a tomar aire profundamente antes de sumergirme. Las raíces rodeaban y me apretaban como lazos brazos y piernas, y cuanto más tiraba y pataleaba más me dolía.

... *voy a morir...*

Los pulmones me estallaban en el tórax mientras mi mente debía centrarse en sobrevivir, sin embargo solo se me ocurrió pensar qué estarían haciendo Sebastian y Charlotta en ese momento. Tal vez estaban descansando después de una aclamada y rentable función en el Sparbanken Arena en Lidköping. Tal vez estaban sentados en una terraza de invierno con vistas a una bahía en una de las mejores zonas residenciales de Estocolmo.

Pensar en mis insoportablemente exitosos examigos debió de darme energía, porque conseguí librarme de las raíces y sacar la cabeza a la superficie. Cientos de mosquitos parecieron sentir curiosidad al verme salir del agua tosiendo y escupiendo e intentaron instalarse en mi nariz y en mis ojos inmediatamente.

Agité los brazos y me puse a gritar como un loco. Los pequeños insectos eran inmunes a mis jadeantes insultos. En ese momento me di cuenta de que la superficie del estanque estaba cubierta de hojas planas redondeadas y nenúfares rojos. Arranqué dos flores mientras seguía intentando defenderme de los mosquitos o lo que fueran esos bichos que atacaban con tanto entusiasmo.

Sujeté los nenúfares con la barbilla. Nadé, me puse de pie e intenté ahuyentar los insectos agitando los brazos. Agotado, me dejé caer sobre un tronco de árbol. Descansé un par de minutos hasta que me di cuenta de que el tronco formaba parte de un hormiguero enorme.

Sé que en Suecia hay hormigas negras y rojas. Las rojas pican. Eso es básicamente todo lo que sé acerca de las hormigas, además de que tienen un sistema social fascinante con reina y obreras, que los hormigueros son unas construcciones espectacularmente intrincadas y que, con razón, se enfadan mucho si te sientas en sus hormigueros. Enseguida me di cuenta de que se trataba de hormigas rojas, es decir, las que pican. Me puse a cierta distancia del hormiguero y tardé cerca de diez minutos en vaciar las botas y empezar a dar saltos por allí desnudo, blandiendo el chándal por encima de la cabeza en un intento de espantar a esas malditas picadoras. Si el zomer realmente me estaba observando a escondidas, en ese momento debía de estar riéndose de mí.

Sentí que odiaba Tiveden.

Odiaba los insectos rastreros y los voladores.

Odiaba al zomer.

Me vestí y seguí buscando flores.

Odiaba las flores.

17

Según mi viejo Casio resistente al agua llevaba tres horas vagando por el bosque. Me pregunté si podía ser cierto porque a mí me parecía que era el doble. La ropa se me había secado desde hacía un buen rato. Tenía picaduras de mosquito y de hormiga y me picaba por todos lados.

Llevaba un montón de flores en los brazos. De quince clases distintas por lo menos, una de cada. Greta tendría que seleccionar las que más se ajustaran al gusto de «la niña». Siempre que yo lograra encontrar el camino de regreso a su casa, ya que el plano que me había hecho no servía de nada.

Como la caravana estaba en una colina, me dejé llevar por el instinto y busqué el modo de ir hacia arriba. Cuando deambulaba cerca de un pantano lleno de rastros vi una tienda de campaña torcida y montada de cualquier manera. Había latas de conserva y bolsas de golosinas por el suelo. Comprendí que debía de tratarse de la tienda de Jorma. En uno de los lados de la lona había un desgarrón. Miré en el interior. No había nadie. Vi manchas rojas dentro de la tienda y alrededor del desgarrón. Esperaba que fuera ketchup. ¿O era posible que hubiera osos en esa parte de Tiveden?

—¿Jorma?

Mi voz sonó débil al gritar en dirección al bosque, como si fuera amortiguada por los árboles. No obtuve respuesta. Fui describiendo un amplio círculo alrededor de la tienda, asegurándome de no perder de vista el lado del que venía ni hacia dónde iba.

—¡Jorma! Pensé que habría salido de excursión para buscar piedras mágicas y cristales. Miré otra vez en la tienda. No pude determinar si el desgarrón se debía a un corte o a un rasguño, ni si lo habían hecho desde dentro o desde fuera. Probablemente lo hizo el propio Jorma. Debió de ser eso, pensé para convencerme a mí mismo ya que no tenía tiempo, fuerzas ni ganas de ir a buscarlo.

Dejé la tienda de campaña y continué en la misma dirección que llevaba.

*

El canto de las aves es algo que asocio a estar en medio de la naturaleza. En este bosque todo era silencio y tranquilidad. Desde que estaba en Tiveden no había oído *ni un solo* ruido parecido al de un pájaro. Mientras pensaba en ello se oyó el crujir de un árbol muy por encima de mí. Miré hacia arriba y vi algo que caía en picado en dirección a mi cara. Un nido de pájaros lleno de huevos cuyas cáscaras me cayeron de lleno. La verdad es que el golpe de una decena de diminutos huevos en la cara duele bastante.

Di unos pasos vacilantes hacia atrás. Al dolor se le añadió un hedor horrible. Me picaban los ojos y se me revolvió el estómago cuando una viscosa mezcla de huevo se me introdujo por la nariz y por la boca. Retrocedí hasta un tronco de árbol y noté algo peludo en el cuello.

Después, cuando Gunnar me limpió el arañazo que tenía en la cara con algodón y desinfectante, me dijo que una marta es un pequeño depredador al que le encantan los huevos de ave. Yo no tuve tiempo de hacerme una idea del aspecto de las martas porque el animal se lanzó desde el tronco del árbol directamente a mi cara, pero lo describiría como una mezcla de zorro pequeño y visón, provisto de garras y dientes muy afilados. En aquel momento agité manos y brazos intentando librarme del animal que me estaba atacando, que me mordió en un dedo y siguió lamiendo los huevos como si mi cara fuera un plato. Cuando terminó de comer, la marta se apoyó con fuerza en las garras, se volvió a subir al tronco de un salto y desapareció. Supongo que estaría satisfecho. Me limpié el rostro pegajoso y lleno de sangre por los arañazos y recogí las flores del suelo. No sé si el ataque de una marta, haberme sentado en un hormiguero y haber estado a punto de ahogarme en un estanque después de caer rodando por un montículo se podían considerar accidentes o si solo era el resultado de encontrarme en un entorno desconocido. De todos modos descargué toda la rabia que sentía en ese momento sobre el zomer gritándole:

—¡Ya he cogido un montón de flores, así que cálmate de una maldita vez!

No recibí respuesta, como es natural. El bosque permaneció en absoluto silencio. *Aquí estoy yo gritándole a un ser sobrenatural.* Traté de concentrarme y tranquilizarme. Hice de tripas corazón y proseguí mi torpe caminar sobre rocas cubiertas de musgo y ramas rebeldes.

—Hola. ¿Ha ido bien?

Me di la vuelta y vi a Gunnar tendiendo la ropa en una cuerda a pocos metros de distancia. La casa y el terreno al fondo. ¡Había encontrado el camino de regreso! Tal vez con un poco de suerte. Y con la ayuda de Gunnar, pues si él no me hubiera visto yo habría seguido caminando y habría pasado de largo.

*

Después de ducharme y vendarme me senté a la mesa. Greta sirvió patatas rellenas con mantequilla derretida y confitura de arándanos rojos. Unas esponjosas albóndigas de patata rellenas de carne de cerdo. Con un poco de sal era lo más sabroso que había comido en mucho tiempo. Cerveza floja para beber. Repetí. No escatimé con la mantequilla derretida. Después de las aventuras de ese día estaba hambriento.

Mientras yo engullía la comida, Greta revisaba el ramo de flores que había cogido. Retiró las malas hierbas y las que estaban repetidas y además recibí algún elogio por haber logrado encontrar siete flores distintas. Estaba especialmente complacida con el nenúfar rojo. Asentí satisfecho con la boca llena de masa de carne rezumante de mantequilla. De postre había pastel enrollado, como era de esperar. Una variante de frambuesa.

La silla en la que estaba sentado no se rompió y no me hice daño con nada durante la cena, lo que me pareció un gran éxito. Cuando estaba lleno y relativamente satisfecho, me acordé de algo que se tenía que solucionar.

—Greta, una cosa. Antes de irme al bosque dijiste algo acerca de que me quedara a pasar el fin de semana. ¿Cuánto tiempo tardaré en hacer esas pruebas?

—Depende de cómo te manejes con ellas. Yo creo que por lo menos hasta después de la fiesta del solsticio de verano, pero tardarás el tiempo que sea necesario.

—¿Ah, sí? No sé si aceptar eso. Creía que iría bastante rápido.

—¿Por qué pensabas eso? ¿Tienes mucha experiencia en ese terreno? —preguntó ella en un tono quisquilloso que no me gustó nada.

—Prometiste creer en las maldiciones si la caravana se movía y se acercaba al borde —terció Gunnar engullendo una porción de pastel—. En mi opinión hay que mantener las cosas que se prometen —añadió cuando acabó de masticar.

—¿No hemos hablado ya de esto? Es probable que lo prometiera pero, sinceramente, no creo en lo que dije que iba a creer, por eso creía que esto se iba

a solucionar con bastante rapidez.

Los dos se rieron a la vez. Yo no entendía nada y me encogí de hombros preguntándome qué sería lo que les resultaba tan gracioso.

—Has pasado medio día cogiendo flores para un ser sobrenatural en el que no crees —dijo Greta—. ¿No suena algo confuso? ¿Sueles pasar varias horas cocinando sin comerte la comida después?

Gunnar sonrió mirándola con orgullo. Parecía opinar que ella se había ganado un enorme y apabullante punto. Por desgracia estaba acostumbrado a estar de acuerdo, aunque fuera a mis expensas. Mi razonamiento era sumamente confuso. Yo simplemente no podía creer en todas esas cosas raras de las que hablaban. Al mismo tiempo que no las podía ignorar del todo, obviamente, pues de ser así me habría vuelto a Estocolmo hace tiempo.

Confusa era un buen modo de definir la situación, y empecé a desear que de repente me despertara en mi coche después de haberme quedado inconsciente a consecuencia del golpe que me di contra el volante al chocar con el sofá Chesterfield. Y también que todo lo que había ocurrido los últimos días solo fuera un sueño. Por desgracia no era así.

—De acuerdo, entonces tardaré el tiempo que sea necesario —dije intentando que sonara como si yo solo hubiera llegado a esa conclusión.

Deslizaron la fuente con el pastel hasta que la tuve delante de mí.

—Ah, por cierto. Vi una tienda de campaña desgarrada al pasar, no muy lejos de aquí —dije limpiándome las comisuras de la boca—. Creo que el dueño es un chico que se llama Jorma. Un imbécil que está aquí participando en un *quest*.

—¿Un qué? —preguntó Greta.

—Un imbécil.

—Me refería a la última palabra.

—¿*Quest*? Es inglés. Se trata de una especie de misión heroica. Sale en muchos libros y películas. En el caso de él parece que se debe a la influencia de los juegos de rol y de los ordenadores. Está aquí buscando piedras mágicas y cristales para su novia.

Noté en sus miradas que no entendían nada.

—Ni siquiera lo conozco, la verdad. Se apropió de mi coche en la estación de servicio y me hizo que lo llevara a un minigolf donde tenía su... campamento por así decirlo. Él creía que estaba en Tiveden, pero yo le dije que era probable que estuviera en el otro lado de la autovía.

—¿Así que lo enviaste aquí? —preguntó Gunnar con gesto preocupado.

—No es que lo enviara aquí, solo le dije que era probable que estuviera en el lado equivocado.

—¿Te dio la sensación de que esa persona tenía algún tipo de conocimiento del bosque?

—No me dio la sensación de que tuviera conocimiento de nada en absoluto.

En ese momento noté también preocupación en el rostro de Greta.

—¿Qué piedras buscaba?

—No presté demasiada atención a lo que dijo. ¿Pudo ser cuarzo de la bruja? ¿Oreja de trol, ojo de trol o algo así?

Gunnar se dirigió al teléfono que estaba encima de la cómoda junto al ovillo de hilo de oro.

—¿Qué aspecto tiene?

Tuve que pensar.

—Unos veinte años. Pelo grasiento. También puede ser gomina. Tiene demasiado pelo en la cabeza o lleva un peinado raro. Huesudo y pálido. Cazadora acolchada y grande. Habla sueco con un acento que parece una mezcla de escanés y finlandés.

—¿Tienes su número de teléfono móvil?

—No... pero tengo su móvil. Se le cayó en mi coche.

Gunnar llamó por teléfono y habló con alguien. Le pidió a él o a ella que vigilaran a un *trotavías* que probablemente andaba perdido por el bosque buscando piedras prohibidas. Cuando acabó la conversación le pregunté qué significaba *trotavías* y me dijo que es como denominan en Tiveden a la gente de la ciudad que se desplaza por carretera en vez de ir por los senderos del bosque.

—¿A qué te referías con «piedras prohibidas»? ¿Está buscando algo indebido?

—Sí, el cuarzo de la bruja, por ejemplo, es una piedra que a muchos zomer y espíritus les gusta coleccionar. Sería lamentable que Jorma encontrara una de esas colecciones. Más que nada para Jorma.

Greta y Gunnar me miraron como miran unos padres decepcionados a un hijo que ha hecho alguna estupidez.

—Yo no lo envié aquí a propósito, si es que lo hice. Además creía que su charla sobre piedras mágicas y cristales solo eran tonterías.

Ellos siguieron mostrando su decepción. Me cansé de sus miradas inculinatorias.

—¡Él se apropió de mi coche! La chica de la gasolinera rompió la luneta trasera porque creía que yo estaba allí robando con él. Me causó un montón de problemas, así que me importa un bledo que se pierda en el bosque. ¿Por qué no se preocupa nadie de *mí* ni de *mis* problemas?

Finalmente dejaron de mirarme con cara de decepción y nos acabamos de comer el pastel en silencio.

18

Un par de horas después de la puesta del sol fuimos al bosque. Greta y Gunnar delante, cada uno con su viejo quinqué. Yo los seguí llevando las siete flores, las picaduras de mosquito, de hormiga, las mordeduras de marta y de un humor pésimo. Gunnar había recibido varias llamadas telefónicas durante la tarde. Me daba la impresión de que se había emitido una especie de alarma avisando de que el *trotavías* Jorma deambulaba por Tiveden, y que los que vivían en la zona se estaban llamando unos a otros. Y que todo era culpa mía. Me parecía sumamente irritante e injusto.

Gunnar y Greta apagaron sus quinqués y me llevaron detrás de un pedrusco cubierto de musgo. Señalaron un árbol caído que estaba a unos diez metros. Greta me dijo algo al oído.

—Si ella está durmiendo, deja simplemente las flores y márchate. Si no está allí, deja las flores y di las palabras que hay en el papel.

Asentí con la cabeza y desplegué un papel en el que Greta me había escrito las disculpas.

—Y no añadas nada sarcástico ni desagradable. Solo tienes que decir lo que pone en el papel.

Volví a asentir. Del modo más sarcástico y desagradable que pude. Salí del escondite que había detrás del pedrusco e intenté moverme sobre el terreno irregular sin hacer ruido, pero me resbalaba y rompía las ramas secas a cada paso. He de admitir que no soy especialmente bueno para andar sigilosamente por el bosque.

El tronco de árbol apareció ante mí. Las raíces que se extendían por la tierra me hicieron pensar en una araña gigante en posición de ataque. No sabía si solo era una leyenda lo de que los árboles caídos podían volver a atacar como una almeja gigante si te ponías debajo. Era mejor ser prudente.

Al llegar miré el hoyo oscuro que había debajo del árbol caído. No había

ninguna niña durmiendo allí. Solo una almohada sucia. *Greta y Gunnar me están tomando el pelo. Son ellos los que han puesto esa almohada ahí*, pensé con escepticismo antes de obligarme a tomarme en serio la tarea. Reaccioné al ver algo por el rabillo del ojo y me pareció distinguir un movimiento al lado del tronco del árbol, en medio del bosque azul grisáceo cubierto de neblina. Me desagradó sentir que pudiera haber alguien allí observándome ya que tal vez se había movido algo detrás de un árbol que había por allí. Pero todo estaba oscuro, inmóvil y en absoluto silencio. No había nadie, al menos que yo pudiera ver.

Me agaché. Me introduje lentamente por debajo de las raíces del árbol y puse las siete flores debajo de la almohada. Si el tronco se hundiera, de repente me aplastaría. Preferí no pensar en eso. Una decena de escarabajos salieron arrastrándose cuando levanté la almohada. Me saqué un par de ellos de las botas de goma y me centré en las disculpas del papel que Greta me había dado. Como soy un profesional me las había aprendido casi de memoria. Mi voz debió de sonar bastante débil cuando, sin el más mínimo atisbo de sarcasmo, me dirigí suplicante a un espíritu del bosque.

—Aquí están tus flores. Te pido que seas indulgente con un *trotavías* ignorante e irrespetuoso como yo. Me disculpo por ello y pido perdón. También te pido que dejes de mandarme accidentes y castigos por unos días y que me des la oportunidad de que resuelva este conflicto con la Vieja Gandula. Mi deseo es que podamos resolver todo esto con la reina del bosque. Espero que este regalo demuestre que estoy arrepentido y que te tengo un gran respeto. Feliz solsticio de verano.

Después de un comienzo vacilante, me había salido bastante bien, o al menos eso me pareció. Como ya he dicho, soy un profesional y estoy acostumbrado a dirigirme a una audiencia que apenas está presente, sobre todo en fiestas de empresa y residencias de ancianos. El modo de expresar las disculpas me pareció torpe, pero no era culpa mía. Un desagradable crujido procedente de la parte de abajo de las raíces hizo que me levantara. Empezó a caer tierra de las irregulares raíces y, después de hacer una rápida y teatral reverencia a la almohada, me apresuré en volver con Greta y Gunnar.

Fuimos caminando por el bosque a la luz de los quinqués. Me acompañaron hasta la caravana y me dieron las buenas noches. Al día siguiente había que empezar la primera de las tres pruebas que yo tenía que hacer para demostrar que era digno del bosque y de ser recibido por la Vieja Gandula. Me metí en la incómoda cama con el temor de que este año el solsticio de verano iba a ser

deplorable. Igual que el año pasado.

*

El año anterior por esas fechas yo estaba con una mujer a la que podríamos llamar «Una mujer que no era Charlotta» para que pueda mantener el anonimato. En ese momento mi economía era bastante inestable, por lo que había cambiado mi número de abonado a una tarifa más barata. Según me informaron tendría que esperar unos días hasta que lo activaran y probablemente no sería hasta después de la fiesta del solsticio de verano. Una mujer que no era Charlotta y yo no vivíamos juntos y hacía unos días que no hablábamos, pero hacía tiempo que habíamos decidido celebrar ese día en la casa de sus padres.

Vivían en una casa adosada en Bromma, a las afueras de Estocolmo. Fui solo antes de que llegara *Una mujer que no era Charlotta*. En el jardín trasero estaba preparada la mesa para el almuerzo tradicional de ese día con arenques y todo lo demás. El padre de ella y yo estábamos de pie junto a unos manzanos con sendos vasos de cerveza hablando de fútbol.

Lo había visto en tres o tal vez cuatro ocasiones. Él siempre hablaba de futbol, un deporte que nunca he entendido. Unos hombres con pantalón corto que están tumbados en la hierba fingiendo que les duele algo mientras el reloj del partido sigue en marcha. Totalmente carente de interés.

El padre volvió a llenarme el vaso de cerveza mientras hablaba del Bayern de Múnich. Yo asentía con la cabeza mostrándome todo lo interesado que podía en su charla sobre jugadores y sistemas de juego. En ese momento sonó mi teléfono móvil. Dos mensajes nuevos. Uno era de mi operador para comunicarme que mi nuevo abono se había activado, lo que era una noticia muy positiva dado que creía que iba a estar sin teléfono durante la fiesta del solsticio de verano. El otro mensaje era de *Una mujer que no era Charlotta*. Lo había enviado el día anterior. No era positivo y ocupaba toda la pantalla:

Te he sido infiel durante un mes pero no siento remordimiento. Eres un egocéntrico y un amargado. No escuchas. No hiciste ni caso de mi lista con las cinco cosas que debes trabajar. Lo nuestro se ha acabado. Busca otra persona a la que aburrir con tu eterna cháchara sobre tu «carrera». No me llames. Adiós.

Leí el mensaje mientras su padre estaba en medio de una insoportable y detallada descripción de un gol limpio del Bayern de Múnich. ¿Egocéntrico? ¿Amargado? ¿No escuchaba? ¿Una lista de cinco cosas que tenía que trabajar?

Nunca había oído hablar de tal lista, al menos que yo recordara.

Noté la boca seca y bebí unos tragos de cerveza mientras el padre seguía con su parloteo. Tal vez *Una mujer que no era Charlotta* y yo habíamos atravesado algunas dificultades recientemente, pero era verano y yo tenía muchas actuaciones, por lo que no era de extrañar que a veces pareciera estar un poco cansado. Pero no creo que estuviera enfadado ni que fuera un quejica. Solía contarle un montón de anécdotas interesantes de mis viajes por todo el país, de los problemas con las habitaciones de los hoteles, de si las actuaciones habían resultado bien o no, de indicaciones viales que no servían para nada. De imbéciles sin vocación de servicio en gasolineras y restaurantes de carretera.

Una mujer que no era Charlotta trabajaba en una compañía de seguros. Un puesto administrativo de algún tipo. Creo. ¿No era mucho más interesante lo que yo hacía? ¿Tal vez esperaba que yo escuchara anécdotas sobre administración de seguros? Sonaba aburridísimo.

La madre de ella miró hacia el jardín. Sujetaba con sus manos un bol de fresas de un intenso color rojo y tenía aspecto de estar muy incómoda. Dijo que su hija, mi novia, acababa de llamar para decir que se retrasaba un cuarto de hora pero que venía de camino. Con su nuevo novio. Después la madre volvió a entrar en la casa y yo seguí al pie de los manzanos con el padre. El hombre, para no mirarme, se puso a leer la etiqueta de una botella de cerveza. Luego, empezó a toquetearla, supongo que esperando que me convirtiera en humo y desapareciera. No tenía nada en contra del padre, aparte de que nos interesaban distintas cosas. No me había hecho daño nunca pero en ese momento parecía estar muy molesto.

Tendría que haber abandonado inmediatamente el almuerzo del solsticio de verano al que ya no estaba invitado, pero de todos modos intenté arreglar esa situación tan embarazosa para él hablando un poco de fútbol.

—El Bayern... de Múnich —fue todo lo que pude decir, pero bastó para que los ojos del padre cobraran vida.

—Tienen un estadio fantástico —dijo tras un largo trago de cerveza.

—Debe de haber mucho dinero allí.

El padre asintió con la cabeza. Pensó unos segundos.

—¿Dónde está Bayern?

—En el sur de Alemania.

—¿Ah, sí? ¿Y Múnich?

—En Bayern. Probablemente por eso se llama Bayern de Múnich. —Vaya, qué interesante.

Y así fue como aprendí geografía alemana el día del solsticio de verano del año pasado, cuando Una mujer que no era Charlotta rompió conmigo.

*

Eran cerca de las dos de la mañana; a pesar de que estaba cansado me resultaba difícil dormirme. Intenté encontrar una postura cómoda en la estrecha cama, me rasqué una pierna con picaduras de mosquito y noté el aire viciado de la caravana cuando bostecé con la boca bien abierta. No podía dejar de pensar que había estado a punto de ahogarme en un estanque en medio del bosque, y que lo que pudo haber sido el último pensamiento de mi vida giró en torno a Sebastian y Charlotta. Bostecé otra vez e intenté pensar en otra cosa.

Cuando piensas que debes pensar en algo distinto a lo que estás pensando es frecuente que pienses justamente en lo que no querías pensar. Por eso empecé a pensar en Sebastian y Charlotta y en los muchos años que hacía que no hablaba con ninguno de ellos.

El verano anterior me quedé un rato sentado en mi coche a poca distancia de la ostentosa casa donde vivían, dudando si entrar o no en la parcela que había detrás de los altos setos y llamar a la puerta. Iba de regreso a casa después de una breve gira y di espontáneamente un rodeo y me dirigí a la zona residencial donde ellos vivían en vez de seguir directamente hacia donde vivía yo. Recuerdo que estaba quemado por el sol y parecía un borracho enrojecido y abotargado. No quería que me vieran en ese estado y además no teníamos nada de qué hablar. Después de pasar media hora mirando la casa encendí el motor y me marché.

Suspiré molesto por pensar en cosas que no quería pensar. Me puse a mirar el techo preguntándome si debería intentar contar ovejas, ¿por qué había que contar precisamente ovejas?

Entonces llamaron a la puerta.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

—¿Gunnar? ¿Greta?

No hubo respuesta.

Me incorporé. Volvieron a llamar. Cuatro golpes fuertes y pesados con largos intervalos. El desgastado suelo de linóleo crujió y tembló cuando fui hacia

la puerta.

—¿Jorma?

Tampoco hubo respuesta en esta ocasión. No había ventana en el lado de la puerta para poder mirar, pero era evidente que había alguien allí. No se trataba de un sueño como la noche anterior. Yo estaba despierto, estaba totalmente seguro.

Volvieron a llamar. Cuatro fuertes golpes.

Me acerqué con mucho cuidado y apoyé la cabeza en la delgada puerta. Al otro lado oí una lenta respiración en medio de la oscuridad. El ruido ronco era una mezcla del arrullo de una paloma y el vibrante aletear de una libélula. Un sonido muy molesto. ¿Sería un turista con una enfermedad pulmonar rara que se había perdido deambulando por el bosque y necesitaba ayuda? ¿Tal vez se trataba de un vecino de Greta y Gunnar, y ese sonido tan desagradable era algún búho que estaba en una rama cerca de allí? Busqué con afán explicaciones naturales. No sabía qué podía ser lo que estaba ahí fuera, pero el hecho de ser desconocido para mí no tenía por qué significar que fuera nada peligroso o sobrenatural.

Al mismo tiempo me arrepentía de haber ridiculizado a esas criaturas y sus reglas absurdas diciendo que si yo fuera uno que va llamando a las puertas por las noches los engañaría llamando dos o tres veces en vez de cuatro. En ese momento me pareció que era bastante práctico que te lo advirtieran y pudieras elegir si querías abrir o no después de oír los cuatro golpes en la puerta. *Si es que realmente* había un tocapuertas fuera.

Volvieron a llamar. Cuatro veces. Cuatro golpes tan fuertes y pesados que casi saltaron las bisagras. Retrocedí apartándome de la puerta con el mayor sigilo que pude. Me deslicé en la cama con cuidado y me tapé con el edredón. Cerré los ojos y metí la cabeza debajo de la almohada. Me quedé totalmente inmóvil hasta que por fin dejaron de llamar a la puerta. Después de un buen rato me atreví a sacar la cabeza de debajo de la almohada y el edredón. Tardé unas horas en dormirme.

19

El día estaba cálido y soleado cuando salí de la caravana con un fresco sabor de boca por el reciente cepillado y un regusto amargo en la mente por los desagradables golpes que había oído durante la noche y por la falta de sueño. Después de una ducha larga me puse delante del espejo y me miré con gesto ausente. No vi manchas oscuras en la frente, lo que estaba bien, pero tenía unos círculos oscuros alrededor de mis enrojecidos ojos. Me vi viejo y demacrado.

Abajo en la casa había gachas para desayunar. Gunnar y Greta se apretaban en la diminuta cocina. Él estaba preparando un pastel enrollado y ella tortitas de sangre. Cortaban entre los dos la carne seca de las tortitas en tiras largas que ponían sobre un lecho de sal gruesa en una sencilla bandeja de madera.

Estaban de muy buen humor cuando me dijeron que en Tiveden la celebración de la noche del solsticio de verano difería un poco del resto del país, que ellos no la celebraban bailando alrededor de una cruz cubierta de hojas y entonando canciones infantiles, y que en Tiveden el solsticio de verano no tenía ninguna relación con el cristianismo ni con el nacimiento de san Juan Bautista.

—Aquí todo está relacionado con el sol, la naturaleza y la fertilidad, unas tradiciones que se remontan a la época de los vikingos —explicó Greta mientras me servía una taza de café cocido—. Nuestra cruz del solsticio de verano se denomina mayo de Frey y es un palo grueso sin hojas ni otras florituras al que prendemos fuego al atardecer.

No presté demasiada atención a la charla acerca de la fiesta porque no podía evitar recordar el ruido de los golpes en la puerta de la caravana la noche anterior. ¿Había realmente en el bosque una criatura a la que nadie había visto porque quien le abría la puerta tras oír cuatro golpes desaparecía sin dejar rastro? A mí me resultaba difícil aceptarlo y hubiera querido preguntárselo a Gunnar y a Greta, pero entonces tendría que reconocer que había metido la cabeza debajo de la almohada.

Por lo tanto no dije nada.

Gunnar dejó de cocinar un momento y fue al dormitorio. Greta se sentó a la mesa y me ofreció un plato de gachas.

—Por la noche, después del solsticio, rodamos desnudos por la hierba cubiertos por la humedad de Freya.

No pude ocultar mi perplejidad y ella me aclaró de buena gana a quién se refería.

—¿No sabes quién es Freya? Es la diosa de la fertilidad.

—Sí, lo sé, pero ¿os cubrís con su humedad?

—Dejamos que el rocío de la noche nos envuelva antes de que salga el sol. Es muy refrescante y además estar desnudo a la luz de la luna es sumamente liberador. Si quieres, nos puedes acompañar.

Rechacé la invitación y me comí una buena cucharada de gachas. Estuve a punto de atragantarme cuando vi salir a Gunnar del dormitorio. Llevaba algo parecido a un bañador hecho con ramas de helecho. Recordaba un poco a ese tipejo verde que se ve en las latas de maíz. Greta lo miró y le brillaron los ojos. Yo procuré contener la risa.

—Es la vestimenta tradicional para el sol que llevan todos los hombres de Tiveden en el solsticio de verano —explicó con orgullo—. Si te interesa, hay helechos de sobra.

—Creo que prescindiré de eso. Por cierto, ¿está mi traje limpio?

Greta asintió sin poder apartar los ojos de su marido. Un veinteañero bien entrenado tendría un aspecto horrible con ese atuendo. Un cuerpo como el de Gunnar, con sus más de setenta años, era preferible que se mantuviera tapado todo lo posible, especialmente mientras yo desayunaba. Se sentó a la mesa y cuando me dio una leve palmada en la espalda le crujió la «ropa».

—Pero esto solo es para hombres de verdad —dijo lanzando una mirada coqueta a Greta, que sonrió con complicidad.

Ella fue en busca de una bolsa de plástico y luego fue a por mi traje, que estaba colgado en una percha. Greta había hecho un buen trabajo. Las manchas de café de la entropierna habían desaparecido, así como el ligero olor a habano del estudio de Rudolf. El traje olía a aire fresco y a agujas de pino. En la bolsa de plástico estaban mis zapatos, que había pulido hasta sacarles brillo. También estaban mis así llamadas cartas de la suerte, que Greta vio antes de lavar el traje. Le di las gracias por su ayuda, me comí las gachas y me abstuve del pastel enrollado que había de postre.

Después del desayuno fui a la caravana y me puse unos pantalones de peto, una camisa de franela a cuadros rojos y negros y un par de botas de goma. Todo de la colección del cateto de Gunnar. Me metí el juego de cartas en uno de los bolsillos del pantalón y me reuní con Gunnar y Greta en la puerta de la casa. Ellos llevaban cestas de comida cuando nos adentramos por uno de los caminos del bosque. Yo llevaba una mochila bastante pesada que después sabría lo que contenía. Me puse detrás de Gunnar y no tuve más remedio que ir todo el camino mirando su indumentaria de helechos.

Greta iba justo detrás de mí explicándome el programa.

—He estado en contacto con la Vieja Gandula y hemos acordado en qué consistirán las tres pruebas que van a determinar si eres digno de Tiveden y de su gente o si solo eres un *trotavías* sin remedio. La reina quiere que ayudes a una viuda a hacer una joya de luto, que cambies de sitio unas banderas y que quites el maleficio de una mansión.

—¿El maleficio de una mansión?

—Sí, mansión tal vez sea exagerado. Es un chalé grande.

—No es la palabra «mansión» lo que me ha hecho reaccionar. ¿A qué te refieres con maleficio? ¿Hay fantasmas?

—Exacto. Son una pareja de recién casados que dejaron Tiveden y se fueron a vivir a un chalé en Askersund, donde hay un fantasma, por lo que tienen dificultades para dormir y para centrarse y formar una familia.

—¿No es mejor que lo solucionéis vosotros que estáis acostumbrados a los espíritus, a los zomer y esas cosas?

Era una suerte que Greta, al ir detrás de mí, no pudiera ver la mala cara que puse. Tal vez también era una suerte que yo no viera la suya porque percibí cierto malhumor en sus comentarios.

—¿Entiendes lo que significa que demuestres que eres digno? La Vieja Gandula puede ayudar a la viuda, por supuesto, y puede solucionar el problema de la joven pareja, pero quiere que tú lo hagas para demostrar que eres digno y que vale la pena que utilice su poder en el bosque pidiéndole al zomer que te quite la marca de la muerte. En realidad el zomer no ha hecho nada que no deba hacer, solo ha seguido su comportamiento natural y le ha clavado las garras a una presa descuidada. Por eso la reina del bosque debe asegurarse de que vale la pena ayudarte. No creo que sea nada raro y me parece que ya lo he explicado varias veces.

Me encogí de hombros, no me gustaba ese tono mandón y retorcido de

Greta. Gunnar carraspeó.

—No es necesario que empieces por esa prueba en particular —dijo Gunnar en un tono alentador—. Empieza por algo que te resulte más fácil y así todo se solucionará con el tiempo.

—Está bien. ¿Qué más había? ¿Cambiar las banderas? ¿Qué significa eso?

—Es mejor que dejes las banderas para el final.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Empieza con la viuda que necesita que la ayuden con la joya de luto. Se trata básicamente de dar un paseo más largo. Ninguna de las pruebas es especialmente difícil. Va a ir de maravilla.

Sonaba forzosamente campechano. Me dio la sensación de que me ocultaban algo y de que Gunnar era un mentiroso realmente malo.

20

Los árboles alrededor del camino empezaron a clarear y llegamos a un espacio abierto cubierto de hierba donde daba el sol. Me llamó la atención la enorme cantidad de ruidos y de luz que quedaban amortiguados en el interior del denso bosque y lo agradable que era salir a una zona abierta. El espacio, que no se había podado, tenía una superficie de unos treinta metros cuadrados y estaba lleno de vida y movimiento. Había cerca de cincuenta personas sirviendo comida y bebida sobre largas mesas de madera sin pulir. Carne y pescado seco, cerveza floja, tazas de hojalata y tablas de cortar. Botellas sin etiqueta que contenían un líquido transparente y probablemente destilado en casa. La mayoría de las personas aparentaban tener por lo menos sesenta años. Todos los hombres llevaban bañadores de hojas de helecho. Vi por todas partes piernas y brazos desnudos y huesudos, con marcados tendones o suaves y flácidos.

Las mesas estaban distribuidas en forma de círculo en torno a una estaca que se elevaba hacia el cielo. Parecía un poste de teléfono y estaba cubierta de símbolos tallados que recordaban a las inscripciones rúnicas y a las antiguas pinturas rupestres. Supuse que era la cruz de mayo que levantaban en honor a Frey. Vi un pequeño gato de color gris oscuro descansando tranquilo bajo una sombrilla. Tenía un aspecto muy agradable.

Greta y Gunnar saludaron a los demás. Caras alegres y reverencias. Intercambio de comida y bebida. Miré alrededor y me sentí perdido y fuera de lugar. Al parecer eran sus vecinos y me pregunté si toda esa pandilla de viejos sería descendiente de las brujas que una vez se fueron a vivir a las profundidades de Tiveden, igual que Greta y Gunnar. En tal caso el aumento de la población era realmente bajo, o tal vez las generaciones más jóvenes habían tenido la sensatez de incorporarse a la civilización.

Gunnar y Greta me presentaron a varias personas a las que les di la mano sin molestarme en recordar sus nombres. La gente me miraba con curiosidad, no sé

si debido a que yo era forastero o a que era el único hombre que no iba disfrazado de helecho. Pude oír por casualidad varios comentarios algo alarmistas acerca de un *trotavías* que andaba perdido en alguna parte del bosque y me dio la impresión de que se referían a Jorma, pero no compartía la preocupación de ellos. Jorma me dijo en una ocasión que las personas deberíamos volver a la naturaleza, y tenía todo el derecho a poder sentir lo que era vivir sin comodidades.

Pasé cerca de unas ancianas que hablaban y brindaban en una mesa larga con vasos de chupito. Llevaban pequeños sombreros puntiagudos y parecían un grupo de brujas decrépitas. Tal vez incluso lo eran. Estaban jugando al Scrabble, que no era nada oculto siempre y cuando las palabras que formaban no produjeran ninguna maldición o hechizo, por supuesto.

Greta abrió una lata de atún y se acercó al gato de color gris oscuro, que bostezó y se desperezó antes de hincarle el diente al pescado con avidez. Me quedé de pie al lado de Gunnar, que parecía estar muy a gusto a pleno sol. Las viejas de la mesa larga le saludaron agitando la mano.

—Acabo de pasar por vuestro lado, ¿ya lo habéis olvidado? —gritó riendo.

Las mujeres volvieron a su Scrabble. Yo me dirigí a Gunnar.

—¿Todos los que están aquí son «auténticos» tivedenses o como se los llame? ¿Son descendientes de brujas y cosas así?

—Así es. Un grupo bastante decrépito y cargado de años, como puedes ver. No hay ningún desarrollo. Actualmente no hay grandes diferencias entre nosotros y vosotros los *trotavías*, pero antes vivíamos aislados y éramos anticuados, como esa gente de los Estados Unidos.

—¿Quiénes? ¿Los amish?

—No, me refiero a unos que viven en Pensilvania, creo.

—Sí, te refieres a los amish.

—No, me refiero a los que siguen desplazándose en carretas tiradas por caballos.

—Los amish.

—No, me refiero a esos que no utilizan cremalleras en la ropa.

—Los amish.

—No, me refiero a los que llevan trajes negros, sombreros y barbas cuadradas, y las mujeres vestidos largos muy antiguos. Hacen sus propias casas, sus muebles y...

—¡Los Amish! Estoy completamente seguro de que te refieres a ellos.

—¿Siguen la magia natural?

—No, son cristianos. Creo.

—Entonces no me refiero a los amish.

—Gunnar, ¿vamos a seguir atascados en esto o vamos a intentar llegar a lo que querías decir? Vosotros vivíais aislados, seguíais costumbres anticuadas y estabais fuera de la sociedad *más o menos como* los amish.

—Podría decirse así. Cuando era pequeño ni siquiera teníamos radio. La brujería estaba tan presente que recuerdo que mi madre hervía las patatas con una fórmula mágica y para mí eso no era nada raro porque formaba parte de lo cotidiano. Al final de la década de los cincuenta algunos compraron un televisor, creo que fue alrededor del cincuenta y ocho. Ese año se hizo el mundial de fútbol en Suecia y fue lo que impulsó las ventas de televisores. Incluso entre los que vivíamos en el bosque, y en retrospectiva se puede decir que ello hizo que perdiéramos un poco el contacto con la naturaleza, esa magia antigua que habíamos heredado. Éramos cada vez más como los que estabais fuera. Nos pasábamos la mayor parte del tiempo sentados en el sofá viendo la televisión. Simplemente dejamos de transmitir las antiguas tradiciones a las nuevas generaciones y ahora, como puedes ver, no queda mucho para las nuevas generaciones.

Asentí cuando Gunnar hizo un gesto mirando a todos los ancianos que se habían congregado allí para celebrar el solsticio de verano en el césped.

—No es que los de aquí seamos antidesarrollistas, pero hemos olvidado casi toda la magia que hacíamos, y es un poco triste. Esa línea de sal, cuchillos, tenedores y signos rúnicos bordados que os protege a los de fuera solo sirve para guardar las apariencias; en realidad son maleables y su estado es deplorable, pero por suerte no lo saben ni los zomer ni los espíritus del bosque, que se mantienen alejados por una vieja costumbre. Mientras no aparezca por aquí ningún ser diabólico no tenemos motivos para preocuparnos.

Greta dejó de jugar con el gato que estaba comiendo atún y vino hacia nosotros aunque parecía estar muy a gusto. Abrazó a Gunnar con tal fuerza que crujieron los helechos y le dio un largo beso. Yo me volví para que se toquetearan en paz y en ese momento vi a una mujer de unos veinticinco años que salía de una caravana en el lindero del bosque al otro lado del espacio cubierto de hierba. Tenía muy buen aspecto, ni punto de comparación con los jubilados. Iba acompañada de un chico de la misma edad que llevaba bañador de helechos y unas cestas de comida. Por desgracia, él también tenía muy buen

aspecto.

Greta había dejado de abrazar a Gunnar y se dio cuenta de que yo estaba mirando a la joven pareja.

—Destacan como una verruga entre tantos viejos, ¿verdad? Son los que necesitan ayuda con el fantasma. Pero empieza ayudando a Ingrod con la joya de luto.

—¿Ingrod? ¿Se llama así? ¿Como Ingrid pero con o en lugar de i?

—Así es —dijo Greta abriendo mi mochila.

—¿Y qué es una joya de luto?

—Una joya que se usa cuando estás de luto.

—Sí, eso casi lo dice el nombre —murmuré—. Mi pregunta se refería más bien a por qué necesita ayuda para hacer una joya de luto. Tratándose de una prueba debe de haber alguna pega, supongo.

Greta sacó un mapa de mi mochila y lo desplegó.

—Ingrod te dirá exactamente con qué necesita que la ayudes cuando llegues a su casa. Lo he marcado en el mapa. Solo tienes que seguir la línea para llegar allí, pero piensa que Tiveden es más grande por dentro que por fuera. Sigue la línea con cuidado pues de lo contrario llegarás a un sitio equivocado en lo más profundo del bosque.

Obviamente le pregunté qué quería decir con eso de que Tiveden era «más grande por dentro». Greta me lo explicó de buena gana.

—Si lo miras en un mapa satélite o en un mapa de carreteras, no parece que sea tan grande. Pero cuando uno está en el interior de la zona antigua y virgen de Tiveden es mucho más grande. Nadie sabe a qué se debe, pero es así.

Lo que ella decía era imposible físicamente, pero guardé silencio. Greta me dio el mapa y me señaló un camino que se metía en el bosque desde el espacio de hierba donde estábamos.

—Ya es hora de que empiece a empinar el codo, pero tú sigue el mapa con mucho cuidado y ve a casa de Ingrod para que te diga todo lo que necesitas saber. No es conocida por su buen humor precisamente y parece que no ha mejorado desde que enviudó. Pero estoy segura de que tú podrás moldearlo con tu personalidad positiva y triunfadora.

Luego sonrió maliciosamente.

—Espero que termines la joya de luto a tiempo para que puedas volver esta noche y rodar por el suelo con nosotros envuelto en la humedad de Freya.

—Ojalá sea así —dije sonriendo, y luego me dispuse a entrar en el bosque

hacia mi primera prueba.

21

Un día después de que yo cumpliera diecisiete años, con Sebastian tuvimos nuestra primera actuación remunerada, nuestra primera prueba realmente importante como magos. La asociación antialcohólica de Mälärhöjden celebraba una especie de espectáculo o reunión anual. No sé bien qué hacían ni por qué motivo querían pagar un espectáculo de magia. Tal vez querían alentar a dos adolescentes que preferían hacer magia en vez de andar por ahí bebiendo y peleando.

No recuerdo cuánto dinero recibimos exactamente. Un par de cientos para repartir, creo. ¿En qué desorbitado porcentaje se habrá incrementado el caché de Sebastian desde entonces? De todos modos fue un hito importante para nosotros. No solo porque nos pagaron sino también porque fue nuestra primera actuación fuera de los centros recreativos y juveniles y la primera función para adultos. Y por primera vez pensé que tenía algo interesante que contarles a mis padres. Esperaba que estuvieran un poco orgullosos e interesados y tal vez sintieran que era un poco agradable que yo formara parte de la familia.

Entré en el cuarto de estar, donde mis padres estaban sentados en el sofá mirando la televisión.

—¿Sabéis lo que voy a hacer esta tarde?

—Espera un momento —dijo mamá.

Yo estorbaba, evidentemente. Estaban mirando un reportaje sobre un joven fenómeno del tenis austriaco.

—Es un chico de tu edad —dijo mi padre haciendo un gesto hacia el televisor.

Me senté en un sillón al lado del sofá. El adolescente austriaco había sorprendido al mundo (de los amantes del tenis) y había ganado ya más de un millón de dólares. En el reportaje posaba sonriendo con sus *brackets* delante de un Porsche carísimo que se había comprado a pesar de que ni siquiera tenía

carné de conducir aún. Imágenes de sus logros sobre las pistas de tenis se intercambiaban con una entrevista en la que el chico, con voz de robot, daba su opinión sobre distintas cosas. No hablaba alemán, por lo que el texto debía de ser un resumen muy comprimido de lo que decía. De todos modos daba la impresión de que debía de ser un adolescente muy centrado y ambicioso.

«Otros chicos de mi edad pierden el tiempo con compañeros y chicas, yendo a fiestas y al cine. A mí me gusta jugar en las pistas. Me gusta ganar. Me gusta el dinero».

Al terminar el reportaje mi madre cambió a un canal de preguntas deportivas y bajó el volumen. Se volvió hacia mí.

—¿Has dicho que ibas a hacer algo esta tarde? —preguntó sin retirar del todo la vista de la pantalla y las preguntas deportivas.

Después de ver a ese fenómeno del tenis que tenía la misma edad que yo y su nuevo Porsche, parecía un poco ridículo sentirse orgulloso de que Sebastian y yo fuéramos a actuar por unos pocos billetes de cien.

—No, no era nada —respondí saliendo del cuarto de estar.

La función en la asociación antialcohólica resultó muy bien. El público estaba compuesto por unos treinta jubilados. No es que fuera precisamente el lugar ideal para que actuaran dos chicos de diecisiete años, pero para nosotros aquello marcó un hito.

Sebastian detestaba ir a la Escuela Superior de Técnicos de Construcción e Instalaciones, y vio ese exiguo caché como una señal de que era posible ganarse la vida con la magia en un futuro. Yo seguí la rama de Ciencias Sociales porque me parecía que el acceso era bastante fácil y ofrecía unas posibilidades razonables para futuros estudios, aunque tengo muy pocos recuerdos de lo que hacía allí durante todo el día.

Mantenia un perfil bajo, como en el instituto, me cuidaba bastante bien y estaba sentado la mayor parte del tiempo. Sebastian y yo íbamos a distintos institutos y no puedo recordar si alguna vez nos preguntamos el uno al otro cómo nos iba con las clases. Lo único que nos importaba era la magia.

En ese centro el espectáculo encajó como un guante. La combinación de juegos de magia y un humor bastante aceptable funcionó muy bien entre el público sobrio. Sebastian quería celebrarlo y propuso que fuéramos al restaurante chino que estaba en el centro de Skärholmen y que intentáramos pedir cerveza con la comida, aunque yo tenía otros planes sobre lo que iba a hacer con mi parte del caché. Tenía intención de invitar a una chica al cine.

La primera vez que me di cuenta de que estaba realmente interesado en Charlotta fue cuando ella no asistió a una de nuestras funciones. Me había acostumbrado a verla entre el público y había pasado de ponerme nervioso a tener ganas de empezar. Creo que la función en cuestión se hacía en un centro juvenil en Norsborg, una apartada zona suburbana en el sur de Estocolmo.

Recuerdo que después de la función, cuando nos pusimos ropa de calle, Sebastian me preguntó si estaba bien y me dijo que me notaba ausente. Le respondí que estaba todo bien, aunque había algo que me preocupaba. ¿Se habría cansado Charlotta de mí? ¿Habría encontrado a otro? ¿No le gustaba mi ropa, mi peinado o que hiciera siempre los mismos trucos de magia en las funciones? ¿Le habría dicho alguna tontería?

Odio tener que decir que eso fue antes de que hubiera teléfonos móviles porque hace que me sienta terriblemente viejo... pero eso fue antes de que existieran los móviles, así que tuve que sentarme en el metro notando mariposas en el estómago todo el trayecto de Norsborg a Mälarhöjden hasta que pude llamarla por teléfono e intenté localizarla. Charlotta respondió al cabo de varias señales. Hice todo lo posible por no sonar ansioso ni preocupado cuando le pregunté dónde estaba. Charlotta respondió que había estado en un entrenamiento de voleibol y luego me preguntó si había resultado bien mi actuación.

—¿Juegas al voleibol? —pregunté en un tono que debió de sonar bastante sorprendido.

—Tres veces por semana. ¿Lo has olvidado?

Me hundí en el taburete que había en el vestíbulo al lado de la mesa del teléfono mientras los celos y la preocupación me inundaban.

—No sabía que entrenabas los miércoles —mentí.

—Jugamos un partido amistoso contra Alvik y fuimos noqueadas por completo. Yo tenía todo el tiempo saque en la red. Creo que todavía no me he acostumbrado a las lentillas y le echo la culpa a eso, pero en realidad todo el equipo era muy malo.

—¿Usas lentillas?

Ella se echó a reír. Debió de pensar que lo decía en broma. Intenté recordar cuándo había visto a Charlotta sin gafas, o si la había oído decir que se iba a poner lentillas o que jugaba al voleibol varias veces a la semana. En todo caso me lo había perdido, y si podía criticarle algo a ella era que hablaba demasiado de sí misma, de sus intereses, de cómo le había ido el día y cosas así. ¿Tal vez

era el comportamiento normal de una chica?

La mayor parte de las cosas que sabía acerca de las chicas en ese momento lo había aprendido de las películas de terror. Es decir, lo poco que sabía era que les gustaba bañarse en toples en el campamento de verano aunque anduviera suelto por el bosque un asesino con un hacha, que tenían una cierta habilidad para ser encarceladas y devoradas por caníbales, que solían ducharse sin cerrar la puerta y que, al parecer, los vampiros, demonios, hombres lobo, zombis, tiburones, fantasmas, monstruos, brujas y psicópatas fugitivos parecían preferir matar a las chicas antes que a los chicos.

Por eso a veces era un poco difícil prestar atención cuando Charlotta decía que le parecía que las botas de goma eran cómodas, que tenía un poco de miedo a la oscuridad y que eso le daba vergüenza, que le gustaban más los gatos que los perros, que a veces le dolían las rodillas después de jugar al voleibol, que no había estado nunca en el extranjero, que se le daban bien las matemáticas, que tenía un vecino que solo comía tocino, que intentaba ser más puntual, que a veces se le olvidaba cerrar la boca cuando estornudaba, que le parecía que el idioma noruego sonaba amable y positivo, que a veces iba a la iglesia con su abuela, que tal vez no sea necesario decidir si te gustan más los perros o los gatos, que la Navidad era el período más agradable del año y que le parecía que era difícil pelar naranjas. Una enorme cantidad de opiniones e ideas sobre todas las cosas.

Yo prefería hablar sobre mí y mi magia, pero a veces simplemente tenía que hablar de ella.

—¿Cómo te puede parecer que es difícil pelar naranjas?

—Se te mete una cosa blanca debajo de las uñas y siempre se rompen cuando les quito la cáscara.

—¿Estás segura de que no lo haces mal?

—¿Cómo puede pelarse mal una naranja?

—Yo qué sé, eres tú la que dices que es difícil.

Esto solo es un ejemplo de las cosas tan insustanciales de las que tenía que hablar.

Una vez que fui a unos grandes almacenes a comprar pelotas de *ping-pong* para un número de magia vi un mondador de naranjas. No era muy caro. Compré uno para Charlotta y cuando se lo di, me besó en la mejilla. Un beso amistoso que llevó a un largo beso.

El beso (y el mondador de naranjas) abrieron las compuertas de un contacto

más físico. Un fin de semana en que los padres de Charlotta estaban de viaje pasamos la noche en su apartamento de Axelsberg. No creo que mi actuación merezca tener una exposición propia en el museo de la historia del sexo, pero la práctica hace al maestro y Charlotta y yo entramos en una fase en la que no podíamos despegarnos el uno del otro. ¡Yo estaba oficialmente con una chica!

Cuando recibí la primera remuneración de mi vida por una actuación de magia, obviamente quería celebrarlo con Charlotta. La invité al cine y a cenar. Vimos *Dirty Dancing*, una película que normalmente me habría negado a ver aunque me apuntaran con una pistola. Pero sentarse en la oscuridad, muy juntos, con la mano en las piernas de Charlotta, era más agradable que estar en casa de Sebastian viendo una copia en VHS de *Holocausto caníbal* con la mano en una bolsa de patatas fritas. Después de la película fuimos a una pizzería de las buenas, lo que significaba que tenían camarero y que la comida la servían en platos en vez de en caja de cartón. Eran cerca de las nueve de la noche, estábamos en el centro de Estocolmo y entramos cogidos de la mano en el restaurante. Yo le retiré la silla a Charlotta y nos sentamos a una mesa al lado de una ventana con vistas a Humlegården.

—Una *Quattro Stagioni*, por favor. Sin alcachofas, gambas ni almejas —dije mirando al camarero con gesto decidido.

—*Capricciosa* —dijo ella con otra inclinación de cabeza.

—¿Qué?

—Quieres pizza con jamón y champiñones solamente. Eso es una *Capricciosa*. Más barata que la *Quattro*.

—El dinero no me importa —dije.

No quería quedar en ridículo ante Charlotta y había visto que Sebastian siempre se aseguraba de quedarse conforme con su pedido.

—Quiero una *Quattro Stagioni* solo con jamón y champiñones —expliqué.

—Una *Capricciosa* al precio de una *Quattro Stagioni*. Por mí encantado —murmuró el camarero en un tono apenas audible mirando sonriente a Charlotta.

Nadie en el mundo es perfecto, pero yo veía pocos defectos en Charlotta. Que yo le gustara era algo totalmente incomprensible pero no quería hurgar en ello por si acaso ella cambiaba de opinión. Algo realmente *positivo* de que hablara tanto de sí misma era que yo podía quedarme callado y así no corría el riesgo de decir ninguna estupidez o de revelar sin querer algo vergonzoso de mí mismo. Charlotta tenía una abuela creyente y a veces dedicaba demasiada

palabrería y cuestionamientos a si había o no había un dios. En casa nadie creía absolutamente en nada, así que en lo concerniente a la espiritualidad yo era un interlocutor pésimo.

Llegué a ser muy bueno en asentir con la cabeza y decir «interesante» mientras pensaba en otra cosa.

Cuando aquella noche, después de la película y la cena, fuimos en metro desde el centro hacia el extrarradio, Charlotta me dijo entusiasmada que estaba leyendo un libro sobre el arte de leer las manos y que quería intentar leérmelas a mí. Yo me encogí de hombros y dejé que lo hiciera. Íbamos juntos en el traqueteante vagón y observé el gesto concentrado de ella cuando, entornando los ojos, deslizó sus dedos con mucho cuidado por la palma de mi mano. Explicó en modo didáctico que nuestras manos se componen de seis montes: el de Venus, el de Saturno, el de Júpiter, el de Mercurio, el de la Luna y el del Sol. Y de cinco líneas: la del corazón, la de la cabeza, la del destino, la de la vida y, finalmente, están las líneas de la muñeca a las que se les llama brazaletes. Como de costumbre, asentí con la cabeza y dije «Interesante».

Ella guardó silencio un par de minutos mientras me analizaba la mano, y debo admitir que al final sentí *un poco* de curiosidad.

—¿Cómo ves mi futuro? ¿Puedes ver cuánto tiempo vamos a estar juntos? ¿Y cuántos millones voy a ganar cuando sea un mago increíblemente famoso?

Charlotta se echó a reír. Entramos en un túnel. Las lámparas del techo parpadearon y durante un par de segundos todo se oscureció por completo. Cuando las luces se volvieron a encender noté cierta inseguridad en Charlotta. Me soltó la mano.

—Tendría que haberme traído el libro para poder comprobarlo con más precisión. Todavía no me lo sé de memoria. Volveré a hacerlo en otra ocasión.

Noté que estaba insegura. Creo recordar que esbocé una amplia sonrisa.

—¿Tenía mal aspecto?

Ella se encogió de hombros y sonrió con desgana. Le di un codazo.

—Vamos, Charlotta, dímelo.

—De acuerdo, aunque no estoy completamente segura de ello. Para empezar tienes los dedos más largos que la palma de la mano, lo que es signo de inteligencia.

—Eres muy buena para adivinar el futuro —dije sonriendo satisfecho.

Ella me volvió a coger la mano. Señaló la parte carnosa que hay debajo del pulgar.

—Este es el monte de Venus. Un monte de Venus redondeado podríamos decir que significa fuerza y sensualidad. Cuando está casi plano como el tuyo significa debilidad.

Luego señaló la pequeña elevación que había debajo de mi dedo índice.

—Un monte de Júpiter elevado significa que tienes decisión y que eres ambicioso. El monte de Júpiter se puede decir que representa el éxito. Tú casi no tienes monte de Júpiter, lo que puede ser signo de pereza. De los otros montes no estoy muy segura. El de Mercurio, que está aquí al lado del dedo meñique, puede que esté un poco más elevado que los otros, lo que tal vez signifique que eres muy autocrítico.

El metro fue reduciendo la velocidad hasta que se detuvo. Alcé la vista para ver en qué estación estábamos. Bajaron unos pocos pasajeros. No subió ninguno. Íbamos solos en el vagón cuando siguió hacia el sur. Charlotta me señaló en la palma de la mano la línea que parte de los dedos índice y medio y llega al meñique.

—Tu línea del corazón se ve muy clara, lo que significa que no vas a estar enfermo con frecuencia y que eres fiel. Eso es muy bueno. La línea de la vida que va por debajo también es clara y no tiene interrupciones por lo que puedo ver. Llegarás a ser muy viejo. Sin embargo, tu línea de la suerte es casi invisible. Es la que revela los logros profesionales, el trabajo y esas cosas.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no tengo línea de la suerte?

Ella negó con la cabeza.

—Tiene que estar aquí formando un arco por debajo del monte de Venus. Conviene que sea lo más larga y definida posible, por supuesto, pero aquí no hay nada. ¿Lo ves?

Asentí con la cabeza y me miré la otra mano. Tampoco vi en ella ninguna línea de la suerte.

—Tal vez signifique que tengo la suerte en mis manos —dije tratando de encontrar algo positivo—. Y que llegaré a los cien años sin tener un solo resfriado. Es fantástico.

Entonces fue el turno de Charlotta de darme un codazo a la vez que esbozaba una amplia sonrisa.

—Ya te he dicho que tendría que haberme traído el libro. No soy ninguna experta en esto y más que nada es una diversión.

—Exacto. Más que nada una diversión —dije mirándome la mano que, a mis diecisiete años, ya decía que era débil, crítico, perezoso y que haría una carrera

profesional inexistente.

22

Seguí la línea que Greta había dibujado en el mapa. El camino por el que iba tendría un metro de ancho. No había «salidas» ni «cruces», y después de media hora dejé de mirar el mapa con nerviosismo a cada paso que daba. El sol brillaba deslumbrante en las copas de los árboles. Abajo en el suelo todo era frescor, oscuridad, silencio y tranquilidad. El aire del bosque daba energía, daba gusto caminar y me di cuenta de que me sentía bastante bien. Una sensación rara, ya que tenía todo el derecho del mundo de estar muy enfadado por un montón de cosas.

El bosque era un remanso de paz sin tráfico ni ruidos, sin ordenadores ni pantallas, sin edificios feos, sin llamativos carteles publicitarios ni anuncios. Sin personas.

Cuarenta minutos después de dejar el espacio abierto donde las ancianas y ancianos celebraban el solsticio de verano, llegué a una casita sorprendentemente parecida a la de Greta y Gunnar pero totalmente pintada de negro. Había brochas y latas de pintura tirados en la maleza alta y descuidada del exterior. Parecía que la casa hubiera sido pintada deprisa y sin ningún cuidado, casi con rabia, ya que el pintor o pintora ni siquiera se había molestado en evitar salpicar de pintura las ventanas.

Miré el mapa. Supuse que había llegado a la cruz del dibujo de Greta. Llamé a la puerta, cuyo picaporte también estaba pintado de negro. Solo tuve que esperar unos segundos para que abrieran.

Una anciana bajita de unos noventa años me miró. Llevaba un sombrero puntiagudo sobre el cabello blanco. Piel curtida, rostro lleno de surcos y ojeroso. Su aspecto era la mezcla de momia bien conservada y bruja de cuento. Y llevaba una escopeta bajo el brazo.

—¿Quién diablos eres? —dijo con voz bronca.

—Hola, me llamo...

—¿Cómo puedes tener esa maldita voz que apenas se oye? ¡Habla más alto!

—Greta y Gunnar me han pedido que te ayude.

Me agarró la muñeca con su mano desnuda. Se fijó en mis dedos. Los apretó.

—¿Por qué no llevas las uñas sucias? ¿Eres vendedor de perfumes? Tienes las manos tan blandas como las de una muchacha. Es como coger un fofo pastel de nata. He estado casada con un hombre de verdad durante sesenta y cinco años, así que no entiendo cómo Gunnar y Greta pueden mandarme ahora a un delicado vendedor de perfumes.

—A mí me parece que tengo unas manos completamente normales, aunque carezcan de líneas del destino. Normales y limpias por lo general, lo que no creo que sea nada malo. —La anciana se puso el fusil bajo el brazo y sacudió la cabeza con gesto adusto—. No soy ningún vendedor de perfumes. Supongo que tú eres Ingrod, ¿no?

—Vaya mierda de voz débil e inútil. Cuando hablaba mi marido todo el bosque retumbaba. Suenas como si estuvieras estrangulándote a ti mismo con una cuerda de saltar. Uf, qué endeble.

El dolor puede hacer que las personas actúen de un modo raro, por ejemplo pintando su casa de negro o enfadándose sin motivo por todo y con todos. En vez de responder de mala manera preferí sonreír a la viuda enfadada con toda la amabilidad que pude.

—¿Qué coño haces con la cara? ¿Se supone que eso es una sonrisa o que acabas de tener un accidente en los calzoncillos? Cuando mi marido sonreía se ocultaba el sol detrás de las nubes porque se volvía monótono y aburrido en comparación con él, que podía hacer que brillara todo el mundo. Ahora se me ha ido y vivo aquí sola. ¿Cómo diablos voy a arreglármelas sin él? ¿Eh?

Apreté las mandíbulas y supuse que el terrible carácter de Ingrod formaba parte de la prueba a la que tenía que someterme. Hice todo lo que pude por sonar amable y atento. Espero que a ella no le pareciera absurdo y débil.

—Siento mucho lo ocurrido y entiendo que debe de ser difícil vivir aquí completamente sola. ¿Has pensado en alguna residencia de ancianos o en un hogar de jubilados? En esos sitios ayudan con la limpieza, con la compra de la comida y...

—Debes de ser una de las personas más tontas que he conocido en mi vida, y eso que he vivido casi un siglo. ¿Crees que mi marido se habría casado con una jovencita indefensa que no es capaz de valerse por sí misma?

—Pero... ¿no acabas de decir que no sabes cómo te las vas a arreglar sola?

—¿Te tomas al pie de la letra todo lo que oyes? Imbécil. Cuando alguien dice que se muere de risa ¿crees que está muriéndose de risa de verdad?

—Hablando de risa, en este momento me resulta fácil contenerla.

—Es probable que creas que eres muy gracioso, pero cierra el pico si puedes y deja que termine de hablar. Me las arreglo estupendamente sola, pero echo de menos a mi marido. Echo de menos su sonrisa, sus manos fuertes, su mirada amable, su descarado sentido del humor, su consideración, echo de menos vivir cosas con él... y tú llegas aquí y, con tus diminutas manos de niña, llamas a esa puerta que él y yo hicimos juntos, y con esa voz de mierda que tienes te atreves a hablar de residencias de ancianos. Vete al infierno.

—Repito que lo siento mucho —fue todo lo que pude decir.

—Creo que eres una de las personas menos auténticas que he visto en mi vida. Que dura ya casi cien años. ¿Cómo diablos puede la Vieja Gandula pensar siquiera que eres digno de ser liberado de la marca de la muerte?

—Ni idea.

—Por fin un par de palabras sinceras. Casi esperaba que cuestionaras la sabiduría de nuestra reina y tener así un motivo para dispararte en la cara. No quitarse las botas antes de cruzar el umbral es otro motivo.

—¿Significa que puedo entrar si me quito las botas?

—Realmente eres un tremendo imbécil. ¿Pensabas quedarte ahí todo el día? He hecho café para dos personas. ¿Quieres que tire la mitad? También he preparado un bizcocho. ¿Pensabas comértelo de pie ahí fuera? Imbécil.

23

Me quité las botas y entré. Al cruzar el umbral Ingrod me roció con un líquido contra los zómeros, ya que no quería arriesgarse a que yo tuviera algún accidente en su casa. No era por consideración hacia mí ni por mi salud sino por evitar que se le estropeará el mobiliario. No me dio tiempo a cerrar la boca y empecé a toser. Estaba bastante más amargo que el de Greta y Gunnar.

En el cuarto de estar había demasiados muebles y adornos. Figuras de porcelana, taburetes pequeños y alfombras, mesas auxiliares innecesarias. Un montón de cuadros en las paredes. El tema parecía ser el diablo en distintas formas y variedades. No sé si para Ingrod eran imágenes idílicas. A mí me recordaron los dibujos que solían utilizar los grupos de *rock* de los ochenta en las portadas de sus discos.

Dos gruesas velas negras ardían sobre una cómoda a ambos lados de una fotografía enmarcada. La foto estaba algo amarillenta y parecía vieja. Un hombre de unos cuarenta años sonreía ampliamente al fotógrafo. Vestía camisa y corbata y tenía el aspecto de un corpulento jefe vikingo. Si era el marido de Ingrod, entendía que yo le pareciera blando y delicado comparado con él. Las velas negras tenían un olor intenso y vi que la cera que caía era de color rojo oscuro. La gente que ha estado cerca de grandes cantidades de sangre suele decir que tiene olor a metal, como el cobre. A mí me pareció que olía más o menos así, por lo que me pregunté si las velas negras estarían hechas con sangre. Y cómo pasó.

Ingrod vino de la cocina y puso café y bizcocho encima de una mesa ovalada. Se sentó y me indicó con la cabeza que yo también lo hiciera. Yo quería dedicar el menor tiempo posible a tomar café con ella, así que desplegué el mapa delante de mí.

—Si he entendido bien, necesitas ayuda para hacer una joya de luto.

—¿No te gusta el bizcocho?

Tomé un sorbo de café, fuerte y bueno, y miré los trozos de bizcocho que

había en un platito floreado. No me apetecía nada comer bizcocho. Ingrid me miró impaciente y cogí un trozo. Lo saboreé con cuidado. En un país libre la gente puede poner lo que quiera en las paredes, pero si Ingrid resultaba ser una bruja satánica que hacía velas con sangre, yo estaba en mi derecho a desconfiar un poco de sus dulces. Me preparé pensando que estaría seco y que se haría migajas y me sorprendió que estuviera esponjoso, dulce y absolutamente rico.

—Uf, qué desastre. Masticas como un bebé. Cuando mi marido comía bizcocho lo asaltaba como si se tratara de una lucha a muerte con un dragón echando fuego.

—Impresionante. Me gustaría poder comer bizcocho como un hombre de verdad.

Ingrid me miró fijamente. Me limité a encogerme de hombros y luego cogí otro trozo.

—Delicioso —dije percibiendo que ella estaba buscando algún motivo para quejarse de lo que yo acababa de decir.

Al no encontrarlo en ese momento, sacó del bolsillo de su delantal a cuadros una joya con forma de garra con una cadena.

—Quiero que traigas un trozo de hielo de un estanque para fijarlo a esta garra de plata. No tiene que ser mayor que el ojo de un cuervo, pero trae un buen trozo para que pueda tallar y modelar en el tamaño correcto.

—Está bien... necesitas un trozo de hielo de un estanque en pleno verano.

—No es más que un paseo que, naturalmente, yo misma habría hecho en vez de pedirle ayuda a un imbécil, pero por desgracia tengo las piernas demasiado viejas y decrépidas.

Me pregunté qué táctica utilizar con Ingrid. No quería quedarme ahí y dejar que me insultara todo el día, pero tenía que formular algunas preguntas.

—Cuando oigo la palabra hielo pienso en el invierno. Estamos en verano, hace calor y el hielo se derrite. ¿Estarías dispuesta a explicárselo con todo detalle a un *trotavías* imbécil como yo?

Ingrid suspiró con tal fuerza que se formaron ondas en su café.

—Mi marido y yo solíamos esquiar en ese estanque y quiero de recuerdo un trozo de hielo colgando cerca del corazón. ¿Es una explicación suficientemente clara para ti?

En mi mente vi la imagen de la «bruja» mala y el varonil «jefe vikingo» practicando juntos patinaje artístico. Lo tenía fácil para hacer un montón de comentarios mordaces pero logré contenerme.

—Gracias, ahora entiendo la idea de la joya. Pero a un imbécil como yo le suena un poco raro que pueda encontrar un estanque que...

—Bueno, bueno, no quieras parecer más tonto de lo que eres. Obviamente no es hielo común lo que busco, imbécil. A poca distancia de aquí se encuentra un lago llamado Älvsjön, que es pequeño pero muy profundo. En realidad no es un lago sino un estanque. No sé por qué le dicen lago, pero no lo he bautizado yo. La verdad es que no sé a quién se le ocurrió llamar lago a un estanque. Puede que yo sea tremendamente vieja, pero el estanque se bautizó así hace muchísimos años.

Hice todo lo que pude para mostrarme paciente. Como Ingrod seguía hablando aproveché el momento para coger otro trozo de bizcocho.

—Hace tiempo había una roca que sobresalía por encima del estanque. Solían acudir allí las mujeres para llorar a sus maridos, que habían muerto en la guerra, trabajando en el bosque, a causa de alguna enfermedad, por los malos espíritus u otras calamidades. Año tras año las lágrimas de las viudas hicieron que al final la roca pesara tanto que se desprendió de la montaña y cayó al fondo del estanque. Desde entonces está totalmente congelado. Greta debe de haber puesto un pico pequeño en tu mochila. Ojalá puedas sostenerlo en tus manos delicadas y cortes un trozo de hielo para mí sin que te claves el pico en un pie.

—Está bien —dijo; fue todo lo que tenía que decir.

Me di cuenta de que no tenía sentido desafiar a Ingrod con sucesivas preguntas escépticas sobre un estanque que se ha congelado debido a las lágrimas de las viudas. Lo mejor era asentir y avanzar lo antes posible. Ingrod cogió el mapa y dibujó algo encima con un bolígrafo negro.

—No hay mayores dificultades en el camino que va a Älvsjön, ni siquiera para un imbécil larguirucho, pero debes atravesar el Bosque que Escucha y el Bosque que Murmura. Los verás señalados con carteles si sabes leer y sigues la ruta en el mapa. El Bosque que Escucha puede oír tus pensamientos, así que si por ejemplo vas pensando que los pasteles de Gunnar están malísimos, corres el riesgo de que luego cuchicheen sobre eso en el Bosque que Murmura. Así que ten cuidado con lo que piensas cuando atraveses el Bosque que Escucha.

—Está bien —volví a responder por el mismo motivo que la vez anterior.

Me bebí el café y cogí otro trozo de delicioso bizcocho. Me colgué la mochila y me dirigí a la puerta. Ingrod levantó una mano.

—Una cosa más. Es probable que haya algo oculto debajo del hielo. Nosotros patinamos muchas veces allí, así que no es nada de lo que haya que

preocuparse. Pero si te parece que los golpes del pico están despertando a una bestia que duerme en lo más profundo del estanque, te sugiero que te alejes de allí lo más deprisa que puedas.

—Está bien —dije por tercera vez en poco tiempo.

—Uf, qué aburrido es hablar contigo. ¿«Está bien» es todo lo que puedes decir? ¿Tienes las mandíbulas cansadas por haber comido un poco de bizcocho? Sal de aquí y empieza de una vez antes de que me ponga de mal humor.

24

Otro camino estrecho cubierto de musgo, otro paseo largo y solitario a través de pinares cada vez más silenciosos y espesos. Otra oportunidad de pensar en las cosas.

He conocido mucha gente desagradable a lo largo del tiempo. Si optas por vivir como un artista tienes que soportar los reproches del público de vez en cuando. He de decir que estoy bastante acostumbrado. Ingrid era probablemente la mujer más desagradable que había conocido desde mediados de los años noventa. Entonces yo tenía veinticinco años y mantenía una breve relación con una chica. Podemos llamarla *Una mujer que no era Charlotta* para mantenerla en el anonimato. Su padre era un tipo muy arisco y desagradable, aunque trataba a su hija como a una princesa mimada. El hombre se mostró abiertamente hostil hacia mí las pocas veces que nos vimos. Cuando no refunfuñaba diciendo que lo de mago le parecía una elección estúpida y poco seria, lanzaba comentarios racistas y chovinistas a izquierda y derecha; además era tan homofóbico que se negaba a comer plátanos sin cortarlos antes a trozos. Aunque la mayor parte de sus groserías no iban dirigidas a mí, cuando estaba cerca de él me parecía tener una nube de tormenta a punto de descargar encima de la cabeza.

Una mujer que no era Charlotta era muy bonita. En la década de los noventa las fotomodelos se empezaron a llamar supermodelos, y Cindy Crawford y Claudia Schiffer eran tan famosas como las estrellas de cine o los cantantes de rock. Precisamente Claudia Schiffer estaba con el mago de éxito espectacular David Copperfield así que, obviamente, yo también quería tener una supermodelo. *Una mujer que no era Charlotta* no era supermodelo sino que trabajaba en el bufete de abogados de su padre, pero era la chica más bonita con la que había conseguido estar, así que procuré que durara el mayor tiempo posible.

Mi idea con esa relación era que si yo me encontraba por casualidad a

Sebastian en la ciudad él sentiría envidia de mí porque mi chica era más bonita que la suya. Por desgracia, nunca ocurrió y esa relación no duró mucho tiempo. Una mujer que no era Charlotta conoció a un cirujano cardiovascular de cuarenta años que tenía mucho dinero y se casó con él, formó una familia y fue feliz. Espero que de ese modo su padre estuviera más contento y fuera menos desagradable.

Dejé de pensar en el pasado cuando vi un cartel clavado en un árbol con un texto escrito a mano:

BOSQUE QUE ESCUCHA

Cuidado con lo que piensas

En el mapa había dos zonas bien delimitadas que parecían dos pequeños países en el interior del bosque. El Bosque que Escucha y el Bosque que Murmura, tal y como Ingrod me había dicho. La línea negra que ella había dibujado atravesaba ambas zonas y se detenía en un minúsculo punto azul en medio del verdor de la vegetación, donde podía leerse Älvsjön. Por lo tanto, iba por el camino correcto.

Cuando pasé junto al cartel se me ocurrió una idea. Si era cierto que el Bosque que Escucha podía oír lo que pensabas y si esos pensamientos se podían oír después en el Bosque que Murmura, era bastante fácil comprobar si solo se trataba de una superstición sin sentido o si era verdad. Simplemente era una excelente ocasión para mí de conseguir algún tipo de prueba que demostrara que las cosas en las que yo no creía existían en realidad.

La noche anterior había llamado alguien a la puerta de la caravana. Yo no me atreví a abrir y ver quién o qué había afuera en la oscuridad. Indudablemente, Gunnar y Greta habían logrado asustarme con su relato del tocapuertas noctámbulo, pero no tenía ninguna prueba fehaciente de que existiera algún ser así. No lo había visto con mis propios ojos. Era consciente de que en ese momento me dirigía hacia mi primera prueba para librarme de una maldición, que podría haberme ido a casa el día anterior, que era un escéptico bastante indeciso. Necesitaba un empujón, algo que pudiera ver y tal vez tocar, no solo palabras de Greta, Gunnar e Ingrod.

Un mago nunca revela sus trucos, ni tampoco los de sus colegas. Es una ley no escrita que todos respetan. Sin embargo, en este caso, pensaba que podía valer la pena hacer una excepción. Empecé simplemente a pensar con la mayor

concentración que pude en los números de magia que hacía en mi espectáculo. Revelé todos mis trucos al Bosque que Escucha, incluido mi número estrella y que yo mismo inventé, un truco de cartas sobre un robo en un castillo en Transilvania. También aproveché la oportunidad para revelar alguno de los exclusivos malabarismos de Sebastian, por ejemplo, cómo puede hacer que Charlotta flote entre aros de fuego por encima del público.

Después de pasear unos minutos, volví a ver un letrero en un árbol.

BOSQUE QUE MURMURA

Respetar a los demás

Tápate los oídos

Me quedé un poco decepcionado de haber atravesado ya el Bosque que Escucha, así que me detuve unos minutos para hacer más «revelaciones mentales» de Sebastian. De su estómago revuelto, de lo pobre y sucia que estaba la casa de sus padres, de su miedo a quedarse calvo, de sus problemas con el alcohol en la adolescencia. Tal vez no estaba bien, pero no pude evitar difundir algunos secretos de mi antiguo compañero. Además se trataba de un experimento en nombre de la ciencia, así que lo mejor era sacar todos los pensamientos privados que pudiera.

Cuando ya no se me ocurrió nada más y pasé el letrero, me dio la sensación de que en esa parte del bosque había más árboles muertos, menos vegetación y que el aire parecía menos sano y fresco, pero tal vez solo eran imaginaciones mías.

Según el mapa, el Bosque que Murmura era tan pequeño como el Bosque que Escucha, así que no debía de quedar mucho para llegar a Älvsjön.

... la próxima semana tienes que empezar a entrenar...

Me paré en seco. Estaba seguro de que había oído una voz masculina entre unos pinos un poco más allá.

... tengo que prometerme a mí mismo que voy a empezar a entrenar. Esta noche tiraré los gusanitos de queso en el cubo de la basura y...

La voz pasó «volando» por delante de mí y luego se desvaneció. Entonces oí una voz femenina.

... ¡imagínate, al final me pidió que me casara con él! Y yo le dije sí sí sí sí sí ¡iiiií! ...

La voz exultante de felicidad pasó silbando por detrás de mí y desapareció.

Me di cuenta de que me había quedado boquiabierto de asombro. Varias voces iban y venían entre los árboles. Hombres y mujeres que sonaban jóvenes y viejos, tristes y contentos. Era como estar en medio de una plaza y recoger las conversaciones de las personas que pasan por allí, que en este caso eran invisibles.

Una voz de mujer mayor:

... una tremenda falta de profesionalidad llevar a cabo una expulsión en la zona de ataque.

Una voz de hombre joven:

... ¿cómo voy a reunir el dinero suficiente para pagarle la luneta trasera...?

Una voz de mujer joven:

... ¡Malditos mosquitos! ...

Una voz de hombre de mediana edad:

... Estoy harto de ser un fracasado...

Una voz de hombre mayor:

... Fue en defensa propia... Fue en defensa propia...

Una voz de mujer de mediana edad:

... ¿De verdad puede ser peligroso comer uvas sin semillas? ...

Oír todas esas voces que pasaban por delante de mí era inquietante y agotador. Si me hubiera ocurrido por la noche y no por la tarde, me habría vuelto loco de miedo. Estaba sobre todo aturdido, ya que había oído con toda claridad y con mis propios oídos cosas que era imposible oír físicamente. Voces carentes de cuerpo. En un tono alto y claro.

Al parecer el viento puede crear fenómenos acústicos y hacer que el ruido «se mueva». En ese momento reinaba una calma total, aunque si hubiera habido una tormenta de viento las voces tal vez no se hubieran podido mover alrededor de mí como lo hicieron en el Bosque que Murmura. Por más que lo intentaba no podía encontrar ninguna explicación natural a lo que estaba pasando.

Algunas voces solo se oían una vez, otras rebotaban entre los árboles como pelotas de *ping-pong*. La voz preocupada por conseguir dinero para una luneta trasera volvió a aparecer. Una curiosa mezcla de acento escanés y finlandés. ¿Habría ido Jorma por el Bosque que Murmura, preocupado al no poder pagar la luneta de mi coche? La voz de hombre de mediana edad se volvió a oír. También me resultó familiar y, a pesar de que empecé a caminar de nuevo por el bosque, la voz surgía una y otra vez, como si me siguiera.

... Estoy harto de ser un fracasado...

Se trataba evidentemente de la voz familiar de un hombre de mediana edad. Sonaba casi como yo.

... Estoy harto de ser un fracasado...

No, maldita sea, no podía ser yo. Yo había pensado en trucos de magia y en cosas que podían avergonzar a Sebastian. En ese momento la voz de mujer interesada en el *hockey* pasó silbando por detrás de una de mis orejas.

... Quedan dos minutos y le sacan tarjeta en la zona de ataque. ¡El próximo partido deja a ese imbécil sentado en el banquillo!

No tenía la menor idea de cuánto tiempo tardaba un pensamiento del Bosque que Escucha en transformarse en voz en el Bosque que Murmura. ¿Un minuto? ¿Una hora? ¿Un día? Tal vez tendría que habérselo preguntado a Ingrod. Aunque mis ideas acerca de la magia y de Sebastian se «reprodujeran» en el Bosque que Murmura, era cuando menos subversivo estar ahí de pie oyendo un montón de voces distintas procedentes de ninguna parte. Subversivo e incómodo.

Puse pies en polvorosa y salí del Bosque que Murmura. La verdad es que me di toda la prisa que pude.

25

Como mago que va de gira he tenido que ir a un montón de baños en las estaciones de servicio, pero es probable que las voces del Bosque que Murmura se merezcan el premio a lo más aterrador que me ha ocurrido. Si Ingrod no me hubiera preparado para lo que iba a suceder, habría pensado que se trataba de un colapso mental. Esa experiencia no se podía explicar, simplemente eso. Aunque estaba totalmente despierto y sobrio, había experimentado a plena luz del día algo que solo puede calificarse de sobrenatural. En serio.

Me da un poco de vergüenza tener que reconocerlo, pero cuando aceleré al pasar la señal de advertencia que había al otro lado del Bosque que Murmura y llegué a una pendiente abrupta, estuve a punto de llorar.

Exhausto, me hundí en una piedra esférica que estaba encajada entre dos pinos espesos y dejé que mi palpitante corazón se recuperara unos minutos.

—Hola, me llamo Anton, tengo cuarenta y cinco años y he sido maldecido por un zomer —murmuré con la cabeza colgando.

Mi cerebro, anclado en la realidad y basado en los hechos, hizo un último y valeroso esfuerzo por encontrar una explicación natural al Bosque que Murmura y a todo lo que me había sucedido los últimos días. No me llevó a ninguna parte y al final me puse de pie. Había llegado el momento de que dejara de titubear y me centrara en mi tarea.

Estaba en una colina. La abrupta pendiente conducía a un valle y a una parte de la montaña con forma de herradura. Brillaba el sol y era agradable tener un poco más de espacio abierto delante, no solo árboles por todos lados casi pegados unos a otros. La mochila me pesaba bastante cuando fui bajando la pendiente con pasos torpes y enseguida llegué al valle, rodeado de pinos y de bosque oscuro otra vez. Continué por la abertura de la parte de la montaña que tenía forma de herradura. Llegué a una zona de bosque más pedregosa. Fue como si atravesara un corredor de bloques de piedra cubiertos de musgo que

probablemente llevaran muchísimo tiempo allí. Rodeé unas rocas del tamaño de una persona y entré en un claro del bosque encajado entre las montañas.

Delante de mí había un estanque de unos veinticinco metros cuadrados. No mucho mayor que una piscina. Alrededor del estanque se elevaban abruptas paredes de montaña. En la parte superior había un saliente agrietado. Tal vez estuvo allí alguna vez la roca a la que iban las viudas a llorar. El estanque brillaba como un espejo. La mitad estaba a la sombra y la otra mitad resplandecía bañada por el sol de la tarde.

La superficie estaba congelada. Había hielo en el estanque. Parecía irreal y fabuloso. Yo debí de quedarme asombrado y con los ojos de par en par.

Un estanque congelado en pleno verano. Me quité la mochila y saqué un pico pequeño que llevaba. Me acerqué a la «superficie del agua». Cuando los lagos y canales de Estocolmo se hielan en invierno, suele haber un poco de agua descongelada cerca de la orilla, pero aquí era como si el estanque estuviera afectado por una era glacial local sin una sola gota de agua ni humedad, al mismo tiempo que justo al lado crecían arbustos verdes y exuberantes con bayas rojas. Verano e invierno en el mismo lugar.

El hielo relucía limpio y liso. Si Ingrod y su marido habían patinado muchas veces allí, los patines no habían dejado el menor rastro. El hielo parecía cristal. Di un par de pasos cautelosos y fue como andar sobre suelo de hormigón brillante. Podría haber empezado a picar allí mismo, pero avancé hasta ponerme en medio del estanque.

Era una pena que dejara el móvil de Jorma en la caravana, pues me habría gustado fotografiar todo aquello. Ninguno de mis amigos me iba a creer cuando les describiera ese fenómeno si no les mostraba fotos. Permanecí de pie unos minutos intentando «absorber» la sensación que transmitía ese lugar mágico, sintiendo una especie de respeto y humildad ante lo poco que sabía de esas cosas. Lamentablemente no lo puedo describir con más elegancia. De todos modos me sentía bien hasta que me puse a pensar a qué amigos les habría enseñado las fotos si hubiera tenido una cámara. No se me ocurrió ni una sola persona.

Me puse de rodillas y enseguida sentí un frío profundo a través de la tela del pantalón. Deslicé las manos con mucho cuidado por la superficie lisa y brillante.

Mis manos están tocando el hielo mágico.

Casi daba lástima tener que picarlo y estropearlo, pero Ingrod quería un trozo de hielo y yo quería poder volver a casa. Volver a mi vida cotidiana, en la que en

ese momento no quería pensar.

Empecé a picar. El fuerte ruido retumbó entre las paredes de la montaña. Vi ante mí que abajo, en el fondo, se abría un gran ojo. Los golpes del pico habían despertado a la vida a una bestia dormida. No quiero parecer resignado ni fatalista, pero me dije que las cosas eran así y que pasara lo que tuviera que pasar, que eso era una prueba que tenía que superar y yo no tenía ningún control sobre lo que ocurriera o dejara de ocurrir. Y era bastante agradable sentir eso.

Tal vez decepcione a alguien diciendo que no hubo ninguna batalla, ni contra una gigantesca serpiente marina ni contra un dragón que echaba fuego por la boca. Todo lo que ocurrió en el estanque fue que yo, sin mayor dificultad, logré cortar un trozo de hielo del tamaño de un puño y que el hielo se «reparó» a sí mismo ante mis atónitos ojos. Cuando me fui, el estanque estaba exactamente igual que antes de que lo picara, como si nunca hubiera estado allí.

En el camino de vuelta al Bosque que Murmura apreté y retorcí el trozo de hielo. El calor de mis manos no afectaba nada a la superficie, que seguía seca, dura y fría. Lo enrollé en un jersey grueso que Greta había incluido amablemente en mi equipaje y luego lo volví a meter en la mochila.

Cogí también un trozo de hielo para mí del tamaño de una pelota de *ping-pong* y lo metí en el bolsillo trasero del pantalón de peto. Después de un rato, el frío hizo que perdiera la sensibilidad en la nalga izquierda, así que envolví también el pequeño trozo de hielo en el tejido y lo metí en el fondo de la mochila.

Cuando vi el letrero del Bosque que Murmura me metí un par de toallitas en los oídos y eché a correr lo más rápidamente que pude. No me detuve hasta que, tanto el Bosque que Murmura como el Bosque que Escucha, quedaron atrás.

Sudando a mares y respirando con dificultad, dirigí mis cansados pasos a la casa pintada de negro de Ingrod.

26

Ingrod estaba de pie en la puerta de la casa con los brazos llenos de madejas que ovillaba y luego lanzaba formando largos hilos. Las hebras de color rojo, amarillo y azul se mezclaban en el suelo a sus pies como serpentinatas en una fiesta de cumpleaños. Levantó la vista cuando llegué caminando con paso torpe.

—Ha aparecido una camada de cerdos de lana cerca de aquí.

—¿Ah, sí? Está bien —dije exhausto apoyándome en un pino.

—Y antes de que me hagas un montón de preguntas tontas puedo decirte que los cerdos de lana no son cerdos que comen lana.

—¿Ah, no? Está bien.

—Son pequeños personajes que viven en madrigueras de zorro abandonadas. Nunca he sabido bien qué aspecto tienen porque son muy tímidos, pero les *encanta* devanar la lana. Al parecer te dan suerte si les regalas algo, pero yo nunca lo he notado. Sin embargo, sé que cuando no tienen lana que devanar pueden llegar a romper rastrillos, escobas, cubos, carretillas y muebles de jardín.

Enderecé la espalda y empecé a recuperar la respiración normal.

—Pero no te quedes ahí como un imbécil. Dime cómo te ha ido en vez de hacer que pierda mi valioso tiempo formulándome preguntas sobre los cerdos de lana.

Entramos en la casa. Cuando le di el trozo de hielo ella se puso a mover sus decrepitos brazos y piernas y, sin darme las gracias por la ayuda, empezó a tallar una perla de hielo pequeña y redonda del tamaño de un ojo de cuervo. Me quedé pasmado junto a la mesa de la cocina cuando, con unos dedos sorprendentemente ágiles, pegó la perla de hielo en la garra de plata del colgante y se puso la cadena alrededor del cuello.

Di un paso a un lado cuando ella dejó la mesa y se puso delante de la foto que estaba en medio de las «sangrantes» velas negras. Ingrod puso una mano

sobre la joya que llevaba en el pecho, inclinó la cabeza y se quedó de pie, completamente inmóvil. Su constante gesto de enojo se suavizó un poco. Apenas tardé unos segundos en empezar a sentirme incómodo. No me quería quedar ahí mirando a una vieja compungida más tiempo del absolutamente necesario, así que tuve que romper el opresivo silencio con una pregunta.

—¿Necesitas ayuda con alguna otra cosa o he terminado ya?

—Puedes irte —respondió ella con una voz ligeramente rota.

Fui hacia la puerta pisando los crujientes tablones del suelo. Aunque Ingrid era la persona más desagradable que yo había conocido desde mediados de los noventa, no pude evitar sentir algo por ella. Tal vez tendría que haberla dejado en paz, pero yo estoy en el sector del entretenimiento y no me parecía bien que mi primera prueba terminara de un modo tan deprimente. Busqué en lo profundo de mí algo memorable y edificante que decir.

—El bizcocho estaba riquísimo.

—Ya no queda, así que puedes ir a pedir a otra parte —murmuró Ingrid sin mover sus ojos húmedos de la fotografía del marido.

Me quedé de pie junto a la puerta de la casa con la mano en el picaporte. Simplemente no podía dejarla en ese estado tan triste.

—El estanque helado ha sido una experiencia maravillosa e impresionante. Pero el Bosque que Murmura me resultó desagradable. Me asusté mucho al oír todas esas voces. Estuve a punto de echarme a llorar.

La idea de reconocer eso ante ella hizo que Ingrid reaccionara, que recuperara su furiosa energía y dijera algo como que yo era un débil *trotavías* o algo por el estilo. Sin embargo, se quedó en silencio. Al parecer ni siquiera tenía energía para llamarme imbécil.

Me di cuenta de que había llegado el momento de sacar la artillería pesada. Una cosa que he aprendido durante todos los años que he pasado en las carreteras es que se me da bien conseguir que personas solas y ancianas se pongan de buen humor. Normalmente cobro por ello, pero decidí hacer una excepción.

Saqué de mi bolsillo la baraja de cartas de la suerte.

¡Comienza el espectáculo!

Ingrid me miró con gesto airado cuando me puse a su lado. Con un elegante movimiento extendí las cartas en forma de abanico.

—Permíteme que os ofrezca un número de magia. Las cartas esconden un enigma, un misterio. Este misterio acontece en un viejo castillo en Transilvania.

Ahora voy a contar cómo descubrió el rey de corazones que la jota de diamantes le robaba dinero a la dama de picas. Para poder hacerlo necesito tu ayuda. Coge una carta, Ingrod.

Siguió mirándome unos segundos más con el mismo gesto airado y luego carraspeó e impulsó la voz.

—Mi marido era capaz de hacer una huevera de un tronco de pino con un hacha de cortar madera casi sin afilar. ¿Y tú intentas impresionarme con trucos para fiestas infantiles?

No me gustó nada que utilizara un tono de voz tan despectivo para describir algo que me había costado tanto mejorar y perfeccionar. Pero logré dejarlo pasar.

—¿Casi sin afilar? ¿Cómo se puede hacer eso con un hacha que apenas está afilada? —pregunté en el tono más amable que pude.

Ingrod se quedó mirándome como si acabara de preguntar la estupidez más grande de la historia del mundo. De todos modos yo había conseguido que reaccionara, así que aproveché la oportunidad para seguir hablando.

—Había unas mujeres mayores en la fiesta del solsticio de verano. Llevaban sombreros puntiagudos como tú. ¿Son amigas tuyas?

—Cuando dices «unas mujeres mayores» noto en tu tono de voz que vives entre *trotavías* inseguros e hipersensibles. Aquí en Tiveden a unas viejas se les puede decir «unas viejas» sin que se ofenda nadie.

—De acuerdo, había unas viejas con sombreros puntiagudos en la fiesta del solsticio de verano. ¿Las conoces?

—Sí, formamos parte de la agrupación de brujas. Antes nos reuníamos un par de veces al mes, pero he dejado de ir.

—¿Qué se hace en una agrupación de brujas?

—¿Además de lanzar maldiciones a los imbéciles que hacen preguntas estúpidas? Solíamos jugar al *yatzy* y chismorrear un poco.

Ingrod había vuelto por fin a su habitual y desagradable ego.

—Creo que estaban jugando al Scrabble cuando pasé por delante de ellas.

—Qué hijas de puta.

—¿Ya no tienes relación con ellas?

—¿Es que no ves bien? Estoy *aquí*. Imbécil. Pero... hace realmente bastante tiempo que no hablo con las viejas. Antes hacíamos magia pero, por desgracia, hemos olvidado la mayoría de las cosas, así que ya no queda nada de la agrupación de brujas. Las viejas son muy sosas. Solo hablan del tiempo, de lo que cenaron el día anterior y de cosas por el estilo. Es tremendamente aburrido.

—¿Entonces de qué quieres que hablemos? —pregunté.

—No tengo la menor idea. Siempre que no sea del tiempo.

—Sé lo que es eso. Uno piensa que algo es aburrido pero a la vez no tiene nada mejor que ofrecer o ni siquiera sabe lo que quiere, por lo que resulta más sencillo guardar silencio y quedarse a un lado.

De repente, el arrugado rostro de Ingrod pareció arrugarse más aún, si es que era posible. Parecía que se hubiera comido un puñado de frambuesas llenas de chinches. Me guardé las cartas en el bolsillo y le pregunté cómo se sentía. Ella dio un bufido.

—¿Quién demonios quiere «guardar silencio y quedarse a un lado»? ¿Crees que las viejas me ven así, como una estúpida inútil sin nada que decir?

—No era eso lo que quería decir.

—Me importa un bledo lo que querías decir. Hiciste que sonara como si tú y yo tuviéramos algo en común y eso me resulta sumamente incómodo. Yo también tengo que esforzarme un poco, naturalmente, bajar y hablar con las viejas e intentar espabilarlas.

Ingrod se ajustó su sombrero puntiagudo y desapareció en el interior de la cocina con paso ligero. Oí que abría y cerraba las puertas del armario y enseguida estaba otra vez en el cuarto de estar con los brazos llenos de botellas de licor y bolsas de gominolas.

—Pero no te quedes ahí pasmado como un imbécil. ¡Trae la carretilla!

27

Todos los que han llevado alguna vez a una anciana en una carretilla saben que se reciben numerosas críticas si la vieja nota que se tambalea o vas por un camino lleno de baches. Sobre todo si lleva en los brazos un montón de botellas de licor tintineantes que intenta proteger. El hecho de que vayas por un sendero irregular lleno de raíces retorcidas no tiene mayor importancia; simplemente hay que estar preparado para recibir un huracán de palabrotas y comentarios despectivos.

Apreté las mandíbulas y ni siquiera me atreví a preguntarle a Ingrod si podía dejar mi mochila en la carretilla al lado de ella. Había que seguir.

Una hora escasa después llegábamos al espacio abierto donde la celebración de la fiesta del solsticio de verano estaba en pleno apogeo. Dejé la carretilla junto a la mesa alargada donde las decrepitas mujeres seguían jugando al Scrabble. Miraron asombradas a Ingrod mientras yo le ayudaba a bajarse de la carretilla. No esperaba ningún agradecimiento por parte de mi pasajera y ella se limitó a indicarme con los brazos que me quitara de en medio para que pudiera saludar a sus amigas de la agrupación.

Miré alrededor y vi a Greta y a Gunnar, que estaban de pie abrazados junto al mayo de Frey. Miraban al sol que se ponía sobre las copas de los árboles. Era algo precioso, la verdad. El palo de Frey olía a quemado y estaba oscuro y carbonizado. Una estrecha línea de humo se elevaba hacia el cielo del atardecer. La hierba que había alrededor estaba quemada. El palo estaba húmedo y al ver unos cubos en el suelo, supuse que los habitantes de Tiveden que celebraban el solsticio de verano acababan de hacer una especie de ritual de la fertilidad allí.

—¿Has oído algo sobre mis pasteles enrollados en el Bosque que Murmura?
—preguntó Gunnar cuando me puse al lado de ellos.

El bañador de helechos le llegaba ya a la altura de la espalda y parecía estar a punto de romperse y caerse.

—Ni una palabra. Pero oí muchas otras cosas. Fascinantes, la verdad.

Tanto a Gunnar como a Greta se los veía un poco inestables y borrachos. Cuando dije que había logrado traer un trozo de hielo para Ingrod, esperaba oír algún elogio o al menos algún tipo de comentario solemne por haber superado la primera prueba. Me hubiera encantado, especialmente ante todos los viejos y viejas que celebraban el solsticio de verano en ese espacio abierto. Pero Greta solo dijo que la joven pareja que necesitaba ayuda con el fantasma se había ido a casa, así que yo no tenía que dedicarme a ello esa noche, y que cambiar unas banderas de sitio tampoco era necesario en ese momento, ya que ella quería que dejara esa prueba para el final.

—¿Es una prueba especialmente difícil? ¿Qué banderas hay que cambiar de sitio, y por qué tengo que dejarla para el final?

—Te resultará más fácil si haces las pruebas en un orden determinado —dijo Greta—. Pero no pienses ahora en eso. Has terminado por hoy y puedes quedarte tranquilo el resto de la noche.

—De acuerdo. Cogí un trocito de hielo para mí de Älvsjön cuando estaba haciendo la primera prueba para Ingrod. ¿Creéis que me lo puedo llevar de recuerdo?

—Haces bien en preguntar antes de llevarte cosas del bosque —dijo Gunnar.

—Por lo tanto, puedes llevártelo —dijo Greta.

Ningún elogio por el momento, a pesar de que había intentado llevarlos por ese camino. Volví a intentarlo.

—Debe resultar frío e incómodo llevar un trozo de hielo colgando sobre el pecho. Yo solo me limité a hacer lo que me habían dicho, es decir, a llevar a cabo la primera prueba, que por cierto resultó bastante complicada. Fue un paseo largo y duro. El Bosque que Escucha y el Bosque que Murmura implicaron una dificultad mental importante, y además no fue nada divertido relacionarse con Ingrod. Ahora, una vez concluida la primera prueba, no puedo dejar de reflexionar acerca de lo frío que debe de ser tener un trozo de hielo en el pecho. Pero bueno, mi misión solo consistía en llevar a cabo la primera prueba y la he concluido.

—Creo que el trozo de hielo alivia y calma el dolor en su afligido corazón —dijo Gunnar respaldado por un guiño de Greta.

Hay que ver lo difícil que es que te elogien un poco, pensé algo molesto. Miré hacia la mesa alargada, donde las viejas de la agrupación de brujas seguían hablando, bebiendo licor, comiendo gominolas y jugando al Scrabble. El gatito

gris oscuro que antes descansaba bajo una sombrilla estaba durmiendo con las viejas, balanceando suavemente la cola por encima del borde de la mesa. Noté algo raro en la cara de Ingrod. Tardé un momento en darme cuenta de que estaba contenta. Un compañero de mesa y ella se estaban dando palmaditas en la espalda después de apurar sus chupitos. Reían juntos o, mejor dicho, graznaban juntos y se servían más bebida. No había duda de que Ingrod estaba disfrutando. Y, mirándolo bien, era bueno que se reuniera con sus amigas después de haberse apartado de ellas, pero ¿no podría al menos haberme sonreído? Vieja ingrata.

Yo no tenía a nadie con quien pasar la noche del solsticio de verano.

El hombre más viejo que he visto en mi vida —al que realmente no le pegaba nada la vestimenta de helechos— iba dando traspiés y encendía las velas que había encima de la mesa. Se detuvo junto a nosotros y me lanzó una mirada escéptica con sus ojos acuosos y demasiado juntos. Luego se volvió hacia Gunnar y Greta:

—¿Habéis oído algo nuevo del Eterno Llorón? Es difícil obtener información clara de la Vieja Gandula ya que está siempre durmiendo.

El hombre más viejo que he visto en mi vida tenía una voz algo pastosa y cansina. Gunnar se inclinó hacia él y bajó el tono de voz.

—No te preocupes por eso esta noche.

Me acordé de las conversaciones telefónicas de Gunnar en el coche, y de que intentaba alejarse de mí todo lo posible para hablar de un modo conciso y grave con alguien acerca de un eterno lagrimoso, un lloroso o algo así. Era evidente que ese tema no me concernía a mí, así que miré hacia otro lado para que no creyera que estaba escuchando.

—Espero que seas la persona adecuada para esto —masculló el hombre más viejo que he visto en mi vida después de que Gunnar le susurrara algo al oído.

Después se fue con paso tambaleante y con sus ojos acuosos fijos en mí.

Espero que seas la persona adecuada para esto.

¿La persona adecuada *para qué*? ¿Iban dirigidas a mí esas palabras? No, era con Gunnar con quien hablaba, como pude ver. Luego no pensé más en ese asunto.

Greta, Gunnar y yo estábamos otra vez solos junto al mayo de Frey. Me pregunté si había llegado el momento de volver a la caravana y tal vez meterme en la cama a una hora razonable, pero ellos insistieron en que me quedara y comiera un poco. Además no querían que atravesara el bosque solo después de la puesta de sol.

Encontramos una mesa libre y ellos pusieron encima tortitas de sangre y carne seca. No es lo mejor que he comido, la verdad, solo es algo salado y duro que produce mucha sed. Gunnar tenía una solución a ese problema. Sirvió aguardiente casero en un vaso de chupito y lo puso al lado de mi plato. Yo me puedo beber una cerveza de vez en cuando pero no me gusta el alcohol, no me gusta emborracharme ni tener resaca. Me preocupan mis células cerebrales. No quiero deteriorar mi capacidad de pensar y decir cosas rápidamente.

—Tómame un chupito, de lo contrario no habrá pastel relleno de postre —dijo Gunnar riendo mientras volvía a llenar su vaso y el de Greta.

Levantaron los vasos hacia mí. Yo me encogí de hombros. Un chupito no puede hacer daño, pensé. Además las voces del Bosque que Murmura habían despertado mi curiosidad. Tal vez era una excelente oportunidad para preguntarles cosas de Tiveden y de sus peculiaridades. Brindamos y me bebí el aguardiente de un trago.

*

Un par de horas más tarde estaba medio recostado en la mesa intentando que Greta y Gunnar cantaran *Moonlight Shadow* de Mike Oldfield. La verdad es que no me gusta nada esa canción porque me hace pensar en Sebastian, pero una de las cosas buenas de estar borracho como una cuba es que te da todo igual. Empezamos a cantar juntos la canción pero el único que conocía la letra a fondo era yo. La melodía en cambio era fácil de aprender. Hasta Ingrid y sus compañeras brujas la canturrearon con unas voces bastante desagradables que parecían graznidos. Me subí a la mesa y los dirigí a todos juntos con gestos ampulosos. Cuando me resbalé en un pastel relleno y caí en picado sobre la hierba, recibí el mayor aplauso que había recibido en muchos años.

Entonces fue cuando empezó a nevar.

Algo grande y negro voló en silencio a baja altura sobre el espacio abierto en el que estábamos. No me dio tiempo a distinguir qué era ni qué aspecto tenía, en parte porque estaba oscuro, en parte porque estaba borracho y en parte porque estaba ocupado intentando levantarme después de caerme de la mesa. De todos modos era tan grande como un vagón de tren, y cuando ese «algo» pasó empezó a caer nieve —o más bien *granizo*— sobre nosotros durante un par de asombrosos segundos.

Todos los que, borrachos, seguían celebrando allí el solsticio de verano se

quedaron en silencio. Hasta que alguien gritó con entusiasmo.

—¡El monstruo ha despertado!

Como yo había visto muchas películas de monstruos, me arrastré y me metí debajo de la mesa todo lo rápido que pude en mi estado de ebriedad. Gunnar se puso de rodillas y me miró con gesto achispado.

—He oído rumores de que hay un monstruo enterrado bajo el hielo en Älvsjön, pero siempre pensaba que se trataba de una leyenda. ¿Lo has visto?

—¿Al monstruo? ¿Es peligroso?

—No tengo la menor idea pero creo que no. Hay monstruos carnívoros y monstruos herbívoros. No se ha comido a nadie, así que no hay peligro.

Me ayudó a levantarme y me di cuenta de que yo era el único que me había asustado y había buscado refugio. El ambiente estaba aún más animado que antes. Los viejos y las viejas se quitaban entre ellos los trozos de hielo de la cabeza, se reían y brindaban mirando hacia las copas de los árboles. Hasta el gatito de color gris oscuro se levantó y parecía inusualmente interesado para ser gato, lo que tal vez no diga gran cosa. Pero enseguida se cansó y volvió a tumbarse y a relajarse. Yo llené un vaso de licor y me puse a imaginarme cómo debió de ser cuando el monstruo despertó en la profundidad, se desprendió del hielo y voló hacia el cielo de la tarde dejando un rastro de granizo detrás. En mi embriagada fantasía pensé que el monstruo tendría el aspecto de una majestuosa ballena azul con alas. O algo por el estilo.

Honestamente no recuerdo mucho del resto de la noche. Estoy casi seguro de que al amanecer me negué a rodar por el suelo en la humedad de Freya con un grupo de pensionistas desnudos. Sin embargo, cuando caí en la cama esa mañana tenía hierba húmeda de rocío por todo el cuerpo.

28

Cuando uno se siente realmente bien suele decir que «está en la gloria», y así me sentía yo mientras iba a pie desde la estación del metro hasta mi casa de Mälärhöjden. La tarde de cena y cine con Charlotta en el centro de la ciudad había sido todo un éxito. Casi perfecta.

Cuando iba hacia la puerta oí un gemido en el jardín oscuro. Me detuve, me volví y miré hacia el columpio.

Debajo del columpio estaba Sebastian, totalmente borracho.

Lancé una mirada nerviosa hacia la casa. No había luz en las ventanas. Mis padres tal vez se habían acostado ya. Me puse en cuclillas junto a Sebastian y lo sacudí para que reaccionara. Él trató de enfocar la mirada, me cogió la mano y me miró con ojos empañados.

—No quiero ser como mi padre —farfulló al borde del llanto—. Ayúdame.

—¿No quieres dedicarte a colocar moqueta como tu padre?

Un mago tiene que ser hábil para controlar lo que ve el público. Si tiene que esconder algo con una mano, debe asegurarse de que los espectadores miren la otra. Cuando vi a Sebastian manchado de vómito en nuestro jardín ignoraba que tuviera problemas con el alcohol. Lo había ocultado admirablemente bien.

Por lo visto había comprado bebida con lo que ganó en la función de la asociación antialcohólica.

—No quiero ser como mi padre —repitió intentando levantarse.

Me las arreglé para subirlo al columpio.

La primera vez que lo oí hablar de bebida fue cuando, después de nuestra primera actuación remunerada, propuso que fuéramos al restaurante chino e intentáramos pedir cerveza. No íbamos a fiestas, en parte porque nunca nos invitaban y en parte porque dedicábamos a la magia todo el tiempo libre. El olor a alcohol que percibía a veces creía, como ya he dicho, que procedía de su

asqueroso departamento.

—Mira, me estoy quedando calvo y aún no he cumplido los veinte años —farfulló intentando señalarse la cabeza con una mano rebelde—. Igual que mi padre.

Tenía razón, aunque yo entonces no lo sabía debido a que apenas dedicaba tiempo a observarle la cabeza. Resultaba difícil evaluarlo en la oscuridad. Me parecía que tenía el pelo como siempre.

Para mí era mucho más preocupante que tuviera problemas con el alcohol siendo tan joven. Habíamos dedicado muchísimo tiempo a llegar a ser lo suficientemente buenos como para poder cobrar por una actuación. Habíamos pulido la función hasta convertirla en un diamante reluciente, sobre todo teniendo en cuenta lo jóvenes que éramos, y yo no tenía tiempo, ganas ni fuerzas para ponerme a ensayar un repertorio en solitario. Simplemente era impensable para mí dejar la actividad cuando acabábamos de desplegar las alas.

Teníamos un mes muy ajetreado por delante. Siete actuaciones. Cuatro de ellas pagadas. Así que decidí ayudar a Sebastian a que dejara de beber.

Se había quedado conmigo en mi habitación un par de veces antes, cuando había demasiada violencia en su casa. Entonces no les dije a mis padres el motivo; solo les pregunté si un compañero de estudios se podía quedar a dormir en casa. Pero en esta ocasión les expliqué exactamente cómo eran las cosas. En el chalé teníamos sitio de sobra y un par de días después Sebastian se mudó al cuarto de costura de mi madre, la habitación que estaba al lado de la mía y que ella no usaba.

Es probable que, de forma solapada, mis padres tuvieran una serie de conversaciones con los servicios sociales. Tal vez incluso se informó al instituto al que iba de que Sebastian vivía temporalmente en otra dirección. Yo me mantuve al margen, ya que no se trataba de que hubiéramos adoptado a Sebastian, solo era un cambio ambiental para él durante unas pocas semanas.

En el transcurso de ese tiempo ninguno de nosotros oyó ni una palabra de su padre, al que tal vez le resultaba agradable estar solo en casa para poder dedicarse a beber hasta la muerte. Lo que fue consiguiendo poco a poco.

De todos modos, Sebastian se adaptó bien a vivir en casa con nosotros. No se quejaba nunca de cosas tan pesadas como que la comida saludable se servía en horarios regulares, que tenía que levantar los pies cuando mi madre o mi padre pasaban la aspiradora por su habitación, que a veces tenía que doblar él su ropa recién lavada, o que le preguntaban cómo estaba mientras miraba la tele. Y como

no había latas de cerveza ni otras bebidas alcohólicas por todos lados le resultaba bastante fácil dejar de beber.

Al menos cuando estaba en casa.

Mis padres se involucraron mucho en el cuidado de Sebastian. Como yo generalmente mantenía un perfil bajo en casa y nunca causaba problemas ni en la escuela ni en mi tiempo libre, mis padres parecieron revivir y casi disfrutaban ocupándose de un adolescente problemático.

Para mí era parecido a tener un hermano de mi misma edad. Sin embargo, no podía controlarlo durante todo el día. Cuando teníamos una actuación y cobrábamos, lo que era cada vez más frecuente, parecía que los billetes de cien le quemaran en el bolsillo de los pantalones vaqueros. Había un montón de borrachos en Bredäng a los que no les importaba vender bebida alcohólica a un adolescente. Cuando ponía cara de haberse acordado de algo importante y decía cosas como «Tengo que ir a casa a buscar algo» o «Voy a devolver un vídeo» era fácil darse cuenta, y yo tenía que obligarle a que me acompañara a casa o dejar que se fuera a emborracharse. Era bastante molesto despertarme a media noche cuando él intentaba entrar a hurtadillas en su habitación después de coger una buena cogorza. Pero yo no podía cuidarlo constantemente. Quería pasar el mayor tiempo posible con Charlotta.

En lo referente a la magia había cada vez más funciones remuneradas. Rompimos el dique de las mil coronas en la fiesta de empresa de una agencia de viajes en el centro de Estocolmo. ¡Mil quinientas coronas de caché! Una respuesta fantástica de los asistentes, que a pesar de estar medio borrachos se rieron y aplaudieron en los momentos adecuados. Nuestro espectáculo resultó genial. Después nos invitaron a quedarnos en la fiesta. Entre adultos.

Había una enorme cantidad de comida, bebida y cerveza. Yo cogí un refresco. Sebastián hizo lo mismo, por sorprendente que parezca. Tanto a él como a mí nos invitaron a bailar dos chicas mayores con unos escotes peligrosos. Fue la primera vez que nos sentimos realmente geniales y excitantes. La primera vez que nos sentimos un poco como estrellas de *rock*. Sin embargo rechazamos bailar con chicas adultas y encontramos una mesa apartada donde nos sentamos con nuestras infantiles y coloridas botellas de refresco.

—Debería ser divertido. Entonces ¿por qué es tan aburrido? —dijo Sebastian después de coger un puñado de cacahuetes.

Yo sabía exactamente de lo que hablaba.

Sebastian y yo estábamos de acuerdo casi siempre. A pesar de que habíamos

hecho la actuación de más éxito hasta ese momento, ambos teníamos la sensación de que desgraciadamente algo iba mal, tanto en el aspecto de la respuesta del público como en el económico. Y resultaba triste. Habíamos hecho exactamente la misma función tantas veces que empezábamos a tener la sensación de que la mayor parte de las cosas iban con piloto automático. A Sebastian ni siquiera se le revolvió ya el estómago de los nervios. Era como si lo que más nos gustaba hacer (excepto estar todo el día con Charlotta en mi caso), se estuviera convirtiendo en una monotonía gris. Era muy preocupante sentir eso en el preciso instante en que *finalmente* empezaban a ir bien las cosas.

Sebastian se levantó de la mesa y volvió con un enorme *gin-tonic*. Nos quedamos allí sentados hasta la madrugada. Antes de que Sebastian estuviera demasiado borracho para hablar, llegamos a la conclusión de que había llegado el momento de desafiarnos a nosotros mismos a incorporar un nuevo repertorio, tal vez aprendiendo nuevos trucos de magia, tal vez bajando un poco el tono de humor, tal vez introduciendo algún otro elemento, o tal vez incluso comprobando si éramos capaces de desempolvar e intentar hacer de nuevo el espectáculo musical *Crisis* de Mike Oldfield.

Sebastian y yo éramos socios y éramos casi igual de buenos para hacer magia. En mi caso gracias a una especie de talento innato, en el suyo gracias a su gran esfuerzo y dedicación. Éramos como una buena pareja de compositores de canciones que tenía que decidir de qué estilo sería su próximo disco. El que posee conocimientos de historia de la música sabe que esta encrucijada de caminos creativos puede ser el principio del fin.



A la reina del bosque le parecía un tanto incongruente la reunión de esa mañana, debido sin duda a la resaca de los viejos que estaban sentados alrededor de la mesa. Anton, el *trotavías*, había superado la primera prueba y, aunque no se tratara de una prueba difícil ni exigente, hizo lo que le habían dicho que hiciera y mostró cierta preocupación cuando vio que Ingrod estaba triste, lo que era un punto a su favor. Había pedido elogios después de superar la prueba, lo que era un punto importante en su contra. Quedaban dos pruebas. La segunda un poco más difícil que la primera, la tercera un poco más peligrosa que la segunda, y después ella tendría que decidir si Anton merecía o no ser liberado del zomer. Si es que quedaba algo que liberar después de la tercera prueba. La reina del bosque dudaba mucho que Anton sobreviviera al encuentro con el Eterno Llorón.

29

Cuando me desperté en la caravana me sentía sorprendentemente bien, a pesar de lo poco que había dormido y de lo mucho que había bebido, pero por desgracia volvía a tener las dos manchas de grasa en la frente encima de la sien. Bajé corriendo a casa de Greta y Gunnar. Los vi bastante decaídos y cansados después de la fiesta del solsticio de verano, intentando desayunar poco antes del mediodía.

—Puede ser una señal para demostrarte que no te ha olvidado —dijo Greta cuando les mostré las manchas.

Gunnar asintió con la cabeza.

—Sigue fumigándote con regularidad para que no corras ningún peligro.

Me dejé caer en la silla y me pusieron café humeante y un plato de gachas.

—¿Estáis seguros de que oyó mis disculpas cuando le dejé flores en el tronco del árbol caído? ¿Tenéis la menor idea de cómo razonan las cosas los zomer? ¿Sabe la Vieja Gandula que ayer hice una prueba excelente? ¿Sabe el zomer que la Vieja Gandula va a tener una charla con ella si consigo hacer las tres pruebas?

Greta suspiró y Gunnar me indicó discretamente que bajara la voz.

—Todos saben exactamente lo que tienen que saber y todo está en orden. Ahora propongo que desayunemos en silencio. Greta está un poco cansada.

Ella sonrió y le dio un codazo, que él le devolvió. Los ancianos parecían una pareja de recién enamorados hasta que Greta tuvo que contener una arcada. Yo seguí zampándome las gachas, que se fueron depositando en mi estómago como grumos suaves y calmantes. Después del desayuno se sirvió pastel enrollado, como era de esperar. De fresas. Y más café. Gunnar volvió a llenar mi aerosol con repelente de zomer.

Greta pareció espabilarse un poco y yo me atreví a volver a hablar.

—Tengo la mente algo borrosa, pero creo que anoche cayeron trozos de

hielo sobre nosotros y que *una cosa* grande pasó volando por encima de las copas de los árboles, ¿fue así? —dije.

—En efecto. Un monstruo que despertaste al cortar un trozo de hielo de Älvsjön —explicó Gunnar en tono jocoso.

—Espléndido, ¿no? —dijo Greta.

—No lo vi bien o no recuerdo exactamente cómo era, pero me pareció... impresionante, la verdad. Me pregunto adónde se fue. Supongo que estará volando por ahí asustando a la gente. ¿Y si tiene hambre y está enfadado?

Greta me miró como si pensara que mis preguntas eran un poco ingenuas.

—Ese tipo de mastodonte suele ser inofensivo —dijo—. Vive principalmente en el agua y de ese modo fue como quedó atrapado bajo el hielo. Yo me inclino a pensar que ha encontrado un rincón agradable en el fondo de algún lago donde se siente a gusto en el fango. Si ha sobrevivido enterrado durante cientos de años, no parece que necesite comer demasiado.

—Pero si vuela fuera de Tiveden sería un caos que la gente lo viera.

—Lo dudo. Si hubieras visto pasar volando algo así por encima de la carretera cuando ibas conduciendo hace un par de días, ¿te habrías creído lo que veían tus ojos o te habrías limitado a encogerme de hombros y pensar que todo tiene una explicación «natural»?

Ella tenía razón. Un par de días atrás yo habría asumido que era algún tipo de avión en vuelo rasante o algo parecido, no que fuera un ovni. Ni un monstruo. Pero lo era.

—Además, los *trotavías* estáis todo el tiempo con la nariz pegada al teléfono móvil y no veis lo que ocurre a vuestro alrededor.

Me encogí de hombros ante su desfasado comentario. Greta cogió otro trozo de pastel y yo hice lo mismo. Gunnar asintió complacido al ver cómo nos atiborrábamos. Me vino a la mente un vago recuerdo que no podía entender bien y les tuve que preguntar a ellos.

—¿Hablé de invitar al tocapuertas noctámbulo a que entrara a tomar una última copa en la caravana si llamaba a la puerta?

Gunnar se echó a reír.

—Dijiste muchas cosas. Pero cuando llegamos a casa ya había amanecido, así que no había ningún motivo para preocuparse.

Yo negué con la cabeza sin poder admitir que había tenido un lapsus de memoria. Era la primera vez después de una borrachera.

*

Tras una larga ducha en «mi» caravana me rocié con el pulverizador de pies a cabeza. Me vestí de traje y camisa, recogí mis cosas y las metí en el bolso. La segunda prueba se iba a llevar a cabo fuera del bosque, en «mi mundo», y yo esperaba librarme por un tiempo del penetrante olor a pino de Tiveden. También era muy agradable no tener que usar botas de goma.

Gunnar me llevó hacia la civilización por serpenteantes caminos de tierra, traspasando una línea de sal con los correspondientes cubiertos y bordados con caracteres rúnicos. En la radio del coche se oía una suave música de fondo. Después de cuarenta y cinco minutos notamos asfalto bajo los neumáticos y llegamos a la rotonda que está al lado de la estación de servicio, donde me acusaron de robar cacahuets y fui secuestrado por el imbécil de Jorma. Gunnar bajó el volumen de la radio y me indicó con la cabeza que podía coger un trozo de pastel enrollado que él había puesto en la guantera que estaba delante de mi asiento.

—Bueno, te voy a decir cómo están las cosas. Ayer te señalamos a la joven pareja que tenía problemas con fantasmas, ¿verdad?

—Sí, cuando volví de la casa de Ingrid ya se habían marchado. No llegué a saludarlos.

—El muchacho es de Tiveden, la chica es *trotavías*. Se conocieron hace más o menos un año y se enamoraron perdidamente, se casaron y enseguida se fueron a vivir juntos. Viven en un chalé en Askersund, hacia el cual nos dirigimos. La gente de Tiveden es bastante conservadora y cerrada en lo que respecta a la gente de fuera, sobre todo los más viejos, al ser más reaccionarios y lentos para entender.

—Creo que yo era el más joven de los que estábamos allí ayer, y tengo cuarenta y cinco años.

—Exacto. No hay ninguna generación de tivedenses más jóvenes que pueda influir para que los ancianos y ancianas intolerantes vayan en el sentido correcto. Siempre hemos sido recelosos del mundo exterior, lo cual está relacionado con el hecho de que los habitantes de Tiveden somos descendientes de aquellas brujas que se fueron a vivir al bosque huyendo de la represión en la época de El Gran Alboroto. Y hemos sido tratados de un modo deplorable por vosotros los *trotavías*, sin ninguna duda, pero no quiero que nos vayamos apagando poco a poco y que luego solo nos recuerden como una población que se quejaba de

todo. La chica no ha quemado a nadie en la hoguera, pero el abuelo de «nuestro» chico de Tiveden es muy antipático y retorcido y ve el matrimonio de ellos como una catástrofe, además de negarse a aceptar que quieran tener hijos. Es un viejo realmente amargado y conservador, a pesar de que hace tres años que murió. Te volverá loco hablándote de la historia de Tiveden y de lo bien que estaba todo antes.

Gunnar suspiró antes de proseguir.

—Lamentablemente, hace unos años yo también era muy cerrado. Y cuando Greta y yo nos planteamos adoptar un niño, decidí que si no era un hijo «auténtico» de Tiveden, no tendría ninguno. Ahora me arrepiento.

Miré a Gunnar.

—Creo que acabas de decir que ese hombre tan conservador murió hace tres años. ¿He oído bien?

—Por ese motivo tu segunda prueba consiste en que pongas fin a una situación. El abuelo del muchacho de Tiveden es un fantasma al que le ha dado por aparecerse y complicarle las cosas a la joven pareja. Quiere que se separen antes de que la chica quede embarazada.

—¿No importa que yo no tenga experiencia en casas habitadas por fantasmas?

—Según argumenta la reina del bosque, puedes funcionar como un negociador neutral. No hay duda de que eres un *trotavías*, pero no formas parte de la familia de la chica ni de ninguno de los habitantes de Tiveden. Lo mejor sería que pudiéramos encontrar un tercero que ni siquiera formara parte de la humanidad, como por ejemplo un zomer, pero lograr que un espíritu haga lo que uno quiere es más o menos tan fácil como adiestrar un gato.

Apoyé la cabeza en el reposacabezas e intenté asimilar todo lo que él acababa de decir.

—Los gatos suelen ser muy obstinados y es difícil conseguir que hagan algo, sea lo que sea.

—Gracias por la aclaración, Gunnar.

Me sonrió sin captar aparentemente el sarcasmo de mi comentario. Seguimos el viaje por la autovía en la que casi no circulaban coches. Como es habitual, el día del solsticio de verano las tiendas están cerradas, la gente se queda en casa cuidando sus resacas, retiran las palabras fuertes que dijeron, limpian el vómito de los muebles del jardín, ponen en claro quién fue infiel con quién o quién fue hallado muerto en una zanja y cosas así.

Giramos en dirección a Askersund, una ciudad pequeña en la que no he actuado nunca, situada en la parte más septentrional del lago Vättern. No estoy del todo seguro, pero creo que es la ciudad sueca en la que más cepillos de dientes se venden anualmente por habitante.

Gunnar apagó la radio. Me miraba de vez en cuando.

—Una cosa... ¿has pensado en llamar por teléfono a tus padres y a tu hermano? Tienes que desahogarte.

—¿Qué?

—Estabas muy triste, dijiste que querían más a tu hermano que a ti. No creo que sea así, por lo que tal vez sería conveniente que lo hablaras abiertamente con ellos.

No entendí nada, me dio la sensación de que se estaba confundiendo. Debí de notarlo e intentó explicármelo.

—Anoche yo no estaba especialmente sobrio, pero tú tienes un hermano, ¿verdad? Al que envidias desde hace veinticinco años. Creo que se llama Sebastian. ¿No es así?

30

Me sentía incómodo. ¿Qué disparates habría dicho a causa de la borrachera?

—Sebastian no es mi hermano. Es un amigo que vivió una temporada en mi casa cuando éramos adolescentes.

—Entonces ¿no tienes ningún hermano?

—No, Greta ya me preguntó antes por mi familia. Ni hermanos ni hermanas. Debes de haberme entendido mal.

—Es posible, pero tú estabas tumbado en la hierba y llorabas como un bebé.

—¿De verdad?

—Como un bebé tal vez sea exagerado. Como un niño inmaduro de cinco años tal vez, o un...

—Gunnar, obviamente no es la edad del niño lo que me ha hecho reaccionar en tu comparación. ¿Estaba de verdad llorando en la hierba?

—Totalmente desnudo, lo que no es nada de lo que haya que avergonzarse ya que todos estábamos desnudos mientras rodábamos juntos en la humedad de Freya. Pero el único que lloraba eras tú. Lo que tampoco es nada de lo que haya que avergonzarse. Aunque tal vez deberías controlar las cosas que te entristecen. La envidia puede tener un poder autodestructivo muy fuerte. No quiero hablar demasiado del llanto en sí, pero la verdad es que parecías una fuente inconsolable. O quizá más bien una regadera llena de agujeros, o una goma de riego que vibra por la fuerte presión del agua y... —Gracias, Gunnar, creo que lo he entendido. Estaba llorando.

Me froté las sienes como suele hacer la gente en las películas cuando tiene que recordar algo. No funcionó en absoluto. La última parte de la noche del solsticio de verano seguía siendo un agujero negro.

—Me resulta difícil hablar de algo que no recuerdo, pero no tengo ningún hermano al que envidie y no estoy triste. No hay nada que tenga que controlar.

Si es que realmente lloré, que lo dudo. Tal vez fue una reacción retardada por lo de la maldición. Para mí han sido unos días muy impactantes con lo de los zomer y otras experiencias sobrenaturales —expliqué.

No sé si Gunnar se creyó mi explicación. De todos modos no hizo ninguna otra pregunta.

—¿Falta poco para llegar?

Así era. Gunnar entró haciendo un giro y estacionó en una placita rodeada de casas bajas y viejas. Supuse que era el centro de Askersund. La típica ciudad sueca pequeña y agradable. Bastante idílica, tranquila y limpia, y la mayoría de las cosas parecen más agradables cuando brilla el sol. En la plaza casi desierta había aparcamiento de sobra. Salimos del coche y fuimos a un restaurante chino que estaba entre dos tiendas cerradas.

—Hemos quedado aquí. A ellos les gusta salir de la casa siempre que pueden —dijo Gunnar cuando notó en mi cara que no sabía adónde íbamos.

*

Harald y Janine, la joven pareja a la que yo tenía que ayudar con las apariciones que se producían en su casa, eran los únicos huéspedes que había en el comedor, decorado al más «puro» estilo chino. Faroles, cuadros, porcelana, menús y muebles parecían proceder de un mayorista especializado en estereotipos asiáticos.

En otras palabras, era igual que cualquier otro restaurante chino de este país. En cambio, el personal parecía tailandés, aunque no hay nada malo en ello, ya que por ejemplo no es necesario ser italiano para vender espaguetis.

Nos acercamos a la mesa. Gunnar me presentó. Janine y yo nos estrechamos las manos. Alrededor de veinticinco años, rubia, bronceada y en buena forma física. Muy buen aspecto. Por desgracia, Harald también era rubio, guapo, y estaba bronceado y en buena forma física. Tenía aproximadamente la misma edad que Janine. No pude evitar sentirme un poco sucio y descolorido en comparación con ellos.

Nos sentamos a la mesa. Gunnar explicó cómo estaban las cosas, que a mí me había maldecido un zomer y que la Vieja Gandula, la reina del bosque, había decidido que yo realizara tres pruebas como muestra de que era digno, etcétera. Janine era una *trotavías* como yo, sin embargo conocía muy bien Tiveden y sus misterios y, al parecer, lo que Gunnar decía no le sonaba raro. Además, como el

fantasma del abuelo de Harald se les aparecía en la casa, tal vez ya estaba acostumbrada a ese tipo de extravagancias.

—¿Tienes experiencia en casas embrujadas? —preguntó.

Me gustó la voz de Janine. Aparté la mirada de su ajustada camiseta de verano y sonreí ampliamente.

—No, pero he visto muchas películas de terror, así que no habrá ningún problema.

Ella también sonrió. Cuando las mujeres guapas no aprecian mi sentido del humor suelo ponerme algo nervioso, especialmente si están sentadas al lado de un muchacho con el que no puedo competir físicamente. Bajé la vista hacia el menú. No tenía hambre, pero notaba cierto malestar en el estómago a causa de la resaca que debía calmar con comida.

Harald se volvió hacia Gunnar.

—Esto debería resolverse a través de la agrupación de brujas. ¿Has hablado con Ingrod y las demás viejas? Sé que están algo decrepitas y que en la actualidad la mayoría de ellas solo se dedica a jugar al Scrabble, pero ¿no crees que sería mejor que nos ayudaran ellas en vez de enviar a un aficionado?

No me gustó que me llamara aficionado, aunque en lo referente a tratar apariciones su descripción acerca de mí era totalmente correcta. Gunnar explicó por segunda vez en poco tiempo que la Vieja Gandula había decidido que ese asunto se manejara así, y que si Harald tenía algún problema, se lo dijera. Harald no parecía estar demasiado entusiasmado. Me miró con gesto de disgusto, como si acabara de sacar del envase algo que no coincidía con la imagen del catálogo, y Janine hizo más o menos lo mismo. Tuve la terrible sensación de ser observado por una pareja joven, bonita, bronceada y bien entrenada, y además no podía dejar pasar que me hubiera llamado aficionado. Fuera o no correcta la descripción, había llegado la hora de tomar el mando.

—¿Está relacionada la maldición con vosotros, con la casa donde vivís o con algún otro objeto? Ya que es tu abuelo el que se aparece, cabe suponer que está relacionada con vosotros y que no podréis deshaceros de él aunque os mudéis a otra casa.

Harald se encogió de hombros.

—¿Es eso lo que has aprendido de las películas de terror que has visto?

—Mucho antes de que nacieras vi *The Amityville Horror* en versión original, no la versión nueva.

No era una respuesta especialmente mordaz. Solo hizo que me sintiera viejo.

Viejo de verdad.

—Honestamente, no sé nada de eso. Hace un par de días ni siquiera creía en ello. Todo lo que puedo hacer es tratar de ayudarlos. Si la cosa no va bien, tendrás que hacer lo que dice Gunnar e ir a hablar con la Vieja Gandula —añadí.

Janine y Harald se miraron.

—El abuelo de Harald se aparece en un espejo en la casa —dijo Janine visiblemente incómoda—. Cuando miras el espejo, a veces lo ves a él de pie detrás de ti, enfadado, y cuando te das la vuelta, no hay nadie. Es muy desagradable.

Buscaba algún halago o alguna palabra que la animara cuando se acercó a la mesa una camarera tailandesa bajita y vivaracha. Pareció impacientarse cuando tuve que mirar el menú un par de segundos antes de decidir.

—Tomaré filete de carne cortado en tiras y wok de tallarines, pero sin brotes de bambú.

—Número quince. Gracias.

—Correcto, el número quince, pero sin brotes de bambú.

—El número quince va con brotes de bambú. ¿El número quince no?

Señalé en el menú claramente con el dedo.

—Sí, quiero el número quince. Filete de carne cortado en tiras con tallarines. Y, según el menú, el plato incluye brotes de bambú. Pero no quiero que vaya acompañado de brotes de bambú, ya que solo saben a trozos de madera seca. Quita los brotes de bambú y pon en su lugar más filetes cortados en tiras.

La impaciente camarera señaló el menú con la mano. Tal vez con más claridad que yo.

—El número doce es sin brotes de bambú. Pollo Kung Pao. Pide el número doce.

Suspiré del modo más demostrativo que pude, incluso puse los ojos en blanco.

—De acuerdo, pediré el número doce. Kung Pao. ¿Puede ser con cacahuets en vez de anacardos?

—El número doce. Gracias —fue todo lo que pudo responder—. ¿De beber?

—Una Coca-Cola, por favor. Con mucho hielo.

—Tenemos Pepsi.

—Está bien, entonces tomaré una Sprite.

—Tenemos 7—Up.

—Está bien, entonces una Orangina.

—Tenemos Fanta.

—Está bien, entonces una Ramlösa.

—Tenemos Loka.

—Está bien, entonces me tomaré una Pepsi.

Gunnar se conformó con un café, ya que se iba a volver enseguida a casa para comer con Greta. Harald y Janine parecían tener amistad con la camarera. Estuvieron charlando entre ellos acerca de lo que habían hecho la noche del solsticio de verano. La camarera había estado en una conferencia de la escritora de *best seller* Kicki Hjort sobre experiencias cercanas a la muerte y ángeles. Según la camarera —que era muy amable cuando hablaba con ellos— había sido muy inspirador escucharla y valió la pena el precio que había pagado. El precio había valido la pena, pensé con amargura. Kicki Hjort tenía el verano completo. En cambio, yo apenas tenía actuaciones ni dinero.

31

El pollo no estaba muy bueno y además no llevaba anacardos, solo arroz seco, pero no me atreví a quejarme porque tampoco tenía mucha hambre. Harald y Janine subieron sus platos a Instagram, incluso a ellos mismos. Se diría que el cocinero había puesto mucha más energía en los platos de ellos, porque todo tenía un aspecto exquisito.

Saqué el teléfono de Jorma, que en esa parte civilizada del mundo tenía cobertura. La pantalla estaba llena de notificaciones de aplicaciones que querían llamar la atención. Había muchas llamadas perdidas de Alexandra, que suponía era su chica. Tal vez estaba preocupada por él, y había motivos para ello, ya que probablemente él estuviera paseando en esos momentos por las profundidades de Tiveden. Pero ella no lo podía saber porque yo tenía el teléfono de Jorma desde hacía unos días.

Tendría que haberme puesto en contacto con ella, y tal vez también haberme esforzado un poco más en buscar a Jorma, pero de todos modos él dijo que no iban a hablar por teléfono entre ellos mientras estuviera en su *quest* del amor, o algo por el estilo, porque yo tampoco presté demasiada atención a lo que dijo. Ni siquiera sabía si Alexandra era su novia, podía ser su madre o cualquier otra persona.

Cuando Harald y Janine guardaron sus móviles, yo también lo hice. Gunnar intentó iniciar una charla trivial entre nosotros.

Oí que Harald y Janine tenían una tienda de productos dietéticos con su correspondiente gimnasio, donde ofrecían sus servicios como entrenadores personales. Una idea que se les había ocurrido a ambos y de la que estaban muy orgullosos. Organizaban programas sobre cómo vivir de modo saludable dirigidos tanto a personas individuales como a empresas, lo que al parecer les iba tan bien que para el otoño tenían previsto contratar más personal, ampliar la actividad y abrir una tienda en Örebro, que comparada con Askersund es una

ciudad grande. Me dieron ganas de decir lo que pensaba de los productos dietéticos, que al menos el noventa por ciento de los productos que se venden son una estafa, que son muy caros, que no sirven para nada y que los ingenuos que los compran son imbéciles, pero opté por guardar silencio. De todos modos, Harald y Janine parecían ser tan decididos y ambiciosos para su edad que resultaba enervante.

—Anton, tal vez quieras contarle un poco a Harald y a Janine quién eres y lo que haces —dijo Gunnar en un tono de voz similar al que utiliza un adulto cuando se dirige a un niño.

—Soy mago y estoy de gira de verano. He tenido problemas con el coche en Tiveden.

—¿Se puede vivir de eso? —preguntó Janine.

Una pregunta a la que, por desgracia, estaba muy acostumbrado.

—Sí, estoy de gira como acabo de decir. Viajo por todo el país casi todo el año —respondí a la vez que percibía el leve tono quisquilloso de mi voz.

—¿Viste el pasado fin de semana en la gala del medio ambiente a esa pareja que sacaba a un gatito de una jaula de tigre por arte de magia?

—No me suena —murmuré.

—No recuerdo cómo se llaman, pero salen a menudo en la tele. Son buenísimos.

Harald asintió con la cabeza.

—Sí, son realmente fantásticos.

—¿Y qué me decís de los productos dietéticos? ¿No son solo porquerías sin ningún efecto comprobado científicamente?

Janine y Harald me miraron asombrados. Tal vez podría haber cambiado la conversación acerca de Sebastian y Charlotta de un modo más diplomático, pero ya estaba hecho. Siguieron mirándome, sorprendidos y ofendidos como si nunca les hubieran cuestionado nada en toda su vida.

—Lo que quiero decir es que es un ramo con muchos actores sin escrúpulos... pero tal vez se podría decir lo mismo de todos los ramos —añadí en un débil intento de levantar el ánimo a la susceptible pareja.

Gunnar pareció percibir que la amistosa conversación que había iniciado iba por otros derroteros. Dio las gracias, nos deseó suerte con el fantasma y se marchó del restaurante para volver a casa con Greta.

Si en el futuro me puedo permitir tener un Mercedes elegiré un modelo con mucho espacio en la parte trasera. Cuando iba sentado detrás de Harald y Janine apenas cabían mis largas piernas. El Mercedes abandonó Askersund al ritmo de una música de baile intensa, positiva y pesada en el estéreo. ¿Tal vez era esa la porquería que escuchaban mientras entrenaban? Pasamos por delante de un viejo edificio de piedra que Janine señaló mientras decía algo acerca de él. Probablemente a mí, pero el altavoz estaba justo detrás de mí y no pude oír ni una palabra a causa del fuerte golpeteo. Terriblemente molesto.

Me dieron ganas de decirle un montón de cosas desagradables a la joven pareja que iba delante, pero llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer en ese momento era tomarme la segunda prueba con actitud positiva. No era necesario que me hiciera el mejor amigo de Harald y de Janine, no tenía que ser exageradamente amable ni tampoco desagradable. Era cuestión de deshacerse de la maldición, hacer de tripas corazón e intentar quitárselo todo de encima lo más rápida y suavemente posible.

Por suerte, el viaje no fue largo. Entramos en una pequeña e idílica zona residencial de grandes casas de madera con amplios balcones y parcelas cuidadas.

La puerta del garaje se abrió automáticamente cuando Janine se acercó a la entrada. Quitó la latosa música y aparcó al lado de un Audi último modelo. Por lo visto a la joven y bien entrenada pareja le gustaban los coches alemanes.

Me llevaron a dar una vuelta por la casa. Dos plantas y un sótano amueblado. Yo no era más alto que Harald, pero su postura era tan recta que tenía que estirarme para no sentirme bajo a su lado. Como Harald era oriundo de Tiveden, aproveché para intentar conseguir alguna información acerca de la reina del bosque, un tema que en ese momento nos interesaba a los dos y que esperaba no resultara tan complicado como intentar charlar de magia o de productos dietéticos.

—Ella me bendijo al nacer pero como es natural no lo recuerdo. Fue una especie de bautismo, no cristiano por supuesto, en un lago del bosque. No la he visto desde entonces. Por lo que he oído se mantiene apartada en lo más profundo del bosque. Los más viejos son los que mantienen contacto con ella, y no se la debe molestar innecesariamente. Si la Vieja Gandula decide que tienes que ayudarnos tú con las apariciones, lamentablemente no hay más remedio que aceptarlo.

Subimos por una escalera hasta la planta superior y luego murmuró en un tono ligeramente despectivo:

—¿Cómo puede negarse alguien a ayudar a un zomer que quiere coger flores?

—No sabía que se trataba de un zomer, ni siquiera sabía que existían, ni que te podían maldecir si no los ayudas con las flores. Creía que era una niña normal.

—¿Cómo puedes decir que no a una niña que quiere que le ayudes a coger flores? —interpuso Janine, que iba detrás de nosotros.

Suspiré.

—¿Y si yo hubiera ido en ese momento a hacer una cirugía de corazón que le salvara la vida en el último minuto a un investigador que unas semanas después descubriría una cura para el cáncer? ¿Os parece que habría sido mejor ayudar a una niña a coger flores en vez de participar activamente en la erradicación de la enfermedad más odiada del mundo?

—¿Entonces tenías prisa porque debías hacer algo muy importante? —preguntó Harald.

—Estoy describiendo un escenario en el que yo y muchos otros como yo piensan que, sin duda, lo mejor hubiera sido darse prisa por llegar a la mesa de operaciones. Es decir, que lo que está en juego es un mundo sin cáncer. ¿No es eso más importante que las flores de una niña?

Harald parecía que no lo entendía bien.

—¿Entonces tenías prisa porque lo que tenías que hacer era importante?

—¿Sabes lo que significa «describir un escenario»? Significa que lo que se describe solo es un escenario, no que haya sucedido de verdad. Yo tenía *bastante* prisa porque necesitaba encontrar a alguien que pudiera ayudarme con mi coche averiado.

—A mí me parece que has descrito un escenario tan exagerado que resulta casi absurdo —dijo Janine.

—Estoy de acuerdo —dijo Harald—. Cuando se describe un escenario, debe tener relación con lo que estás diciendo.

—Exactamente —dijo Janine—. Si tenías bastante prisa habría sido mejor que describieras un escenario en el que debías darte prisa para ir al baño en vez de erigirte en figura central de la curación del cáncer.

—Lamento que el escenario que he descrito no sea de vuestro agrado —dije con ironía—. Por cierto, si he venido hasta aquí para intentar ayudaros se debe a que he sido maldecido, así que no entiendo ese tono tan quejicoso que usáis.

Mi plan de intentar mantener una actitud positiva había sido puesto a prueba directamente y estaba creando un ambiente de muy mal rollo entre nosotros. Lo percibimos los tres, por lo que el recorrido continuó en silencio.

La mayor parte de las cosas que había allí parecían ser nuevas y caras. Las habitaciones eran luminosas y espaciosas, muy distintas a las de mi reducido apartamento de tres habitaciones de Sundbyberg. Discretos altavoces inalámbricos en todas ellas, paredes blancas, relucientes pisos blancos de madera teñida, mesa de billar con tapete rojo en el sótano, un lavadero que era mayor que mi cocina, sofás y sillas en tonos fuertes que contrastaban de un modo elegante con todo lo blanco. Muchos libros en los estantes, flores en las ventanas, *jacuzzi*, bicicletas estáticas, hamacas y mesa de comedor para diez personas en una terraza acristalada que había en la parte posterior —mayor que mi cuarto de estar— que daba a un jardín bien cuidado, un gimnasio totalmente equipado al lado del lavadero... En el dormitorio de ellos vi la cama doble más grande que había visto nunca. También había varias pantallas de televisión enormes y ni un solo cable a la vista en los zócalos ni en los muebles de los equipos de audio y vídeo, todo estaba perfectamente escondido. Muy pocos cuadros y adornos... En otras palabras, todo lo contrario a lo que se suele ver en las casas de las personas mayores, que tienden a llenarlas con todo tipo de baratijas.

En general, me gustó el modo en que Harald y Janine habían decorado su casa, que no difería en nada del modo en que yo lo habría hecho si viviera en un chalé espectacular.

Dejé mi bolso encima de la cama del cuarto de invitados, que estaba al lado del dormitorio de ellos. Había un par de fotos en la pared. Una serie de imágenes de la luna de miel de Harald y Janine en la isla caribeña de San Bartolomé. Sol, mar, largas playas y brillantes sonrisas a la cámara de la feliz y joven pareja. Como es natural, mis ojos enseguida se fijaron en lo bien que le quedaba a Janine el bikini. Por desgracia, Harald estaba en todas las fotos. Al parecer olvidó llevarse una camiseta para el viaje porque iba todo tiempo con el torso desnudo. Cruelmente bien entrenado, lo que hizo que me sintiera flácido y débil. Me di cuenta de que las fotos iban a estar justo delante de mis ojos cuando me tumbara en la cama.

El recorrido terminó en la cocina, que lógicamente era grande y estaba equipada con todos los electrodomésticos modernos que se puedan imaginar. Había café en una máquina cromada muy distinta a mi cafetera con filtro de Clas Ohlson. No quisieron probar el pastel enrollado que Gunnar me dio para ellos,

así que fue a parar al interior del frigorífico futurista y nos sentamos en la sala de estar en un sofá de color rojo brillante que era sumamente cómodo y suave. Probé el café más delicioso que había bebido desde hacía tiempo, retiré un libro grueso de un fotógrafo de moda desconocido para mí y puse la taza sobre la impoluta mesa de cristal.

—Un café excelente —dije totalmente en serio.

Janine asintió con la cabeza. Harald asintió con la cabeza. Yo también. Después se acabaron las inclinaciones de cabeza. Había llegado el momento de ponerse manos a la obra e intentar pensar de forma positiva.

32

—¿Y bien? ¿Dónde tenemos el espejo?

Harald y Janine señalaron una manta a cuadros que estaba colgada en la pared junto a la escalera que conducía a la planta superior.

—Vaya, creía que se trataba de un adorno.

Se rieron como si acabara de decir algo gracioso. O estúpido. Me levanté, fui hacia allí y miré debajo de la manta. El espejo era tan grande como el armario de un cuarto de baño y tenía un marco de madera tallada. Parecía antiguo.

—Es una propiedad familiar que se ha ido transmitiendo entre nosotros —explicó Harald—. El abuelo lo tenía en su casa antes de morir.

—Obviamente, hemos pensado en romperlo —dijo Janine—. Pero no queremos tener siete años de mala suerte.

Solté la manta y volví al sofá.

—Independientemente de que uno sea o no sea supersticioso, he visto un montón de películas con espejos y no sirve de nada romperlos, incluso suele ser peor. Sus trozos siguen conteniendo... fantasmas o como uno quiera llamarlos, más o menos como en *The Boogeyman*, una cinta de vídeo de principios de los ochenta... que probablemente no hayáis visto.

No la habían visto, y no sé por qué no podía dejar de hablar de viejas novelas de terror. Cogí mi taza de café y vi que el libro de fotos se volvía a poner donde estaba antes de que yo lo apartara a un lado. Me di cuenta de que en esa casa eran meticulosos con los pequeños detalles y que cada cosa tenía su sitio. De forma milimétrica. A veces me pregunto quién comprará los llamados libros de mesa sobre historia del arte, fotografía, arquitectura y demás. Son demasiado grandes para llevarlos de un sitio a otro o leerlos en la cama. Tal vez la intención es que decoren la mesa o algo así. Si compro una casa alguna vez, la taza de café se podrá poner donde a uno le dé la gana.

Me quedé de pie al lado del sofá y les pedí que me contaran desde el principio lo del misterio del espejo. Fue Janine quien lo explicó.

—Como he dicho antes, cuando uno se mira en el espejo aparece el abuelo de Harald detrás. Si te das la vuelta ya no lo ves, solamente se refleja en el espejo. Hemos llegado a la conclusión de que solo se le puede ver en el espejo después de la puesta del sol. Si haces contacto visual con él, te sientes perseguido el resto de la noche. Pone la piel de gallina porque la sensación de ser perseguido por un ser invisible es muy desagradable. A veces oigo crujir el suelo detrás de mí aunque no haya nadie, a veces oigo que alguien respira con dificultad justo detrás, en mi oreja. A veces tira las cosas al suelo, sobre todo en el dormitorio. Cuando está dentro cierra de golpe las puertas del armario y vuelca las lámparas de la mesita de noche. Casi siempre nos molesta cuando nos acostamos juntos, lo que hacemos a menudo y con mucho gusto.

Asentí con la cabeza con cierta rigidez por la sinceridad de su información.

—No es nada divertido tener a tu abuelo espiando en el dormitorio, como podrás imaginar —dijo Harald tomando la mano de Janine.

Se quedaron mirándome como si esperaran que dijera algo ingenioso en ese momento.

—¿Desde cuándo ocurre eso?

—Llevamos siete meses viviendo aquí —dijo Janine—. El espejo está ahí colgado desde que nos mudamos, pero el abuelo empezó a aparecerse de repente hace unas semanas.

—¿Recordáis si ocurrió algo especial entonces, algo que pudiera desencadenar las apariciones? Gunnar dijo que queríais tener niños. ¿Empezasteis a... trabajar en el tema hace unas semanas?

—No hace unas semanas que empezamos a mantener relaciones sexuales, si es a lo que te refieres. Hemos tenido un montón de sexo desde el primer día de estar aquí. En el dormitorio, en el lavadero, en el gimnasio, en el *jacuzzi*, aquí en la sala de estar, afuera en el jardín, encima de...

—Gracias, creo que lo entiendo —murmuré—. Un montón de sexo por todos lados continuamente. Pero ¿tenéis la sensación de que el abuelo fantasma oye lo que decís? ¿Podéis hablar con él?

Mientras Harald y Janine pensaban a fondo estas preguntas, yo aproveché el momento para reflexionar acerca de lo curioso que era que estuviera ahí hablando en serio sobre fantasmas que se reflejaban en los espejos. De algún modo raro era casi liberador, como poder manchar libremente un bloc en el que

habías dibujado triángulos y cuadrados durante toda tu vida.

—Bueno... nos da la sensación de que puede oírnos —dijo Harald con cautela—. Y no tenemos ninguna duda de que puede vernos. Pero solo si lo vemos en el espejo. No sé si se puede hablar con él, nunca lo hemos intentado.

—Entiendo que lo que queréis es deshaceros de él, pero ¿entonces no estaréis en paz mientras la manta cuelgue encima del espejo?

Janine parecía disgustada cuando se cruzaron nuestras miradas.

—Podemos enterrar el espejo en el bosque o tirarlo en un lago, pero el problema no es ese, como comprenderás. El problema es que el abuelo de Harald detesta que estemos juntos, y es de eso de lo que nos tienes que salvar. No resulta nada divertido que te odie un pariente muerto, independientemente de dónde se encuentre el espejo.

—No te enfades conmigo, solo estoy haciendo unas preguntas. Vuelvo a repetir que debéis hablar con la Vieja Gandula, pues es ella la que ha decidido que yo os resuelva esto. Nadie se alegraría más que yo de no tener que estar aquí oyendo la cantidad de veces que mantenéis relaciones sexuales.

Se hizo un silencio absoluto en la elegante y bien decorada sala de estar. Harald y Janine estaban sentados y parecían reflexionar.

—Puede que haga algunas semanas que empezamos a hablar de tener un niño, ¿no es así, corazón? —dijo Harald.

—Así es, cariño. Hablamos de que era el momento perfecto para mí de ser madre, mientras ampliábamos la actividad a Örebro.

—Exacto, corazón. Perfectamente sincronizado. Contrataremos gente para que puedas estar en casa con el angelito.

—Y así será. Cuando tú y yo decidimos hacer algo, siempre nos sale bien, ¿verdad cariño?

—Tú y yo siempre triunfamos en todo, corazón.

Era humillante estar ahí como un imbécil fingiendo no escuchar el balbuceo privado de ellos. Tenía la impresión de que me habían olvidado por completo hasta que lograron apartar los ojos el uno del otro y mirarme a mí.

—Puede que tengas razón —dijo Harald.

—¿Acerca de qué? —pregunté yo, que a esas alturas había perdido el hilo.

Janine me sonrió. Dientes blancos perfectos.

—Empezamos a hablar de tener hijos hace unas semanas, y debió de ser por entonces cuando el fantasma se empezó a aparecer en el espejo. La respuesta a tu pregunta de si pudo haber algo que le molestara al abuelo de Harald es que pudo

deberse a nuestros planes de formar una familia. Bien pensado.

Los elogios son más agradables que las quejas, pero yo no tenía la menor idea de lo que podía hacer con esa información hasta el siguiente paso de la investigación. Al fantasma no le gustaba que un muchacho de Tiveden y una *trotavías* estuvieran juntos. Eso ya me lo había dicho Gunnar. Todo lo que había conseguido hasta ahora era localizar el momento en que empezaron las apariciones, lo que de repente hizo que se me ocurriera algo. La Vieja Gandula me había metido en ese lío para que yo hiciera de negociador neutral.

—Está bien, entonces sabemos que oye lo que se dice en la casa. Por lo tanto, esta noche miraré el espejo y tendré una charla formal con el abuelo — anuncié seguro de mí mismo.

La joven, bronceada y bien entrenada pareja me miró como si acabara de decir algo realmente atrevido, por lo que dudé inmediatamente. ¿Me habría mostrado demasiado seguro de mí mismo? ¿Tal vez no tendría que haberlo anunciado? No tenía la menor idea de lo que implicaba hablar con un fantasma. ¿Sería peligroso?

Estuve en el partido de voleibol viendo ganar a lo grande al equipo de Charlotta. Ella era la mejor y la que hizo más puntos y bloqueos. No sé si se dice así, pido disculpas a los hinchas del voleibol si utilizo términos equivocados. Resultó pesadísimo, nada interesante. Me aburrí, pero suponía que era una de esas cosas típicas que hay que soportar cuando tienes novia. Después del partido ella quiso que diéramos un paseo por Kungsträdgården al atardecer, que tomáramos un helado y pasáramos por delante del palacio real en Gamla Stan y que luego cogiéramos el metro en Slussen en dirección a las zonas suburbanas del sur donde vivíamos.

Durante el paseo le dije a Charlotta que Sebastian, mi pareja de magia, se había venido a vivir a casa y que le había cogido el gusto a emborracharse. También le hablé de su complicada situación familiar, de su terrible padre y del fallecimiento de su madre. No lo hice por hablar mal de mi amigo a sus espaldas, ya que él no había hecho nada malo aparte de crecer en una familia deplorable, pero Charlotta no había venido nunca a casa, así que pensé que tenía que saber cómo estaban las cosas allí antes de que viniera.

—¿Sabes si ha probado a rezar? —preguntó.

Yo estaba intentando evitar que mi helado se desbordara por encima del cono, pero oí la pregunta.

—¿Rezar? ¿A qué te refieres?

—Rezarle a Dios. Pedirle que lo ayude a dejar de beber.

—Sebastian no es religioso, que yo sepa.

Ni yo, ni tampoco lo eran mis padres. No creo que hubiera una sola Biblia en casa entre tantos libros temáticos. Para nosotros, Dios y Papá Noel eran más o menos igual de fiables.

Se me había manchado la mano de helado y Charlotta me dio una servilleta.

—A veces acompaño a mi abuela a la iglesia. Ella siempre reza. Da las gracias por tener salud y porque hace treinta años que el abuelo no bebe.

—Vale, entonces le pediré ayuda para que no se derrita el helado.

Lo que no ocurrió.

Charlotta sonrió burlescamente y me dio un empujón. Yo me reí.

—¿Realmente crees que Dios existe? ¿En serio?

—¿Quién sabe? —dijo ella encogiendo levemente los hombros.

¿Quién sabe?

Dos palabras simples que tendrían mucha importancia en el futuro.

—No es que Sebastian esté todo el tiempo borracho. Vivirá con nosotros solo una temporada. En mi casa es más difícil conseguir bebida que en la suya. Será una mejor solución que rezar a un viejo imaginario que está entre nubes.

Y después no hablamos más de ese asunto. Aceleramos el paso hacia el metro. El apartamento de Charlotta iba a estar libre de padres las dos próximas horas, lo que teníamos intención de aprovechar del mejor modo.

Sebastian y yo seguimos con nuestro espectáculo bien ensayado. Cada vez había más fiestas de empresa y más actuaciones. Era divertido por el dinero, naturalmente, pero parecía cada vez más como ir al trabajo y era difícil encontrar un momento para sentarnos e intentar hacer un repertorio nuevo con otras tendencias, como hablamos aquella noche después de la actuación en la agencia de viajes.

Una tarde, cuando volvía al chalé de Mälärhöjden después de haber estado con Charlotta, Sebastian me llamó desde su habitación. Entré y vi que el cuarto de costura de mi madre no había cambiado apenas y que él apenas ocupaba espacio, aunque ya llevaba varias semanas viviendo allí. Había montones de piezas de tela apoyadas en la pared y yo solía bromear con él diciéndole que era el único chico que conocía que tuviera una máquina de coser en su habitación.

Lo noté muy entusiasmado cuando desplegó una hoja grande de papel con líneas azules y rayas. Me recordó un poco a los planos de arquitectura que hacía mi padre en el despacho que tiene en la sauna del sótano.

—Mira. ¡Tendríamos que hacer un armario de esos que se atraviesan con espadas!

Habíamos visto en la televisión a Doug Henning y a otros magos legendarios haciendo ilusionismo con utensilios avanzados. «El armario» al que se refería era estrecho y tenía tres puertas en la parte delantera. Un asistente, generalmente

una mujer, se metía en él y luego se podían abrir las puertas para mostrar sus pies, su cabeza y sus manos. Después, el mago atravesaba el armario con espadas u hojas de metal sin matar al asistente. Otra versión del truco es que el armario se compone de tres cajas apiladas una encima de otra. El ayudante se mete en el armario y luego el mago separa las cajas de modo que parece que estuviera dividido en tres partes.

Ahora sé cómo se hacen, obviamente, pero un mago no revela nunca sus trucos ni los de sus colegas, así que no pienso decirlo. Sin embargo, en aquella época no tenía la menor idea de cómo se hacía. Sebastian tampoco, pero él aseguraba que sabía algo acerca de cómo se podía hacer un juego de ilusionismo similar al que habíamos visto en la tele. Decía que todo era cuestión de perspectiva, que un armario que está pintado de negro por dentro puede ser mucho más profundo de lo que parece desde la perspectiva del público. Es decir, que un asistente delgado y ágil se puede apretujar en el fondo del armario y evitar así ser atravesado por espadas y planchas de metal.

La cosa no era tan sencilla, claro, pero no iba del todo equivocado. Muchos juegos de ilusionismo solo son cuestión de perspectiva y de cómo lo ve el público desde sus asientos. A veces se resuelven con más facilidad de lo que uno cree. La diferencia entre un buen mago y uno malo no está solo en la mecánica o en la cantidad de «secretos» que conocen, sino que se trata más bien de cómo se presentan y de que cada uno tenga su pequeño toque especial para el ilusionismo. Del mismo modo que un instrumento musical suena diferente en las manos de dos músicos distintos.

De todas formas, Sebastian estaba bastante animado a intentar hacer un armario de magia. Decía que ese número era justo lo que necesitábamos para renovarnos. Menos trucos anticuados de cartas, monedas y pañuelos, y más cosas exclusivas y espectaculares.

—En el garaje hay un estante de IKEA vacío y estrecho. Lo podríamos cortar y utilizarlo como base. Ya lo he preguntado.

—Oye, ¿cuánto tiempo llevas con esto? —dije mirando con asombro el dibujo minucioso, bien elaborado y profesional.

—Una semana más o menos. Dos tal vez.

Sentí cierta incomodidad. Estaba al cien por cien de acuerdo en encontrar un nuevo repertorio y una nueva orientación y no tenía nada en contra de probar algo que fuera más ambicioso de lo que solíamos hacer, pero Sebastian ya se había puesto en marcha y le había dedicado un montón de tiempo al truco del

armario sin hablarlo antes conmigo. Posiblemente debido a que yo pasaba con Charlotta todo el tiempo libre de que disponía y a veces llegaba tarde a casa, cuando Sebastian ya se había acostado. Aunque de todos modos... éramos una pareja y lo hacíamos todo juntos. Excepto cuando yo prefería estar con mi chica.

—¿Has utilizado el tablero de dibujo de mi padre?

—Sí, me enseñó a utilizar las reglas, el constructor de ángulos y ese tipo de cosas. Fue muy interesante, la verdad.

—¿Ah, sí?

—Le pregunté si quería ayudar. Parecía que le resultaba divertido enseñar a hacer los dibujos. Según me dijo, mi primera idea se habría venido abajo con un simple soplo. Me enseñó a diseñar armarios y puertas sólidas que soportaran el deterioro y pudieran utilizarse una y otra vez. Un montón de cosas ingeniosas que a mí nunca se me hubieran ocurrido.

No sé si la palabra correcta es envidia. Tal vez. De todos modos era muy raro que Sebastian y mi padre estuvieran haciendo dibujos juntos. Rarísimo.

La tarde seguía por esos cauces cuando mi madre pasó por la puerta de la habitación. Sebastian la saludó moviendo la mano y señaló un rollo de tela brillante parecida a un forro de chaqueta pero más gruesa.

—¿Puedo probar con esto? —preguntó.

—Por supuesto —dijo mi madre—. Ya no utilizo nada de eso. Solo está ahí acumulando polvo. Puedes usar lo que quieras para lo que quieras. Ten cuidado con los dedos cuando cosas la tela, y avisa si necesitas ayuda.

—Lo haré. ¡Gracias!

Mi madre se marchó. Me quedé mirando a Sebastian sin entender nada mientras arrastraba el rollo de tela brillante, que era casi tan largo como él.

—¿Qué haces? ¿Vas a ponerte a coser?

Sebastian asintió entusiasmado.

—Tengo una idea. Deberíamos tener un aspecto más fastuoso en las actuaciones. Como los héroes de acción. He pensado que podríamos coser una capa para cada uno.

Yo no hablaba casi nunca con mis padres y él había irrumpido allí cogiendo lo que quería e incluso pidiendo ayuda con las cosas. Mi padre le había enseñado a hacer dibujos, mi madre le había enseñado a utilizar la máquina de coser. *Mis* padres. Envidia era, definitivamente la palabra correcta. Incluso celos. Era como tener un hermano que acaparaba toda la atención.

—Por lo que veo has pensado mucho en lo del nuevo repertorio —dije

tanteando—. Y... creo que vamos a mantener el mismo estilo de antes. Nos las arreglamos bien sin armario mágico ni capas.

Entonces fue Sebastian el que pareció no entender.

—¿Bromeas?

Negué con la cabeza. No bromeaba, pero mentía. Y mucho. No había planeado mentir, simplemente se me escapó.

34

A eso de las diez al fin empezó a oscurecer. Yo había pasado la tarde pensando qué iba a decirle al fantasma cuando mirara el espejo. Harald y Janine se retiraron a la planta superior y me dejaron solo en la sala de estar de la planta de abajo. Allí descubrí que se podía regular la intensidad de la luz de la lámpara del techo abriendo los dedos en el aire y «bombeando» con la mano. No siempre funcionaba, a veces aumentaba la luz cuando yo quería que disminuyera y al revés. De todos modos seguí entretenido con el manejo de la lámpara del techo un rato más hasta que estuve totalmente seguro de que se había puesto el sol.

Ni siquiera sabía si a los fantasmas les gustaba la luz o preferían estar a oscuras, así que dejé la habitación en una tenue penumbra. Había aprendido del mundo del cine de terror que cuando uno habla con demonios y fantasmas no debe ser demasiado blando. Hay que tener el control de la conversación, ir directamente al grano y demostrar quién es el que manda. Di un par de pasos y me acerqué al espejo. Como no se trataba de una película, no sonó ninguna música emocionante en el preciso momento que estiré la mano hacia la manta a cuadros. La verdad es que me pareció poco dramático.

Caí en la cuenta de que tal vez tendría que haberles preguntado a Harald y a Janine cómo era físicamente el abuelo y en qué condiciones estaba. ¿Tenía el aspecto de un viejo normal o su fantasma era un cadáver podrido con gusanos que salían zigzagueando de las cuencas vacías de sus ojos? También tendría que haber averiguado si el abuelo tenía algún otro nombre aparte de «el abuelo». Me puse en un lado, como si me deslizara de algún modo dentro del espejo, ya que pensé que de ese modo el impacto sería menos fuerte en caso de que el fantasma tuviera un aspecto horroroso. Tenía la mano fría, húmeda y pegajosa, probablemente sudada después de tanto abrir y cerrar los dedos mientras controlaba el mando de la lámpara del techo.

Siguiendo el mismo principio que cuando te quitas una tirita, cogí la manta y

la retiré de un tirón con decisión. Luego dudé un instante antes de dar un paso y mirar el anticuado espejo.

Detrás de mí había un anciano que parecía estar muy enfadado. Rostro redondo, una buena papada, pelo blanco y escaso esparcido por la cabeza. Daba la impresión de que hubiera estado al aire libre y tuviera que peinarse. Vestía un mono que le oprimía el vientre parecido a los que usan los conductores de tractores. La imagen del anciano era levemente traslúcida al estilo de la película *La carreta fantasma*, que en 1921 revolucionó el cine mudo clásico con la técnica de la doble exposición. A mí me pareció un efecto especial de mala calidad y no me asusté, aunque me volví de forma automática y miré hacia atrás.

No había nadie.

Solo yo en la oscura sala de estar.

Volví a mirar el espejo.

Me vi a mí mismo y al viejo malhumorado.

Impresionante. Perturbador. Tuve de nuevo la sensación de que en cualquier momento despertaría de un sueño y estaría al volante del coche después de haber chocado con un sofá Chesterfield.

Pero esta vez tampoco fue así.

—¿Quién eres? —preguntó el viejo con una voz inesperadamente clara y chillona que me resultó brusca al oírla casi junto a mi oreja, como si el hombre estuviera a mi lado con la papada colgando encima de mi hombro.

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondí intentando sonar seguro.

—Soy Harald, el abuelo de Harald.

—¿Tú también te llamas Harald?

—¿Es que no oyes bien? ¿Tengo que hablarte todavía más cerca de la oreja?

Como he dicho, según mis «conocimientos» de películas de terror, es importante no dejar que los seres te controlen y te organicen desde el otro lado. Había llegado el momento de ir directamente al grano y tomar el mando.

—Hola, Harald. He sido enviado por la Vieja Gandula, la reina del bosque. Estoy aquí para pedirte que dejes en paz a Janine y a tu nieto Harald.

La lámpara del techo se apagó. Levanté la mano y bombeé en el aire con los dedos abiertos hasta que la sala se quedó de nuevo en una íntima penumbra.

—No me da miedo la oscuridad, así que no tienes que...

El grueso libro de fotos que yo había cambiado antes de lugar, se elevó de repente de la mesa de café y atravesó la habitación movido por un poder invisible. Chocó contra la pared que estaba justo al lado del espejo y luego cayó

al suelo produciendo un gran estruendo. Admito que di un buen salto.

—Impresionante —dije intentando sonar tranquilo.

Tras una breve pugna de posiciones en la que nos miramos el uno al otro, frunció el ceño y pareció reflexionar.

—¿Te han maldecido?

Asentí con la cabeza.

—Entonces tal vez nos veamos pronto los dos en mi lado. ¿Qué ser diabólico te ha atrapado en sus garras?

—Un zomer.

—¿Qué tipo de zomer? ¿Un tocapuertas noctámbulo? ¿Un cerdo de lana? ¿Una bola de grasa? ¿Un cascarrabias? ¿Un gritón loco? ¿Un haragán? ¿Una rechinadientes majareta?

—Un... zomer con el aspecto de una niña que quería que le ayudara a coger flores. No sé cómo se denomina esa criatura.

El viejo estalló en una carcajada tan fuerte que la papada le tembló.

—Pero Gunnar y Greta me han dado un pulverizador que reduce en parte los efectos. ¿Llegaste a conocerlos cuando estabas vivo? —añadí.

El fantasma sonrió.

—No tienes que avergonzarte por haber sido maldecido por un zomer. Hay que tener cuidado con ese tipo de criaturas. Son unos diablillos muy testarudos, pero acepto que intentes cambiar de tema. Sí, los conocí. Buena gente. Unos tivedenses auténticos. A propósito de Tiveden, se rumorea que el Eterno Llorón ha vuelto. ¿Has oído algo al respecto?

—Bueno... creo que he oído esa palabra un par de veces.

—Lo interpreto como un no a mi pregunta. Si ves a un hombre viejo llorando que tiene los ojos enrojecidos, apesta a vinagre y empieza a contarte historias tristes para darte pena, huye de él lo más rápido y lejos que puedas.

—Gracias por el consejo. ¿Es un zomer?

—No, es un primigenio.

—Ya.

—¿Sabes lo que son?

—¿Los primigenios? No, ni idea.

—¿Quieres saberlo?

Parecía que el fantasma tenía ganas de hablar y pensé un poco qué estrategia seguir, si intentar hacerme cargo del control o dejarle hablar a él. Pero antes de

que me diera tiempo a decidirme siguió hablando.

—Un zomer puede nacer si soplas un diente de león, por ejemplo, pero un primigenio es un ser que no tiene antepasados, que no se reproduce. Existe un solo ejemplar de cada uno y, por lo que se sabe, siempre ha existido.

—Gracias, ahora ya lo sé. Pero oye ¿y si habláramos un poco de...?

—No he terminado aún.

Y luego prosiguió su larga lección acerca de los primigenios. No logré meter baza mientras ese fantasma parlanchín, pegado a mi oído, no cesaba de hablar en un tono magistral. Aprendí que en Suecia hay entre siete y diez primigenios que son reyes, reinas y protectores de animales, de criaturas, de zomer, de la naturaleza y de las personas creyentes en distintas regiones de todo el país. Por ejemplo, el Espantapájaros en Escania, el Cabezota en Gotland, la Cabra Negra en la zona oeste de Gotland, la Nubecita de Lluvia en Dalarna, el Elfo Imberbe allá en Norrland y la Vieja Gandula en Tiveden.

Algunos son criaturas físicas, otros son espíritus invisibles, y varios de ellos tienen un aspecto físico tan horrible que deben adoptar la forma de pájaros u otros animales para que se los pueda mirar sin desmayarse de miedo.

Lo que diferencia al Eterno Llorón de los otros primigenios es que no tiene una zona propia que defender. En realidad no defiende nada sino que sale de vez en cuando de las profundidades de la tierra, aparece por algún sitio y causa muchas desgracias. No es más que un egocéntrico asqueroso que tiene prohibida la entrada en todo el país y, según los rumores, puede que haya aparecido por Tiveden recientemente.

—Hace años, muchos años antes de mi tiempo, cuentan que las brujas de la Vieja Gandula y el Eterno Llorón libraron batallas impresionantes —continuó el fantasma—. Maldiciones y conjuros sonaban como rayos y truenos por encima de las copas de los árboles. Ojalá hubiera podido vivir en aquella época, cuando aún había ímpetu en la gente de Tiveden. Tal vez ímpetu no sea la palabra correcta, ya que la mayoría de las brujas eran viejas. Unas viejas excelentes y duras de verdad que si no lograban vencer al Eterno Llorón con magia, no dudaban en sacrificar a alguien en su honor para que se quedara satisfecho y se marchara. Las brujas simplemente salían y birlaban un *trotavías* para el Eterno Llorón. Podía tratarse de algún rico mandamás que no compartía nada con los pobres o de un sebosito terrateniente que no dejaba que cogieran bayas en sus propiedades. Solo eran unos pobres asnos engreídos y desagradables que nadie iba a echar de menos si desaparecían en el fondo del infierno. Cuando yo era

pequeño mi madre solía decir que si era quejica y egoísta vendría el Eterno Llorón y me llevaría.

Se oyó un leve crujido en la planta de arriba. ¿Estarían Janine y Harald escuchando a escondidas en la escalera?

—Bueno, todo eso es muy interesante —logré decir al fin cuando el fantasma hizo una pausa en la lección de historia y levantó la cabeza al oír el crujido, y pensé que había llegado el momento de que hablara yo—. Ya que has sacado en tu conversación el tema de Tiveden, entraremos de un modo natural en lo que te quiero decir. No hay ninguna duda de que Janine es una *trotavías*, pero ella y Harald júnior son absolutamente perfectos el uno para el otro, como salta a la vista. Eso es algo que hasta tú debes de haber visto a pesar de que en vida eras un viejo malhumorado e intolerante.

Me dio la sensación de que se había vuelto algo menos transparente cuando me acerqué a él con paso firme y decidido.

—Mi hijo se casó con una mujer de Tiveden. Quiero que mi nieto también lo haga.

—¿Qué opinan los padres de Harald al respecto?

—Viven en Malmö y están muy ocupados con sus cosas, pero no importa lo que opinen ellos. Yo soy el cabeza de familia aunque esté muerto. El hijo de Harald y Janine será un hijo bastardo, lo que es totalmente inaceptable.

—Hemos pasado juntos la mayor parte del día. Esta tarde han bajado al gimnasio a entrenar y yo no había oído nunca tantas palabras de aliento entre dos personas. Poco después hemos cenado. Una ensalada saludable, que por cierto estaba malísima, con una especie de grumos de proteína secos e insípidos. Hablaban entre ellos como niños y se daban de comer el uno al otro. Es probable que se hubieran arrancado la ropa de no haber estado yo en la mesa. Son perfectos el uno para el otro.

—Hablas de pasión juvenil. Eso se pasa. Yo no creo en lo de «encontrar a la persona apropiada» ni en que haya «almas gemelas» y esas estupideces.

La verdad es que yo coincidía con el fantasma de voz aflautada en lo de las almas gemelas. Hay miles de millones de personas en la tierra, y encontrar pareja no es algo que controle el destino, sino que tiene que ver con la ciudad y la parte del mundo en la que uno nace y vive. Pero mi prueba consistía en ayudar a Harald júnior y a Janine, independientemente de que estuvieran o no hechos el uno para el otro, y de que me gustaran o no. No me gustaban.

—Te equivocas. Son almas gemelas. Perfectos el uno para el otro.

El fantasma resopló en mi oído con gesto de enfado.

Me empezaba a parecer totalmente normal estar solo en una sala oscura hablando con un anciano cuya imagen parecía haber sido revelada dos veces y al que solo veía mirando el espejo. No solo me parecía normal sino que incluso me resultaba casi emocionante. Poder estar involucrado en algo que muy pocas personas llegarían a experimentar era fuerte y además único. La cisterna de un váter en el piso de arriba mitigó en parte esa experiencia única.

—Harald es tivedense. Janine es encantadora como una sirena, no lo dudo, pero es una *trotavías*. Es inaceptable.

—Mi sastre, que es de origen germano-argentino, está casado con una danesa. La hija que tienen en común ha crecido en una familia sueca totalmente corriente. No veo qué tiene de raro.

—Me importa un bledo lo que hagáis en el exterior. Yo estaba a cargo de la enseñanza de la historia de Tiveden en la época en que había niños que educar. Sé de lo que hablo cuando se trata de nuestra gente.

—¿Ah, sí? ¿Eras maestro? Ahora entiendo por qué parlotabas tanto sobre antiguas batallas de brujas —dije en tono bravucón, y en ese momento tuve la total seguridad de que el viejo se había vuelto un poco más transparente.

Aproveché la ocasión para seguir hablando y mantener el mando.

—Gunnar y Greta se arrepienten de no haber adoptado un niño foráneo cuando, hace un tiempo, pensaron en formar una familia. Gunnar sobre todo era por entonces tan estrecho de mente como tú, y en la actualidad no se siente nada orgulloso de ello.

—En este caso me da igual lo que piensen Gunnar y Greta. Los habitantes de Tiveden y los *trotavías* no se deben mezclar y punto. Y lo de Harald y Janine es solo una pasión juvenil. Ya se les pasará.

—O puede que lleve a algo más. ¿No estuviste nunca enamorado apasionadamente?

—No. Conocí a la que luego fue mi esposa cuando pasamos doce horas atrapados bajo el tronco de un árbol caído. Nos pusimos a hablar, pero no debido a la pasión, sino a que teníamos que procurar mantenernos despiertos y no desmayarnos por la pérdida de sangre.

—Ya. Ahora entiendo que no sepas lo que se siente cuando uno encuentra a la chica apropiada.

—Pero supongo que me lo vas a decir, ¿no? —murmuró el fantasma con acritud.

—Está bien —dije encogiéndome de hombros—. Pues... la verdad es que yo sí lo hice. Me refiero a que conocí una chica en mi juventud que era totalmente perfecta. Igual que le ha sucedido a Harald júnior con Janine.

—¿Ah, sí? ¿Y?

—Y sentía que estábamos hechos el uno para el otro. Sin querer que suene demasiado pomposo, diría que ha sido el amor de mi vida, y sin duda eso es lo mismo que sienten tu nieto y Janine. No interfieras en el camino de su amor, Harald.

Creía que había obtenido un buen punto al final, pero por desgracia el fantasma no parecía estar impresionado ni vencido.

—¿Y seguís casados aún? ¿Seguís siendo perfectos el uno para el otro?

—Bueno... no llegamos a casarnos. Vivimos juntos en la adolescencia y después terminamos... también en la adolescencia. Lo importante de esto es que no me habría importado que ella hubiera sido de otra cultura o incluso de Tiveden. Fue el amor de mi vida.

—¿Estuvisteis juntos en la adolescencia y dices que fue el amor de tu vida?

Asentí con la cabeza.

—¿Entonces qué es, según tú, lo que la hacía tan perfecta?

—Ella... estaba conmigo. Estábamos... juntos. Le gustaba ir al cine... Me leyó la palma de la mano una vez... y tenía un vecino que solo comía tocino.

—Deberías escribir una novela sobre eso. Me estás pintando un cuadro de mujer fantástico —dijo el fantasma riendo ahogadamente.

—No he terminado aún —espeté.

Yo había ido retrocediendo hasta una especie de rincón. Un rincón en el que no me sentía a gusto. ¿Por qué era tan difícil explicar lo perfectos que éramos para nosotros Charlotta y yo? Comparé con ella a todas las mujeres que había ido conociendo a través del tiempo.

—Ella... a ella le resultaba difícil decidir si le gustaban más los perros o los gatos. Jugaba al voleibol. Le parecía un rollo pelar naranjas. Eso lo recuerdo... muy bien.

—¿Cómo demonios puede enviar la Vieja Gandula a una figura tan triste para intentar que cambie de opinión?

Sentí escalofríos a lo largo de la columna vertebral. No por el hecho de tener un fantasma detrás de mí sino por tener tan poco que decir de Charlotta.

—Esto es vergonzoso, sobre todo para ti, pero también para mí por tener que escuchar tus disparates sin fundamento. Maldita sea, sueñas como un

trasnochado adolescente enamorado que ha idealizado un amor de juventud y no puede librarse de él.

—¿Prefieres que hablemos de ti y de por qué eres tan estrecho de mente? — murmuré.

Harald y su papada se volvieron menos transparentes.

—Tengo todo el tiempo del mundo, literalmente hablando. Pero es suficiente por esta noche. Evidentemente no tienes argumentos que ofrecer.

Intenté desesperadamente encontrar algo que rebatir. No me fue muy bien. Me di cuenta de que mi táctica de hablar de forma sensata con el viejo había sido un fracaso total. Simplemente tenía que retirarme y preparar una nueva estrategia. Cogí la manta a cuadros del suelo.

—Quiero que sepas que aunque tapes el espejo hemos tenido contacto visual y te perseguiré hasta el amanecer. Tú no podrás verme, pero estaré ahí todo el tiempo, hasta que salga el sol. Es una especie de regla de los fantasmas que por desgracia no puedo evitar. Mantén las manos fuera de la colcha, y si tuvieras necesidad de ir al váter, te agradecería que lo dejaras para mañana por la mañana.

Tapé con la manta el vetusto espejo y salí del salón.

35

Me duché, me cepillé los dientes, me rocié con el pulverizador y me metí en la cama con la sensación de ser observado constantemente por un fantasma invisible con papada. La cama del cuarto de invitados era más cómoda de lo que creía y la almohada tan blanda como una nube.

Cogí el móvil de Jorma que estaba en la mesilla de noche. Tenía la batería completamente cargada porque había pedido prestado un cargador. De nuevo varias llamadas perdidas de esa Alexandra. Intenté recordar el código de cuatro dígitos que había escrito en algún sitio para poder acceder a mi correo de voz desde otro teléfono. No me fue nada bien. Entré en mi correo de Gmail. Solo había recibido dos mensajes desde que choqué con el sofá rojo Chesterfield que me estropeó el teléfono. Lamentable. Uno era de Elgiganten, que me deseaba un feliz solsticio de verano con ofertas en televisores y ordenadores. El otro era de Pontus Bergström, mi representante artístico.

«HE LLAMADO VARIAS VECES A TU CONTESTADOR. LLÁMAME TAN PRONTO COMO PUEDAS. TENGO BUENAS Y MALAS NOTICIAS. PB»

Tenía la sensación de que mi vida estaba llena de malas noticias y dudaba si podría con una más. Además, suponía que la buena noticia estaría relacionada con él, como la vez anterior.

Pontus Bergström era bastante bueno como representante. Su red de contactos, entre los que había organizadores municipales y privados de todo el país, era de vital importancia para mí, pero no me gustaba demasiado ser uno más de los artistas de su equipo y depender tanto de él.

Era cerca de medianoche y tal vez demasiado tarde para llamar. Respondí su mensaje pidiéndole que me llamara y le facilité mi número de teléfono nuevo; es decir, el de Jorma.

Luego me puse a curiosear un poco en el móvil. Se podía pensar que era una intromisión en la vida de Jorma, pero también que él era un imbécil que se había apropiado de mi coche, así que todo era por su culpa. Abrí la galería. Jorma no tenía fotos suyas ni de Alexandra (si era así como se llamaba su novia). El tema de casi todas las fotos era el mismo, y había cientos de ellas. Vistas de un jardín desde una ventana cerrada. Un círculo de grava rastrillada rodeado de macizos de flores. Fotos tomadas de día, de noche, en verano y en invierno, la mayoría desde el mismo ángulo de la ventana, un par de pisos por encima del suelo. Terriblemente monótono. O bien el jardín era importante para Jorma o él era vago y nada imaginativo como fotógrafo. Las fotos más antiguas de la galería eran de personajes de un juego de ordenador de género fantástico. Figuras con espadas de gran tamaño, complejas armaduras, capuchas, sombreros puntiagudos y bolas de cristal mágicas.

Enseguida me cansé de husmear, apagué la iluminación del techo e intenté dormir. Me di cuenta de que los últimos días apenas había echado de menos mi móvil, lo que me sorprendió. Debería mejorar en el uso de los medios sociales y promocionarme a mí mismo. Era algo que tenía que hacer este verano. Subir algunos vídeos míos haciendo magia y demás.

Mientras estaba ahí tumbado pensando en esas cosas, oí ruidos en la habitación de al lado. Un rítmico golpeteo en la pared hizo que temblaran las fotos de la luna de miel de Harald y Janine. Al principio pensé que era el fantasma que se aparecía. Después oí resoplidos y gemidos. Vaya mierda de pared que tenían en el dormitorio. Era como si yo estuviera con ellos en la misma cama.

Hace unos años tuve un bajón económico importante, por lo que le alquilé una habitación a una mujer de Helsingborg. Ella era bióloga marina, más o menos de mi edad, y necesitaba una vivienda por la zona de Estocolmo durante medio año. La mujer de Helsingborg me causó muy buena impresión, por lo que después del primer mes le dejé que se quedara gratis. La verdad es que yo tenía una necesidad apremiante de dinero, pero me dio la sensación de que todo se iba a desarrollar como en una comedia romántica en la que dos personas solteras conviven en una superficie reducida, discuten acerca de la distribución del espacio del frigorífico y a quién le toca pasar la aspiradora y luego se enamoran. Por desgracia, pronto se descubrió que ella estaba con un chico que venía a visitarla a menudo. Era fácil controlar cuántas veces a la semana se acostaban juntos, ya que nuestras habitaciones estaban una al lado de la otra. Era sumamente irritante que se aprovecharan de mi hospitalidad sin ayudar con el

alquiler. Yo no tuve valor de cambiar de opinión y decirle que pagara. No sé bien por qué, tal vez me daba la sensación de que era yo el que había interpretado mal la situación y tendría que haber averiguado si estaba sola. De todos modos fueron seis meses insoportables. Además, sospechaba que el chico utilizaba siempre mi máquina de afeitar para rasurarse sus peludas ingles, pero nunca logré pillarlo in fraganti.

Metí la cabeza debajo de la suave almohada. Harald y Janine siguieron con lo suyo un rato más, que se me hizo insoportablemente largo. ¿No se daban cuenta de que su cabecera golpeaba mi pared? Casi sentí un poco de simpatía por el abuelo de Harald, ya que supuse que él también tenía que oír eso cuando iba y venía flotando por el cuarto de invitados en forma de espíritu. Me incorporé, revolví en mi bolso y encontré un par de auriculares. Fui durmiéndome poco a poco con las melodías de una lista de reproducción de música de películas épicas y de juegos de ordenador que había en el móvil de Jorma.

*

La acogedora zona residencial de Askersund despertó a una mañana de verano cálida, soleada y realmente bonita. Después de una larga ducha en un cuarto de baño tan agradable que casi me podría imaginar viviendo en él, me puse mi traje hecho a medida, fui a la cocina a por una taza de buen café y salí a la terraza de invierno donde Harald y Janine parecían disfrutar el momento sentados y envueltos en sus mullidos albornoces.

—Buenos días. Ayer me puse en contacto con el abuelo. Lamentablemente sigue en el espejo, pero tengo una idea que voy a probar esta noche.

Era verdad que tenía una idea, o al menos el germen de una idea que parecía prometedora. Tal vez por eso me parecía que esa mañana era tan bonita. Harald y Janine apenas reaccionaron al oírme. Miraron en dirección al jardín y me dio la sensación de que estaban de mal humor.

—Sé que esto no tiene ningún valor para vosotros, ni tampoco para mí. Intentaré irme tan pronto como me sea posible. Esta vez tampoco hubo ninguna reacción. —¿Ha ocurrido algo? Harald respondió sin retirar la mirada del jardín.

—Estoy callado porque todo lo que digo se interpreta como una crítica.

Por lo visto eso era un modo de darle paso a Janine. Ella picó el anzuelo inmediatamente.

—Estoy callada porque todo lo que digo se interpreta como una queja.

—Y yo estoy callado porque todo lo que digo se analiza y se desmonta en busca de algo de lo que quejarse —concluyó.

—Y yo estoy callada porque todo lo que yo digo se mira con microscopio en busca de defectos ilógicos que no existen.

Siguieron así un rato, sin mirarse entre ellos. El tono de voz pasó del murmullo a un nivel cada vez más acusatorio. Sin entender nada, seguí de pie al lado de ellos con la sensación de que estaba de más. Unas nueve horas antes ellos se caían tan bien que habían estado a punto de atravesar la pared del cuarto de invitados. Ahora estaban discutiendo a base de bien. Me pregunté si eso sería bueno o malo para mí. Si se separaban, el abuelo fantasma se quedaría satisfecho y desaparecería y entonces todo esto no contaría como una prueba para mí. No podía soportar la idea de tener que conocer gente nueva y meterme en sus problemas relacionados con Tiveden que, según la Vieja Gandula, yo debía resolver, especialmente ahora que tenía el germen de una idea para deshacerme del abuelo.

Decidí poner fin a la discusión que mantenían haciendo lo que mejor se me daba, o sea, que la gente olvidara por un momento sus preocupaciones diarias y se pusiera de buen humor. En circunstancias normales cobro por ello, bastante poco por cierto, pero en este caso podía plantearme hacer una excepción.

Saqué mis cartas de la suerte del bolsillo de la chaqueta.

¡Comienza el espectáculo!

Harald y Janine me miraron cuando me puse al lado de la ventana de cristal que daba al jardín. Con un elegante movimiento, extendí las cartas formando un abanico.

—Permitid que os agasaje con un número de magia. Las cartas esconden un enigma, un misterio. Ese misterio acontece en un viejo castillo en Transilvania. Ahora voy a deciros cómo descubrió el rey de corazones que la jota de diamantes le robaba dinero a la dama de picas. Necesito vuestra ayuda para poder hacerlo. Coge una carta, Janine. Ayúdame a resolver este misterio inexplicable que ha desconcertado a la gente durante siglos.

Janine pareció quedarse perpleja como mínimo.

—¿Qué haces? No somos dos niños que se pelean en la guardería por una pieza de Lego.

—La magia no es solo para niños —dije dándome por aludido—. De hecho, los niños son un público imprevisto que es difícil ganarse. Les gusta la gente que va disfrazada de animal y que infla globos raros, pero cuando se trata de magos

pueden mostrar una absoluta falta de interés y mantenerse fríos y distantes.

Largo silencio, miradas molestas de Harald y Janine. Bajé lentamente la mano que sostenía las cartas desplegadas.

—En fin... justamente esto es lo que quiere ver el abuelo. Si discutís, llevaréis el agua a su molino.

—No estamos discutiendo. Solo estamos ajustando un poco las cosas —dijo Harald, y Janine asintió con la cabeza.

—Exacto. Solo estamos sincronizando un poco —dijo Janine, y Harald asintió con la cabeza.

—De acuerdo, ajustáis y sincronizáis. Entonces ¿no os vais a separar?

Harald me sonrió con cierta arrogancia, como si acabara de decir una estupidez.

—No, amo a mi adorada Janine más que a nada en el mundo. Solo estamos relajando un poco el ambiente, como se hace a veces cuando vives con alguien. ¿No has tenido nunca una relación?

—Un montón —mascullé.

De repente, la pareja joven, bronceada y bien entrenada solo tuvo ojos el uno para el otro. Se levantaron de sus tumbonas y se encontraron con un beso largo y profundo. Yo no tuve más remedio que mirar y empecé a retorcerme.

Cuando terminaron, Janine me enseñó una llamativa revista de decoración.

—Nuestra terraza de invierno está inspirada en esta revista, en un reportaje hecho en la casa de esa pareja de magos tan buenos que salen siempre en la tele. Mi amado Harald creía que yo quería tener una terraza exactamente igual, pero yo pensaba que era suficiente con que nuestra terraza de invierno recordara la de ellos. Era eso en lo que estábamos en desacuerdo hace un momento. No por la terraza en sí, con la que estamos muy satisfechos; nuestras diferencias se debían más bien a que no estábamos sincronizados respecto a la intención de la terraza.

Dejé de escucharla cuando repitió terraza más o menos por tercera vez. Eché una rápida ojeada al reportaje fotográfico en el que Sebastian, Charlotta y Elin, la hija de ambos de diez años, posaban relajados en su lujosa casa con terraza de invierno. Era más de lo que podía soportar. Parecían asquerosamente satisfechos entre alfombras caras y muebles llamativos. Metí mis cartas de la suerte en el bolsillo de la chaqueta y me aparté de ellos.

36

Greta contestó después de diez señales por lo menos. Mantuvimos una insulsa cháchara y, hasta que por fin pude entrar en el tema, tuve que enterarme por ejemplo de que Gunnar, lógicamente, estaba haciendo un pastel relleno.

—Cuando te llamé antes querías que contara del uno al diez para asegurarte de que yo no era un fantasma. ¿Puedes explayarte?

—¿A qué te refieres con que me explaye? ¿A que vuelva a decir lo mismo con más palabras?

—No, a que intentes ampliarlo, pero en el sentido de aclarar y explicar las cosas. Dijiste algo acerca de que un fantasma no puede evitar hacer ciertas cosas empezando por el final, ¿no?

—Sí, es verdad.

—¿Y?

—Es todo lo que sé acerca de eso, que no pueden evitar hacer las cosas empezando por el final cuando se trata, por ejemplo, de números. No puedo explayarme más —dijo Greta.

Yo estaba de pie en el jardín al lado de una pequeña fuente de mármol. Un Cupido regordete con un arco echaba un fino chorro de agua por la boca. Chorreaba de un modo agradable. El césped estaba tan sumamente cuidado que casi parecía un campo de golf.

—Está bien, en el transcurso de esa conversación me preguntaste si conservaba algún objeto que tuviera valor sentimental para mí, o algo parecido. ¿Puedes explayarte, o sea, explicar lo que querías decir?

—Con mucho gusto —dijo ella—. Un fantasma necesita un objeto que funcione como un ancla y a la vez sea un portal o pasadizo entre el mundo de los espíritus y el nuestro. Algo que tuviera algún valor para la persona cuando estaba viva.

—Entiendo. ¿Como el viejo espejo del abuelo de Harald?

—Exactamente. El espejo es su portal y ancla a la vez. Pero no rompas el espejo si es lo que estás pensando. Siete años de desgracia es mucho peor que tener un fantasma rondando por ahí y apareciéndose. En realidad deberías hablar con Ingrod. Ella conoce casi todas estas cosas y desde que la ayudaste está de un humor inusualmente bueno. Ayer incluso volvió a relacionarse con las otras brujas. Fueron juntas a hacer un hormiguero.

—¿A hacer un hormiguero?

—Sí, suelen ayudar a las hormigas cuando van atrasadas.

Vi ante mí a Ingrod y a sus amigas sentadas en el suelo metiendo pacientemente agujas de pino y tierra. ¿Tal vez habían ayudado a las hormigas rojas que me picaron por todo el cuerpo cuando me caí de culo en su hormiguero?

¿Debería buscar a Ingrod? No, no soportaba sus constantes insultos, estuviera o no de buen humor.

—No voy a romper el espejo, pero estoy pensando en intentar engañar al fantasma para que salga del espejo y no pueda volver. ¿Sabes cuánto se puede alejar del espejo?

—¿Qué quieres decir?

—Una torre de telefonía móvil cubre una zona determinada. Cuando utilizas el móvil mientras vas en el coche, al entrar en una zona nueva, se cambia de torre de telefonía. Es lo que se conoce como tener cobertura. Sin torre de telefonía no hay cobertura.

—¿Ah, sí? ¿No son los satélites los que controlan eso? —espetó ella.

—No sé..., tal vez ambas cosas.

—Pero hay mucha diferencia entre una torre de telefonía móvil y un satélite.

—Greta, veo que no sé cómo funciona exactamente la telefonía móvil. Solo era un ejemplo, olvídalo. De todos modos el viejo Harald se puede desplazar desde el espejo hasta la planta superior de la casa. ¿Sabes si puede hacerlo a varios kilómetros del espejo o si tiene algún límite?

—Yo antes lo comparaba con las anclas, que son mejor que tu ejemplo de los móviles. La pregunta que debes hacer es qué longitud tiene la cadena de la amarra de un fantasma.

—De acuerdo. ¿Qué longitud tiene la cadena de la amarra de un fantasma?

—Ni idea, pero no creo que sea ilimitada.

No logramos avanzar más. De todos modos tenía información suficiente para

pensar que valía la pena poner a prueba la idea que estaba desarrollando. Bajé al gimnasio del sótano donde Harald y Janine jadeaban sentados cada uno en su respectiva máquina de remo.

—Harald, ¿tienes alguna otra herencia de tu abuelo aparte del espejo?

Se quedó pensando un momento.

—Tengo un cazo viejo con el que él solía hacer café. Está sucio y oxidado, en realidad no sé por qué lo conservo. No dejó gran cosa al morir.

—Está bien. Necesito que me lo prestes. Tengo una idea de cómo podría deshacerme del abuelo. Si resulta, es posible que se estropee el cazo.

—No importa.

—Bien. ¿Hay alguna ferretería por aquí?

Cuando Harald y Janine concluyeron su entrenamiento fuimos a un centro comercial situado a las afueras de la ciudad. Me senté en el estrecho asiento trasero, curioso y preocupado a la vez por las buenas y las malas noticias que Pontus Bergström me quería dar. Lo llamé por teléfono durante el trayecto, pero solo accedí al contestador. Le pedí que me devolviera la llamada.

Harald y Janine dieron un rodeo (sin que yo lo pidiera) para enseñarme la empresa de alimentos que tenían, con su correspondiente gimnasio. La fachada estaba pintada en un tono verde sumamente chillón, y por lo visto a Harald le gustaba hablar de ello.

—Mantén ese color en la memoria. Pronto se verá en otra tienda en Örebro y con el tiempo en todo el país. No nos da miedo destacar ni nos avergüenza tener grandes planes de futuro.

—Sabemos que en este país a la gente le molesta que tengas ambiciones y prefieren que te quedes sentado en un rincón esperando a que te inviten a bailar, pero no nos avergüenza haber triunfado en la vida —terció Janine.

Me sorprendió que dos personas tan jóvenes tuvieran unos prejuicios tan *anticuados*. Ese mito de que los suecos son cautelosos y prefieren ponerse al final de la cola en vez de sobresalir era algo que decía la gente cuando yo era joven y que —como todos los prejuicios— me parecía que eran ese tipo de cosas que solo mantienen los idiotas de mente estrecha que no evolucionan. Los suecos son extremadamente agresivos en cuanto a aprovechar la oportunidad y triunfar a nivel internacional en la música, la literatura, los coches y camiones, en el cine, en la industria, la ropa, la tecnología armamentista, en deportes individuales y de equipo, con programas y juegos de ordenador, aplicaciones y servicios, muebles, inventos de todo tipo, etcétera.

Es obvio que eso mismo se puede decir de muchos otros países pero, en relación con nuestra reducida población, el prejuicio parece ser todo lo contrario, es decir, que la población sueca per cápita es excepcionalmente buena en lo que respecta a destacar, ser vista y oída, impresionar y tener éxito.

Me dieron ganas de darle un toque extra de sarcasmo e informar a Harald y Janine de lo cursis que me sonaban. Mientras le daba vueltas a la cabeza preguntándome cómo decírselo, desgraciadamente me fui por otros cauces y se me ocurrió pensar por qué no habría sido yo uno de esos suecos con tanto éxito. Quería ser capaz de poner en su lugar a ese par de engreídos del asiento delantero, pero por más que pensaba solo me venían a la cabeza un montón de pensamientos negativos sobre mí mismo. Era insoportable.

Intenté animarme haciendo una lista mental de todas las cosas que me alegraban, me satisfacían y agradecía a la vida.

1. Me gano la vida con algo que me encanta hacer. Eso es envidiable, ¿no?

2. Mi estatura está por encima de la media. Tal vez no sea nada de lo que te puedas sentir satisfecho, pero de todos modos estar por encima de la media es estar por encima de la media. Especialmente en Suecia, que ocupa el segundo o tercer lugar del mundo en términos de estatura de población. Noruega, Dinamarca y Finlandia también están en la parte superior de la clasificación, y por lo visto los más altos de todos son los holandeses.

3. Ya hemos llegado al centro comercial. Es probable que le haya dedicado demasiado tiempo al punto dos. Tendré que seguir con la lista después.

El centro comercial era enorme. Un edificio parecido a un hangar con largos pasillos repletos de miles de cosas. Pasamos por las secciones de cortacéspedes y rotocultivadores, de azulejos y baldosas, de pintura y papel pintado.

Me daba la impresión de que Harald y Janine se mantenían a unos pasos de distancia de mí, como para demostrar que no íbamos juntos. Percibía cierta presunción y egocentrismo en la joven pareja. La conversación que mantuvieron en el coche acerca de lo capaces que eran y lo bien que les iban las cosas me había molestado mucho. No sabían nada de mí, apenas me habían preguntado nada y yo tenía la incómoda sensación de que se creían mejores que yo. Quería demostrarles que era digno de respeto y de que hablaran conmigo.

Solo era cuestión de buscar un tema que le pudiera interesar a una pareja de deportistas como ellos.

—Por lo visto el Bayern de Múnich tiene un buen campo allí abajo en Baviera, donde está Múnich. ¿Os gusta el fútbol?

Harald y Janine negaron con la cabeza sin mirar hacia donde estaba yo.

—A mí tampoco. No es nada interesante.

Iba buscando un tema mejor de conversación cuando estuvimos a punto de chocar con una ancianita con andador que llevaba un chal floreado en la cabeza. Parecía perdida entre sierras circulares y brocas.

—Disculpad. No encuentro los ponederos para aves.

—No trabajamos aquí —dijo Janine, y siguió andando con el brazo alrededor de Harald.

La anciana me miró. Ojos azules y despiertos en un rostro surcado de arrugas.

—Mi hermana está esperándome afuera en el coche. No creía que esto fuera tan difícil. Supongo que aquí tendrán ponederos para aves.

—Pues... —fue todo lo que pude decir.

Miré alrededor buscando a alguien del personal con una camisa roja como las que había visto que llevaban al entrar. Harald se dio cuenta de que me había quedado atrás al lado de la viejecita. Parecía impaciente.

—Vámonos, que se joda.

Le hice un gesto para que bajara la voz, ya que la señora estaba a mi lado. Harald suspiró.

—Está bien. Vamos a la sección de cuartos de baño. Coge lo que quieras y nos vemos en las cajas dentro de diez minutos como máximo.

Harald y Janine siguieron su camino del brazo. La viejecita me sonrió como si fuéramos viejos amigos.

—Cantan tan bien mientras desayuno en el jardín que quiero que se sientan bienvenidos. ¿Crees que aquí tendrán también bañeras para pájaros?

No tenía la menor idea. Afortunadamente vi a un chico con camisa roja. Fui rápidamente hacia él y señalé a la viejecita que estaba detrás.

—¿Podrías ayudarla a...?

—Voy a almorzar ahora —dijo el chico desapareciendo tras un estante con herramientas.

La señora se movía muy despacio con su andador. Después de deambular un

rato llegamos a la sección de muebles de jardín, donde había un montón de cosas para pájaros. Impaciente, hice de asesor cuando la ancianita eligió con mucho cuidado dos ponederos, un par de comederos automáticos y una bonita bañera de cerámica para pájaros. Era más de lo que ella podía llevar, así que fui a buscar un carrito.

—¡Mira qué cosa más bonita! —exclamó la viejecita al ver un comedero de pienso para ardillas.

Tenía una especie de trampilla que las ardillas podían abrir para acceder a la comida. Tan irresistible para la señora que compró dos.

—Son unas bribonzuelas muy ingeniosas. La semana pasada, cuando estaba tomando café, una ardilla me quitó un trozo de pastita de almendras delante de mis narices —dijo sacudiendo sus escuálidos hombros al reír.

Me dio instrucciones para que buscara un par de pesadas bolsas de alpiste y unas cuantas más de frutos secos y semillas de girasol para las ardillas. Ya habían pasado más de diez minutos y esperaba que termináramos pronto las compras.

—¡Mira qué cosa más bonita!

Ella acababa de ver un comedero de erizos, dos de los cuales fueron a parar al carrito junto con cinco paquetes de paté ecológico, que por lo visto a los erizos les parece delicioso. Después de encontrar unas cajas donde las mariposas podían pasar el invierno y tras dudar un instante si le convenía llevarse el tamaño que era un poco mayor o el mediano, terminamos por fin. La viejecita parecía estar muy contenta mientras se colocaba el chal en la cabeza.

—Solo queda felicitar a tu esposa por la suerte que ha tenido de encontrar a un hombre tan bueno y tan servicial —dijo con risa ahogada.

La verdad es que me gustó mucho que la mujer me viera como alguien que podía tener esposa. Fuimos lentamente hacia las cajas, ella con el andador delante y yo con el carro repleto de cosas. Harald y Janine estaban esperando y parecían enfadados. Los ignoré por completo y empecé a poner los artículos en la cinta transportadora. Después de pagar, la anciana me dio unos golpecitos en la mejilla y noté su mano cálida y suave.

—Gracias por tu ayuda. Ve con Dios.

Intenté pensar en algo gracioso e irónico a la vez como respuesta a su deseo de que Dios estuviera conmigo. No se me ocurrió nada, y tal vez fue mejor así.

Después volví a introducirme rápidamente en las profundidades del edificio, que era del tamaño de un hangar. Encontré (y Harald pagó) nueve números de

bronce de los que se ponen en los buzones y encima de las puertas.

*

Igual que el día anterior, pasé el resto de la jornada esperando con impaciencia que se pusiera el sol. No surgieron más puntos en la lista mental que había empezado. De todos modos lo importante era que me centrara en la tarea de esa noche, no que intentara recordar las cosas con las que estaba satisfecho.

Los trucos de magia se basan en gran medida en crear un estado de ánimo en la audiencia, en hacerles sentir que uno está a punto de hacer algo dramático y sensacional. No tenía la menor idea de cómo iba a funcionar mi experimento con el fantasma, y no quería que Harald y Janine se quedaran ahí mirándome en caso de que fracasara. Por eso, se me ocurrió decirles que mi experimento podía ser peligroso y les pedí que pasaran la noche fuera de casa. Por algún motivo les resultaba difícil decidir espontáneamente qué podían hacer, así que les tuve que ayudar sugiriendo cosas. Cenar en el restaurante chino, limpiar la tienda de dietética, dar un buen paseo, visitar a algún vecino y, finalmente, ir al cine, lo que les encantó. Cine de nueve a once. Por suerte, no tuve que elegir tampoco la película.

Llevé el espejo al jardín sin quitarle la manta y lo puse de pie en la hierba enfrente de un cubo. Coloqué los números de bronce del uno al nueve a un metro de distancia cada uno sobre el césped. Al lado del nueve puse el cazo viejo y oxidado del abuelo.

Esto es lo que tenía pensado hacer. Después de la puesta del sol retiro la manta del espejo. Aparece el fantasma y charlo un poco con él. Entonces él ve —o al menos eso espero— los números de bronce del uno al nueve que están colocados en la hierba. Como el fantasma no puede evitar leer los números de atrás hacia delante, mientras lo hace vuelvo a tapar el espejo. De ese modo rompo su «anclaje» con el mundo de los espíritus y no tiene más remedio que esfumarse (si es que los fantasmas pueden hacer algo parecido) o desvanecerse en el interior de algún objeto con el que tenía conexión cuando vivía, como el cazo oxidado.

Hace una semana eso hubiera sido para mí algo parecido al delirio de un loco en una parada de autobús, pero teniendo en cuenta cómo habían evolucionado las cosas los últimos días me pareció un plan bastante razonable.

Si el fantasma se metía en el cazo, yo tenía pensado ir después al bosque y

enterrarlo allí. Por eso, le había dicho a Harald que se podía «estropear» durante el experimento. Podría decirse que era una especie de mentira piadosa.

A Janine y a Harald les debía resultar muy pesado tener un fantasma que detestaba que estuvieran juntos, pero yo pensaba que la solución era que ellos ignoraran que estaba enterrado en el bosque dentro de un cazo. Ojos que no ven, corazón que no siente, y si yo simplemente lograba «vaciar» el espejo de fantasmas intolerantes, Harald y Janine deberían estar satisfechos.

Pensándolo bien tal vez no se trataba de una mentira piadosa sino de una mentira importante. Llamémosle ilusión, suena mejor. Todo lo que Janine y Harald necesitaban saber era que el abuelo había desaparecido del espejo. Esa era mi misión, y yo no tenía ningún reparo a la hora de enterrar a un fantasma y a su cazo en un lugar apartado del bosque.

A las nueve menos veinte de la noche, la joven, desagradable y egocéntrica pareja salió del garaje y se marchó, esta vez en el Audi. Ya se había puesto el sol. Salí al jardín con una sensación de hormigueo en el cuerpo. Todo estaba oscuro, silencioso y apacible.

37

Una pálida luz de luna cubría la zona residencial. Un gato de color gris oscuro bostezaba sentado junto a la fuente de mármol. Levantó la cola y se metió sigilosamente en un arbusto cuando yo salí y me puse de rodillas sobre la hierba húmeda de la noche. Me concentré unos segundos antes de retirar la manta a cuadros del espejo. Me incliné y me miré en su interior. El fantasma apareció detrás de mí. Transparente y con el efecto de la doble exposición, como la vez anterior. Quizá un poco más difuso en comparación con el modo en que lo había visto en el salón, debido tal vez a que el jardín estaba más oscuro.

—Buenas noches, Harald.

—¿Qué quieres? ¿Estamos fuera?

—Un poco de aire fresco es de agradecer, ¿verdad? Hace una noche muy buena. Aunque es probable que el tiempo y el aire no te importen teniendo en cuenta la forma en que te encuentras. Se me ha ocurrido que tal vez te agrade salir un rato.

Eso era todo lo que pensaba hablar con él. Esperaba que descubriera pronto los números de bronce que se podían ver perfectamente en línea recta desde el espejo.

—Muy amable de tu parte. He tenido una noche agotadora.

—¿Sí? ¿No me digas?

—Horrible. He pasado toda la noche sentado en el cuarto de invitados hasta el amanecer y te he tenido que oír hablando en sueños. Murmurabas «Estoy harto de ser un fracasado» una y otra vez. Ha sido patético.

—Yo no hablo en sueños —respondí en un tono terminante y seguro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Sueles dormir solo o tienes alguna fémica a tu lado?

—En realidad es algo diferente.

—O sea, que duermes solo. Entonces no sabes si hablas o no en sueños.

El fantasma me sonrió desde el espejo. Busqué alguna réplica contundente pero no se me ocurrió nada.

Estoy harto de ser un fracasado.

Me sonaba de algún modo. ¿No había oído una voz diciendo algo por el estilo en el Bosque que Murmura? ¿No fue esa la voz que oí de un hombre de mediana edad y que por un momento llegué a admitir que quizá se parecía un poco a la mía? Pero yo iba pensando en trucos de magia y en cosas desagradables de Sebastian.

Estoy harto de ser un fracasado.

¿Hasta qué punto habría escudriñado en mi mente el Bosque que Escucha? ¿Le habría parecido superficial mi interés en revelar trucos de magia y había preferido profundizar más?

Todas las voces que oí en el Bosque que Murmura me habían resultado bastante cotidianas y concretas hablando de *hockey*, de mosquitos, de bodas, y también los distintos comentarios de Jorma sobre mi luneta trasera con ese acento tan suyo mezcla de escanés y finlandés. Todas excepto la mía, que era más triste por su connotación existencial. Si realmente era mi voz la que había oído. Además yo no hablo en sueños, ¿no? Si lo hiciera, alguien tendría que haberse dado cuenta. La mujer que me dejó a través de un mensaje de texto el día del solsticio de verano del año pasado nunca se quejó de que hablara en sueños. ¿Tal vez no había empezado a hacerlo aún? Sería difícil saber lo que ha ocurrido desde entonces con mi sueño, ya que el último año lo he pasado solo.

Mi cabeza se empezó a llenar de ideas negativas que daban vueltas sin cesar. Tuve una sensación rara, pesada y fría en el pecho. Por suerte, en ese momento el fantasma vio por fin la hilera de números en el césped. Ahogué un grito cuando los números se empezaron a mover de aquí para allá como por una fuerza invisible. ¡Había funcionado!

Instintivamente busqué a tientas el móvil de Jorma en el bolsillo de mi chaqueta. Quería dar prueba de ese fenómeno sobrenatural que estaba aconteciendo ante mis asombrados ojos. Pero no caí en la cuenta de que no me daba tiempo a filmarlo.

Los números se movían en la hierba a gran velocidad. Puse rápidamente la manta de cuadros por encima del espejo y procuré cubrir bien los bordes. Después el silencio fue absoluto. En menos de diez segundos todo había terminado. Me puse de pie. Los números estaban totalmente derechos en el sentido inverso. El nueve más cerca del espejo. El uno más allá, al lado del cazo

oxidado. Me acerqué y le puse la tapa, no porque supiera que había que hacerlo sino más bien por seguridad. Golpeé levemente con los nudillos la superficie mate que parecía brillar a la luz de la luna. No oí ningún grito metálico atrapado en su interior, lo que tampoco esperaba que ocurriera. Agarré el asa con firmeza, mantuve el cazo delante de mí con mucho cuidado, como si estuviera lleno de agua hirviendo, y fui al garaje a buscar una pala.

Al final de la zona residencial había una intersección en forma de T y una salida a una carretera. Al otro lado de la carretera había una zona de explotación forestal. Dejé que pasaran unos coches. Los conductores se me quedaron mirando, probablemente se preguntarán quién era ese bicho raro que iba paseando vestido con un traje sosteniendo un cazo oxidado delante de él. Todos hemos visto a alguno de esos chiflados y nos hemos preguntado qué sucederá en sus confusas cabezas. En ese momento yo era uno de esos chiflados a los ojos de la gente.

Crucé la carretera y entré en el bosque, que era muy distinto a Tiveden. Menos musgo, un olor menos desagradable, la arboleda menos tupida, se podía avanzar sin que te escurrieras a cada paso.

Intenté ir en línea recta mientras me iba adentrando lentamente en el bosque. Al cabo de quinientos metros por lo menos, me detuve y di mi primera palada en la tierra húmeda por el atardecer. Esperaba que fuera suficiente y que la cadena de la amarra del fantasma no fuera tan larga como para que pudiera volver al chalé de Harald y Janine. Cavé un hoyo de medio metro de profundidad y me hice daño en los dedos cuando tuve que picar con la pala unas raíces secas. Un poco más allá se oyó el crujido de un arbusto y vi brillar en la oscuridad un par de ojos pequeños y negros. ¿Un zorro? ¿Un mapache que buscaba huevos de ave? ¿Un simple gato que andaba suelto por el bosque?

El pequeño animal se alejó de allí rápidamente produciendo una especie de silbido y yo concluí la excavación. Me puse de rodillas y sostuve el cazo en posición horizontal mientras lo metía en el hoyo.

—Aquí podrás descansar y hablar todo lo que quieras de la historia de Tiveden en lo sucesivo. Buena suerte —dije con arrogancia y casi sin aliento mientras volvía a llenar el hoyo de tierra.

Aplané el suelo y lo tapé con unas ramas gruesas.

*

Cuando volví al jardín estaba sucio y sudoroso. El espejo cubierto seguía apoyado en el cubo. Dejé caer la pala en la hierba y procuré tranquilizarme durante unos segundos antes de meter cuidadosamente el espejo en la casa. Contuve la respiración mientras retiraba la manta a cuadros. Rezar a espíritus superiores no era lo mío, así que deseé con todas mis fuerzas que hubiera salido bien. El espejo antiguo volvía a colgar de la pared del salón. Retiré la manta.

El fantasma estaba detrás de mí, reflejado en el espejo. Transparente. Con su enorme papada, con su escaso pelo blanco esparcido por la cabeza y vestido con el mono que le oprimía el vientre. —¡Maldita sea! —grité con tanta fuerza que él dio un salto.

Por lo general suele ocurrir al revés y son los fantasmas los que hacen saltar de miedo a las personas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó después de recomponerse la rala cabellera.

Tardé unos segundos en poder responder. Estaba terriblemente cansado y abatido. ¿Qué había hecho mal? Mi experimento se había basado en conjeturas e ilusiones más que en la ciencia, pero aun así yo pensaba que mi idea era bastante razonable.

—Intenté llevarte del espejo al cazo —suspiré.

No había ningún motivo para ocultarle nada. Era mejor que yo reconociera la derrota.

—Creía que sería capaz de tapar rápidamente el espejo con la manta, pero por lo que se ve te dio tiempo a volver.

—¿Qué manta? ¿La de cuadros? ¿Por qué utilizaste esa manta? Es la que me hizo Anna.

—¿Anna?

—No es que me queje. Es mucho mejor estar en un espejo que en un cazo, pero fue una enorme estupidez que intentaras bloquear mi camino con una manta que hizo Anna.

—¿Quién diablos es Anna?

—Mi querida esposa. La abuela de Harald. Hace muchos años que se fue.

No sé si se podía ver, pero yo tenía la sensación de que mis hombros colgaban inertes. ¿Lo habría pensado bien y sin embargo todo me había salido mal? La manta a cuadros que había hecho la abuela de Harald junior tal vez tenía un valor sentimental para Harald senior que, probablemente por este motivo, no tuvo ningún problema en deslizarse a través de la misma después de cambiar el

orden de los números de bronce en la hierba.

Estaba confuso, pero cuando intenté seguir mi propio razonamiento, llegué a la conclusión de que había tenido la mala suerte de utilizar una manta equivocada. Cuando le pregunté a Harald júnior si tenía alguna herencia más de su abuelo aparte del espejo, él me indicó el cazo oxidado. Se me ocurre que podría haberse esforzado y decirme que la manta que estaba colgada encima del espejo había pertenecido en algún momento a su abuela.

La cabeza me empezó a dar vueltas cuando me esforcé en aplicar el sentido común a cosas que tal vez carecían por completo de lógica.

—Una cosa. ¿Por qué colgaron Harald y Janine una manta por la que te puedes deslizar?

—Yo qué sé. Supongo que no saben nada de esas cosas. Yo tampoco, por cierto. Cuando uno se muere no te dan un folleto informativo con consejos con lo que debes pensar si tienes la mala suerte de convertirte en un fantasma. Pero como te dije ayer, si hago contacto visual con alguna persona que se refleja en el espejo, la persigo hasta el amanecer. Probablemente por eso pusieron la manta delante del espejo, para evitar el contacto visual con un fantasma. Pero también podrían haber puesto un mantel, una sábana, una toalla, creo que incluso hubiera sido suficiente con una funda de almohada, o que hubieran pegado con cinta adhesiva unos pañuelos grandes que...

—Gracias, es suficiente. No es necesario que enumeres todos los tipos de tejidos que hay. Entiendo.

El fantasma sonrió con gesto de satisfacción.

—Si me lo pides con amabilidad tal vez pueda considera dejar a Janine y a Harald en paz.

—¿En serio?

—No, era una broma.

Apreté los puños y me dieron ganas de romper el espejo de un puñetazo. De repente se oyó una señal sumamente molesta en alguna parte del oscuro salón, y tardé unos segundos en darme cuenta de que era el teléfono móvil de Jorma, que sonaba en el interior del bolsillo de mi chaqueta. Lo saqué. El teléfono no reconoció el número de la pantalla, pero yo sí.

Era mi agente.

—¿Qué tal, Anton? Espero que no sea demasiado tarde para llamar. He estado todo el día fuera con la pistola de aire comprimido y acabo de llegar...

—Pontus, me pillas en un momento complicado. Tenías noticias buenas y

malas. ¿Están ambas relacionadas conmigo en esta ocasión?

—Podría decirse que sí. La buena noticia es que he sido reclutado por LP Evenemang. Va a ser muy divertido. LP es una de las agencias de representación artística más importantes de los países nórdicos, así que podré acceder a su red de contactos en Noruega, Dinamarca y Finlandia. Me llevo a Kicki Hjort y otros artistas emblemáticos de mi grupo. Empiezo la semana que viene. A toda velocidad.

En el espejo vi un fantasma que estaba de pie detrás de mí, que hablaba casi pegado a mi oreja en un tono seco y extraño, que desaparecía si me daba la vuelta y miraba hacia atrás. Sin embargo, no me daba ningún miedo comparado con la espantosa sensación de frío que se me empezaba a extender por el estómago.

—¿Soy yo uno de los artistas emblemáticos de tu grupo? —pregunté con voz débil, casi en un susurro.

—Y ahora viene la mala noticia. LP quiere que me lleve artistas que generen mucho dinero. Lo que tú no haces. Lamentablemente.

Creo que me tambaleé un poco, como si tuviera vértigo o hubiera recibido un golpe en la mandíbula.

—Pontus, dentro de dos meses no sé de dónde voy a sacar dinero para el alquiler. Es un plazo de tiempo muy corto. ¿No puedes llevarme contigo de algún modo? ¿No puedes seguir siendo mi agente al margen de todo esto? Puedes cobrar un porcentaje más alto si quieres.

—El problema es que solo sirves para actuar en residencias de ancianos, y ahí no hay ningún futuro. Es un público en vías de extinción. Literalmente hablando.

—Pero... bueno, está bien... ¿podrías darme tu lista de contactos para que intente ser mi propio agente?

—No, me la voy a llevar a LP. Tengo intención de seguir concertando actos en residencias de mayores y en otros centros municipales.

—Pero ¿no acabas de decir que en las residencias de mayores no hay futuro?

—Seguramente podré arreglar que algún que otro escritor dé conferencias históricas y esas cosas. De todos modos no te puedo dar mi lista de contactos. Intenta llamar tú mismo si quieres.

—¡Tardaré muchos meses en organizar algo que se parezca a una gira de la que pueda vivir! —grité enfadado—. ¡Me has dicho que la buena noticia tenía que ver *conmigo!*

—Y así es, ya que es una buena noticia para mí... que te afecta a ti. Pero ahora que lo digo me doy cuenta de que en realidad son dos noticias malas para ti.

El móvil quemaba en mi oreja y tenía la mano pegajosa por el sudor frío. Ya no pensaba en que el fantasma me estaba mirando en el espejo. No me importaba.

Estoy harto de ser un fracasado.

—Hablando en serio, Pontus, ¿cuánto dinero tengo que poner para que elijas llevarme a LP? ¿No podemos hacer un periodo de prueba y que te demuestre lo valioso que soy? Hay un montón de gente a la que le gusta la magia y yo soy muy bueno, ¿no?

—Puedo estar de acuerdo en que eres bastante bueno, y en que hay gente a la que le gusta la magia, claro.

Respiró profundamente antes de continuar.

—El problema es que a la gente no le gustas tú.

Otra vez tuve la sensación de recibir un golpe en la cara.

—Recibo quejas con frecuencia y tengo que calmar los ánimos de la gente después de tus actuaciones. Por ejemplo de Igelkotten, donde estuviste antes del solsticio de verano. Te metiste con una chica del personal de allí, te quejaste de que no había bocadillos y de que las sillas del local estaban mal puestas. Actúas en los sitios de trabajo de la gente, Anton, y en el contrato no hay nada que diga que ellos se tengan que encargar de ti, solo son inventos tuyos.

—Bueno, es posible que no haya nada así en el contrato, pero quiero ser tratado con respeto.

—Tú tienes que tratar a la gente con respeto cuando actúas fuera. No eres ninguna superestrella que pueda poner un montón de condiciones. No eres Sebastian y Charlotta. Contigo no se venden entradas. Eres el responsable de un momento de entretenimiento inofensivo y no debes, por ejemplo, obligar a los ancianos del público a que canten para ti.

—Yo no obligué a nadie a que cantara para mí. Cumplía años y solo fue algo que surgió de un modo espontáneo. No creo que sea tan raro que uno quiera que lo agasajen un poco.

El fantasma se rio detrás de mí en uno de mis oídos. Pontus siguió hablando en el otro.

—Suelo recibir facturas del hotel por cosas del minibar que te has negado a pagar. Un agua mineral que no te gusta, unos cacahuetes que no te gustan, todo

tipo de cosas que no te gustan. Suelo ser legal y no lo deduzco de tu caché, pero estoy cansado de eso. Y de ti.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Busqué algo sensato que decir pero fue en vano. Pontus carraspeó en el auricular e intentó sonar animado sin conseguirlo.

—Anton, este es un sector duro, pero es cuestión de no darse nunca por vencido. Muchos artistas y otros con trabajos algo inseguros como este suelen tener un cónyuge con ingresos estables. Tú no, ¿verdad?

—¿Cónyuge? No tengo esposa, si es a lo que te refieres. ¿No lo sabes?

—Claro que sí, solo digo que muchos lo tienen. Una pareja con unos ingresos estables. Una novia o prometida o esposa o alguien que...

—¡Yo no tengo nada! —exclamé—. No tengo coche, ni esposa, ni ahorros, ni hijos, ni piso en propiedad, ni siquiera tengo un teléfono móvil propio. ¡No tengo nada!

—Bueno, tienes un traje a medida muy original —bromeó el fantasma desde el espejo.

Levanté un dedo en señal de advertencia y sonrió. Me di la vuelta. Bajé la voz y noté que tenía un nudo en la garganta.

—Pontus, te lo ruego de verdad. ¿No podemos tratar de solucionar esto de algún modo? Por favor.

Después de unos segundos Pontus volvió a carraspear.

—En este momento oigo que Cecilia y los niños me llaman para que haga palomitas de maíz. Estamos pasando la tarde en casa y tengo que ver la película. Que tengas mucha suerte y que te vaya todo bien.

Cuando Pontus guardó silencio yo tenía lágrimas en los ojos, como si se hubiera roto una compuerta y empezaran a brotar de mi interior palabras y sentimientos.

—He sacrificado toda mi vida por esto. Toda mi puta vida. Probablemente ahora tendría un trabajo excelente si no hubiera apostado el cien por cien a una carrera artística. Probablemente sería directivo. Un alto directivo que va y vuelve del trabajo en helicóptero. Cuando era adolescente dejé a una chica excelente para poder centrarme en ser mago; hasta ese punto es importante la magia para mí. ¿Cómo voy a ganarme la vida? Lo único que sé es hacer magia. ¿Cómo voy a poder gustarle a alguien que conozca si ni siquiera puedo mantenerme económicamente? Soy pobre, estoy solo, tengo cuarenta y cinco años. La única felicitación que recibí por el solsticio de verano fue de Elgiganten. No tengo

nada.

Tardé unos segundos en volver al presente, a la realidad, y en darme cuenta de que Pontus había cortado la llamada. Limpié mi rostro y el teléfono mojado. Vi para mi sorpresa que eran más de las once. Tenía la boca seca y estaba agotado. Debía de llevar más de una hora llorando en una especie de estado de sopor. Me volví lentamente y miré al fantasma en el espejo. Lo noté incómodo, incluso me pareció ver un gesto de compasión cuando nuestras miradas se cruzaron.

Yo estaba a punto de decir algo cuando se abrió la puerta. Janine y Harald júnior miraron con cautela.

—Hola, ¿cómo va todo? —susurró Janine—. ¿Molestamos? Huy, tienes los ojos muy enrojecidos. ¿Qué ha ocurrido?

Me encogí de hombros con cierta rigidez e intenté pensar cómo explicarle que mi experimento había fracasado, probablemente por usar una manta equivocada. La pareja joven, bien entrenada y triunfadora miró primero el espejo antiguo y después a mí.

—¿Por qué no está tapado? —dijeron los dos a la vez.

Yo intenté aclararme la voz, pero antes de que empezara a hablar, el fantasma dijo:

—Venid, jovencitos. Acercaos para que pueda veros.

A ellos no pareció entusiasmarles la idea de entrar en el campo de visión del espejo.

—Acercaos para que pueda veros y después os libraréis de mí. Lo prometo.

—¿Podemos confiar en ello, abuelo? —preguntó Harald tomando a Janine de la mano.

Dieron un paso los dos juntos con mucha cautela y entraron en la habitación.

—Lo prometo. Al principio creía que la Vieja Gandula había perdido el juicio, pero ahora me doy cuenta de que su sabiduría es y seguirá siendo insuperable. La reina del bosque ha hecho que cambie de opinión respecto a vosotros dos.

Ya estaban delante, a mi lado. Muy juntos y atentos cuando hicieron contacto visual con el fantasma en el espejo.

—Os pido disculpas a los dos, especialmente a ti, Janine, a quien, de un modo totalmente injusto, he visto como una sucia *trotavías*. Si creéis que encajáis, debéis estar juntos, naturalmente. Tened todos los hijos que queráis. En este momento me voy de aquí.

Ellos lo miraron atónitos, como si no se creyeran lo que acababan de oír.

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a dejarnos en paz de verdad, abuelo?

Harald júnior no parecía estar del todo convencido.

—Sí, maldita sea. Esa persona larguirucha que está a vuestro lado es el mayor desgraciado que he visto en muchísimo tiempo. La Vieja Gandula ha sido muy ingeniosa enviándolo aquí como una advertencia. No quiero correr el riesgo de que mi nieto se convierta algún día en una figura tan triste, solitaria, trágica y fracasada como él.

Sus palabras dolían, pero no podía oponerme respecto al modo en que me había descrito.

—Por lo tanto, no me pienso interponer en el camino de vuestro amor. Cuidaos el uno al otro, cepillaos los dientes con mayor o menor regularidad, respetad todo lo que vive en el bosque, apagad las luces del techo al salir de casa, usad chaleco salvavidas, recordad que las palas para la nieve son más baratas en verano, proponed soluciones en vez de quejaros de los problemas, y pasadlo bien juntos. Y con esto os bendigo desde el más allá. Buenas noches.

Un ruido agudo y estridente hizo que diéramos un salto. Vimos una grieta larga en el espejo y el vidrio se quedó sorprendentemente mate. El fantasma desapareció.

Harald y Janine se miraron durante un buen rato y después estallaron en sonrisas de alivio.

La prueba número dos estaba terminada. El fantasma derrotado.

Pero tenía la sensación de que yo lo había perdido todo.

38

Sebastian no vino a cenar el día después de que yo echara por tierra sus planes de montar un armario mágico y de que nos hiciéramos unos trajes llamativos para las actuaciones y, hacia las diez de la noche, mis padres estaban tan preocupados que se planteaban llamar a la policía.

Yo organicé mi propia batida por la zona y, después de pocas horas de búsqueda, lo encontré en un declive del bosque en la playa Mälärhöjdsbadet, cerca de nuestro chalé. Estaba resacoso y agotado. Llevaba la ropa manchada de puré de patata y de una especie de ensalada de gambas reseca, después de una batalla ética con un bollo relleno. Teníamos delante de nosotros un fin de semana repleto de trabajo. Tres actuaciones pagadas. Era importante poner a Sebastian en condiciones.

Le ayudé a bajar hasta el agua, donde pudo arreglar un poco el desastre. Salimos y nos sentamos debajo de un trampolín al final del muelle. La playa estaba completamente vacía a esa hora de la noche así que podíamos estar en paz.

Yo había cogido de casa un paquete de galletas sanas e insípidas que él engulló con gran apetito.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

Era una pregunta importante aunque algo inadecuada, ya que estaba ojeroso y pachucho.

—Ya no lo pasamos bien —dijo con voz débil.

—El lunes te podrás comprar un *walkman* nuevo con el dinero que ganaste el mes pasado. Pero tendrás que espabilarte para que no metamos la pata el fin de semana.

—Ya tengo un *walkman*.

—Pero ¿no querías uno nuevo? Cómprate entonces un CD portátil, pronto te

lo podrás permitir.

Teníamos una caja fuerte en mi habitación y yo solía hacerme cargo de la parte de Sebastian cuando nos pagaban. Me gustaba cuidar nuestros negocios y a veces me entretenía contando billetes y llevando la contabilidad de nuestros ingresos. Me gustaba administrar dinero.

—Cuando digo que ya no lo pasamos bien me refiero a que ya no nos juntamos para hacer cosas divertidas —dijo Sebastian salpicando en el agua con la punta de las zapatillas deportivas.

—Nos vemos todos los días. Este fin de semana vamos a estar juntos todo el tiempo.

—¿Cuándo fue la última vez que hicimos un maratón de terror?

En eso tenía razón. Hacía mucho que no nos atiborrábamos a comida basura mientras veíamos vídeos de violencia hasta el amanecer. Eso se debía a que ya no estábamos en casa de su padre, al que le importaba un bledo lo que hacíamos. Y a que yo pasaba todo mi tiempo libre con Charlotta.

—¿Y por qué de repente quieres seguir con los mismos viejos trucos? Estuvimos hablando de hacer cambios.

Naturalmente, yo no podía reconocer que envidiaba a Sebastian porque había conseguido que mis padres lo ayudaran con los dibujos y a que cosiera una ropa muy chula para las actuaciones. Por suerte, no tuve que buscar ninguna excusa precisamente allí cuando estábamos en el muelle, ya que Sebastian empezó a sangrar por la nariz y le salió algo duro y verduoso. Se limpió con la manga de la camiseta y empezó a hipar.

Noté un olor acre y penetrante.

—¿Has esnifado pegamento?

—Me metí en una pelea con un borracho que me quitó las cervezas.

—¿Y entonces compraste pegamento? Es muy peligroso. Ten cuidado, joder.

Sebastian rehuía mi mirada. Utilizó el papel de las galletas para limpiarse la nariz un par de veces.

—Puedo dejar de beber, pero al mismo tiempo no puedo. Es algo rarísimo, no se puede explicar.

Sacudió la cabeza. Parecía muy decepcionado.

—¿Tal vez estés poseído por un demonio? —bromeé intentando aliviar el ambiente.

Él se echó a reír.

—Sería de agradecer tener alguien así a quien echarle la culpa.

Estaba preocupado por las actuaciones del fin de semana y por la salud de Sebastian. Permanecimos sentados en silencio un buen rato. Busqué desesperado algo inteligente y constructivo que decir. La pregunta que al final dejé caer nos sorprendió a los dos por igual.

—¿Has intentado rezar?

—¿Qué?

—¿Le has pedido a Dios que te ayude con el problema de la bebida?

—No, maldita sea, se me ha olvidado —dijo con media sonrisa—. Le pido ayuda para que me deje de moquear la nariz.

Lo que no ocurrió. Tuvo que solucionarlo él mismo con la camiseta antes de proseguir.

—Es probable que no se deba bromear sobre esas cosas. Tal vez funcionen. ¿Quién sabe?

Ahí estaban otra vez las dos palabras que Charlotta me dijo mientras se encogía de hombros.

¿Quién sabe?

Después del incidente de Sebastian con el pegamento, decidí tener una «gripe» de dos semanas de duración y quedarme en casa sin ir a clase. Logré mantenerlo en secreto para mis padres, aunque estaba constantemente preocupado por si llamaba alguien del instituto. Lo que no ocurrió ni por parte de los profesores ni del director.

Hacia el séptimo día de ausencia empecé a pensar que era un poco raro que nadie me echara de menos. Al parecer yo mantenía un perfil tan bajo en el instituto que apenas existía.

De todos modos, el objetivo de mi fingida enfermedad era ser lo más parecido posible a Sebastian. Mi socio, cansado de los estudios, había abandonado por entonces la especialidad de técnico de construcción e instalaciones y había iniciado una carrera en el ámbito de las mudanzas, la limpieza a fondo de edificios y como friegaplatos. Simplemente hacía lo que podía. Por lo general, muy temprano y a media jornada, por lo que venía a casa a almorzar. Ello nos permitía pasar juntos las tardes y era realmente divertido volver a comportarse de un modo irresponsable y quedarse delante de la tele mirando vídeos, comiendo patatas fritas y golosinas procedentes de nuestro escondite secreto de comida basura, situado debajo de la cama de Sebastian. Tenía razón, ya no hacíamos cosas divertidas juntos.

Una tarde, durante mi larga «baja por enfermedad», Sebastian volvió a casa

después de la limpieza de un edificio y me enseñó un ejemplar manoseado de *Gula Tidningen*, un periódico de anuncios gratuitos. Pasó las hojas hasta llegar a un anuncio que había marcado con rotulador verde y lo leyó en voz alta con entusiasmo.

—Se vende equipo de magia completo para representaciones profesionales. Buenas condiciones a buen precio en una venta rápida.

Inmediatamente llamamos al anunciante y pedimos una cita. Al día siguiente fuimos a un almacén destartado que estaba en Farsta, en la zona sur de Estocolmo. Un hombre de unos cincuenta años abrió una pesada puerta corredera y nos miró con recelo. Tenía los ojos acuosos y parecía estar algo borracho. Preguntó quiénes éramos y Sebastian le mostró el *Gula Tidningen* y le dijo que éramos los que habíamos llamado el día anterior.

—Ah, bueno, entonces creo que lo habéis entendido todo mal. Yo no vendo una caja de magia para niños, sino que es un equipo para actuaciones profesionales. ¿No habéis leído el anuncio?

—No somos niños sino magos profesionales —explicó Sebastian.

A él los idiotas arrogantes le importaban un bledo.

—¿Podemos echarle un vistazo al equipo? —pregunté en un tono más amable.

Detrás del hombre de ojos acuosos se podía vislumbrar un oscuro almacén con cajas negras sobre ruedas y numerosos accesorios, un soporte con espadas brillantes, un armario mágico de tres partes decorado con estrellas plateadas, un banco de metal con hojas de sierra, un cacharro que parecía una máquina de humo, un conjunto de aros de metal de esos que se le pasan a una persona que está flotando para demostrar que no cuelga de hilos, cortinas pesadas con lentejuelas, y un blanco para lanzamiento de cuchillos que era lo suficientemente grande como para colgar a una persona.

Incluso desde lejos se veía que el equipo estaba lleno de polvo y deteriorado, pero aun así era fantástico. Un *verdadero* equipo para magos *de verdad*. De esos que se ven en la televisión. En ese momento entendí lo que quería decir Sebastian cuando hablaba de hacer «menos trucos de cartas anticuados, menos monedas y pañuelos, y más cosas exclusivas y espectaculares». Por desgracia, no pudimos entrar en el almacén a mirar.

—No solo vendo el equipo, sino también los derechos de mis números mágicos. No puedo dejar que entre cualquiera al almacén y revele mis secretos profesionales, como podéis entender.

—¿Cómo podremos saber si queremos comprarlo si no podemos entrar a verlo? —preguntó Sebastian, y a mí me pareció una pregunta muy razonable.

—Dudo que tengáis permiso —murmuró el hombre de los ojos acuosos mirándonos con ese recelo que tienen ciertas personas mayores cuando hablan con adolescentes.

Mencionó una suma. No recuerdo la cantidad exacta; sin duda era más de lo que había en la caja fuerte que tenía en casa. Pero no era una suma de dinero que no pudiéramos imaginar reunir, al menos en ese momento no nos lo pareció, y allí fuera de ese almacén de Farsta, la magia volvió a avivarse de repente de un modo gigantesco, tanto para mí como para Sebastian. Él no estaba interesado en el dinero para uso propio, pero cuando propuse que siguiéramos con nuestra función bien ensayada y «aburrida» con el fin de reunir dinero para el equipo profesional, le pareció que sonaba de maravilla. No importaba si después, cuando nosotros hubiéramos reunido el dinero suficiente con nuestro trabajo, el hombre de los ojos acuosos hubiera vendido ya el equipo hacía tiempo. En ese momento Sebastian y yo teníamos un objetivo claro y común. Y cuando tuviéramos el dinero, seguramente habría algún otro vendedor con el que hablar. Si ganábamos dinero suficiente, todo se solucionaría, así era como yo veía las cosas.

Solo era cuestión de conseguir la mayor cantidad posible de actuaciones pagadas. Dedicar todo el tiempo que tuviéramos libre a hacer magia. Daba igual que ya no hubiera ningún instante creativo en nuestro espectáculo bien preparado, pues cuando llegáramos a la meta y tuviéramos suficiente dinero para comprar trucos de magia prediseñados y profesionales, habría valido la pena.

Decíamos sí a todo mientras nos pagaran. Desde una fiesta de cumpleaños para niños hiperactivos hasta un club de moteros con tipos desconcentrados. Fiestas de empresa, asociaciones locales, un montón de centros juveniles... Y por entonces hice mi primera actuación en una residencia de ancianos. A veces dos funciones por tarde cuando conseguíamos combinar los desplazamientos, algunos fines de semana podíamos llegar incluso a tres.

Charlotta no se molestaba cuando teníamos que dejar de ir al cine, a comer fuera, o simplemente no podíamos pasar un rato juntos sin hacer nada especial. Por lo menos al principio. Un domingo por la mañana llamó por teléfono y me preguntó si quería ir a ver un partido de voleibol. Yo estaba en mi habitación contando los billetes de la caja fuerte. Cuando le respondí que no tenía tiempo, ella me indicó que hacía tres semanas que no nos veíamos.

—¿De verdad? —dije, probablemente en un tono ausente.

—En realidad hace más de tres semanas, casi un mes. Y me parece que resulta un poco...

—¡Mierda! —grité en el auricular.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella tras un breve silencio.

—Estoy contando dinero y he perdido la cuenta. Maldita sea.

—De acuerdo. Llámame después cuando no moleste —dijo, y finalizó la llamada.

Cuando digo que estaba contando dinero no me refiero a que hubiera grandes montones de billetes, más bien lo contrario. Me parecía que el montón crecía demasiado despacio, a pesar de que Sebastian metía dinero de sus trabajos mal pagados de mudanzas y demás.

Simplemente teníamos que arremangarnos e intentar encontrar más actuaciones pagadas, de lo contrario esto nos llevaría demasiado tiempo. ¿Tal vez yo también debería dejar el instituto y buscar trabajo? No, a mis padres se les iba a atragantar su saludable muesli y se pondrían muy pesados. Cerré la caja fuerte de golpe. Había algo que me daba vueltas en la cabeza.

¿Había percibido en el tono de voz de Charlotta que estaba enfadada conmigo?

Era difícil de decir, no la había escuchado con demasiada atención. Un poco enfadada, tal vez. Pero para ella el voleibol solo era un *hobby*, y para mí la magia era mi vida, mi carrera. Es posible que me despertara del lado equivocado ese domingo por la mañana porque, cuanto más pensaba en nuestra breve conversación telefónica, más nervioso me ponía. Me parecía injusto que yo tuviera cargo de conciencia por intentar ganar dinero para comprar un equipo de magia profesional. Entonces me vino a la cabeza el reportaje de ese fenómeno del tenis austriaco que había visto en la televisión con mis padres. Ese adolescente que había comprado un Porsche carísimo antes de tener siquiera carné de conducir. Lo sumamente centrado y decidido que sonaba en la entrevista subtitulada.

«Otros a mi edad pierden el tiempo con amigos y chicas, en fiestas o yendo al cine. A mí me gusta entrenar, me gusta jugar partidos, me gusta ganar, me gusta el dinero».

De repente algo se esclareció. El fenómeno del tenis se había hecho millonario en dólares con solo diecisiete años. Evidentemente sabía lo que era importante.

«Otros a mi edad pierden el tiempo con amigos y chicas».

Decidí romper con Charlotta.



La reina del bosque estaba a la debida distancia del escondrijo del Eterno Llorón, y sin embargo, gracias a su olfato especial podía percibir el agrio hedor a vinagre que despedía, molesto y desagradable a la vez. Por suerte no le afectaba al apetito, y se relamió satisfecha después de engullir un jugoso trozo de atún. Ya va siendo hora de echarse una siestecita, pensó bostezando.

La reina del bosque estaba satisfecha e insatisfecha a la vez con el modo en que el *trotavías* Anton había manejado la prueba número dos. Satisfecha de que el fantasma se hubiera ido, claro. Insatisfecha de que Anton intentara enterrarlo en el bosque. Aunque finalmente fracasó, casi podía considerarse un intento de hacer trampa. No auguraba nada bueno ante la prueba tres, el encuentro con un primigenio.

Con el Eterno Llorón no había chanchullos ni embustes que valieran.

De él solo cabía esperar lamentos y desgracias.

Después del desastre del espejo resultaba agradable respirar profundamente el aire del atardecer. Agradable en el sentido de que hacía que me espabilara, no que mejorara mi humor. Aún me sentía fatal. Era como si algo en mi interior se hubiera roto por completo finalmente después de haber estado resquebrajado durante mucho tiempo.

Era cerca de medianoche y esperaba que Greta y Gunnar estuvieran todavía despiertos. Estaba de pie en el acceso al garaje con el móvil pegado a la oreja. Harald se había ofrecido a llevarme en su Mercedes. Estaba apoyado con actitud relajada en la puerta abierta del asiento del conductor. Tenía las llaves del coche en un llavero circular que hacía girar en su dedo índice.

—¿Ninguna respuesta?

¿Es que no se daba cuenta de que no estaba hablando con nadie? Su pregunta era totalmente superflua, pero yo no tenía energía ni ganas de decir nada irónico.

Después de que se rompiera el espejo y el fantasma desapareciera, yo logré elaborar una mentira asegurando que mi experimento en el jardín había funcionado perfectamente. La pareja de jóvenes bronceados y bien entrenados vieron que el abuelo los dejó en paz voluntariamente y se despidió, pero yo insistí en que todo había sido gracias a los números que puse en la hierba y al cazo oxidado. Y evité todo tipo de preguntas, como a qué se refería el fantasma cuando dijo:

«La Vieja Gandula ha sido muy ingeniosa enviándolo aquí como una advertencia. No quiero correr el riesgo de que mi nieto se convierta algún día en una figura tan triste, solitaria, trágica y fracasada como él».

Janine debió de pensar que mi esfuerzo no merecía ni un «gracias por la ayuda». Ni siquiera un adiós con la mano desde la puerta. Ella se había ido a la planta de arriba y ahora yo estaba ahí de pie con Harald, que era muy amable ofreciéndose a llevarme en coche, sin duda, pero yo no tenía ganas de ir con él,

ya que él tampoco me había dado las gracias por la ayuda. ¡Y los había liberado de un fantasma!

Por fin hubo respuesta.

—Hola, Gunnar. He terminado la prueba dos y me pregunto si podrías venir a buscarme.

—Por supuesto. Voy para allá. Me llevaré un par de trozos de pastel enrollado para que tengamos provisiones en el viaje de vuelta. ¿Ha ido bien?

—No sé si bien, pero de todos modos he terminado.

—Me agrada oírlo. ¿Tienes hambre? En tal caso no será suficiente con el pastel. ¿Quieres que le diga a Greta que encienda el horno y haga un par de bocadillos calientes hasta que volvamos?

—Gracias, pero no es necesario.

Acabamos la conversación. Harald pareció alegrarse de no tener que llevarme con el coche.

—Qué bien. Entonces todo resuelto —dijo satisfecho—. Y... una cosa. No te preocupes por los números de bronce. Los pagamos nosotros.

Yo podía percibir que mi mirada se oscurecía. ¿Creía en serio que yo iba a hacerme cargo de los gastos? ¿Y esperaba que yo le agradeciera que me pagara los números que compramos en el centro comercial? Sí, estaba ahí de pie girando el llavero alrededor del dedo y parecía que acabara de decir algo sumamente importante y generoso. Primero la desagradable e ingrata Ingrod y ahora este par de jóvenes mimados que no me mostraban ningún aprecio.

De pronto me di cuenta de que era suficiente con dos pruebas.

No sé si los robos de coches son poco comunes en las zonas residenciales acomodadas y pulcras de Askersund. De todos modos Harald no pareció entender lo que ocurría cuando le quité las llaves de la mano, tiré mi bolso sobre el asiento del copiloto y me senté al volante. Probablemente abrió la boca más de lo normal cuando salí del garaje y me largué en el coche.

*

Cualquiera que se haya sentado alguna vez solo en un coche y haya insultado a un zomer sabe que puedes sentirte bastante raro e incluso loco. Si es que te preocupan esas cosas, algo que a mí no me sucedía. A mí ya no me importaba nada. —Me cago en tu jodida marca de la muerte. ¡Vete al infierno!

Cuando encontré la salida de la zona residencial cogí la primera carretera que

parecía llevar lejos de Askersund. No pude evitar notar lo bien que te sientes conduciendo un Mercedes, pero no era algo que me produjera alegría, solo incrementaba mi sensación de amarga resignación. Yo, que iba a cambiar del Volkswagen al Audi y luego al BMW hasta llegar al Mercedes, antes de coronar finalmente mi carrera con un Porsche. No había avanzado mucho en esa lista.

No había avanzado mucho en nada.

Cuando llegué a una larga línea recta rodeada de espeso bosque, aceleré hasta los noventa kilómetros por hora. Solo en la carretera, solo en la oscuridad, lo que era bastante apropiado. No sabía en qué dirección iba ni adónde me dirigía. No me molesté en mirar las señales de tráfico. Apenas me molesté en mirar la carretera cuando aumenté la velocidad a cien. La irritante señal de llamada del móvil de Jorma rompió el silencio de la agradable e insonorizada cabina.

Era Gunnar.

—Escucha, Harald dice que le has quitado el coche. Había ruidos en la línea y él sonaba distante.

—Así es. No pienso hacer más pruebas.

—¿No?

—Dile a la Vieja Gandula que no tengo intención de demostrar que soy digno del bosque ni de ella.

—Pero... sigues estando condenado a muerte. La Vieja Gandula te puede ayudar con eso.

—Vuestra reina parece que no sirve para nada, lo que no me sorprende. La realeza y la gente con títulos suntuosos son por lo general totalmente incompetentes y superfluas. Si no sabe cómo ayudarme sin que yo tenga que hacer tres pruebas, puede irse al infierno. Eso exactamente es lo que le acabo de pedir al espectro que haga.

El Mercedes dio un leve bandazo cuando tomé una curva con una mano a excesiva velocidad. Sin embargo, me impresionó la estabilidad del coche, a pesar de mi irresponsable modo de conducir.

Gunnar sonaba muy preocupado.

—Sabes que el espectro te va a causar accidentes hasta que no puedas vivir más.

—Estoy deseando que llegue. Tal vez no sea tan malo pasar la eternidad encerrado en una perla de su pasador, ¿quién sabe? La verdad es que suena bastante agradable, tranquilo y cómodo. Además te libras de compararte con

otros. Te libras de insultos de fantasmas y de brujas viejas y desagradables. Te libras de preocuparte de dónde sacar para pagar el alquiler del próximo mes. Te libras de arrepentirte por haber roto con una chica.

Colgué y tiré el teléfono móvil al lado del bolso en el asiento del copiloto. En el espejo retrovisor me vi unas manchas de grasa en la frente encima de la sien. Más marcadas y más negras que antes.

—¡Haz que tenga un accidente! ¡Hiéreme! ¡Atácame! —grité con la mirada fija en el espejo retrovisor—. ¡Hiéreme!

Una especie de bramido de corneta y el parpadeo de unas luces largas hicieron que mirara la carretera. Estaba en el carril equivocado y estaba a punto de colisionar con un camión. Instintivamente lo esquivé y me puse en mi lado. El bolso se volcó y mis cosas salieron y se dispersaron entre los asientos y la parte de delante. El coche se sacudió cuando el macizo vehículo pasó a unos pocos centímetros de nosotros. Yo reaccioné en el último segundo con una especie de reflejo primario e instinto de conservación.

—¿No oyes bien? ¡Haz que tenga un accidente! ¡Hiéreme! —grité con todas mis fuerzas, a pesar de que acababa de tener una oportunidad de quedar hecho puré en una colisión frontal.

La carretera, dondequiera que llevara, seguía rodeada de un bosque tupido y oscuro. Reduje un poco la velocidad, pero solo un poco. Era más de medianoche. El corazón me latía con fuerza tras los gritos de indignación y del incidente con el camión.

Después de vivir de un modo estructurado, relativamente monótono y, — como acababa de darme cuenta—, con un comportamiento mediocre y decepcionante, de repente iba sentado al volante de un coche robado y me dirigía hacia ninguna parte.

¿Qué estaba haciendo?

¿Qué quería en realidad? ¿Lo sabía yo?

—Si no dices lo que quieres es difícil para nosotros saber qué quieres — solían decir mis padres cuando yo era pequeño.

Y entonces yo solía encogerme de hombros y guardar mis pensamientos. Ni siquiera salí de mi caparazón cuando Sebastian se vino a vivir a casa y se le ocurrió pedirle ayuda a mi padre para hacer un dibujo de un armario mágico y pedirle ayuda a mi madre para coser una capa. Todo lo que hice fue tener envidia de él. Qué lamentable. También era lamentable sentir, como me estaba pasando en el coche, que de repente a los cuarenta y cinco años tenía ganas de llamar por

teléfono a mis padres y de llorar y decirles lo desgraciado que me sentía.

No era más que un conocido de Greta y Gunnar; sin embargo, sabían más de mí que mis padres. Sabían que me avergonzaba haber trabajado de limpiador nocturno en IKEA en una época de mala racha económica. Era un miserable. Lo vergonzoso no era trabajar de limpiador, lo vergonzoso era que para mí estaba claro que tenía derecho a mantenerme económicamente con lo que me resultaba divertido, que por lo visto yo era uno de esos imbéciles mimados y consentidos que abundan en los países ricos.

¿Cuándo había empezado a mentirme a mí mismo? ¿Cuándo me había arrastrado y había escondido mi cabeza en el fondo del caparazón, solo y lleno de envidia, junto con mis ingenuas ideas de los coches y los relojes que me gustaría comprar cuando fuera rico, y a pensar que quedaría bien tener a una supermodelo al lado y que, obviamente, era mejor discutir con el personal de hoteles y restaurantes en los sitios en los que actuaba en vez de invertir tiempo y energía en desarrollarme como mago? Tenía que poner fin a eso, pensé mientras pisaba con fuerza el acelerador.

Me recosté en el cómodo asiento del Mercedes con la esperanza de que hubiera un precipicio o una pared de montaña delante.

40

Una recta interminable. Bosque, bosque, bosque. Oscuridad, oscuridad y más oscuridad. Iba ya a ciento veinte por hora e intenté apagar las luces para no ver la carretera delante de mí. No resultó. Al parecer funcionaba automáticamente.

En este país uno roba un coche carísimo para estrellarse y ni siquiera puede decidir si quiere llevar las luces encendidas o no, pensé con amargura.

Hice unos intentos fallidos de girar rápidamente el volante, pero las manos no obedecieron. Era como intentar respirar debajo del agua. El cuerpo se niega.

Si me salía de la carretera y me metía entre los árboles, todo acabaría bastante rápido. Pero ¿y si me salvaba? ¿Y si me quedaba en estado de coma? ¿Y si me quedaba en silla de ruedas o, de algún modo milagroso, sobrevivía y solo me rompía algunos huesos?

La idea del dolor en caso de no morir directamente me inquietó. ¿Cuánto tiempo se podía permanecer con vida atrapado en un coche después de un accidente? ¿Cómo se sentiría uno al no poder moverse e ir ahogándose lentamente por tener los pulmones llenos de sangre? Seguramente nada bien.

Un precipicio o una pared de montaña parecían más atractivos que arriesgarse a meterse entre los árboles. En un precipicio todo debía de ir bastante rápido. En las películas los coches siempre explotaban al colisionar, en la realidad tal vez era menos frecuente. Yo quería que la colisión hiciera que me extinguiera en una décima de segundo, no quedar destrozado por una explosión, o sobrevivir al primer golpe y después arder. El precipicio debía de ser mejor que la pared de montaña. Un precipicio verdaderamente alto, pero no tan alto como para que te diera tiempo a pensar que te ibas a matar.

Otra cosa que me paré a pensar mientras seguía acelerando era que no quería que los equipos de rescate ni los bomberos derrocharan sus valiosos recursos. Tenían cosas más importantes que hacer que limpiarlo todo porque alguien se había lanzado con el coche por un precipicio a propósito.

Hacía un momento había estado a centímetros de chocar con un camión. El conductor se podría haber matado o podía haber quedado malherido o traumatizado. Llegué a la conclusión de que no había ningún motivo para que una persona se viera afectada o involucrada en ello. Me di cuenta de que lo mejor era meterse en un lago profundo con algo de peso encima. Ladrillos tal vez, o piedras comunes, o un par de planchas de hierro de las antiguas, lo que tal vez era difícil de conseguir con poca antelación. De todos modos, desaparecer sin dejar rastro en el fondo de un lago sonaba como una solución relativamente razonable. El inconveniente era que mis padres iban a vivir en la incertidumbre. No me parecía justo. Además, cuando desaparecías sin dejar rastro había otros problemas. Era como si hubieras tenido demasiada mala suerte. No hay duda de que estamos hablando de quitarse la vida, pero ¿es realmente un final digno desaparecer sin más y convertirse en humo, aunque hablemos de una vida que carece por completo de sentido? ¿No era lo mejor a pesar de todo una pared de montaña dura e implacable?

¿Qué pasaría si Pontus Bergström lo supiera? ¿Se sentiría culpable por haberme infravalorado? Probablemente no, a menos que yo dejara una nota de despedida en la que le hiciera responsable, lo que prefería no hacer. Haber sido despedido era el motivo principal del estado en el que me encontraba, pero no quería que Pontus fuera la figura central de mi caída. No se lo merecía.

Y hablando de gente que no se merece cosas. Hacía más de veinte años que no hablaba con Sebastian y Charlotta. Seguramente no sabían que me seguía dedicando a la magia y dudaba que se acordaran siquiera de mí. Con la mala suerte que tengo, es probable que si me quedara aplastado contra un árbol, una pared de montaña o debajo de un acantilado, ellos lo supieran de algún modo. Delante de mí pude ver el espectáculo que montarían. Había visto antes ese tipo de historias en los medios de comunicación. Famosos que lloran a su amigo de la infancia y se ganan la simpatía de la gente entre lágrimas y recuerdos del pasado. ¡De eso nada! No pensaba regalarles algo así.

Miré el cuentakilómetros. Pisé a fondo el acelerador. Ciento veinte kilómetros por hora. ¿No tendría que ir a mucha más velocidad este ostentoso coche alemán? Vi a mis pies un bolígrafo, unas gafas de sol baratas y unos cuantos caramelos para la garganta. Cosas que se habían salido del bolso y se habían caído en el momento que me crucé con el camión. Pisé con fuerza el acelerador un par de veces más, y fue entonces cuando descubrí que el trozo de hielo del lago congelado se había quedado encajado debajo del acelerador e impedía que aumentara la velocidad. Con una mano en el volante, me incliné y

lo toqueteé hasta que se soltó.

Volví a pisar el acelerador y el motor gruñó satisfecho cuando pudo demostrar cuánto más podía dar.

Ciento treinta kilómetros por hora.

Ciento cuarenta.

Empecé a darle vueltas al trozo de hielo. Estaba seco, frío y duro como una piedra. Mágico. Seguí acelerando, ya casi no miraba la carretera.

Ciento cincuenta kilómetros por hora.

A mis autocompasivos lamentos que pedían que me rindiera y a mi deseo de no querer vivir más, se unió un pensamiento nuevo: de todas las cosas que se habían salido del bolso, por qué tuvo que deslizarse precisamente el trozo de hielo debajo del pedal?

Ciento sesenta kilómetros por hora.

¿No era un poco raro? ¿No era casi una señal? ¿Pero una señal de qué, en caso de que lo fuera? Además, yo no creía en señales y todas esas cosas, ¿o sí?

Miré el cuentakilómetros. Había bajado la velocidad sin darme cuenta a ciento veinte kilómetros por hora. ¿No era una cobardía, además de patético, querer quitarse la vida «solamente» porque me había dado cuenta de que era un fracasado, un perdedor con sombrías perspectivas de futuro? Mi espalda encorvada se enderezó en el asiento. Calenté el encendedor de cigarrillos y lo apreté contra el trozo de hielo. Se mantuvo duro y frío. No soltó ni una gota de agua, ni siquiera un rastro de humedad.

Era el propietario de un trozo de hielo mágico y, probablemente, de todos los magos que iban de gira por Suecia, yo era el único que tenía algo así. Magia auténtica.

Había disfrutado prácticamente cada minuto de mi estancia en Tiveden, pero si debía intentar verlo de un modo *positivo* en su conjunto, la verdad es que algunas de las cosas en las que me había involucrado eran bastante alucinantes. Zomer, fantasmas, monstruos y demás. Si Kicki Hjort, la escritora de *best sellers*, podía viajar por ahí hablando de experiencias cercanas a la muerte, ¿podría hacer yo también algo parecido? ¿Se podría ganar dinero con el trozo de hielo mágico? ¿Se podría utilizar en un truco de magia? ¿Quién sabe si todo ese sufrimiento podía convertirse en algo positivo?

El bosque se abrió y yo me estaba acercando a una rotonda a excesiva velocidad. La rotonda me resultó conocida. Al lado había una estación de servicio. Una señal que advertía de un puente de un solo carril a trescientos

metros. El puente sobre el canal en el que descansaba mi Volkswagen Passat en su tumba submarina. Había conducido al buen tuntún desde Askersund. Hasta que llegué otra vez a la entrada de Tiveden.

—No voy a salir de aquí —murmuré sacudiendo la cabeza.

¿Tendría algún sentido que intentara escapar? ¿No sería mejor que me esforzara y terminara lo que estaba haciendo? ¿Hacer una prueba más y después procurar que la experiencia me sirviera para algo? Es posible que entonces el trozo de hielo mágico pudiera llegar a ser muy valioso. Después de un giro brusco que hizo aullar los neumáticos, entré en la rotonda y en la estación de servicio que estaba abierta durante la noche. Aparqué a la entrada del túnel de lavado de coches, más o menos en el mismo sitio donde la chica que estaba tan enfadada la otra vez me había roto la ventana trasera con un bate de béisbol. Con el trozo de hielo dentro del bolso, saqué el móvil de Jorma y llamé a Gunnar.

Respondió después de un tono.

—Hola, me alegro de que llames, Anton. Acabo de hablar con Harald y por lo visto te puede localizar a través de una especie de radar. ¿Estás en la gasolinera al lado de la rotonda por aquí cerca?

—¿Un radar? Querrás decir un localizador GPS. De todos modos, he pensado que...

—No, dijo que tenía un mapa en su teléfono en el que podía ver donde...

—Un localizador GPS.

—No, al parecer funciona como una especie de radar. Puede ver su Mercedes como un punto que se mueve en el mapa y...

—Localizador GPS. Pero olvídate de eso ahora. ¿Podrías...?

—No, no me suena nada. Estoy casi seguro de que él lo llamó...

—¡GPS! ¡Se llama localizador GPS!

—De todos modos Harald puede ver el coche y le gustaría que se lo devolvieras.

—Gunnar, voy a dejar su coche en la estación de servicio. ¿Puedes venir a recogerme?

—Entonces ¿no te estás marchando de aquí?

—No.

No sé si esperaba que Gunnar se alegrara de mi respuesta. Al menos no lo percibí así. Breve, conciso y neutral.

—Bien, salgo dentro de quince minutos.

Cuando terminé la llamada noté que me picaba el oído. Algo me picaba y

reptaba cada vez más profundo en el conducto auditivo. Un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Después vino el pánico.

Empecé a hurgar con el dedo meñique cada vez con más intensidad. No sirvió de nada. La sensación de que algo reptaba en el interior continuó. Cada vez más adentro. Salí rápidamente del coche, incliné la cabeza y empecé a dar saltos sobre una pierna como cuando intentas quitarte el agua de los oídos. Se me enredaron los pies en un tubo que había fuera del túnel de lavado y di unos vacilantes pasos de lado para mantener el equilibrio.

Recibí un fuerte golpe en la nariz cuando, tambaleándome, fui a dar con la cabeza en la ventana de un coche. El hueso de la nariz crujió de un modo alarmante al estrellarme contra el cristal. Los ojos me lloraban, y al dar un paso vacilante hacia atrás vi que había dejado una mancha de sangre en el cristal. También había allí una tijereta gorda y de buen tamaño, que debía de haber salido de mi oído con el golpe e iba reptando por el cristal.

Me encontraba en el exterior de la zona de la tienda. Dentro había una pálida y fría luz fluorescente. Entre los estantes de golosinas y aperitivos se vislumbraba un rostro conocido. La chica que me había acusado de robar cacahuètes la víspera del día del solsticio de verano. Pasó por detrás de la ventana junto a un chico de barba descuidada a la moda que llevaba un bate de béisbol en una mano. Debieron de oír el golpe contra el cristal, porque cuando mis ojos llorosos se aclararon, pude ver que me miraban con gesto airado. Di media vuelta y me fui corriendo al coche, levemente aturdido después del encuentro con el duro cristal. Ahogué un grito de sorpresa cuando vi que el Mercedes daba marcha atrás y se alejaba del túnel de lavado. ¿Cómo podía haber llegado Harald tan pronto?

—¡Detente! ¡Espera! —grité.

Se oyeron pasos detrás de mí. La chica enfadada y el chico barbudo con el bate de béisbol habían salido de la tienda y venían en mi dirección. Aparte de dejar una mancha de sangre en el cristal de la ventana no había hecho nada malo o ilegal, pero no tenía ganas de quedarme a dar explicaciones.

Corrí hacia el coche cuando se detuvo para girar en dirección a la salida, abrí la puerta, entré de un salto y me senté encima de mi bolso en el asiento del copiloto.

—¡Hola! ¿Qué haces tú aquí? ¿Quieres que te lleve? —preguntó Jorma sentado al volante.

Miró a mis perseguidores por el espejo retrovisor, pisó el acelerador y salió

de la estación de servicio antes de que me diera tiempo a responder.

41

—Échate un vistazo, te está sangrando la nariz. Menos mal que has aparecido. Me había metido en la tienda para coger un poco de comida cuando me descubrieron. Creía que estaba perdido, pero cuando te vieron a *ti* pude salir por la puerta de atrás. Creo que la chica y el chico de la barba están confabulados, porque vi que se besaban al lado de la caja registradora. ¿Serán los dueños de la gasolinera? Debe de ser genial, porque así se pueden ver en el trabajo y en casa, si es que viven juntos. Realmente genial. Se pueden besar en casa y cuando trabajan o cuando les dé la gana, y ¿a quién no le gustaría eso si...?

Moví las manos para que se callara.

—Sigues utilizando mal la palabra confabulado. ¿Y puedes parar el coche de una vez? Este coche no es tuyo. No puedes coger las cosas de cualquier modo. ¡Para!

Jorma salió de la rotonda. Estaba pálido y exhausto. La cazadora que llevaba estaba sucia y rota. Me levanté y tiré del bolso. Rebusqué en su interior, encontré una toallita húmeda y me sequé la sangre de la nariz.

—Entonces ¿este coche es tuyo? —dijo pensativo—. Disculpa, no lo sabía. ¿Lo acabas de comprar? ¿Tienes el otro coche en el taller? Intentaré pagarte la luneta trasera.

—Este no es mi coche. Se lo he... robado a una pareja en Askersund. Pueden rastrearlo.

Jorma se quedó pensativo.

—Está bien. Entonces si tú robas un coche y yo luego te lo robo a ti y al final los dos vamos juntos en el coche robado, ¿se puede decir que estamos confabulados?

Todo lo que pude hacer fue suspirar y negar con la cabeza.

—Lo más seguro es dejar el coche lejos de mi tienda de campaña, por si

viniera a buscarlo la policía.

—Jorma, el dueño del coche viene de camino para recogerlo en la gasolinera. Detente de una vez. Y sal del coche.

Pero él siguió conduciendo. Con su peculiar acento, mezcla de escanés y finlandés, me agradeció que le hubiera indicado cuál era el lado correcto de la autovía un par de días antes, cuando había montado su tienda de campaña junto a la pista de minigolf que estaba cerrada.

—Empiezo a saber bastante bien cómo entrar y salir de Tiveden. He descubierto que hay una especie de límite hecho con cuchillos y tenedores que están clavados en el suelo a lo largo de una línea de sal. Creo que es sal, porque me dio mucha sed cuando la probé. De todos modos, al otro lado de ese límite las sensaciones son distintas. El bosque es precioso, muy tranquilo y silencioso y está cubierto de una neblina fantástica, o sea, misterioso. Es un lugar absolutamente mágico, la verdad, tal y como yo pensaba que iba a ser. Pero también peligroso. Algo atacó y desgarró mi tienda de campaña mientras dormía. Tiveden es mágico y peligroso, exactamente como debe ser cuando estás en un *quest*. La otra noche vi un enorme monstruo volador que se zambullía en un lago, o tal vez era un estanque, no sé. ¡Absolutamente fantástico! Por desgracia, todavía no he encontrado piedras ni cristales, pero debe ser así cuando sales a realizar una misión. No tiene que ser demasiado fácil.

Jorma era distinto a los otros chicos de su edad en su modo de hablar. No por lo de los enormes monstruos voladores, ya que probablemente había visto un monstruo gigante, sino porque toda esa cháchara del *quest* por aquí y por allá resultaba excesivamente ingenua. Cerré los ojos con fuerza y suspiré con más fuerza aún. Mi impaciencia iba en aumento.

Me dieron ganas de agarrar el volante e intentar empujar a Jorma fuera del coche, pero tal vez era demasiado arriesgado. Siguió hablando sin parar.

—También estuve en una misión secundaria. Tuve que ayudar a una niña a coger flores. Supongo que sabrás lo que es una misión secundaria. Es una misión que se hace aparte de la principal. ¿Juegas a los videojuegos?

Abrí los ojos con asombro. Jorma dejó la autovía y siguió por una estrecha carretera asfaltada que estaba totalmente oscura.

—¿Ayudaste a una niña a coger flores?

—Siete en total. Me llevó todo un día, pero ella se puso muy contenta, así que no hay duda de que valió la pena. Me mordió un dedo algo parecido a un hombre lobo pequeño, pero son golpes que hay que soportar.

—Debió de ser una marta. Son bastante agresivas.

—Tal vez, o un hombre lobo pequeño.

—Pero es probable que fuera una marta.

—O un hombre lobo.

—Pero con mayor probabilidad una marta.

—Tal vez. O un pequeño hombre lobo.

—Jorma, hombre lobo es la combinación de una persona y un lobo, ¿no? Si uno se transforma en hombre lobo, debería ser del mismo tamaño que era o del tamaño de un lobo, no reducirse al tamaño de una marta por ejemplo.

—Tiene sentido lo que dices. Y no he aullado a la luna después de que me mordiera, así que tal vez lo que me mordió fue simplemente una marta.

Sacudí la cabeza intentando quitarme su charla de la mente. Jorma redujo la velocidad y entró en un camino serpenteante de tierra. A los lados del brillo de los faros se veía pasar el típico bosque denso de Tiveden. Entrecerró los ojos y pareció concentrarse. Después de conducir con cuidado durante unos minutos sonrió al ver una línea de sal que atravesaba el camino. Había telas bordadas y cubiertos doblados en el arcén.

—Bienvenido a Tiveden —dijo en un tono solemne mientras aparcaba torpemente con los neumáticos de uno de los lados en la cuneta.

Él no sabía que yo había pasado un tiempo en esa parte del mundo involuntariamente, y que no quería hablar con él de eso.

Jorma abrió la puerta y salió. Después de un momento de duda, yo hice lo mismo. No podía abrir mi puerta del todo porque un tronco con una gran bola de musgo lo impedía. Parecía una escultura de un huevo verde sobre una huevera de madera. Logré salir de todos modos con cierta dificultad y cerrar la puerta detrás de mí. Se oyó una especie de chasquido debajo del capó. No sé por qué los coches suenan así a veces después de apagar el motor; de todos modos fue el único ruido que se oyó. Aparte de eso, en el denso y oscuro bosque reinaba una tranquilidad casi inquietante. La luz del interior del coche era débil e insuficiente.

Jorma respiró profundamente por la nariz un par de veces. Pareció gustarle el fuerte olor a musgo y a pino.

—No huele a vinagre, ¿verdad?

—No, al menos yo no lo noto. ¿Por qué?

—No sé cómo huele el vinagre.

—Entonces ¿cómo vas a oler algo que no sabes cómo huele? Es tan absurdo

como...

Me detuve porque no tenía ganas de entrar en el mundo de los razonamientos e ideas de Jorma. En ese momento él estaba muy concentrado mirando a su alrededor, y me dio la sensación de que estaba intentando orientarse.

—¿Me acompañas a mi tienda de campaña? La lona está rota y ya no es ni siquiera una tienda porque he perdido las varillas. La uso para taparme sobre un hoyo que he cavado. Por las noches hace bastante frío y a veces te molestan las hormigas y los escarabajos, pero aparte de eso es un buen sitio, y tú también cabrás en el hoyo si nos apretamos. Por desgracia, no conseguí nada de comida en la gasolinera, pero creo que tengo algunos refrescos y me quedan cuatro o cinco galletas que podemos compartir si tienes hambre.

Compartir un hoyo con Jorma era una de las ofertas menos atractivas que me habían hecho. Fui rodeando el coche hasta el lado del conductor. Me detuve de repente y me volví hacia él.

—Oye, ¿qué aspecto tenía la niña a la que ayudaste? ¿Iba descalza? ¿Llevaba un pasador?

—Puede que sí. Tenía el pelo largo y rubio, creo.

—¿Y se alegró?

—Mucho. Iba a poner las flores debajo de la almohada la noche del solsticio de verano. Creo que vive en la zona, y me recomendó algunas raíces y setas comestibles, pero no he logrado encontrar ninguna. También me alertó de ciertas cosas peligrosas con las que debo tener cuidado. Hay un primigenio por los alrededores con el que nadie quiere encontrarse. Por eso preguntaba si olía a vinagre. De todos modos la niña era muy amable y me agradeció la ayuda, pero tardé un montón de tiempo en encontrar siete clases distintas de flores. Estuve a punto de matarme cuando me resbalé por una pendiente llena de rocas afiladas. Fue toda una aventura, la verdad.

Se señaló las piernas. Llevaba los vaqueros rotos y tenía costras en las rodillas.

—¿Por qué recogiste flores para ella?

—Me pidió que la ayudara.

Jorma tenía un modo de pensar tan inocente e ingenuo que te desarmaba. Me quedé con la mente en blanco unos segundos, lo miré asombrado y noté una sensación rara en el estómago. ¿Era remordimiento de conciencia? ¿Debería devolverle el móvil? ¿Lo necesitaba él más que yo? Decidí que no era así. Él estaba en el bosque por su propia voluntad, en cambio yo no. Para mí ahora era

cuestión de superar la última prueba, deshacerme de la marca de la muerte, volver a casa en Sundbyberg y empezar a pensar si se podía hacer algo rentable con mis experiencias en Tiveden y mi trozo de hielo mágico. Hasta entonces podía ser conveniente tener un móvil.

—Tengo que volver a la rotonda, Jorma. ¿Es difícil llegar desde aquí?

Según él no lo era, y me explicó que solo debía mantenerme a la izquierda todo el tiempo hasta que llegara a un laberinto de caminos de tierra, fuera de la civilización. Le di las gracias por la información. Cuando me disponía a entrar en el Mercedes me detuvo.

—Por cierto, ¿sigue tu coche en la gasolinera?

—¿Qué?

—Cuando me secuestraste hace unos días dijiste que te habías dejado las llaves del coche en la gasolinera.

—¿No me digas? Qué buena memoria tienes.

—Sí. ¿Sigue tu coche en la gasolinera? ¿No has encontrado las llaves?

Él simplemente se encogió de hombros ante la pregunta. Suspiré y lo miré detenidamente unos segundos. Su aspecto era deplorable, estaba demacrado y parecía hambriento al pálido resplandor de las luces interiores del coche.

—Tienes un coche. No estás encerrado aquí, ¿verdad?

—Estoy en una misión de amor —respondió sonriendo.

Me pareció percibir algo de tristeza detrás de su sonrisa. Lo miré unos segundos más antes de sentarme en el cómodo asiento del conductor y cerrar la puerta.

Jorma me dijo adiós con la mano cuando me alejé de allí, y lo dejé solo en el bosque oscuro.

42

Habíamos quedado en la plaza de Sergel, ya que Charlotta quería ver una exposición de papiroflexia en la Casa de la Cultura. Sonaba terriblemente aburrido, por lo que pensé que para mí era un momento adecuado para poner fin a nuestra relación. Ella estaba de muy buen humor cuando íbamos por allí mirando una tras otra las filas de papel plegado que componía distintas figuras. Yo no habría tenido valor de dejarla si ella hubiera estado deprimida, así que para empezar todo iba según lo planeado.

Nos detuvimos un momento a mirar a un hombre de pelo blanco que llevaba la antigua vestimenta japonesa y hacía animales con hojas de papel de vivos colores. Era muy hábil y a mí me pareció ver ciertos paralelismos con la magia. Destreza con las manos, precisión y poder hacer algo inesperado con objetos cotidianos después de meses o incluso años de dedicación. No tardó mucho en convertir un papel en una pequeña jirafa delante de los ojos de los espectadores que estábamos allí. Realmente genial, la verdad, y al final resultó que yo disfruté más del espectáculo que Charlotta. Por lo visto lo que ella quería era dar una vuelta por allí y hablar, y siempre era yo el que se detenía ante una vitrina o a presenciar una demostración en vivo. Al detenerme en una mesa para hojear unos libros de instrucciones, vi que se ponía nerviosa.

Carraspeó.

—Tal vez no debería decírtelo aún, ya que aún no está del todo claro, pero creo que he conseguido un apartamento. En Hässelby gård.

—¿En Hässelby gård?

—Sí, en Bromma.

Sabía exactamente dónde estaba Hässelby. Al otro lado de la ciudad, un largo viaje en metro desde Mälarhöjden. Lo que me sorprendió fue lo inesperado de la noticia.

—Mi tío materno va a mudarse a una casa adosada, así que yo me quedaré

con su apartamento de dos habitaciones. Está casi todo listo. ¡Un apartamento propio!

Unos amantes de la papiroflexia la miraron enfadados cuando saltó de alegría y levantó los brazos en el aire como si acabara de meter el gol de la victoria. Estaba exultante de alegría. Llegué a la conclusión de que era la ocasión menos mala para mí de exponer lo que le quería decir. Para infundirme valor a mí mismo, me imaginé que la caja fuerte se llenaba de dinero allá en casa. Volví a pensar en el fenómeno del tenis austriaco que se había comprado un coche sin tener siquiera carné de conducir.

«Otros a mi edad pierden el tiempo con amigos y chicas, en fiestas o yendo al cine. A mí me gusta entrenar, me gusta jugar partidos, me gusta ganar, me gusta el dinero».

Estaba preparado.

—Oye... enhorabuena... por lo del apartamento quiero decir. Yo... no quiero seguir saliendo contigo.

Ella bajó los brazos y se quedó perpleja.

—¿Qué has dicho?

—Que se ha terminado todo... contigo. De verdad.

Intenté mostrar decisión y serenidad, a pesar de que el corazón me latía con fuerza.

—Tú tienes... tu voleibol que tanto te gusta, y Sebastian y yo hemos decidido comprar un equipo de magia profesional, por lo que debemos hacer un gran esfuerzo para ganar mucho dinero juntos. No voy a tener tiempo libre para nada.

Parecía que Charlotta buscaba algo que decir. Todo lo que yo sabía de las chicas por aquella época era que tienen un montón de sentimientos que de repente pueden explotar en llantos y gritos. Me imaginé que eso podía ser la calma antes de la tempestad.

—Ya sabes, Hässelby gård debe de estar a unas treinta estaciones. No vamos a tener tiempo de vernos nunca. Tal vez no a treinta... pero más de veinticinco estaciones, ¿verdad?

El hecho de que íbamos a vivir tan lejos el uno del otro fue un buen argumento. Casi como caído del cielo, aunque yo no creyera en las cosas de allí arriba. Al mismo tiempo, algo empezó a chirriar en mi interior. Nunca se me había pasado por la cabeza irme de casa. Me sentía cómodo en mi cuarto y, aunque solo se comieran cosas nutritivas y aburridas, resultaba práctico no tener

que ponerse a lavar la ropa, hacer la compra y esas cosas. Al mismo tiempo, estar con una chica que tenía piso propio sonaba genial. Mientras estaba en la exposición de papiroflexia esperando que ella dijera algo, se me ocurrió que de ese modo casi podía ser mucho más divertido aún. ¿Tal vez acababa de cometer un tremendo error?

—¿Acaso estoy todo el tiempo jugando al voleibol?

Por fin unas palabras de ella. En un tono neutro. ¿Estaría a punto de enfadarse o de estallar? Era algo difícil de interpretar, sobre todo cuando mi cabeza se empezó a llenar de imágenes en las que estaba con Charlotta en su apartamento, donde íbamos a poder hacer lo que quisiéramos cuando quisiéramos. Emocionante. Fuerte. Enormemente divertido. ¡Maldita sea! ¿Era demasiado tarde para reparar el daño?

—Bueno, si tú no quieres que rompa contigo, tal vez no haga falta decidirlo aquí, ni tampoco ahora precisamente. Y... ¿sabes más o menos cuándo va a estar decidido, o sea, cuándo sabrás con toda seguridad que te puedes ir al apartamento?

Ella empezó a ponerse triste y me dio la impresión de que la gente nos miraba.

—No estoy diciendo que dejes de jugar al voleibol. Puedes seguir con ello si quieres.

Era como si me hubiera dado una pala a mí mismo y me estuviera enterrando en un hoyo cada vez más profundo. Decirle a las chicas lo que pueden o no pueden hacer tal vez funcionaba en la Edad Media, pero el mundo había evolucionado desde entonces. Pudo parecerle que presumía de ser magnánimo y generoso al no prohibirle que hiciera algo que le gustaba hacer. No era esa mi intención, solo fue una forma torpe de buscar algo sensato que decir, ya que no estaba del todo seguro de que quería terminar con alguien que pronto iba a tener su propio apartamento.

Por desgracia, el daño ya estaba hecho, y cuando volvimos a salir a la plaza de Sergel nos fuimos en distintas direcciones. Ella no había estallado en gritos ni en llanto, pero estaba muy triste.

Uno puede pensar, con razón, que manejé mal ese extremo, pero todos saben que Charlotta tuvo una vida feliz y plena de éxito sin mí. Iba a ser yo quien lamentara durante muchos años lo que ocurrió aquella tarde en la exposición de papiroflexia.

Mientras volvía en el metro desde la estación Central hasta Mälardjorden, al

principio estaba un poco decaído, como si hubiera sido ella la que me había dejado a mí y no al revés. Pero se me pasó después de algunas estaciones. Había hecho lo correcto, y a partir de ahora no había nada que se interpusiera en mi camino y en el de Sebastian para llenar la caja fuerte que teníamos en casa.

Sebastian y yo. Volcados al cien por cien en el dinero, la carrera, un equipo profesional y el futuro. Juntos.

Esperaba que no conociera a alguna chica de repente y se fuera a vivir con ella.

Me equivoqué.

43

Aparqué el Mercedes de Harald y Janine en la rotonda, ya que no quería entrar en la gasolinera, que estaba abierta por la noche, y volver a meterme en un lío. Cuando Gunnar finalmente me recogió, todo me pareció un *déjà vu*. Volvió a rociarme de espray antizomer, me llevó por un laberinto de caminos de tierra y, después de atravesar una línea de sal, nos adentramos en las profundidades del bosque. Yo iba mirando por la ventanilla para no tener que hablar mientras Gunnar conducía en la oscuridad. Él me dejó en paz, y la verdad es que no dijo ni una palabra. Ni siquiera habló de sus pasteles rellenos.

Cuando llegamos a su casita roja, en lo más profundo de Tiveden, Greta nos estaba esperando en la puerta con un plato de bocadillos calientes. Llevaba una bata de flores de colores llamativos y parecía cansada. Tampoco parecía tener ganas de charla, lo que me vino muy bien. Cogí el plato y me fui a la caravana. Tal vez tendría que haber dado las gracias por la comida o haberme disculpado por haberlos mantenido despiertos hasta altas horas de la noche, pero no lo hice.

Me senté al borde de la cama y me comí los bocadillos, con avidez y de un modo mecánico. Pan, jamón, tomate, queso, mostaza. Estaban deliciosos.

Dejé el plato en el suelo y me estiré encima de la colcha, a solas con mis pensamientos después de un día duro.

¿Había intentado realmente matarme con el coche? Tal vez. Tal vez no. No resulta fácil pensar en algo así cuando lo que intentas es descansar y acostarte, así que pensé en Jorma. La verdad es que me alivió saber que no había tenido problemas en el bosque, al menos por el momento. ¿Debería haberle dicho que me acompañara a la casa de Gunnar y Greta, en vez de irme con el coche y dejarlo solo en la oscuridad? Sin duda habría agradecido una taza de café y haber probado distintos pasteles rellenos. Si bien es cierto que él estaba allí cumpliendo su «misión de amor» de un modo totalmente voluntario, pero no pude evitar sentir otra vez una punzada de mala conciencia.

Al final logré apartar los pensamientos de él y me quedé dormido con el traje puesto, sin que me molestara el tocapuertas ni nada.

El sueño nos iguala. Cuando dormimos no somos ricos o pobres, delgados o gordos, guapos o feos, afortunados o desgraciados. Stefan Persson, el propietario de H&M, probablemente tenga una cama muy cómoda, pero a la hora de dormir él y yo somos iguales. Durmiendo te apartas de todo, así de simple. Por eso no me hizo ninguna gracia despertarme a las ocho de la mañana. Me quedé un rato mirando al techo. Intenté movilizar algún tipo de energía positiva o algo que me empujara. Quedaba una prueba, después mi destino y mi futuro estarían en mis manos.

Tras una larga ducha fisgoneé en un armario pequeño y me puse una camiseta, un pantalón de peto, un jersey rojo de punto y unas botas de goma demasiado grandes. Cuando me eché el espray antizomer, algo que ya me empezaba a resultar tan natural como ponerme desodorante, vi que el teléfono móvil de Jorma parpadeaba encima de la cama. Era esa tal Alexandra, que volvía a llamar sin que se oyera ninguna señal. Jorma debía de haber puesto así el teléfono. No sé por qué respondí, pero de pronto me encontré con el teléfono en la oreja.

—¿Diga?

—Hola, me llamo Alexandra Löw. ¿Con quién hablo?

—¿Con quién hablo yo?

—Con Alexandra Löw.

—Sí, ya lo he oído. Supongo que buscas a Jorma.

—Así es. Parece que ha desactivado el buzón de voz y necesito ponerme en contacto con él. ¿Eres amigo suyo?

—En realidad no.

—Pero tienes su número de móvil, ¿no?

La mujer sonaba tranquila y serena, no como una novia preocupada. Era difícil calcular su edad por la voz, pero debía de tener por lo menos treinta años.

—Tal vez pueda transmitirle un mensaje si quieres.

Era una mentira piadosa, ya que yo no tenía ningún plan de buscarlo por el momento.

—Jorma reside en un centro de rehabilitación de Bläcktornet. Desapareció de aquí antes del solsticio de verano y nos gustaría que volviera.

Me pareció que había oído antes ese nombre.

—¿Bläcktornet? No es un manicomio que hay a las afueras de Mariestad?

—Ahora no se llama así.

—¿Qué? ¿Mariestad ha cambiado de nombre?

—Ahora no se llama «manicomio». ¿Está Jorma ahí para que pueda hablar con él?

—La verdad es que no sé exactamente dónde está. Podría decirse que tengo su teléfono por casualidad.

Empecé a arrepentirme de haber contestado. El pulgar se deslizó por la tecla roja de la pantalla. Habría sido fácil para mí finalizar la llamada, pero por algún motivo seguí ahí escuchando a Alexandra.

—No está encerrado aquí, así que no se puede decir que se haya escapado, pero no creo que se sienta muy bien viviendo por su cuenta. Si crees que le ayudas protegiéndolo y escondiéndolo, te pido que te lo pienses bien.

—Yo no lo estoy escondiendo. Nos vimos antes y después del solsticio de verano. Me quitó el coche y se dejó el móvil entre los asientos.

—¿Se mostró violento?

—No, solo irritante.

Aunque Jorma me amenazara con un cuchillo la primera vez que nos vimos, no me dio la impresión de que pensara utilizarlo. Era un chico bastante amable e inofensivo que había ayudado a una niña a coger flores sin pensárselo dos veces. Su charla de que necesitamos liberarnos del círculo vicioso industrial no me resultó terrorífica directamente, sino más bien ingenua e inocente. Había robado una serie de cosas en la gasolinera, pero yo no lo percibía como una amenaza para la seguridad nacional. En el Bosque que Murmura oí que se preocupaba porque no sabía cómo me iba a pagar la luneta del coche. Al pensar en todo eso me resultaba difícil que no me cayera bien, y poco a poco volvió a aparecer esa sensación tan molesta de arrepentimiento por haberlo dejado en el bosque.

—¿Te ha dicho Jorma que ha salido a realizar una búsqueda, como una especie de misión?

—Sí, me ha hablado de una misión de amor. Está buscando piedras y cristales mágicos para su chica.

Oí el suave suspiro de Alexandra. Posiblemente estuviera pensando hasta qué punto podía contarle esas cosas a un desconocido por teléfono. Solo es una suposición, pero me imagino que tendría algún tipo de secreto profesional respecto a los pacientes ingresados en el psiquiátrico.

—Cuando Jorma tenía dieciocho años su novia murió de cáncer. Se acababan de conocer personalmente después de haber jugado juntos a juegos en línea

durante varios años. Jorma se lo tomó muy mal y simplemente se puso enfermo. Se podría resumir diciendo que había emprendido una huida de la realidad. Una fantasía en la que su novia seguía viva.

No voy a exagerar diciendo que la triste descripción que Alexandra acababa de hacer de Jorma me había llegado directamente al corazón, tal vez ni siquiera me había llegado al pecho, pero en el estómago noté que ese nudo de remordimiento se hacía cada vez mayor y más pesado. El chico que había dejado solo en el bosque era un enfermo mental.

¿Entonces Jorma había ido allí para hacer un *quest*; es decir, una misión de un juego de ordenador? ¿Había emprendido una confusa misión fantástica consistente en encontrar piedras y cristales para llevárselos a una chica que ya no existía? Era demasiado triste.

—Jorma ha quedado atrapado en el pasado —dijo Alexandra—. No es capaz de olvidar a su gran amor de juventud, por eso no quiere seguir avanzando en la vida.

—Esas cosas pueden ser verdaderamente difíciles —murmuré.

Y de repente supe lo que quería hacer.

44

—Buenos días, estoy preparado para la prueba número tres. Pero con ciertas condiciones, y si no las aceptáis tendréis que arregláros las sin mi ayuda.

Al entrar por la puerta Greta y Gunnar estaban sentados a la mesa con sendos platos de patatas gratinadas. La casa olía a queso y a arenque. El gatito de color gris oscuro que había visto un par de veces antes estaba tumbado encima de la mesa al lado de una cesta de pan. Me miró de reojo adormecido apoyando la cabeza en la palma de la mano de Greta.

—Bueno, ¿cuáles son tus condiciones? —dijo Gunnar sorbiendo un buen trago de café cocido—. ¿Tienes hambre? Ven, siéntate.

Permanecí de pie porque quería ejercer algún tipo de control sobre la situación. Es bien conocido el hecho de que se pierde el estatus y la credibilidad cuando estás sentado. Esto es válido en muchas áreas de la vida y de la sociedad. Hay excepciones, por supuesto, por ejemplo cuando eres piloto de Fórmula 1, pero por regla general se inspira más respeto estando de pie. Y yo estaba harto de que no se me respetara.

—¿Os acordáis de Jorma, ese chico que tenía una tienda de campaña junto al minigolf que está cerrado, al otro lado de la autovía?

—¿El chico que trajiste al bosque y luego dejaste solo? —dijo Greta rascando al gato detrás de la oreja—. Sí, claro que nos acordamos de él. Pero aún no sabemos dónde está.

—Me han dicho que le han pasado muchas cosas y me gustaría ayudarlo a que volviera a casa. Y quisiera que vosotros lo ayudarais a encontrar unas piedras mágicas y unos cristales para que terminara su misión. Además, quiero que me acompañe en la última prueba y que asista a la ceremonia posterior.

Gunnar y Greta parecían no entenderlo bien.

—¿La ceremonia? —preguntaron los dos a la vez.

—Sí, bueno... supongo que se me hará una especie de ceremonia cuando concluya las pruebas, ¿no? Siempre he partido de esa base, y quiero que Jorma esté también presente para que se dé cuenta de que ha participado en algo importante, algo así.

La curtida pareja de ancianos intercambió unos gestos que yo intenté interpretar.

—¡Claro que habíamos pensado hacer una ceremonia en tu honor si volvías de la tercera prueba! —dijo Gunnar con una amplia sonrisa.

—¿Si volvía? ¿Qué quieres decir?

—Quería decir cuando vuelvas, por supuesto.

Siguió sonriendo, con una sonrisa demasiado amplia.

—¿Entonces tus condiciones son que le robemos piedras mágicas a los zomer y a otras criaturas del bosque? —dijo Greta—. No estamos de acuerdo. ¿Y quieres tener un cómplice en la tercera prueba? Tampoco estamos de acuerdo. La idea de todo esto es que lo hagas tú solo.

—Tal vez suene un poco fuerte llamarlo «condiciones». Esto es una negociación. Podemos llamarlo «deseos» si os parece mejor.

—No estamos de acuerdo ni en tus condiciones ni en tus deseos —dijo Greta con tono severo.

No me gustó nada su tono duro y decidido. Estar de pie no funcionaba, así que me senté a la mesa e intenté hablar en un tono más suplicante.

—Jorma es un chico que tiene grandes problemas. Quiero que pueda participar en algo fascinante y emocionante antes de que vuelva a su casa. Quiero que sienta que ha estado en un *quest* de verdad. ¿No puede acompañarme y quedarse a un lado? No es necesario que me ayude, pero creo que agradecería sentirse incluido.

Gunnar dejó por fin su sonrisa artificial.

—Justo donde vas a hacer la tercera prueba hay un precipicio muy elevado y peligroso —dijo—. Sería muy triste que el chico se cayera y se matara.

—Pero él no tiene que estar en el borde —repliqué—. Puede estar un poco más adentro.

—Entonces puede darle en la cabeza una de las grandes rocas que caen. Hay otro precipicio muy alto justo encima de ese precipicio.

—Veo que no tenéis el menor inconveniente en enviarme a un acantilado doble muy peligroso.

Greta apartó el plato y sonrió cálidamente a su marido.

—Estaba riquísimo. ¿Hay más?

Gunnar se levantó muy orgulloso. Explicó con entusiasmo que las patatas gratinadas tenían una pizca de rábano picante «para espabilarse un poco por la mañana». Después se metió en la cocina y empezó a rallar patatas con un rallador. Solo estábamos a la mesa Greta, el gato y yo.

—Olvida lo del precipicio. Gunnar habla en sentido figurado, no de forma literal. En el sitio donde vas a hacer la tercera prueba no hay ningún precipicio. Puede decirse que él solo está haciendo una imagen, creo yo, e intenta explicar por qué es una estupidez que Jorma te acompañe.

—Según la imagen que describe, da la impresión de que la tercera prueba es muy peligrosa. ¿Lo es de verdad?

Greta suspiró y miró al gato, que seguía dormitando con la cabeza en la palma de su mano.

—Está bien, Anton. Hagamos lo siguiente. Podrás llevarte a Jorma si solamente se queda a tu lado mirando. Sin embargo, nos oponemos por completo a lo de ayudarle a robar piedras mágicas.

—Gracias, pero no has respondido a mi pregunta. ¿Es muy peligrosa la tercera prueba? ¿Qué era lo que tenía que hacer? ¿Cambiar de sitio unas banderas?

—Exactamente. Banderas tal vez sea una exageración, por cierto. Son más bien banderolas pequeñas —dijo—. Y no es nada peligroso —añadió mirándome fijamente a los ojos.

La voz de Greta sonaba sincera y su mirada era firme. ¿Decía la verdad o se le daba muy bien poner cara de póquer? Gunnar se asomó desde la cocina mientras tapaba una sartén que chisporroteaba.

—Ni siquiera son unas banderolas —dijo él con voz firme—. Más bien unas cintas de plástico de color naranja. Muy sencillo y nada peligroso.

Después me contaron que en la zona turística de Tiveden había rutas señaladas para hacer senderismo y que los *trotavías* las recorrían con sus cámaras y sus termos, totalmente ajenos a que había una parte del bosque sin descubrir en la que seguía viviendo la población de Tiveden. Gunnar y Greta querían que yo señalizara un tramo de la ruta de senderismo que estaba demasiado cerca de la frontera del mundo de los zomer, del tocapuertas y del resto de los monstruos.

—Es un tramo de unos doscientos metros que está demasiado cerca de nosotros —dijo Gunnar—. Se trata de cambiar de sitio unas diez cintas de

plástico llevándolas a un sendero que está un poco más lejos. Hemos hecho un plano para que puedas ver con claridad lo que te decimos. Solo es cuestión de ir allí una vez avanzada la tarde, cuando los turistas ya se han marchado a casa.

Luego se acercó a la mesa con un plato de patatas recién gratinadas y se lo ofreció a su mujer.

Observé a la pareja de jubilados. Greta era imposible de descifrar. Parecía estar tranquila y sosegada cuando se sirvió una buena porción de comida de un bol y empezó a cortarla. El tenedor en una mano y la cabeza del gato somnoliento en la otra. Gunnar, en cambio, parecía estar avergonzado. Se secó demasiadas veces las manos en el delantal a cuadros. Además, me dio la impresión de que evitaba mirarme a los ojos.

—¿Y no puede hacer eso ninguno de vosotros? Solo es cuestión de mandar allí a Harald y a Janine o a cualquier otro, ¿no? Sé que tengo que hacer tres pruebas para demostrar que soy digno y todo lo demás, así que no es necesario que me lo repitáis, pero ¿por qué queráis guardar esto para el final? Me da la sensación de que hay un enorme inconveniente en todo ello.

Gunnar cogió un trozo de pan y lo untó con abundante mantequilla.

—La Vieja Gandula quiere que cambies la señalización de unos cientos de metros de sendero. Eso es todo, y además no es idea mía, aunque lo que vas a hacer es muy sencillo y no hay ningún peligro.

Se metió en la boca el gran trozo de pan y volvió a darme la sensación de que estaba un poco avergonzado. Era un mentiroso pésimo. Me sentí molesto.

—Hay algo en esto que me resulta sumamente extraño. ¿De verdad tenéis una reina o simplemente os lo inventáis? ¿Que vuelva a señalar un sendero es todo lo que se le ocurre a la Vieja Gandula? ¿Os dedicáis a hacer todo lo que ella dice? ¿Realmente puede hacer que el zomer me quite la marca de la muerte o solo son patrañas? Voy a poner otra condición, y no es negociable. Quiero hablar con ella.

Se hizo un largo silencio. Greta miró de reojo a Gunnar. Gunnar miró de reojo a Greta y así estuvieron un rato. Al final él se tragó el gran trozo de pan y asintió con la cabeza mirándola.

—Pon la mano sobre la mesa —dijo Greta mirándome fijamente—. Con la palma hacia arriba.

Obedecí y, de repente, me pareció que me atravesaba la mano con el tenedor. Afortunadamente lo que ocurrió fue que el gato gris oscuro se levantó, fue de puntillas hacia mí por encima de la mesa, me lanzó una de esas miradas carentes

de interés tan habituales en los gatos, y después apoyó la cabeza en la palma de mi mano.

Me estremecí cuando oí una suave voz de mujer con la misma claridad que si llevara unos auriculares.

—*Te doy mi palabra de que te liberaré del zomer si superas la tercera prueba.*

Resoplé con fuerza y miré asombrado a Gunnar y a Greta. Debieron de transcurrir al menos diez segundos hasta que logré aclararme la garganta y activar las cuerdas vocales.

—Pero ¿qué demonios... vuestra reina es un... gato con facultades telepáticas? ¿Me estáis tomando el pelo?

Ellos negaron con la cabeza simultáneamente sin poder evitar sonreír. Volví a oír a la Vieja Gandula.

—*Soy uno de los primigenios y la protectora de Tiveden. No tengo una forma física determinada, por lo que he adoptado distintas formas a través de los años. La de gato es muy agradable, la verdad. Estás cómodo de cualquier modo que te tumbes. En una caja de zapatos, encima de un aparador, en un canalón, debajo de un sofá, sobre la repisa de una ventana, en una caja de cartón de las mudanzas, en todo tipo de cajas de cartón en general. Es comodísimo, y algo totalmente distinto a ser persona, por ejemplo, o un alce.*

Mi boca debía de estar abierta de par en par a causa del asombro. El gato seguía allí, igual de mimoso, con la cabeza en la palma de mi mano, los ojos entreabiertos y ronroneando suavemente.

¡Su reina era un gato!

Gunnar me sirvió café. Ausente, bebí un par de sorbos con la mano libre, que temblaba ligeramente.

—Está bien... ¿hay que dirigirse a ti de algún modo especial?

—*No, no tienes que decir majestad ni hacer ninguna de esas estupideces que los trotavías hacéis con vuestra realeza. Me puedes llamar la Vieja Gandula, o tutearme, o llamarme solo Gandula.*

Tenía una voz suave, realmente sensual, lo que era sumamente atractivo, ya que en ese momento me sentía el protagonista involuntario de un libro para niños con animales que hablan. Además me resultaba difícil llamar algo tan ridículo como «Gandula» a un gato que dirigía mi futuro.

—*Haremos una ceremonia en tu honor cuando vuelvas. Llévate a Jorma a la última prueba, pero asegúrate de que se mantenga a la debida distancia. Me he*

dado cuenta de que ese pobre muchacho es un poco atolondrado. ¿Podría volver a casa sin ti si fuera necesario?

Uno se acostumbra con una rapidez sorprendente a las cosas raras. Me ha pasado antes y esta no era una excepción. Después de un rato me parecía casi normal estar allí sentado escuchando a un gatito. Una vez superada la sorpresa inicial, volvió la indignación, de un modo lento pero seguro.

—¿Si fuera necesario? ¿Qué quieres decir? ¿Te preguntas si Jorma sería capaz de volver a su casa en caso de que me ocurriera algo a mí? ¿Es eso lo que quieres decir? Vuelvo a tener la sensación de que lo que voy a hacer es muy peligroso, que hay algo que no me estáis diciendo.

La Vieja Gandula balanceó suavemente la cabeza en la palma de mi mano. Si hubiera tenido sentido sacar una cámara, el vídeo se podría haber hecho famoso en YouTube.

—Tu tercera prueba consiste en cambiar la señalización de un sendero. Eso es todo, como Gunnar y Greta ya te han dicho.

Me di cuenta de que era sumamente difícil formular preguntas críticas a un gato. Había un montón de detalles que quería aclarar antes de irme pero los gatos, como es sabido, son expertos en parecer adorables cuando quieren imponer su voluntad. Intenté hacer contacto visual con Gunnar y Greta, pero se mantenían fuera de la discusión y estaban centrados en sus patatas gratinadas.

La Vieja Gandula bostezó descaradamente y sus bigotes me hicieron cosquillas en la palma de la mano.

—Ahora tengo que dormir unas horas para poder descansar un rato antes de que llegue el momento de ir a la cama. Mucho gusto en conocerte, Anton. Buena suerte.

La reina del bosque se arrastró hasta la cesta del pan, se acurrucó formando una pequeña bola y cerró los ojos. Recuerdo que pensé que la protectora y regente de Tiveden tal vez debería tener un aspecto más eficiente que el de un animal que solo estaba despierto unas pocas horas al día.

45

Hice un par de intentos para averiguar si la prueba tres se trataba de algo más que de cambiar la señalización de un sendero, pero Gunnar y Greta se apretujaron en la reducida cocina y se encargaron de fregar la vajilla juntos, haciendo sonar los platos y golpeando los armarios, tal vez para no tener que hablar conmigo.

Antes de irme de allí en su coche, Gunnar me dijo que cuando lo aparcaba solía dejar las llaves encima de una de las ruedas delanteras. Me lo repitió varias veces, con el argumento de que era fácil perder las llaves si olvidas en qué bolsillo las has metido. Traté de recordar si Gunnar lo había hecho todas las veces que me había llevado en el coche. No había sido así, al menos que yo recordara. Me pareció una tontería, y estaba casi seguro de que tenía alguna relación con la prueba tres. Que quería poder entrar luego en el coche solo o conmigo, por lo que no quería que me llevara las llaves.

Cuando me senté al volante y ajusté el asiento a mi altura, me obligué a mantener la calma, intentar pensar de modo positivo, terminar la tarea lo antes posible y, como propina, ayudar a Jorma para que su visita a Tiveden terminara bien y acompañarlo después a su casa.

Busqué el modo de salir de un laberinto de caminos asombrosamente iguales. Después de más de una hora y de una serie de palabrotas, llegué al asfalto, la autovía y finalmente la estación de servicio. Llegué a la rotonda y después volví a entrar en Tiveden, en busca del sitio donde Jorma y yo nos habíamos detenido con el Mercedes de Harald y Janine. Como era de noche me dejé guiar por la intuición, y después de una hora más pasé por delante de una línea de sal y detuve el coche junto al arcén en un estrecho camino de tierra.

El bosque estaba espeso y silencioso como de costumbre. Fui a lo largo del camino unos cien metros hasta que vi un tronco con una gran bola de musgo encima. Parecía una escultura de un huevo verde en una huevera de madera, y

estaba casi seguro de que había sido allí donde aparcamos aquella noche. Intenté recordar si Jorma había dicho algo acerca de la dirección en la que estaba la tienda de campaña. Me colgué una mochila del ejército, vieja y desgastada, que me había prestado Greta, dejé el camino y seguí entrando en el bosque en dirección oeste (aunque también podía ser este).

Después de media hora de torpe caminar sobre las piedras cubiertas de musgo, llegué a una pared de montaña vertical y empecé a desesperarme. Podía avanzar en dirección equivocada a cada paso que diera. El aire del bosque era pesado y sofocante. Noté que me sudaba la frente, así que me quité el jersey de punto, me lo até a la cintura, me di la vuelta y me fui hacia el otro lado. Media hora más. Debería llevarme de nuevo al camino de tierra, pensé, pero en cambio llegué a un claro de bosque cubierto de maleza que me llegaba a la altura de las rodillas. Llevaba mis cartas de la suerte en el bolsillo delantero del peto. Iba siendo hora de que les cambiara el nombre, ya que no surtían ningún efecto positivo en mi vida. Me sentía más negativo cada vez conforme iba avanzando en el bosque con paso vacilante y desorientado.

Cuando me enredé atravesando una hilera de pedruscos enormes, noté un tirón en la cintura. Me detuve y vi que el jersey de lana se me estaba deshaciendo. Una larga hebra de lana roja colgaba detrás de mí y estaba enredada en un árbol. Estaba a punto de arrancarla y seguir adelante cuando algo tiró de la hebra desde el árbol.

—¡Lía la lana, lía la lana, lía la lana!

Era una voz estridente y furiosa. Resultaba difícil saber si pertenecía a un hombre o a una mujer, a un niño o a una niña. Di unos pasos cautelosos en dirección a la voz, miré detrás del árbol y vi un pequeño agujero junto a las raíces. Parecía una guarida de zorros, o tal vez una tejonera, la verdad es que no soy experto en guaridas. De todos modos había alguien o algo tirando hacia abajo con gran frenesí y metiendo la lana en el agujero. Como un pescador enrolla su hilo de pescar.

—¿Puedes oírme? ¿Eres un... cerdo de lana?

Sentí algo muy raro al hacer una pregunta así mirando un agujero negro que había en el suelo.

—¡Dame mi lana, dame mi lana, dame mi lana!

Liaba tan deprisa en el interior del agujero que una de mis botas se enredó en varias vueltas de lana.

—¡Cálmate! —grité a punto de perder el equilibrio.

Solté las mangas del jersey que me rodeaban la cintura.

—Dame mi lana, dame mi lana, dame mi...

—No es tu lana, es mi jersey.

Dejó de dar tirones y de meter la lana en el agujero. Yo dejé caer al suelo el jersey y desenredé las vueltas de lana que me oprimían los pies.

—¿Así que es tu jersey? Entonces dime cómo está hecho. ¿Sosteniendo firmemente las agujas con el pulgar doblado? ¿Sujetándolas con la mano derecha relajada? ¿Levantando los dedos con elegancia, al estilo de la duquesa de Morgondagg?

El cerdo de lana hablaba de forma rápida y frenética. Me agaché acercándome al agujero negro intentando ver cómo era, qué aspecto tenía.

—El jersey me lo han prestado... no tengo ni idea de cómo está hecho, tal vez al estilo de la duquesa esa... Si te tranquilizas un poco, yo...

—¡No existe ninguna duquesa con ese nombre! Una duquesa no teje sus propias prendas, como te puedes imaginar. ¡Así que la lana no es tuya! ¡Dame mi lana, dame mi lana, dame mi lana!

Retrocedí unos pasos y vi desaparecer el jersey en el fondo del hoyo.

—¡Ovillar es lo que me gusta más, ovillar es lo que me gusta más, ovillar es lo que me gusta más!

Estuvo un rato así. Ese mantra intenso y repetitivo estaba a punto de producirme dolor de cabeza. Según me había dicho Ingrod, el cerdo de lana daba suerte si se compartían cosas con él, así que lo dejé a su aire. Cuando finalmente se calmó pensé en sacarle una foto a escondidas con la cámara del móvil de Jorma. Entonces la madriguera abandonada se volvió a tapar desde el interior con tierra y trozos de corteza. En un momento no quedó ni rastro de la entrada al escondite del cerdo de lana.

Miré alrededor. Intenté recordar hacia dónde iba cuando me detuve. No tenía ni idea. Elegí una dirección al azar y me puse a andar, consciente de que, oficialmente, estaba totalmente perdido en el bosque. Suspiré, me metí en un hoyo y oí un gemido cuando le pisé la cara a Jorma. Fue una suerte increíble, ya que no podía estar más cerca de la persona que buscaba. De repente estaba casi encima de él.

Jorma estaba envuelto en la lona de la tienda de campaña y lo vi pálido y delgado. La marca de tierra de mi bota apenas se notaba en su sucia mejilla. Le ayudé a sentarse y le pregunté si se sentía bien.

—Me siento de maravilla. Estoy leyendo un libro. Sin tener libro. ¿Lo sueles

hacer tú?

—No muy a menudo. ¿Cómo te van las cosas? ¿Has encontrado piedras o cristales mágicos?

—No, es difícil. A veces me parece ver algo brillando a lo lejos, pero cuando llego allí ha desaparecido. Es como si el bosque protegiera sus tesoros.

—Puede que sea así. Es probable que el bosque no se quiera quedar sin sus riquezas. A nadie le gusta que le roben, así que tal vez deberías tomártelo con tranquilidad. ¿Tienes hambre?

Jorma asintió después de unos segundos. Se arregló el indomable pelo sin lavar. Estaba famélico y muy desmejorado.

Abrí la mochila. Antes de salir de la casa de Greta y Gunnar me había preparado algo de comida. En una bandeja de aluminio llevaba unas tortitas recién hechas, una bolsa de sándwiches, un recipiente de plástico con confitura de fresa y nata batida y dos botellas de cerveza floja.

—Y de postre habrá pastel enrollado.

—Gracias, ¡es fantástico!

Jorma se abalanzó sobre la comida. Las tortitas se habían enfriado pero a él no le importó. Lo dejé en paz un momento. No pudo evitar sonreír cuando notó que le lloraban los ojos por beber cerveza floja con excesiva rapidez y voracidad.

—Tenía un sabor raro, pero estaba muy buena.

Abrió la segunda botella y bebió unos sorbos con más sosiego.

—¿Es la primera vez que bebes cerveza floja?

—No, la primera vez fue hace un momento, cuando abrimos la botella anterior.

Cuando Jorma terminó de comer me senté a su lado en el hoyo y le di el trozo de pastel envuelto en plástico. Le hincó el diente sin preguntarme si quería un poco.

—Jorma, las cosas son de este modo. La reina del bosque me ha encomendado una misión, se trata de un *quest*, y necesito un ayudante. ¿Estás interesado?

Se sacó de la boca un trozo largo de plástico masticado y me miró con gesto de asombro.

—¿La reina del bosque? ¿Has conocido a la Vieja Gandula?

—¿Has oído hablar de ella?

—Es un primigenio, ¿verdad? Me lo dijo la niña a la que le cogí las siete flores. Me contó un montón de cosas como agradecimiento por la ayuda. ¿No te

lo dije?

—Es posible, de todas formas necesito un colaborador.

Ignoraba si Jorma sabía que la Vieja Gandula tenía la apariencia de un gato, tal vez no era importante mencionarlo justo en ese momento.

—¿Un *quest*? ¿Un *quest* de verdad?

—Exactamente. Y si tenemos éxito en la misión, la reina del bosque nos hará una ceremonia y después te podrás ir de aquí como un héroe. Sería genial, ¿verdad?

—¡Sería fantástico! Mi novia se quedará impresionada.

Asentí con la cabeza y carraspeé notando algo amargo en la garganta al pensar que el chico se había instalado en un mundo de fantasía después de perder su gran amor de juventud.

—Y cuando hayamos terminado el *quest* me tienes que prometer que volverás a casa. Es lo que se hace cuando se termina un *quest*, ¿no?

—Por supuesto, como todos saben.

—Bien.

Le hablé de la misión de cambiar las señales de la ruta de senderismo en la zona turística de Tiveden. Hice todo lo que pude para lograr que sonara dramático e importante. Que pesaba una gran responsabilidad sobre nuestros hombros, que se trataba tanto de proteger a los *trotavías* de los peligros del bosque como de proteger al bosque de intrusos curiosos. Algo por el estilo. Afortunadamente, Jorma no pensó en que él mismo podía ser visto como un intruso curioso. De todos modos creo que me las arreglé para hacer que sonara como un *quest* bastante emocionante.

Al mismo tiempo yo estaba un poco dudoso. Por mi parte me encantaría que la prueba tres fuera tan sencilla como Gunnar, Greta y la Vieja Gandula la habían descrito. Suponiendo que no me hubieran mentido ni me hubieran ocultado algo peligroso, por supuesto. Cuanto más fácil mejor, mientras me deshiciera de la marca de la muerte. Pero al mismo tiempo quería que Jorma pudiera participar de algo que fuera un poco más apasionante que cambiar de sitio unas cintas de plástico color naranja. Un poco dudoso, como he dicho, y nada seguro de que fuera muy acertado mezclar en ello a Jorma.

Con él a mi lado fue fácil encontrar el camino de regreso para recoger el coche de Gunnar. Nos subimos en él y conduje hasta la rotonda que está al lado de la gasolinera. Estaba soleado y hacía calor. Había más coches por haber concluido ya la fiesta del solsticio de verano. Le di a Jorma el plano que me

había dado Greta, en el que ella había marcado con una línea roja el camino para llegar a la zona turística de Tiveden.

Miré el plano de reojo mientras conducía. Había un sitio llamado Olshammar que me sonaba. ¿No fue en esas curvas donde me había equivocado y había chocado con el sofá Chesterfield rojo? Eché otro rápido vistazo al que Jorma había dejado sobre sus rodillas.

Había manchas de humedad en el papel.

Eran lágrimas que caían de sus ojos.

Los coches que iban detrás de mí tocaron furiosamente el claxon cuando reduje la velocidad y me detuve en el arcén.

—¿Qué ocurre?

Él se secó la cara con la manga sucia de su cazadora guateada.

—Te he mentado. Mi chica ya no está.

Miró por la ventana, se miró los zapatos, miró hacia todos lados menos hacia mí.

—Creo que ahora necesito de verdad irme a casa, a mi habitación y hablar un poco con Alexandra. Ella no sabe dónde estoy. Es muy buena. Resulta agradable hablar con ella cuando las cosas se ponen mal en la cabeza.

Reconozco que no sé nada de las psicosis. Si pueden ir y venir o son permanentes. Cuando vi a Jorma salir de repente de su mundo de ensueño y ponerse a llorar por la amarga realidad, me dieron ganas de abrazarlo y decirle que todo se arreglaría. Pero hubiera sido una mentira. Miré el plano húmedo que estaba sobre sus rodillas. No abarcaba una zona amplia. El psiquiátrico estaba a las afueras de Mariestad según intenté localizarlo mentalmente. Suponía que a unos doscientos kilómetros. Podíamos estar allí después del mediodía, suponiendo que yo no fuera a parar a la gasolinera cada vez que quería salir de Tiveden. Valía la pena intentarlo. No había mucho que pensar.

Mi tercera prueba podía esperar.

Jorma necesitaba que lo llevara a casa.

No había más que hablar.

Pero... yo también había vuelto a casa después de cientos de viajes por todo el país. A mi apartamento vacío y solitario. Por lo general, con un poco más de dinero que cuando me fui de casa, pero casi nunca con una gran sensación de triunfo. Estaba claro que Jorma necesitaba cuidados, pero ¿no se merecía volver a casa con una mínima sensación de éxito, de que su *quest*, su misión de buscar piedras mágicas y cristales no había sido del todo inútil? Tendría que luchar toda

su vida contra la tristeza, la nostalgia y contra el día a día sin esperanza, independientemente de que se curara o no.

—¿Jorma?

Fue volviendo su mirada hacia mí poco a poco.

—Entiendo que te quieras ir a casa, pero necesito realmente que me ayudes con este *quest*. Está en juego el futuro del bosque. Solo tú y yo podemos resolver esto. ¿Qué crees que hubiera dicho tu chica si supiera que te habías ido a casa en vez de ayudar a la Vieja Gandula y a su gente?

Era una apuesta arriesgada, ya que no tenía ni idea de cómo reaccionaría cuando añadiera a la chica en mi intento de entusiasmarlo a él. Arriesgada y difícil de manejar.

Después de un momento que se me hizo largo, vi asomar una gran sonrisa en su rostro.

Aproveché para quitarle un trozo pequeño de plástico que tenía en los incisivos.

—Tienes toda la razón.

—¿De verdad? Quiero que estés completamente seguro de que quieres hacer esto. Siempre que no haya algo más importante para ti.

Él cerró los ojos y siguió sonriendo.

—Siento que ella me está animando desde el cielo.

—Lo dudo mucho, ya que no existe ninguna prueba científica de que...

Me detuve rápidamente y cambié de táctica.

—Por supuesto que lo hace. Está allí arriba entre las nubes animándote, Jorma. Ahora hagamos el *quest* y así ella se sentirá muy orgullosa de ti.

Él asintió moviendo su pelambreira, parecía lleno de energía. Incluso feliz.

—¿Tenemos espada?

—Este *quest* es más bien de carácter secreto.

—¿Algo parecido a los ninjas?

—Vamos a cambiar de sitio unas tiras de plástico de color naranja. Algo parecido a los *ninjas*... se puede decir.

—Pero ¿vamos a estar en peligro?

—Esperemos que sí, Jorma.

Soy consciente de que se trataba de una terapia censurable e irresponsable, si es que se le podía llamar terapia, pero ver que iba de la tristeza a la euforia era algo simplemente fantástico. Para él y también para mí.

Jorma se enderezó en el asiento. Se retiró el cabello despuntado que le caía por la frente. Giró los hombros varias veces. Respiró profundamente.

—Disculpa que fuera tan quejica y negativo y que estropeará el ambiente del *quest*. Intentaré cambiar.

—No te preocupes. Yo también puedo ser bastante negativo a veces.

Vi que Jorma fruncía el ceño repentinamente y parecía que estuviera preocupado. Me dio la impresión de que había vuelto a deprimirse.

—¡Me comí todo el pastel relleno sin preguntarte si querías!

—No tiene importancia, era para ti.

Él negó con la cabeza.

—Si eres quejica y egoísta, vendrá el Eterno Llorón y te llevará —dijo muy serio.

—¿Qué has dicho?

—La niña a la que ayudé con las flores dijo que se trata de una antigua expresión que se utiliza en Tiveden. «Si eres quejica y egoísta, vendrá el Eterno Llorón y te llevará». No soy muy bueno para entender esas cosas, pero lo interpreto como que no hay que quejarse ni ser egoísta, porque entonces viene el Eterno Llorón a por ti.

—Me parece una interpretación correcta y literal —dije—. ¿Cuánto tiempo estuviste hablando con ella?

Jorma no sabía que la niña a la que ayudó a coger flores era un *zomer*, y yo no sabía si debía decírselo o no. Por un lado, tal vez pudiera parecerle genial saber que se había librado de la maldición de un ser sobrenatural, y por el otro, tal vez era demasiado para él de una sola vez.

Elegí guardar silencio.

—Ella hablaba un montón, como te he dicho. En agradecimiento por haberla ayudado con las flores me dijo qué raíces y setas eran comestibles, y también me advirtió de una serie de cosas. La Vieja Gandula es un primigenio bueno, en cambio hay que tener mucho cuidado con el Eterno Llorón, que no vive normalmente en Tiveden, pero aparece de vez en cuando y causa muchas desgracias.

Recordé que el fantasma parlanchín del espejo me había contado algo parecido.

—Tú y yo somos *trotavías*. ¿Sabes lo que significa?

Sí que lo sabía, así que asentí y eché un vistazo al plano que llevaba Jorma para ver si íbamos en la dirección correcta. Así era, al menos eso creía.

—En el pasado, la gente de Tiveden le solía ofrecer *trotavías* al Eterno Llorón para deshacerse de él cuando no conseguían derrotarlo con la magia de las brujas. Ofrecían en sacrificio a tipos quejicosos, egoístas y desagradables que nadie iba a echar de menos en caso de que desaparecieran sin dejar rastro en el fondo del infierno, el reino del Eterno Llorón.

Volví a asentir con la cabeza. Aunque eso me sonaba de la conversación de Harald en el espejo. Me mantuve a la derecha y dejé pasar un coche con una caravana que me quería adelantar a toda costa en una curva. Jorma parecía seguir preocupado.

—¡Maldita sea! ¿Cómo fui capaz de no compartir el pastel contigo? Ni tampoco las tortitas. Ni ese refresco tan raro. Fue muy miserable y egoísta por mi parte. No quiero ser ofrecido en sacrificio al Eterno Llorón.

—Te noto muy quejicoso, lo que no es nada bueno para ti. Si quieres evitar al Eterno Llorón, olvida esas cosas.

Enseguida me arrepentí de haberme dirigido a él con tanta dureza y severidad. Jorma hundió los hombros y, estresado, se puso a toquetear las rodillas de sus raídos pantalones vaqueros.

—Escúchame —dije—. No eres especialmente quejicoso ni egoísta, así que no te debes preocupar por el Eterno Llorón. Conozco a alguna gente en Tiveden y te aseguro que no hacen sacrificios humanos. Además acabas de decir que sacrificaban a gente a la que nadie iba a echar de menos si desaparecía sin dejar rastro. Si desaparecieras tú, Alexandra te echaría de menos, ¿verdad?

Eso hizo que se animara. Asintió, dejó de toquetearse el pantalón y me miró con media sonrisa.

—¿Te echaría alguien de menos a ti si desaparecieras sin dejar rastro?

Eso debió de accionar violentos repiques de advertencia en mi mente, pero en ese momento solo tenía tiempo para intentar conseguir que Jorma estuviera de buen humor.

—No tengo planes de desaparecer —dije devolviéndole la sonrisa.

46

Poco a poco me fui dando cuenta de que Sebastian y yo, por desgracia, íbamos a tardar una eternidad en reunir el dinero suficiente para un equipo profesional, aunque fuera uno de esos equipos usados que se ofrecen rebajados en los periódicos. La caja fuerte que teníamos en casa se llenaba con demasiada lentitud. Simplemente no había sitios suficientes en los suburbios de Estocolmo para actuar a cambio de dinero. Nos tendríamos que haber dado cuenta cuando hicimos un programa y un estudio de mercado. Nos habíamos esforzado mucho intentando conseguir nuestra meta común. Menos trucos obsoletos de cartas, monedas y pañuelos, y más cosas exclusivas y espectaculares. Un equipo *auténtico* para unos magos *de verdad*, de los que se ven en la televisión. El único problema fue que nosotros, en nuestro optimismo, no programamos nada ni hicimos ningún estudio de mercado, lamentablemente. Fue una estupidez por nuestra parte, y cuando nos dimos cuenta de que se necesitaban muchos meses de actuación de nuestro espectáculo bien ensayado y «aburrido», empezamos a desesperarnos. Sobre todo yo, que había roto con Charlotta para tener más tiempo para ganar dinero.

Una mañana, cuando me arrastré bostezando hasta la cocina para desayunar, vi a mis padres sentados mirando con asombro el periódico matutino que estaba abierto sobre la mesa de la cocina, como era habitual. Sebastian había dejado la casa unas horas antes para ir a trabajar como chico de las mudanzas.

—¿Recuerdas a aquel joven tenista austriaco? —preguntó mi madre.

Claro que me acordaba. Me había inspirado en su voluntad de ganar y hacerse rico. Eché muesli en polvo en un plato hondo y miré el artículo de prensa al que se refería mi madre.

El fenómeno del tenis de Austria ha sido encontrado ahorcado en un vestidor en París. El muchacho, que había ganado más de un millón de dólares y al que había visto posando delante de un coche, se había suicidado. Colgándose de un

cinturón de piel de becerro con el logotipo de Hugo Boss en la hebilla. La carta de despedida que dejó era un conglomerado de frases incoherentes acerca de lo solo que se sentía.

—Era de tu edad —dijo mi padre untando un poco de queso bajo en grasa en su sándwich.

Me senté a la mesa y me comí el desayuno nutritivo que, lamentablemente, no me dio nada de energía.

Era viernes por la tarde y no teníamos nada programado para el fin de semana, lo que en realidad era bastante agradable. Estaba sentado en mi cuarto clasificando billetes de banco para meterlos en la caja fuerte. Un montón de billetes de cincuenta. Un montón de billetes de cien. Demasiado pocos billetes de mil. Oí pasos en la escalera y enseguida apareció Sebastian en la puerta.

—¿Has terminado con Charlotta?

—¿No te lo había dicho?

—No. ¿Hace mucho?

—No, no mucho. Tal vez unas semanas.

Sabía exactamente cuánto tiempo había transcurrido. Veintitrés días. Sebastian se sentó en su cama y sacó de una bolsa de papel unos CD que había comprado. Creo que de Iron Maiden y Ozzy Osbourne entre otros. Giré la silla del escritorio y me volví hacia él.

—Por cierto, ¿dónde lo has oído?

—La he visto hoy.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En la iglesia.

—¿Qué?

Él dejó los CD.

—¿Recuerdas cuando estábamos debajo del trampolín y me preguntaste si le había pedido a Dios que me ayudara con lo de la bebida?

—Sí, pero solo era una broma.

—De todos modos lo empecé a hacer. Me refiero a rezar. Llevo un poco de tiempo sin emborracharme. No sé si tiene que ver con eso, pero ¿quién sabe?

¿Quién sabe?

—Bueno, como quiera que sea. He estado con un camión de mudanzas en Nockeby, al terminar he entrado en una iglesia y allí he visto a Charlotta. La

mayor coincidencia del mundo.

—¿En Nockeby? ¿Qué hacía ella ahí?

—Su abuela vive allí. ¿No lo sabes?

Negué con la cabeza. Empecé a sentirme incómodo. Era como si ya supiera que todo estaba a punto de irse al infierno.

—¿Sabes que Charlotta se ha ido a vivir a un apartamento propio en Hässelby gård? —dijo como ausente mientras manipulaba los CD—. Yo... voy a ayudarle a poner las cortinas. Tiene techos altos.

Levantó la cabeza y me miró.

—Si no te sienta bien que vaya a su casa, dímelo. En tal caso no lo haré.

—No, qué va, no pasa nada. No tenía tiempo para estar con ella. Ayúdale con las cortinas, no es nada del otro mundo.

Pero me sentaba rarísimo.

—Genial. Entonces voy para allá.

—¿Ahora? ¿Esta tarde?

—Sí, no tenemos nada esta tarde.

—No, pero... ¿No podríamos tener una reunión? Para pensar en trucos nuevos y... cosas así.

Y entonces llegaron los celos. Un maldito encuentro en la iglesia y ella ya le había invitado a ir a su casa para que le pusiera las cortinas.

Y fui yo quien le sugirió a Sebastian que le rezara a Dios.

Intenté en vano encontrar una razón para que Sebastian y yo tuviéramos una reunión esa misma tarde.

Él no era presumido por entonces, pero cuando salió de la ducha pasó demasiado tiempo arreglándose. Por lo visto era importante tener buen aspecto cuando vas a colgar unas cortinas.

—Ah, por cierto. Después de estar en la iglesia, Charlotta me leyó las manos. Tengo los dedos cortos, lo que al parecer significa que soy tonto perdido.

Tuve ganas de decirle que yo tenía los dedos más largos que la palma de la mano, lo que indica inteligencia. Pero no quise presumir.

—No te lo tomes tan en serio. Ella también me leyó la mano a mí una vez, pero todas esas cosas no son más que una broma.

Sebastian se miró los dedos y asintió ligeramente ausente.

—No puedo recordar cómo se llamaban esos malditos montes y líneas de la mano, así que tal vez sea cierto que soy un poco tonto. El monte de Júpiter, el

monte de la luna... al final se trata de distintos planetas. La línea del destino, la del corazón y así sucesivamente. De todos modos yo tenía las líneas del amor y de la felicidad más largas del mundo. Simplemente soy un idiota al que le va a ir muy bien en la vida.

Se le iluminó la cara con una amplia sonrisa y se encogió de hombros.

—¿Cómo eran las montañas y las líneas tuyas?

Recordaba muy bien el resultado cuando Charlotta me leyó las manos.

Débil, crítico, perezoso y sin ninguna suerte.

—No lo recuerdo —dije—. De todos modos estas cosas solo son una broma.

Cuando Sebastian fue a casa de Charlotta para ayudarle con las cortinas, recibí una llamada telefónica que fue el principio del fin para nosotros.

Era un hombre mayor de la Asociación Antialcohólica de Mälärhøjden, el sitio donde hicimos nuestra primera actuación remunerada. Tenían no sé qué clase de espectáculo durante la tarde y un faquir les había cancelado su actuación. El hombre me preguntó si, a pesar de la poca antelación, podíamos ir allí a hacer magia.

Yo me sabía los trucos de Sebastian de memoria (y viceversa), así que con los juegos en sí no había ningún inconveniente. Teníamos nuestras bien ensayadas «discusiones» entre ambos, pero eso tal vez se podía improvisar un poco con la ayuda del público, así que tampoco era ningún problema. El único inconveniente que había, naturalmente, consistía en que Sebastian y yo éramos un «equipo», por lo que uno no podía irse a actuar por su cuenta de repente solo porque el otro estaba en casa de una chica colgando cortinas.

Le respondí que sí al hombre.

Fue un éxito. Yo llevaba tiempo quejándome de lo aburrido que me parecía nuestro repertorio tantas veces repetido. Incluso había llegado a dejar (por desgracia) a una chica para tener más tiempo y ganar dinero con vistas a una representación nueva y profesional.

Sin embargo, estar solo en el escenario resultó ser algo completamente distinto.

Los mismos viejos trucos, pero toda la atención centrada en *mí*.

Solo en *mí*.

Todo el caché fue para *mí*.

Solo para *mí*.

Todos los elogios y el aprecio de la audiencia dirigidos a *mí*.

Solo a mí.

Fue como si una enorme pieza de puzle hubiera caído en su lugar. La magia no era una actividad grupal que llevabas a cabo con un amigo, sino de mantenerse firmemente uno mismo en el candelero. Hay quien afirma que la alegría compartida es doble alegría. Era una enorme equivocación según había podido comprobar. Me sentí en la gloria cuando toda la atención se centró en mí.

Solo en mí.

Sebastian y yo no mantuvimos ninguna discusión, no hubo ninguna ruptura oficial, solo nos distanciamos el uno del otro. Y todo muy rápido. Casi tan rápido como su mudanza a casa de Charlotta en Hässelby gård. Por lo visto le parecía más divertido vivir con ella que conmigo y mis padres, lo que tal vez no era nada raro.

Los celos porque él estaba con «mi» chica empezaron a germinar bajo la superficie, pero debieron de transcurrir unos años antes de que florecieran en condiciones. En aquella época yo estaba convencido de que la mujer que iba a ser el amor de mi vida aparecería en cualquier momento entre el público y me miraría con unos ojos brillantes llenos de admiración.

Por desgracia, no fue exactamente así.

Sebastian y yo seguimos haciendo magia cada uno por su lado. Estaba casi seguro de que yo tendría más éxito que él.

Por desgracia, no fue exactamente así.

No sé bien cómo y cuándo se implicó Charlotta en la actividad de él. Antes de que empezaran a actuar juntos en el escenario ella trabajó como mánager de él o algo así, por lo que tengo entendido. No he podido evitar leer entrevistas de ellos en los periódicos, y oír algunos comentarios en la televisión en los que hablaban de su exitosa carrera.

En cualquier caso sé que fue ella la que le consiguió el primer contrato de larga duración, el primero que reunía condiciones para que ambos pudieran vivir de ello. Un ferri que navegaba entre Suecia y Finlandia. Charlotta hizo un acuerdo por el que logró que la compañía naviera financiara un set completo de trucos de magia profesional con sus correspondientes licencias. De ese modo, Sebastián se podía permitir hacer la función con un equipo que estaba revisado y en perfecto estado. Una base sólida en la que apoyarse hasta que tuvieran suficientes recursos para empezar a desarrollar sus propios números de magia. Muy astuto por parte de Charlotta.

Imagínate si Sebastian y yo hubiéramos sido capaces de pensar de ese modo,

en vez de intentar reunir mucho dinero trabajando para adquirir un equipo profesional, sin haber calculado ni programado nada previamente. Imagínate si yo hubiera sabido que Charlotta tenía olfato para los negocios. Imagínate que hubiera dedicado tiempo y energía en intentar conocerla bien en vez de dejarme influenciar por un fenómeno del tenis austriaco con tendencias suicidas.

Como he dicho, no sé exactamente en qué momento se implicó Charlotta, ya que no controlaba todo lo que hacían. Me sentía a gusto yendo por mi cuenta. A los veinte años salí por primera vez de gira fuera de Estocolmo. Residencias de ancianos, fiestas de empresa, guarderías, centros comerciales, inauguraciones de restaurantes de comida rápida. Me ganaba la vida bastante bien con lo que me gustaba hacer. Al principio fue realmente una época de libertad y de orgullo.

Después vi a Charlotta y a Sebastian en la televisión. Estaba tumbado en la cama de un hotel de Östersund, y mientras zapeaba con el mando a distancia aparecieron ellos en la pantalla. Trajes brillantes a juego. Humor afectado. Accesorios de lujo. Nada que fuera de mi gusto. Pero aun así era un sábado por la tarde, el mejor momento de emisión. Millones de audiencia.

De repente me empezó a subir la fiebre, tuve que quedarme cuatro días en la cama del hotel y ello acabó con mi presupuesto de viaje. Venía una limpiadora a cambiarme las toallas, aunque no me duchaba. También reponía los cacahuets tostados del minibar, ya que eso fue lo único que pude ingerir durante esas penosas cien horas.

No sé exactamente cuándo empecé a mentirme a mí mismo, ni cuándo exactamente entré arrastrándome y me escondí en el fondo de mi cabeza, solo y lleno de envidia. Puede resultar difícil responder a ese tipo de cosas *a posteriori*.

Sin embargo, estoy totalmente seguro de que fue precisamente entonces cuando me dejaron de gustar los cacahuets tostados.

47

Jorma iba sentado en el asiento delantero y parecía expectante. Durante el viaje mi nariz detectó que necesitaba una ducha casi con urgencia. Seguí unas señales indicativas y entré en el bosque por una carretera asfaltada que, después de unos quinientos metros, finalizaba en una zona de giro en la que había estacionamiento para unos veinte coches, rodeada de pinos densos y altos. Paré el coche junto a un Volvo y dos bicicletas. Cuando me quité el cinturón de seguridad y salí, vi en el espejo retrovisor que tenía unas ligeras manchas de grasa en la frente.

Persevera, pronto te librarás del zomer, pensé intentando animarme. No me molesté en dejar las llaves del coche encima de la rueda delantera y me las metí en un bolsillo del pantalón.

Eran cerca de las seis de la tarde, hacía viento, estaba nublado y se notaba humedad en el aire. Unas vallas publicitarias a lo largo del lindero del bosque informaban de los kilómetros de ruta de senderismo, de las condiciones de acceso, de las flores que estaban protegidas y del horario de visitas guiadas entre otras cosas. Todo ello escrito en sueco, inglés, alemán y francés.

Había unos armarios de primeros auxilios en la pared del cobertizo donde estaban los aseos. Todo recién pintado, limpio e impoluto. También había una estación de carga para teléfonos móviles y tabletas digitales, ya que al parecer tenían que estar por todas partes. No me habría sorprendido ver una señal que proclamara con orgullo que en Tiveden había wifi gratis.

Cuatro sendas llevaban al bosque. Tres de ellas estaban marcadas con cintas de plástico de color naranja, y también había unos letreros indicadores. En el primero ponía Guirnalda de Trol y en el segundo, Caminata de Siete Kilómetros. En el tercero, Nenúfar Rojo, y este último incluía información en distintos idiomas de esas flores singulares que se podían ver en una laguna siguiendo el sendero.

Yo era un experto en nenúfares rojos.

Desplegué el plano de Greta y lo comparé con lo que veía ante mí. Si lo entendía correctamente, las señales de plástico del sendero de la derecha, Nenúfar Rojo, se tenían que poner en el sendero de la izquierda, que no tenía nombre. Según el plano, esos senderos se iban juntando a medida que te adentrabas en el bosque y una vez juntos llevaban al mismo lago. Greta lo había dibujado todo con mucha claridad, pero yo me pregunté si estaríamos en el lugar correcto. Esperaba que la «entrada» al bosque fuera más amplia, sin ninguna duda. No tanto como la de un parque de atracciones, por supuesto, pero creía que iba a estar mejor aprovechada para que se pareciera más a una atracción turística. También era probable que hubiera otros accesos, o que la intención fuera que el bosque se mantuviera lo más intacto posible. O ambas cosas. Para nosotros estaba bien, ya que aparte del Volvo y de las bicicletas no había rastro de personas por allí, pero yo no quería señalar un camino que no correspondía y los nombres no figuraban en el plano.

—Jorma, ¿puedes comparar todo esto con el plano para ver si te parece que estamos en el lugar correcto?

Él estaba a mi lado haciendo unas torpes flexiones de rodillas para estirar las piernas. Le di el plano y lo puso al revés.

—Si lo miras al revés, da la impresión de que estamos en un sitio *totalmente* equivocado. Muy preocupante.

Puse los ojos en blanco, y estaba a punto de dejar escapar uno de mis largos suspiros cuando me miró sonriendo.

—Solo era una broma. Los cuatro senderos parecen iguales a los que tenemos delante de nosotros. Estamos donde tenemos que estar.

Me devolvió el plano, y en ese momento se le congeló la sonrisa al oír un ruido sordo en la distancia.

—¿No le tendrás miedo a las tormentas?

—No, pero aportan emoción. Supongo que pronto va a ocurrir algo muy emocionante, ¿no?

No se lo podía garantizar, y personalmente no tenía ningún inconveniente en que la última prueba fuera poco dramática, según me habían adelantado la Vieja Gandula, Greta y Gunnar en la casa de estos.

De todos modos, había decidido hacer algo por Jorma cuando hubiéramos terminado. Algo baladí con lo que esperaba que él tuviera la sensación de haber logrado algo significativo durante su fuga a Tiveden.

Jorma se mantuvo muy cerca de mí cuando nos metimos en el sendero del Nenúfar Rojo, el que estaba a la derecha. Allí el bosque era distinto a lo que Gunnar y Greta llamaban la zona turística de Tiveden. Había el mismo tipo de árboles y de rocas cubiertas de musgo y parecía exactamente igual, pero la sensación era distinta. No se notaba esa quietud casi espeluznante del reino de la Vieja Gandula. Ni siquiera el olor era tan abrumadoramente denso.

Antes de que empezáramos a cambiar las cintas de plástico quería sondear el terreno. Después de unos cien metros, los árboles empezaron a clarear en el lado derecho del sendero. Una empinada pendiente llevaba al borde de una cantera que estaba al pie de una loma cubierta de musgo. Abajo, entre los pedruscos, se veía una leve neblina. Seguimos unos cien metros más, hasta que el Nenúfar Rojo se cruzó con un sendero estrecho sin cintas de plástico.

—Hay siete banderines, o cintas o como se los quiera llamar. Vamos a poner aquí los que están en el sendero que linda con la cantera —dijo Jorma señalando con la mano el nuevo sendero en el que estábamos.

—Lo he entendido perfectamente —dije sonriendo.

Greta había dejado claro que yo tenía que hacerlo todo solo, que Jorma solo debía limitarse a observar. Decidí ignorar eso. No tenía valor de decirle a él que estaba allí como un simple espectador.

—Está bien, Jorma. Tendrás el mando y decidirás cómo hacer esto del mejor modo posible.

Se enderezó, orgulloso de que hubiera depositado mi confianza en él.

—Cuando se está haciendo un *quest* es importante mantenerse juntos. Cuando jugábamos mi chica y yo, éramos un clan del que los otros se apartaban para llevar a cabo estúpidas incursiones solitarias, pero ella y yo siempre estábamos juntos. Propongo que volvamos por el mismo camino que hemos venido y que nos llevemos las cintas de plástico al estacionamiento. Después vamos otra vez hacia el bosque por el segundo camino y las vamos poniendo, y luego habremos terminado.

—Me parece una estrategia fantástica. Se nota que no es tu primer *quest*.

Lo dije sin ninguna ironía. Era una estrategia fenomenal, si es que se le podía denominar así.

La tormenta tronaba cada vez más cerca. Empezó a llover mientras volvíamos por donde habíamos venido. El sol de la tarde desapareció tras las nubes grises de lluvia. El bosque se quedó oscuro y brumoso rápidamente, de un modo poco natural. Jorma soltó las tiras de plástico de los árboles. Cuando

volvimos a pasar la cantera noté un olor acre. Me empezó a picar la nariz por algo que emanaba de la tierra al mojarse.

Jorma dio un traspiés y estuvo a punto de deslizarse por la empinada pendiente. Lo agarré del brazo, lo levanté y la cosa no pasó de ahí. Por el momento no había mucho material para un *quest*. Cuando volvimos al estacionamiento, Jorma llevaba siete cintas de plástico de color naranja. Me ayudó a levantar el letrero que indicaba Nenúfar Rojo y llevarlo al sendero contiguo. Me costó un poco conseguir que quedara derecho y estable. En ese momento la tormenta estaba encima de nosotros, retumbando amenazante. La lluvia se intensificó cuando nos adentramos en el bosque y nos pusimos a atar las cintas de plástico dejando un par de árboles entremedio. Quien no fuera allí todos los días, probablemente no se iba a dar cuenta de que el sendero del Nenúfar Rojo tenía una entrada nueva. Después de un cuarto de hora, más o menos, llegamos al sitio donde los dos caminos se unían.

—Bien, ¿entonces ya hemos terminado? —dijo Jorma secándose el rostro mojado por la lluvia.

Realmente era así. Eso era lo que me habían pedido que hiciera. Que cambiara de sitio las tiras de plástico de color naranja. Ahora el sendero que solían recorrer los excursionistas estaba algo más lejos de la zona donde vivían los zomer, los tocapuertas y los monstruos. ¿Superada la prueba tres? Sí, probablemente. Ojalá.

Metí la mano en uno de los bolsillos laterales del pantalón de peto. Toqué el trozo de hielo. Antes de hablar con Alexandra, la idea de utilizar el trozo de hielo en un truco de magia era cada vez más firme, ya que podía ser valioso para mí en el futuro, cuando volviera de Tiveden. Se lo podría enseñar al público, dejar que lo tocaran, que lo examinaran de cerca y comprobaran que se trataba de un trozo de hielo común y corriente. Después podía ponerlo en una barbacoa candente entre salchichas y verduras que chisporroteaban.

Podía utilizar la historia del trozo de hielo sin ningún problema. Era perfecta para contarla durante un número de magia. Hablar de la roca que se sumergió en las lágrimas de las viudas hasta el punto de estallar de tanto dolor y caer al fondo del estanque de un bosque y congelarse para siempre. Una historia fantástica. Y mientras la contaba, el público podía ver de cerca que el trozo de hielo no se derretía en la parrilla y se mantenía firme y frío. Podía incluso dejar que alguien del público lo sacara de la parrilla para que nadie creyera que lo había cambiado por algo resistente al calor mientras lo manipulaba.

Un truco de magia realmente bueno. Con magia real. Algo que me haría

único entre los magos del país.

Pero Jorma estaba en un *quest* del amor, e iba en busca de piedras mágicas y cristales. El trozo de hielo mágico tenía más valor para él que para mí.

—Jorma. Voy un momento al estacionamiento. ¿Puedes quedarte aquí vigilando unos minutos?

—¿Vigilando? ¿Qué tengo que vigilar?

—Controla simplemente que nadie estropee lo que hemos hecho, por ejemplo. Solo unos minutos, después nos vemos en el coche.

Asintió con la cabeza. Me volví y me fui rápidamente. La lluvia dificultaba la visibilidad y resultaba práctico que hubiera cintas de plástico naranja para guiarse. El suelo estaba empapado y pegajoso. Cuando casi había llegado al estacionamiento, vi una raíz gruesa que atravesaba la ruta de senderismo. Admito que dudé unos segundos, que mis dedos no querían deshacerse de esa pequeña y valiosa joya cuando la puse encima de la gruesa raíz. Cuando Jorma fuera hacia el estacionamiento, en pocos minutos, no podría evitar ver el trozo de hielo mágico cuyo brillo destacaba con toda nitidez en medio del entorno opaco del bosque. Brillante, casi destellando por las gotas de lluvia que le caían encima. Era imposible que no lo viera, o eso esperaba.

Me quedé en el estacionamiento un poco más allá del cobertizo de madera donde estaban los aseos. Mientras estaba allí pensando que tal vez debía ir al coche a ver si había un paraguas, oí una voz detrás de mí.

—Hola.

Me sobresalté y me volví. En el lindero del bosque había una niña de unos cinco años, tez pálida, cabello rubio y largo. Llevaba un impermeable de color rojo brillante, sombrero de lluvia y botas de goma. La niña estaba medio escondida detrás de un pino y tenía las manos detrás de la espalda. Me sonrió con una amplia sonrisa. Para un *trotavías* ignorante se trataba de una niña normal y corriente, y solo una semana antes lo primero que hubiera pensado yo es cómo podía estar en el bosque una niña sola con ese tiempo tan malo que hacía. Pero había aprendido mucho.

Por desgracia, había vuelto a tener la mala suerte de encontrarme cara a cara con un zomer.

48

—¿En qué mano? —preguntó la niña muy sonriente.

Sorprendido, tardé unos segundos en darme cuenta de que tal vez escondía algo detrás de la espalda y quería que adivinara en qué mano lo tenía.

¿Se podría llevar una marca de la muerte encima de otra marca de la muerte? No tenía ni idea. ¿Debería decirle que ya estaba «ocupado» por otro zomer?

—Adivina en qué mano —dijo la niña mirándome con gesto travieso por debajo del sombrero de lluvia que goteaba.

Podía parecer simpática si eras capaz de pasar por alto el hecho de que era un ser sobrenatural que quería causarme una desgracia, lo que yo no hacía de ningún modo. Detrás de ese rostro sonriente había algo siniestro, con toda seguridad. El corazón me latía con fuerza. La lluvia helada no ayudaba en absoluto a que me sintiera mejor. Eché una ojeada al camino por el que Jorma debía aparecer en cualquier momento. Después miré a la niña e hice todo lo que pude para que mi voz sonara estable.

—¿Escondes algo detrás de la espalda y quieres que adivine en qué mano la tienes? ¿Cuántas veces puedo intentarlo? ¿Qué ocurrirá si me equivoco?

—Adivina otra vez —respondió ella después de pensar unos segundos. Era una respuesta evasiva y, obviamente, una especie de trampa diseñada a propósito para que cayera en ella. ¿Tendría realmente algo detrás de la espalda? ¿Qué podía impedirle que cambiara lo que tenía en una mano a la otra según la mano que yo eligiera?

De repente algo se iluminó. Comprendí qué era lo que se escondía detrás de esa tercera prueba, aparentemente tan sencilla. Greta, Gunnar y la Vieja Gandula debían de saber que por aquí había un zomer. Que ese pequeño canalla había logrado atravesar la línea de sal y ahora podía hacer diabluras libremente entre los *trotavías* y los turistas.

«Claro que habíamos pensado hacer una ceremonia en tu honor si volvías de

la tercera prueba», había dicho Gunnar.

Si volvía. Eso despertó mis sospechas, y eran justificadas según me daba cuenta ahora. Me enviaron a una prueba peligrosa, por eso querían que dejara las llaves del coche encima de la rueda delantera, y por eso no querían que Jorma me acompañara ni se involucrara en la prueba.

—Adivina en qué mano —repitió la niña chapoteando impaciente con una de sus botas de goma.

La ira burbujeaba en mi interior. El miedo se atenuó un poco. Mejor enfadado que asustado, pensé señalando con toda la determinación que pude el brazo izquierdo de la niña.

Ella sonrió satisfecha y me mostró una mano vacía y sucia. ¡Maldita sea!

—Adivina otra vez —gritó encantada.

Luego mostró la otra mano, en la que tenía una piña. Muy bien, entonces era verdad que tenía algo escondido detrás de la espalda. Jugaba siguiendo ciertas reglas. Siempre es algo, pensé con amargura y luego me pregunté si yo debería seguir las reglas.

¿Qué ocurriría si iba rápidamente hacia ella, la empujaba contra el árbol que tenía detrás y la inmovilizaba? Yo no era demasiado bueno para la lucha, pero ese zomer no era mayor que una niña de cinco años. ¿No debería ser capaz de noquearlo con un buen puñetazo en la mandíbula y salir corriendo después? Apreté los puños y decidí atacar.

—Vamos, Lina, nos tenemos que ir.

Di un salto cuando vi aparecer un hombre de unos treinta y cinco años por detrás del cobertizo de los aseos. Llevaba un impermeable y una cesta llena de setas, bayas y piñas en la mano.

Estuve a punto de gritarle al hombre que no dejara que se le acercara el zomer cuando la niña salió corriendo de la penumbra del bosque y saltó a los brazos del hombre.

—Al fin te encuentro —dijo él—. Vámonos a casa con mamá.

Empecé a sudar y a acalorarme, a pesar de estar empapado por la helada lluvia. Había estado a punto de propinarle un fuerte golpe en la mandíbula a una niña. Saludé al padre con una rígida inclinación de cabeza mientras él ponía en la cesta la piña que llevaba la niña en la mano.

—Hola, estoy cambiando de sitio las señales de un sendero —dije intentando justificar mi presencia en el bosque a pesar del mal tiempo.

Me pasé la mano por el pantalón de peto en un intento de demostrar que

estaba trabajando allí, que no había ido a hablar con niñas pequeñas.

El padre debía de estar cerca de allí todo el tiempo, ya que no mostró ningún signo de preocupación o recelo cuando me saludó.

—Hemos pasado por una cantera que hay cerca de aquí —dijo—. Debajo de la pendiente nos pareció oír a un viejo llorando. ¿Se habrá perdido alguien?

—¿A qué te refieres? ¿Hace poco que lo oíste?

Jorma no era un viejo pero podía haber sido él. ¿Se habría deprimido en medio del bosque? ¿Por qué no había vuelto aún?

—No, hace ya unas horas. Fue al poco de llegar, antes de que empezara a llover.

El padre señaló el camino en el que ya no había cintas de plástico de color naranja.

—Entiendo, hace un momento estuve allí remarcando el sendero y no oí llorar a ningún viejo, así que no hay por qué preocuparse —dije intentando mantenerme en mi papel de trabajador forestal.

—Apestaba a pepinillo —dijo la niña del impermeable rojo.

—Exactamente —dijo el padre—. Había un fuerte olor a pepinillo allí, o más bien a vinagre.

Yo había notado un olor acre en la empinada pendiente que llevaba a la cantera. A vinagre. Había algo que me parecía muy importante e intentaba averiguar por qué.

El padre me dio las gracias y se dirigió con su hija en brazos al Volvo junto al que yo había aparcado, simulando tropezar a cada paso que daba mientras la niña reía alborozada. Unos minutos después ya habían desaparecido y yo estaba de nuevo solo en el aparcamiento. Solo con una duda que iba creciendo poco a poco.

¿Qué me dijo el fantasma del espejo cuando me habló de los espíritus y de los primigenios?

«Si ves a un hombre viejo llorando, que tiene los ojos enrojecidos, apesta a vinagre y empieza a contarte historias tristes tuyas para darte pena, huye de él lo más rápido y lejos que puedas».

Un hombre viejo llorando.

Vinagre.

¿El Eterno Llorón?

¿Por qué no había aparecido Jorma aún?

Me refugié de la lluvia bajo el toldo que cubría la zona de los aseos. En ese

momento me pareció de suma importancia ordenar todos los pensamientos que me daban vueltas en la cabeza, y ordenarlos bien. Greta, Gunnar y la Vieja Gandula no me habían enviado allí para que cayera en las garras de un zomer, en eso estaba equivocado sin ninguna duda. Es decir, sobre el zomer. Pero ¿tal vez esa tercera prueba, aparentemente fácil e inofensiva, ocultaba algo más?

¿Qué sabía yo del Eterno Llorón?

¿No notó Jorma que olía a vinagre en el bosque cuando salimos del Mercedes de Harald y Janine? Lo recordaba bien, aunque fuera bastante estúpido por su parte que oliera algo que no sabía cómo olía, pero de todos modos lo hizo.

¿Qué me habían dicho del Eterno Llorón últimamente?

«Si eres quejica y egoísta, vendrá el Eterno Llorón y te llevará».

Eso fue lo que me dijo el fantasma del espejo, y también se lo dijo a Jorma el zomer al que ayudó a coger flores. El Eterno Llorón es un primigenio, igual que la Vieja Gandula, pero él es un «egocéntrico asqueroso» que tiene prohibida la entrada en todo el país y, según parece, últimamente corren rumores de que podría haber aparecido por Tiveden. Alguien me lo había dicho aunque no recordaba quién. Tal vez Harald el viejo.

Se empezaron a formar charcos en el suelo de tierra del aparcamiento. Un par de rayos surcaron el cielo gris plomizo, seguidos de cerca por una serie de truenos. Dedicué unos segundos a refrescar la memoria sobre el modo de evitar ser alcanzado por un rayo. Después volví a buscar mentalmente información sobre el Eterno Llorón.

«En el pasado, la gente de Tiveden solía ofrecer *trotavías* al Eterno Llorón para deshacerse de él cuando no conseguían derrotarlo con la magia de las brujas. Sacrificaban a tipos quejicosos, egoístas y desagradables que nadie iba a echar de menos en caso de que desaparecieran sin dejar rastro en el fondo del infierno, el reino del Eterno Llorón».

Quejicosos. Egoístas. Desagradables. Un profundo malestar se me extendió por el cuerpo. Me apoyé en la puerta del aseo de hombres. Por desgracia, se abría hacia dentro. Di un par de pasos tambaleantes hacia atrás, me caí y me quedé sentado en el suelo con uno de los brazos enganchado en el tubo del desagüe del inodoro. La lluvia caía con fuerza y no cesaba de repiquetear en el techo. Un ruido tan compacto y persistente que casi ahogaba mis pensamientos. Casi. Me acordé de la primera noche que estuve en casa de Greta y Gunnar, cuando ella me hizo una serie de preguntas personales.

«—¿Viven tus padres?

—Sí.

—¿Os veis a menudo?

—No.

—¿Tienes hermanos?

—No.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Separado?

—No.

—¿Hijos?

—No.

—Entonces ¿no te echaría nadie de menos si desaparecieras sin dejar rastro?».

Me levanté del suelo. Me fallaban las piernas y me temblaban las rodillas.

Greta, Gunnar y la Vieja Gandula me habían enviado a que hiciera una prueba aparentemente sencilla e inofensiva. Desde el principio tuve la sensación de que me ocultaban algo, y en ese momento supe de qué se trataba.

Ellos pensaban que yo era una persona quejicosa, egoísta y desagradable.

Una persona a la que nadie echaría de menos si se ofreciera en sacrificio al Eterno Llorón.

49

Me quedé en el aseo y me envolvió la misma angustia que había sentido cuando me puse delante del espejo en la sala de estar de Harald y Janine. Durante mi carrera de mago nunca había sido objeto de duras críticas, simplemente porque no actuaba nunca en esos sitios que atraen a críticos profesionales, ni siquiera los que trabajan para algún periódico local de poca monta. El plan de Greta, Gunnar y la Vieja Gandula de ofrecerme en sacrificio al Eterno Llorón era catastrófico para mí, un fracaso total. Debía de haberles causado una impresión pésima durante mi estancia en Tiveden.

Abrí la puerta y asomé la cabeza para mirar. Jorma, a quien yo había convencido para que me acompañara a la tercera prueba, seguía sin aparecer por el estacionamiento. Puse en marcha mis temblorosas piernas y salí todo lo rápido que pude del aseo de caballeros en dirección al bosque. El trozo de hielo seguía encima de la raíz que atravesaba la ruta de senderismo. Me lo metí en el bolsillo y fui corriendo hacia el sitio donde le había dicho a Jorma que esperara. Al mismo tiempo, una parte de mi mente libraba un pequeño debate intentando convencerme de que lo del sacrificio al Eterno Llorón solo eran cosas de mi imaginación. No estaba seguro al cien por cien, por supuesto. No tenía evidencias reales ni hechos en los que basarme, solo alguna información que había ido recogiendo de distintas personas, vivas y muertas. Pero la sensación de que yo tenía razón era tan fuerte que el debate mental se calmó rápidamente.

—¡Jorma!

No estaba donde lo había dejado. La lluvia torrencial convertía la visibilidad en una especie de caldo grumoso. Estaba calado hasta los huesos cuando, estresado, miré alrededor.

—¡Jorma!

Percibí un olor acre y picante. Débil pero nítido. Como una tenue capa que se distinguía por encima del fuerte olor a mojado de la tierra y el musgo. Vinagre.

Me metí por el camino que estaba sin señalizar, siguiendo el rastro del olor y resbalándome continuamente como un sabueso torpe. Al llegar a la pendiente empinada que conducía a la ladera, el hedor a vinagre era más fuerte que todos los demás olores. Vi en el barro huellas de pisadas y resbalones. Temí que fueran de Jorma. ¿Tal vez él también había ido hasta allí siguiendo el olor y se había resbalado? Allí abajo entre las piedras todo estaba oscuro y cubierto de niebla. Lo llamé a gritos un par de veces sin obtener respuesta.

A pesar del tronar de la tormenta que tenía encima y del fuerte ruido de la incesante lluvia al caer, parecido al chisporroteo de una sartén, un leve sonido logró penetrar en mis oídos.

El sonido de un llanto.

Sollozos y llanto que por el tono parecían los de un anciano. Era físicamente imposible que el llanto se pudiera oír a pesar del mal tiempo; sin embargo, mis oídos lo podían percibir con toda claridad. Era un lamento desolado, desesperado. Inmediatamente noté un nudo en la garganta.

Las sirenas de los mitos y leyendas antiguas podían atraer a los marineros con sus cantos seductores y lograr que dirigieran sus barcos hacia las rocas afiladas y se hundieran. El lamento no era en absoluto atractivo ni seductor, y parecía más bien proceder de alguien quejumbroso y agotado, pero sin pensarlo siquiera di unos pasos y empecé a bajar la pendiente.

A los dos segundos perdí el equilibrio y me caí. Resbalé de espaldas por encima de piedras diminutas y raíces retorcidas que me golpearon con fuerza la zona del coxis. Intenté frenar con los codos, que también recibieron una buena tunda.

Cuando al fin pude detenerme y ponerme de pie tenía la ropa hecha jirones y cubierta de barro. Menos mal que no llevaba mi traje a medida, pensé intentando sacar algo positivo de la situación.

Miré alrededor. Oscuridad y niebla por todos lados. Un acre hedor a vinagre. Piedras cubiertas de musgo, piedras sin musgo, piedras grandes, pequeñas, puntiagudas, redondas. En resumen: había un montón de piedras en la cantera.

Me volví para mirar la pendiente por la que me había deslizado. Al lado, a pocos metros, había una grieta en la montaña que era imposible ver desde arriba del sendero y debía de tener unos cuantos centímetros de anchura y cerca de dos metros de longitud. Oí sollozos y llanto que procedían de allí, en un tono tan triste y desconsolado que yo mismo empecé a gimotear y estuve a punto de echarme a llorar. Me di una bofetada intentando estar enfadado en vez de triste.

La reina del bosque y sus secuaces devoradores de pasteles rellenos me habían enviado allí a una misión sumamente peligrosa. Por desgracia, había convencido a Jorma para que me acompañara y él estaría seguramente allí dentro. Con el Eterno Llorón.

Ahora mi misión, mi *quest*, consistía en salvarle. Si no era demasiado tarde. ¿Qué sabía yo realmente del Eterno Llorón? Primigenio. Apesta a vinagre. Se lleva a sus víctimas al infierno. Es un egocéntrico asqueroso. Antiguamente las brujas de Tiveden se enfrentaban a él con sus conjuros mágicos, pero en la actualidad las brujas de Tiveden se dedican más que nada a jugar al yatzy o al Scrabble. En otras palabras, no sabía gran cosa de él.

Me di otra bofetada para mantener vivo el enfado y me acerqué a la grieta. No había mucho que pensar. Cuando se está en un *quest* hay que meterse en las grutas sin dudar.

De todos modos hubo un momento en que sentí ansiedad y dudé.

Luego, entré en la montaña.

Me tuve que poner de lado para meterme por la angosta brecha. Las paredes de la montaña estaban cubiertas de algas pegajosas y olían a moho y a herrumbre, como si la cueva hubiera estado llena de agua recientemente. Noté una ligera inclinación hacia abajo mientras seguía descendiendo lateralmente en medio de la oscuridad. La fuerte tromba de agua que caía afuera se convirtió en un leve susurro.

—¿Jorma?

Mi voz sonó débil, tal vez tenía que ver con la acústica. Me detuve y escuché.

Sollozos y llanto.

Resonaban a lo lejos y a la vez parecían estar cerca. Eran tristes y desagradables. Contuve la respiración. Vi un leve destello al final del estrecho túnel y proseguí mi complicado descenso por el interior de la montaña.

—Considero que tienes que venir aquí para que puedas escuchar una historia muy triste. Considero que tienes que acercarte más para que te la pueda contar.

Era una voz áspera y quejumbrosa. Me dieron ganas de darme la vuelta, pero hice un esfuerzo y seguí hacia la luz que brillaba hasta que entré en un habitáculo que estaba iluminado por unas velas gruesas que parpadeaban. El techo era muy bajo y las paredes húmedas estaban cubiertas de líquenes y algas resbaladizas. Había cientos de huesos por las paredes, no sé si de humanos, de animales o de los dos tipos. Hice una mueca y estuve a punto de vomitar debido

al olor nauseabundo a vinagre que allí había.

En el centro del habitáculo vi un trono de piedra toscamente tallada.

Sentado en el trono estaba el Eterno Llorón.

Un hombre muy viejo, encorvado, de cabello blanco y piel grisácea. Llevaba un traje apolillado y manchado de moho que parecía del siglo XIX.

—Considero que debes acercarte un poco más para que te pueda contar historias tristes.

Su tono de voz era autocompasivo y patético. Y malvado. Sus ojos entreabiertos estaban tan enrojecidos por el llanto que casi parecían sangrar. Vi a Jorma sentado en el suelo, apoyado en el trono. Inerte y desmadejado como una marioneta sin hilos.

—¡Jorma! ¿Me oyes?

No reaccionó. El Eterno Llorón sacudió lentamente la cabeza con gesto de desolación.

—Creo que le conté una historia muy triste. Creo que se puso tan triste que se tuvo que dormir. Creo que tiene que dormir mucho tiempo. Creo que quiero tener todas sus lágrimas para siempre.

Yo estaba helado y empapado hasta los huesos. Intentando mostrar decisión, avancé unos pasos en el habitáculo mientras me castañeteaban los dientes, pero por desgracia mis botas de goma chirriaron al contacto con el suelo húmedo. Más que impresionante resultó cómico. Carraspeé y traté de sonar atrevido y decidido. La mejor defensa es un buen ataque, pensé.

—Soy uno de los aliados de la Vieja Gandula. Por orden de ella te pido que te vayas de aquí y que dejes en paz a la gente y a las criaturas del bosque. Y que dejes libre a Jorma.

Era preferible presentarse de ese modo que decir honestamente que a la Vieja Gandula le importaba un bledo si me moría o no.

—Creo que la reina del bosque no me da miedo. Creo que ella y sus aliadas las brujas han olvidado toda la magia que me impresionó en otro tiempo. Creo que voy a quedarme aquí.

Su voz quejumbrosa y sollozante fue introduciéndose en mi cuerpo. Además había algo en ella que hipnotizaba. Sin darme cuenta acababa de dar otro par de sonoros pasos hacia él.

—Suelta a Jorma. Llévame a mí en su lugar —dije de repente y sin pensarlo previamente.

Es lo que suelen decir los héroes valientes en libros y películas, pero por lo

general ellos tienen un plan cuando se enfrentan al enemigo, y yo no lo tenía.

—Creo que no tienes poder para decidir sobre mí.

—Pero... si le dejas ir podrá decir a todos del bosque lo terrible y peligroso que eres. Así es como perduras en las historias y leyendas. Si nos llevas a los dos, la gente puede creer que hemos caído en las garras de un tocapiertas noctámbulo o algo por el estilo.

El Eterno Llorón me miró exhaustivamente con sus ojos húmedos.

—Creo que lo que dices es digno de tener en cuenta. Creo que mis actos no deben confundirse con los de un simple tocapiertas.

Le miré fijamente a los ojos. Eran como pozos sin fondo llenos de miseria y maldad. Me horroricé.

—Pensándolo bien, tal vez es mejor que te lleves a Jorma —grité con un lastimoso hilo de voz que no tenía nada de heroísmo—. Mi vocabulario es mucho mejor que el suyo. Si él difundiera historias sobre ti, podrían resultar desordenadas e incoherentes.

Haciendo un esfuerzo desesperado logré girar la cabeza e interrumpir el contacto visual. Debo admitir honestamente que no sentí ninguna culpa por haber cambiado de idea tan rápidamente con el fin de salvarme yo en vez de Jorma. Lo había intentado, así que era suficiente. Ahora lo único que quería era dar la vuelta y huir para salvar la vida.

El Eterno Llorón emitió un largo suspiro lleno de maldad y autocompasión.

—Creo que no vale la pena llevarte a ti. Creo, y estoy casi seguro, de que el chico tiene más lágrimas que tú. Creo que él perdió a su amada debido a una enfermedad. Creo que él y yo vamos a estar muy bien juntos porque su dolor es mucho más profundo que el tuyo.

Todo eso eran buenas noticias para mí que tal vez incluso podían salvarme la vida, aunque por desgracia no fui capaz de guardar silencio.

—Es cierto. Su chica murió hace un par de años y Jorma se volvió loco. Una pena enorme, como es natural, pero él es joven y tiene toda la vida por delante. Yo soy un hombre de mediana edad con unas perspectivas de futuro totalmente oscuras. Suelta a Jorma. Llévame a mí en su lugar.

¿Qué demonios estoy haciendo?, me dije. Debí de mostrarme sorprendido al ver el efecto que producían mis palabras en él, y darme cuenta también de que mis últimos argumentos me habían vuelto a llevar al rincón que solo unos minutos antes había intentado dejar. ¿Lo estaba diciendo de verdad o solo intentaba ganar tiempo mientras esperaba que se me ocurriera algo ingenioso

que nos pudiera salvar a Jorma y a mí? No tenía ni idea, la verdad. No estaba acostumbrado a discutir con un personaje de leyenda de ojos enrojecidos acerca de quién iba a vivir y quién iba a morir.

El Eterno Llorón encogió sus hombros caídos. Miró al inerte Jorma que estaba sentado en el suelo y apoyado en el trono, y después se sorbió unos pocos mocos que tenía en la nariz.

—Creo que me entretiene que digas esto y lo otro, como si pensaras que puedes tener algo que decirme a mí, un primigenio. Creo que en realidad he decidido llevaros a los dos.

50

Estaba a punto de protestar cuando mi mirada volvió a quedar atrapada en los afligidos ojos del Eterno Llorón, que ladeó la cabeza y dio un largo y bronco suspiro.

—Creo que ha llegado el momento de comprobar si realmente eres digno de hacerme compañía en el infierno. Creo que quiero oír algo verdaderamente triste que te haya ocurrido. Creo que tengo que oír algo acerca de ti que me dé mucha lástima y ver que eres muy desgraciado. Pobre de ti.

No tenía ningunas ganas de hacerlo, pero no podía dejar de hablar todo el tiempo. De forma rápida y forzada, como si me estuvieran sacando las palabras a la fuerza.

—El día de mi cumpleaños suelo dejarlo todo a un lado y dedicar diez minutos a estar solo conmigo. Es una especie de ritual de cumpleaños que he adquirido. Aunque, por desgracia, no hay gran diferencia entre *esos* diez minutos y los demás minutos del día, ya que casi nunca me llama nadie para felicitarme. Este año pasé los diez minutos en un área de descanso. Había una familia allí que también celebraba un cumpleaños. Pero ellos lo celebraban juntos. Yo también quiero tener una familia y alguien que se preocupe de mí. Qué desgraciado soy. Pobre de mí.

Mi vida era muy triste, sin duda. No había logrado todo lo que quería tener. Era muy desgraciado. El Eterno Llorón sollozó. Seguimos manteniendo contacto visual.

—Creo que estoy de acuerdo en que eso que dices es muy triste, pero ahora me toca a mí. Una vez estaba sentado almorzando y quería llenar mi plato de patatas cuando me di cuenta de que la fuente estaba demasiado lejos y fuera de mi alcance. Creo que *tuve* que levantarme de la silla para coger las patatas. Qué desgraciado soy. Pobre de mí.

Aunque me pareció la historia menos triste que había oído en mi vida, me

brillaron los ojos y asentí con la cabeza mirando con simpatía al Eterno Llorón, sin poder evitar sentir una pena enorme por él. Me lo imaginé teniendo que levantarse de la mesa para coger la fuente de las patatas. Muy triste.

—Cuando era un adolescente rompí con una chica... y me he arrepentido muchas veces. Ella luego formó pareja con mi mejor amigo... y han triunfado juntos. Los envidio desde hace veinticinco años... Qué desgraciado soy. Pobre de mí.

En realidad a esas alturas yo estaba cansado de hablar de ese tema y sentía que ya había terminado con eso, pero cada palabra que balbuceaba ensimismado mientras me sorbía los mocos resultaba eficaz y conmovedora. Apenas me alcanzaba la voz debido a la enorme pena que sentía de mí mismo. Al Eterno Llorón le temblaba el labio inferior.

—Creo que me toca a mí. Creo que esta mañana tenía el pelo muy revuelto... pero no pude encontrar el peine. Qué desgraciado soy. Pobre de mí.

Esa historia tan triste hizo que me pusiera a llorar a mares mientras sentía una pena infinita por los dos.

—En el hotel de Karlsborg solo tenían cacahuets tostados, no los normales. Qué desgraciado soy. Pobre de mí —dije entre hipos y sollozos.

—Creo que no he comido nunca cacahuets. Creo que ni siquiera sé lo que es eso —lloriqueó el Eterno Llorón como si todas las desgracias del mundo le ocurrieran precisamente a él.

Se puso a llorar a lágrima viva. El olor a vinagre en el habitáculo de piedra producía un efecto asfixiante y levemente soporífero. No sé cuánto tiempo estuvimos allí intercambiando historias tristes. El tiempo y el espacio desaparecieron.

—Creo que demuestras ser digno de seguirme al infierno. Creo que solo tengo que oír *otra* historia triste —dijo secándose los húmedos ojos con manos temblorosas y mezquinas.

Una pequeña parte de mí debió de percibir que me estaba metiendo cada vez más en una especie de hechizo hipnótico. En ese momento lloraba con tal fuerza y desesperación que hasta mis hombros se movían al compás, a pesar de lo cual logré girar la cabeza y fijar la mirada en Jorma, que estaba en el suelo apoyado en el trono. La pequeña parte de mí que todavía era consciente empezó a gritar y a llamar la atención desde algún rincón de mi mente.

¡Deja de quejarte! ¡Deja de competir con el Eterno Llorón sobre quién tiene más lástima de sí mismo! ¡Mira a Jorma! ¡Él sí que merece compasión! ¡Deja

de quejarte de una vez!

Pero decir era más fácil que hacer. Cuando el Eterno Llorón estiró lentamente sus huesudos brazos hacia mí, me dieron ganas de abrazarle para que juntos pudiéramos sentir pena por nosotros. La voz de mi mente seguía gritando y llamando la atención.

¡Deja de quejarte! Nadie soporta a una persona que amarga a todo el mundo quejándose y sintiendo lástima de sí mismo.

Las botas de goma chirriaron sobre el suelo de piedra cuando di unos pasos hacia el trono donde estaba sentado el Eterno Llorón con los brazos abiertos. Tenía un aspecto horrible y miserable bajo el parpadeante resplandor de las velas, con una piel sin vida del mismo tono que los cientos de huesos que había a lo largo de las paredes. Vi que el traje que llevaba se ondulaba y se le ajustaba al cuerpo, como si debajo de la tela mohosa hubiera algo que reptaba y se retorció.

—¡Espera un momento! —dije en voz alta y estridente.

Creo que más que nada me lo dije a mí mismo, y me sirvió para interrumpir el contacto visual. Para más seguridad me di una fuerte bofetada en la cara llorosa. Sacudí la cabeza y me sentí notablemente espabilado. Por primera vez desde que había entrado en el húmedo y avinagrado habitáculo tenía miedo de verdad. Un miedo que hacía que temblaran mis piernas, que castañetearan mis dientes y me palpitara el corazón.

No quería morir, al menos ese día. Quería volver a comer pastel enrollado, quería volver a ver Sundbyberg, quería escuchar música, quería sentir el suave olor a cigarro de un traje hecho a medida. Quería ver hojas de otoño, nieve recién caída y sol de primavera. Quería ser molestado a mitad de la noche por un imbécil que llamaba para preguntar si estaba satisfecho con mi banda ancha. Quería hacer magia. Quería incluso reanudar el contacto con Sebastian. Quería volver a ver a Greta, a Gunnar y a la Vieja Gandula. Y echarles una buena reprimenda por haberme engañado y haberme metido en esta mierda.

—Creo como he dicho que has demostrado ser digno de seguirme al infierno. Creo que solamente tengo que oír una historia triste más —repitió el Eterno Llorón con su voz afligida.

Una voz a la que era increíblemente difícil resistirse, y en mi cabeza aparecieron inmediatamente un montón de cosas de las que yo tenía muchas ganas de quejarme.

Solamente una historia triste más.

No, maldita sea, pensé apretando con tal fuerza las mandíbulas que me

crujieron. Basta ya de historias tristes y autocompasivas. Jorma y yo vamos a salir juntos de aquí.

—El otro día vi a una vieja que estaba comprando ponederos para aves, casitas para erizos y comederos automáticos para ardillas. Supongo que ahora tendrá el jardín lleno de aves y animales.

El Eterno Llorón parpadeó con un solo ojo como si se le hubiera metido algo dentro.

—Creo que no entiendo qué hay de triste en esa historia.

—Al principio ella solo había pensado comprar un ponedero para aves, pero luego fueron surgiendo cada vez más cosas. Ella decía «¡Mira qué cosa más bonita!» cuando veía algo nuevo que podía comprarles a los animales. Transmitía su entusiasmo.

Sonreí al recordar la alegría con la que ella se había reído cuando me contó lo de la ardilla que le quitó un trozo de pasta de almendras delante de sus narices. Noté que empezaba a respirar con más facilidad, y también a pensar con claridad. La fuerza volvió a mis piernas. Me era más fácil resistir sin acercarme al trono cada vez más. Además, el hedor a vinagre me parecía cada vez menos envolvente.

El Eterno Llorón me miró. Abrió y cerró la boca varias veces dejando ver dos filas de dientes amarillentos y sucios. Me recordó un poco a un pez fuera del agua. Por debajo de su traje manchado los movimientos aumentaron de intensidad.

—Creo que no me gusta que seas desobediente. Creo que no me gusta nada eso. Creo que no debo volver a repetir que quiero oír historias tristes.

Puso una mano en la cabeza de Jorma. Introdujo los dedos en el pelo sucio y despeinado de él y se lo empezó a rascar. Su tono de voz era tan gélido y severo que yo lo podía sentir por todo el cuerpo.

Hice de tripas corazón y decidí seguir desobedeciendo.

—La primera vez que mi amigo Sebastian vino a casa y abrió mi caja de magia fue como si acabara de descubrir un tesoro. No sé por qué se me ha quedado grabado ese momento, vi en él una especie de asombro puro y positivo que nunca olvidaré.

La fuerza que el Eterno Llorón ejercía sobre mí y me mantenía hipnotizado estaba cediendo, no había duda. Cuanto más sonreía yo, más fácil me resultaba soportar esa energía destructivamente quejicosa y autocompasiva que él irradiaba. Parecía desconcertado, tal vez incluso debilitado.

—Creo que no sé a qué te refieres cuando dices caja de magia. Creo que hablas de una caja en la que guardas tu magia, ¿es eso?

—Bueno... en realidad una caja de magia es una caja corriente de cartón que contiene...

Me detuve porque de repente se me ocurrió una idea que podía ser genial o también una solemne estupidez. Recordé lo que había oído sobre las espectaculares batallas que libraban antiguamente las brujas de la Vieja Gandula y el Eterno Llorón, cuando las maldiciones y los conjuros sonaban como rayos y truenos por encima de las copas de los árboles, y también que las brujas actuales de Tiveden habían olvidado la magia que en otro tiempo había impresionado al Eterno Llorón. Él mismo me lo había indicado al entrar cuando le dije que yo era uno de los aliados de la Vieja Gandula.

A veces, es bueno pensar bien las cosas. A veces, es mejor pensarlas lo menos posible, ser totalmente espontáneo y dejarse llevar por el instinto.

Tendré que correr el riesgo, pensé mientras abría con manos temblorosas el bolsillo delantero del pantalón y sacaba mi baraja de cartas de la suerte.

Comienza el espectáculo.

Con un elegante movimiento, extendí las cartas formando un abanico e hice todo lo que pude por aparentar seguridad, a pesar de que ya había empezado a dudar lo de ser espontáneo y dejarse llevar por el instinto.

—Permitidme que os obsequie con un número mágico. Las cartas esconden un enigma, un misterio. Ese misterio acontece en un viejo castillo en Transilvania. Ahora voy a contar cómo descubrió el rey de corazones que la jota de diamantes le robaba dinero a la dama de picas. Para poder hacerlo necesito tu ayuda. Coge una carta.

El Eterno Llorón me miró un instante con sus ojos que no cesaban de llorar.

—Creo que no entiendo lo que quieres decir —sollozó enfurruñado.

A continuación, sumamente estresado, hice un repaso de cómo funciona una baraja de cartas. Me pareció vislumbrar un atisbo de interés iluminando su pálido rostro, roto por el llanto. Después de explicarle el significado de todos los símbolos de las cartas le volví a contar la historia del castillo de Transilvania. El Eterno Llorón se estiró para acercarse a mirar el abanico de cartas que yo sostenía delante de él. Traté de no mostrar asco cuando me di cuenta de que tenía toda la mano cubierta de escamas y de pequeños hongos.

—Bueno, mira la carta y memorízala sin que yo la vea. Miraré hacia otro lado mientras la vuelves a introducir en la baraja, donde quieras.

Una vez que lo había hecho, barajé y corté las cartas con cuidado para que él pudiera ver lo que hacía. Repartí la baraja en dos mazos y le mostré la carta que estaba en medio.

—¿Es esta la carta que has cogido? ¿El siete de picas?

Parpadeó para quitarse unas lágrimas pegajosas y asintió.

—Mira quién hay detrás del siete de picas: la jota de diamantes, el ladronzuelo. Pero mira quién hay detrás de la jota de diamantes viendo cómo le roba a la dama de picas: ¡el rey de corazones! Ahora sabe quién es el ladrón. ¿Crees que puede volver a pillarlo in fraganti? Coge una carta.

Repetí el truco diez veces por lo menos, encontrando siempre la carta que él había cogido, que estaba siempre en el centro, junto a la jota de diamantes y el rey de corazones. Al final el Eterno Llorón volvió a echarse hacia atrás en su trono y sollozó mientras le temblaba el labio inferior.

—Creo firmemente que la Vieja Gandula se ha aliado con alguien muy poderoso. Creo decididamente que tu magia es muy fuerte e impresionante.

—¿Bromeas? —jadeé, ya que debo reconocer con toda honestidad que hacía muchísimo tiempo que alguien quedaba impresionado por uno de mis trucos.

El Eterno Llorón parecía estar realmente sorprendido, con su aspecto nauseabundo, su piel gris y sus ojos enrojecidos.

—Creo que no hace falta que cuentes más historias tristes. Creo que es hora de que me retire.

Enderecé la espalda y me mostré atrevido sin poder evitarlo.

—¿Estás seguro? Si no lo estás, puedes quedarte aquí y presenciar lo que ocurre cuando saco la artillería pesada. Truenos y relámpagos, fuego y explosiones.

Decir eso fue una estupidez, además de arriesgado, ya que en mi repertorio no había ningún truco violento ni temerario. Afortunadamente el Eterno Llorón bajó la mirada con gesto sumiso.

—Creo que le puedes decir a la reina del bosque que de momento la dejaré en paz a ella y a su gente.

El suelo empezó a temblar y estuve a punto de perder el equilibrio. El Eterno Llorón y su trono de piedra desaparecieron en las profundidades del infierno en medio de una nube de humo y hollín. Jorma, que estaba apoyado en el trono, cayó en el agujero negro que se había abierto. Me lancé hacia él, lo agarré del brazo y logré detenerlo justo antes de que se hundiera de cabeza en el fondo.

La nube de hollín me produjo tanta tos que creía que los pulmones iban a

estallarme cuando arrastré a Jorma y lo aparté del agujero. Me sentía como un trapo retorcido de tanto llorar, pero cuando al fin se disipó el humo del habitáculo y Jorma despertó, noté una gran euforia.

Nunca es inútil que dediques tu tiempo a algo que realmente te gusta hacer, constaté ebrio de triunfo, y la verdad es que no me había vuelto a sentir tan satisfecho como mago desde que Sebastian y yo oímos las primeras risas del público en un centro juvenil de Axelsberg.

Había engañado al Eterno Llorón con mi impresionante «magia», con los viejos trucos de cartas que yo mismo había inventado hace tiempo.

¡Prueba número tres superada! Al menos eso esperaba.

51

Después de soplar para quitar las repugnantes escamas de piel que los dedos del Eterno Llorón habían dejado en mi baraja de cartas de la suerte, ayudé a Jorma a que se pusiera de pie. Tenía los ojos brillantes y miraba a su alrededor confundido.

—¿Qué ha ocurrido? Recuerdo que estaba en el bosque y me pareció percibir un olor nauseabundo; luego oí que alguien lloraba y después me resbalé en el barro. Ahora tengo la sensación de haber llorado tanto que me duele la cara y todo el cuerpo. ¿Dónde estamos?

Pensé por un momento que tal vez era conveniente que yo intentara quitarle importancia a lo sucedido, pero decidí que toda la situación en general era tan increíble que lo mejor era abordarla correctamente.

—Estamos en la gruta del Eterno Llorón. Has mantenido una lucha feroz con él y has logrado empujarlo al fondo del infierno.

—¿De verdad?

—Te desmayaste cuando le golpeaste con la cabeza en plena cara. Él llevaba espada, lanza y esas cosas, pero tú te lanzaste sobre él como un auténtico héroe.

—¿No me digas? ¡Soy realmente genial!

Se puso a mirar los huesos que había a lo largo de las paredes, y no solo no se asustó sino que incluso me dio la impresión de que le resultaba fascinante. Cuando se asomó para ver el fondo del agujero que había en el centro del habitáculo aproveché el momento para sacar del bolsillo el trozo de hielo mágico. Mi duda había desaparecido. Me incliné discretamente por detrás de él y dejé el trozo de hielo sobre el suelo de piedra.

—Mira a ver si encuentras algo que parezca valioso; luego nos tenemos que ir.

Jorma asintió y no tardó mucho en darse cuenta de que había algo brillando

al resplandor de las velas parpadeantes. Se arrodilló y, asombrado, cogió el trozo que yo había traído del estanque helado.

—¡Mira! ¡Toca esto! ¡Está congelado!

—Vaya, creo que has encontrado el tesoro del Eterno Llorón. Y..., según la leyenda, se trata de una piedra mágica que nunca se derrite. La verdad es que las piedras nunca se derriten, pero... se puede decir que es una piedra mítica de cristal de hielo que nunca se derrite. Tiene unos increíbles poderes mágicos y son muchos los que se han embarcado en un *quest* para encontrarla, aunque ninguno ha regresado con vida.

Pensaba que lo había hecho bastante bien y que era bastante creíble pero, para mi sorpresa, Jorma volvió a ponerlo en el suelo. —¿Qué haces?

—Siento remordimiento de conciencia por haber robado en la gasolinera. No debo coger cosas que no sean mías.

—Pero... eso es tuyo ahora, Jorma. Venciste al Eterno Llorón y, por lo tanto tienes derecho a quedarte con su tesoro.

—¿Me lo prometes? No quiero hacer ninguna estupidez. —Te lo prometo. El tesoro es tuyo.

Cuando salimos de la gruta había cesado de llover. Jorma levantó el trozo de hielo mágico hacia el cielo gris del atardecer. Estaba orgulloso y empezaron a brillarle los ojos. Retrocedí para que tuviera más espacio y lo dejé en paz mientras, en un tono suave y tierno, hablaba con ella entre las nubes.

*

Tuvimos que ayudarnos el uno al otro para subir la pendiente resbaladiza y nos dirigimos de nuevo al estacionamiento. Nos sentamos en el coche de Gunnar, manchando los asientos con nuestra ropa mojada y llena de barro, lo que nos pareció que teníamos derecho a hacer.

Durante el viaje de regreso a la casa, Jorma quiso saber más acerca de su heroica batalla con el Eterno Llorón. Yo la exageré bastante. En realidad fue bastante divertido imaginar juntos una pelea llena de acción y dramatismo, y al parecer funciona bien como cuento para antes de dormir, ya que Jorma no tardó en quedarse dormido con la mejilla apoyada en la ventana lateral del coche y roncando apaciblemente.

Me equivoqué de dirección un par de veces y se hizo de noche antes de que encontrara la casa de Gunnar y Greta. Al llegar apagué el motor y me quedé

sentado un momento con las manos sobre el volante. Afuera hacía viento. Las ramas y arbustos que rodeaban la casita roja se balanceaban y se ondulaban. La rabia por haber sido enviado a una misión peligrosa bullía en mi interior. Había sido ofrecido en sacrificio como un elemento inútil en la lucha de la gente de Tiveden.

Un gesto sorprendentemente implacable por parte de Gunnar y Greta, que me habían producido una impresión bastante simpática. Salí del coche y dejé que Jorma siguiera durmiendo. Me pregunté cómo manejar la situación. ¿Entrar de golpe y presentarme ofendido y enojado, o tomármelo con calma, fingir indiferencia y mostrarme realmente digno de librarme de la marca de la muerte? A veces conviene pensar lo menos posible, ser totalmente espontáneo y dejarse llevar por el instinto. Decidí mostrar una actitud estoica y heroica.

Gunnar y Greta estaban sentados a la mesa y me miraron sorprendidos por encima de sus platos de sopa de cebolla cuando entré sin llamar. Con el viento se colaron unas hojas que siguieron moviéndose por el suelo. Dejé caer las llaves sobre la mesa con gesto descuidado.

—Hola, ya he cambiado las señales de la ruta de senderismo y he vencido al Eterno Llorón. ¿Qué hay de la ceremonia que me ibais a hacer cuando volviera? ¿Está preparada?

—Pero... ¡hola! —logró articular Greta—. ¿Y el chico? ¿Cómo está Jorma?

—Está bien. Se ha quedado en el coche durmiendo. Yo también estoy bien, si es que os interesa.

Después relaté de modo sereno y objetivo lo que había ocurrido, cómo logré resistirme a los fascinantes gemidos del Eterno

Llorón y cómo le impresionó a él mi viejo truco de cartas. También les hablé de los graves problemas que Jorma había tenido. Gunnar y Greta escucharon con interés, especialmente cuando mencioné lo del padre que mientras estaba en el bosque con su hija creyó oír llorar a alguien.

—¡Qué suerte! —dijo Gunnar después de sorber una cucharada de sopa—. Entonces son ciertos los rumores que hemos oído acerca de que el Eterno Llorón ha aparecido casi justo en el límite de la parte turística. Menos mal que ahora has señalizado bien los senderos. A los pobres e indefensos *trotavía*s les podría haber ido realmente mal si no hubieras cambiado de sitio las banderas, los estandartes, las cintas de plástico o como quiera que se les diga. ¡Excelente!

Greta asintió con la cabeza y luego lanzó una mirada crítica a las huellas de barro que yo había dejado al pasar en el desgastado pero bien mantenido suelo

de madera.

—Ahora ya he concluido las pruebas. ¿Dónde está la Vieja Gandula?

—Aparecerá en cualquier momento.

No pude quedarme tranquilo más tiempo. Me pareció que era el momento apropiado de dar un puñetazo en la mesa, y así lo hice. Platos, cazos y cubiertos saltaron y temblaron.

—¿Por qué no dijisteis que lo que iba a hacer era peligroso? ¡Podía haber muerto!

Greta y Gunnar se miraron. Yo me encargué de mi mano dolorida. Gunnar recogió una cuchara del suelo y carraspeó.

—No estábamos seguros al cien por cien de que el Eterno Llorón anduviera por allí, ya que al principio parecía que solo se trataba de una habladuría siniestra y nadie tenía ganas de ir allí a averiguar cómo estaban realmente las cosas. Pero la Vieja Gandula no tardó en estar cada más segura de que el Eterno Llorón andaba por allí, y por eso no quería que te llevaras a Jorma. Como he dicho, no estábamos seguros al cien por cien, tal vez entre un ochenta y un noventa por ciento. O un poco más incluso, quizá cerca de un noventa y cinco por ciento para ser honesto y...

—Yo creía que os importaba y os caía bien.

Se quedaron en el más absoluto silencio durante unos segundos.

—¿Por qué creías eso? —dijo Greta algo desconcertada.

—Quizá no que os cayera bien precisamente, pero la primera vez que visteis las manchas de mi frente me dio la impresión de que estabais realmente preocupados por mí, y pensé que tal vez nos estábamos haciendo amigos.

—¿Por qué creías eso?

—Tal vez no amigos, pero al menos conocidos. Lo suficientemente conocidos como para que no me enviarais directamente a una trampa mortal.

Gunnar retiró la silla que tenía al lado.

—¿No quieres sentarte? Acabo de hornear un riquísimo...

—No se puede solucionar todo con pastel relleno. Me ofrecisteis en sacrificio.

De repente me hundí en la silla, totalmente agotado y sin fuerzas. Me apoyé en la mesa con los codos sucios, lo que no era especialmente estoico ni heroico.

Greta puso una mano en mi hombro.

—Cuando era pequeña, mi madre me solía decir que si era quejicosa y egoísta vendría el Eterno Llorón y me llevaría.

—Sí, ya lo he oído varias veces, y entiendo que penséis que soy un egocéntrico asqueroso al que nadie echaría de menos si desapareciera sin dejar rastro. Gracias, lo entiendo.

Gunnar se puso de pie y empezó a ir de un lado a otro. Parecía tener muchas ganas de ir a la cocina a por algo.

—De todos modos has hecho un buen trabajo, Anton. La Vieja Gandula te ayudará con lo de la marca de la muerte. Has superado tus pruebas y creo que eso merece ser celebrado con algo verdaderamente rico. Y suave. Y dulce. Y recién horneado. Relleno de mora.

Sonaron unos golpes suaves en la puerta y me levanté de la silla.

—Será Jorma. No sabe bien lo que ocurrió, ya que estaba inconsciente. Le dije que se había comportado como un héroe y que fue él quien venció al Eterno Llorón. ¿Podéis hacer el favor de asentir simplemente, aunque diga un montón de cosas raras que no sucedieron? Quiero que esto sea para él una aventura con un final feliz.

Me sorprendió ver que Greta me miraba con una cálida sonrisa en los labios.

—Tal vez no seas tan egocéntrico y asqueroso.

*

Jorma era tímido y poco hablador. Haber estado bajo el hechizo del Eterno Llorón le había debilitado, aunque no le había afectado al apetito. Greta calentó un guiso de carne y raíces comestibles que él se zampó como si fuera lo primero que comía en mucho tiempo. También sacaron unas botellas de cerveza floja antes de que Gunnar fuera a por el postre. Mientras Jorma escuchaba una larga y detallada exposición acerca del modo de hacer pasteles rellenos, yo aproveché para ir con Greta a la cocina. —¿Cuándo viene la Vieja Gandula?

—No creo que tarde mucho en llegar. Estará por ahí asegurándose de que el Eterno Llorón ha desaparecido realmente. Hace viento esta noche, así que no habrá ningún problema.

—¿Hace viento? ¿Qué tiene que ver eso?

—La Vieja Gandula escucha el silbido del viento que alerta y difunde rumores. De ese modo controla lo que ocurre en el bosque.

—Ah, ya lo entiendo. Como en el Bosque que Escucha y el Bosque que Murmura —dije tratando de sonar como un experto en Tiveden.

—No, este es más bien el viento en general que susurra por *todo* el bosque.

La Vieja Gandula es la única que puede escuchar lo que dice.

—Ah, vale. Lo entiendo... creo.

Noté en el estómago un nudo de preocupación. ¿Se habría rendido el Eterno Llorón con demasiada facilidad cuando le hice mi truco de magia? ¿Estaría escondido allí abajo en el agujero que llevaba al infierno? ¿Habría vuelto? ¿Me habría engañado él a mí y no al revés?

—¿Estás segura de que no tardará en llegar?

Greta asintió con la cabeza y metió el queso y la mantequilla en la nevera. La impaciencia se iba deslizándose dentro de mí.

—Me parece muy importante saber si realmente he tenido éxito o no. ¿No es mejor que vayamos juntos a la cantera a ver cómo está la situación en vez de esperar el susurro del viento? ¿Y si la Vieja Gandula hubiera huido?

—Aunque la vieja sea un gato no haría algo así. Tranquilízate, Anton. No tardará en llegar.

Pero ella no venía. Y mi preocupación aumentaba cada segundo. Cuando Jorma estuvo tan atiborrado que apenas se podía mover, salimos de la casa y nos dirigimos lentamente a mi caravana. Tendría que pasar otra noche en Tiveden. Una noche más marcado por la muerte. De haber tenido alguien a quien rezar, le habría pedido un cien por cien de seguridad de que el Eterno Llorón se había hundido en el infierno y había desaparecido.

A Jorma le pareció divertido compartir la caravana conmigo. A mí no me pareció nada divertido tener que compartir con él una cama tan estrecha, por lo que le convencí de que debía darse una ducha larga y minuciosa. Cuando logré meterlo en la cabina de la ducha me empecé a quitar la ropa sucia y llena de barro.

A las doce en punto de la noche oí un ruido en el exterior. El viento había amainado hasta convertirse en un murmullo suave y monótono. Por lo demás todo estaba tranquilo afuera. Agucé el oído y volví a oír el ruido. Parecía que hubiera alguien arañando la puerta.

52

Me dio la sensación de que no era un tocapuertas noctámbulo. Por lo demás estaba muy lejos de ser un experto en cuanto a las visitas que uno podía tener por la noche en esa parte del mundo. ¿Debería esperar a Jorma e investigar el tema con él? Al otro lado de la puerta se oyó un maullido cauteloso.

Abrí la puerta y vi a la Vieja Gandula tumbada en el suelo con las patas delanteras bien apoyadas, la cabeza ligeramente inclinada y moviendo suavemente la cola. Me senté en los escalones de la entrada. La reina del bosque saltó a mis rodillas y apoyó la cabeza en la palma de mi mano.

—Buenas noches —dijo con esa voz suave y sensual que no le pegaba nada y que yo podía oír con la misma claridad que si llevara auriculares.

—Traigo buenas y malas noticias.

Respiré profundamente. El aire de la noche era limpio y fresco.

—¿Ambas noticias están relacionadas conmigo? —murmuré receloso.

—*Naturalmente.*

—¿Cuál es la buena noticia?

—*El susurro del viento anuncia que el Eterno Llorón se ha ido.*

—¿De verdad?

La Vieja Gandula ronroneó con tal fuerza que mis piernas vibraron.

—Con total seguridad. Ingrod ha recibido su joya, Harald y la chica trotavías pueden formar una familia sin que les moleste un fantasma, y el Eterno Llorón ha sido derrotado. Has superado las tres pruebas y has demostrado que eres digno de Tiveden y de sus habitantes.

Mi primera reacción fue henchirme de orgullo para luego hundirme y respirar aliviado.

—La mala noticia es que no pude hablar con el zomer que te señaló con la marca de la muerte.

—¿Cómo? —bufé ansioso.

—Teníamos una cita al lado de su tronco de árbol caído, pero cuando llegué no estaba. Probablemente se debió a que cuando iba a su encuentro vi un viejo neumático de tractor.

—¿Qué tiene que ver el neumático de tractor con eso?

—Nunca había visto ese neumático, a pesar de que llevo una eternidad en este bosque. Tuve que probar cómo se dormía en su interior durante unas horas, por lo que se me hizo tarde para la cita con el zomer y cuando llegué ya no estaba. La verdad es que el neumático era muy cómodo para acurrucarse y...

—¿No se te ha ocurrido nunca adoptar una apariencia distinta? ¿Algo que no tenga que dormir tanto, por ejemplo? Tengo que irme de una vez, ya que Jorma necesita que lo lleve a su casa para que reciba ayuda profesional y pueda poner orden y tranquilidad en su cabeza.

Me puse de pie y fui de aquí para allá con la reina del bosque en brazos.

—Tranquilízate, Anton. A pesar de todo acabo de recibir buenas noticias.

—¿Puedes dejar de una vez lo de las buenas y las malas noticias y contar simplemente lo que ocurrió?

—Cuando me desperté fui a la casa de unos cerdos de lana. Tenemos intereses en común. A ellos les gusta devanar la lana y a mí me gusta jugar con ella. Cada vez que nos vemos suele resultar agradable y bullicioso a la vez, y son bastante tercos cuando se trata de...

—Dime lo que ocurrió.

Dejé de caminar de aquí para allá. Me quedé de pie en la puerta de la caravana. La luz de la puerta abierta apenas me llegaba. Me daba la sensación de que si avanzaba unos pasos más sería engullido por la densa oscuridad.

—*Al parecer, el zomer me estuvo buscando por allí y me vio cuando salí de la madriguera de los cerdos de lana dando un salto con un trozo largo de lana roja en la boca. Creo que en realidad era un hilo de lana de un calcetín que yo había devanado al arañarlo con...*

—Siguen siendo demasiados detalles sin importancia.

—*Hablé con el zomer. Le pedí disculpas por no haber llegado a tiempo. Mantuvo la promesa que me había hecho y aceptó eliminar la marca de la muerte. Cuando te despiertes mañana estarás liberado —dijo la reina del bosque, y luego se puso a ronronear otra vez.*

—¿Es totalmente seguro?

Ella asintió con la cabeza, que luego acurrucó en la palma de mi mano. Es

difícil describir el enorme alivio que sentí.

—*Pero, por desgracia, en este momento te tengo que dar una mala noticia.*

Es difícil describir la rapidez con que desapareció ese enorme alivio.

—Está bien. ¿Cuál es la mala noticia? Cuéntala de forma breve y concisa, sin rodeos innecesarios —susurré mirándola fijamente a los ojos.

—*Hay un tocapuertas noctámbulo justo detrás de ti.*

Me quedé helado. Noté escalofríos por la espalda cuando oí su respiración en la oscuridad. Estaba *justamente* detrás de mí y sonaba como una mezcla del ronco arrullo de una paloma y el vibrante aleteo de una libélula.

—*La buena noticia es que yo me encargaré de él si entras deprisa sin darte la vuelta. Buenas noches.*

La Vieja Gandula se bajó de mis brazos de un salto. El contacto telepático que había entre nosotros se interrumpió. Aterrizó en el suelo con agilidad, arqueó el lomo y bufó enseñando los dientes a lo que había detrás de mí. Después se acercó de puntillas moviendo la cola levantada entre mis rodillas temblorosas. Probablemente batí un récord de carrera de corta distancia sobre suelo cubierto de musgo cuando entré en la caravana y cerré la puerta de un portazo.

*

Dormir con la cabeza en los pies de alguien tiene sus ventajas y sus inconvenientes, sobre todo si la cama es estrecha. Cuando uno no está implicado románticamente, evitar mirar al otro y no

tener que notar delante de ti su respiración continuamente, es una ventaja. El inconveniente es que puede resultar difícil dormir con los pies de otra persona en la cara. Aunque Jorma acababa de ducharse.

Estuvimos charlando un rato, no recuerdo de qué. Se quedó dormido antes que yo.

El cuerpo se resiente cuando te liberas de una marca de lamuerte, como es de suponer. Me desperté al amanecer con dolor de vientre y me pasé toda la mañana en el inodoro con fiebre y escalofríos. No debo entrar en detalles, pero Jorma tuvo que sacar el colchón y tumbarse en medio del bosque porque no soportaba estar en la caravana.

Después de una ducha refrescante me quedé mirándome delante del espejo. Vi que no tenía manchas de grasa en la frente, por lo que después de asegurarme

me atreví a creer que el zomer me había dejado en libertad.

Jorma y yo desayunamos gachas en casa de Gunnar y Greta.

Después llegó el momento de la ceremonia prometida. Una decena de tivedenses se reunieron en el mismo espacio abierto en que celebraron el solsticio de verano. Ingrod y sus viejas amigas las brujas acudieron con su paso cansino, lo que les agradecí.

Como era de suponer, Gunnar y Greta ya estaban allí. Greta había tenido la amabilidad de remendarme y lavarme el traje. Fue muy agradable para mí no tener que ir con el pantalón de carpintero y las botas de goma. Harald y Janine brillaron por su ausencia, tal vez estaban demasiado ocupados formando una familia. De todos modos pasamos una mañana realmente soleada y agradable junto al mayo de Frey que se elevaba hacia el cielo azul.

Gunnar comenzó con un breve discurso sobre el modo en que dos *trotavías* habían logrado vencer al Eterno Llorón. Un discurso breve y evidentemente mal preparado, lo que me recordó que me habían enviado a una misión de la que no creían que fuera a volver.

Cuando la Vieja Gandula, que se acababa de despertar, salió de una caja de zapatos y fue sigilosamente hacia Jorma, este se puso nervioso y me susurró al oído:

—La reina del bosque es un gato, ¿no?

—Es muy raro, lo sé. Pero, por desgracia, nadie puede hacer nada.

—No, es genial. Los gatos tienen garras extensibles, visión nocturna y además pueden saltar varias veces su longitud partiendo de una posición de reposo. Son como pequeños superhéroes.

Jorma apoyó una rodilla en el suelo con gesto solemne, como si estuviera a punto de ser nombrado caballero. El pequeño gato gris oscuro apoyó la cabeza en la palma de su mano. No oí lo que se dijeron en su comunicación telepática, pero le había pedido a la Vieja Gandula que le diera algún título a Jorma, que lo nombrara protector heroico de Tiveden y de su gente, y a él le pedí que se llevara a casa de recuerdo el trozo de hielo mágico.

Algo por el estilo.

De todos modos, Jorma parecía estar inmensamente contento cuando se puso de pie y recibió los entusiasmados aplausos de la gente del pueblo. Hasta la desagradable Ingrod, que llevaba la joya colgada al cuello, participó en el homenaje y contribuyó con algo parecido a una sonrisa. Finalmente, la reina del bosque dio unas vueltas alrededor de mis pies y me empujó las piernas con la

cabeza. Estiré mi mano hacia ella pensando que quería decirme algo, pero cuando dejé de empujar se arrastró hasta la sombra que había debajo de una silla de *camping* y se durmió.

Mi último encuentro con la Vieja Gandula no fue más solemne que eso.

Cuando Gunnar, Greta, Jorma y yo nos íbamos alejando del espacio abierto, percibí con el rabillo del ojo un movimiento que hizo que me volviera.

El zomer estaba medio escondido detrás de un pino en el lindero del bosque. Las perlas de su pasador brillaron bajo el sol antes de que desapareciera entre pinos densos y vetustos.

*

Ahora yo era libre para viajar, libre para dejar Tiveden atrás, por fin. Jorma había logrado esparcir en poco tiempo sus escasas posesiones por toda la caravana. Tardó un rato increíblemente largo en encontrar un «calcetín de reserva» y un paquete de chicles sin los que por lo visto no podía pasar. Fui a la casa de Greta y Gunnar. El bosque estaba claro y soleado, así que me atreví a confiar que Jorma pudiera cuidar de sí mismo un momento sin meterse en ningún lío.

En vez de seguir acusando a Greta y a Gunnar de haberme enviado a una trampa mortal, les di las gracias por toda la comida, por su hospitalidad, por haberme hecho consciente del significado de la marca de la muerte y no haber cedido cuando dudé de ellos, y porque ahora me resultaba un poco triste que nos tuviéramos que separar.

—Tenemos un viejo Citroën que te puedes llevar si quieres —dijo

Greta cuando terminé de hablar.

—Está detrás de la casa —añadió Gunnar—. Por el momento viven allí las avispas, pero sin duda podemos hacer que se muden a la caravana una vez que esté vacía.

No fue una despedida demasiado delicada, evidentemente.

—¿Cómo? ¿Regaláis un coche?

—Te lo puedes llevar de momento. Tenemos coches suficientes. No lo necesitamos —dijo Greta sonriendo mientras señalaba con la cabeza la bola de hilo de oro que había junto al teléfono encima de la cómoda.

Gunnar apoyó una mano firme en mi hombro y me dio la impresión de que iba a decir algo solemne.

—Hay un viejo proverbio ruso muy apropiado para el momento de la despedida. Por desgracia, se me ha olvidado, pero es muy bueno y bastante conocido.

—Gracias, Gunnar —murmuré—. Lo has dicho muy bien.

—En cualquier caso siempre serás bienvenido si estás de paso por aquí. Nosotros no celebramos la Navidad, pero en cambio hacemos un montón de cosas raras para Año Nuevo que creo que te pueden gustar. Pero no tienes que esperar hasta entonces. Ven cuando quieras.

Por fin, una leve sensación de despedida en la conversación, y aunque yo no tuviera planes de volver resultaba agradable oír que era bienvenido. Incliné la cabeza hacia la anciana pareja curtida por el tiempo con la que había rodado desnudo en la hierba húmeda de la mañana. De repente sentí ganas de darle un abrazo a cada uno, pero me iba a resultar difícil porque llevaba en los brazos dos trozos de medio metro de largo de pastel enrollado envuelto en plástico.

Conseguí el Citroën después de que Gunnar y Greta logaran echar de allí a una numerosa familia de avispas. Era un coche viejo y escacharrado, pero de momento servía perfectamente.

Con Jorma en el asiento del copiloto me alejé de la casa. Vi por el espejo retrovisor que Gunnar y Greta agitaban los brazos despidiéndonos. Los vi mover los brazos con tanto entusiasmo que hasta me conmoví un poco. Una sensación que pasó cuando me di cuenta de que solo se estaban defendiendo de las furiosas avispas.

Con las ventanas del coche bajadas, Jorma y yo nos alejamos por los intrincados caminos de tierra que llevaban a la civilización. Lejos de Tiveden.

53

En Mariestad he actuado dos veces, tal vez tres. Solo sé que llegas allí porque tienes que llegar, pero no sé mucho más. Bueno, tal vez sí, una vez vivió allí un hombre llamado Ingvar Krook. Había batido dos récords bastante especiales. Por un lado, tenía la mayor colección de reptiles ilegales de Escandinavia, y, por el otro, presentaba el nivel corporal más alto de veneno de serpiente que se había registrado nunca en un cadáver sueco.

Jorma iba en silencio durante el trayecto hacia el centro de tratamiento de Bläcktornet, a las afueras de la ciudad, y le daba vueltas sin parar al trozo de hielo mágico que llevaba entre las manos. Le parecía fascinante lo frío y seco que estaba.

—Por cierto —dije sacando su teléfono móvil—. Lo encontré en el bosque. Por casualidad.

—¡Oh! ¡Qué bien! Gracias.

—¿Sabes lo que debes tener en cuenta ahora, Jorma? Que si dices todo lo que te ha ocurrido, la gente creerá que deliras. Pero no te enfades, y si notas malestar en la cabeza puedes llamarme a mí. Podemos hablar de nuestro *quest* y de todo lo demás, de todas esas cosas que solo tú y yo sabemos y entendemos.

—Por supuesto. Lo tendré en cuenta. La Vieja Gandula quería que mantuviera un perfil bastante bajo, que no fuera por ahí hablando del Eterno Llorón y que no presumiera de ser héroe honorario del consejo secreto de aventuras de Tiveden.

—Vaya, ¿te otorgó ella ese título?

Asintió con la cabeza.

—Bueno, pues no vayas por ahí presumiendo de ello porque la gente se va a morir de envidia.

Eran las cinco de la tarde cuando dejé la autovía y me dirigí a un edificio

anónimo de tres pisos que estaba en un montículo cubierto de césped. No había tapia ni valla alrededor. La verdad es que su aspecto era bastante acogedor, no como el de esos manicomios que se ven en las películas. Además, ya no se llaman manicomios.

Aparqué en la entrada y apagué el motor. Se produjo un silencio opresivo en el coche. Yo no quería parecer demasiado sensiblero o sentimental, pero había preparado un pequeño discurso de despedida para Jorma. Había pensado empezar diciendo lo poco que me había gustado él al principio y cómo, a medida que pasaba el tiempo, empezó a gustarme más, y luego sazonarlo todo con algo de humor y anécdotas de cosas que habíamos pasado juntos. —¡Alexandra! —gritó él a una mujer que salió del edificio. Era de mediana edad y vestía chaqueta y pantalón vaquero.

Luego abrió la puerta del coche, salió corriendo y le dio a Alexandra un abrazo largo y sincero.

Y así fue como desapareció Jorma.

Me alejé del centro de tratamiento Bläcktornet con destino a Estocolmo.

*

Después de unos cuantos kilómetros solo al volante, el cacharro me empezó a parecer realmente incómodo. Tenía necesidad de estirar las piernas y me detuve al ver una cafetería en una parada de camiones que estaba más o menos a mitad de camino de casa. Los últimos días solo había comido cosas saludables y comidas caseras, por lo que tenía ganas de llenar la barriga con un montón de cosas inútiles. Un típico restaurante sueco de carretera debía ayudarme a ello.

Tres hombres barbudos con gorra estaban sentados comiendo a cierta distancia cuando entré en el local, que olía a aceite refrito y a café quemado. En realidad no me gustan este tipo de sitios, y me desanimé aún más pensando cuándo volvería a entrar a un establecimiento así, ya que no tenía ni una sola actuación anotada en el calendario. Todo el verano vacío. Y ni siquiera poseía el trozo de hielo mágico.

Me dirigí al chico que vi de pie detrás de la caja registradora bajo la pálida luz de un tubo fluorescente. Miré el menú escrito con letra descuidada en una pizarra pequeña.

—Hola, yo tomaré albóndigas y macarrones a la crema, pero no quiero los macarrones con salsa blanca, solo macarrones corrientes. Y que no sean

macarrones de cocción rápida sino macarrones de verdad, y además...

Me detuve.

—Olvídalo. Tomaré lo que haya. Estará bien.

El chico cogió un cucharón y empezó a escarbar en una sustancia gris y pegajosa que había en una especie de cubeta recalentada. Luego, fue él quien se detuvo.

—Creo que todos los macarrones fueron a parar a la salsa cuando la hicimos ayer por la mañana, pero si tienes tiempo puedo hacer espaguetis.

—¿De verdad?

—¿Que hicimos los macarrones ayer por la mañana?

—No, que estás dispuesto a hacer espaguetis en su lugar.

—Sin ningún problema. Si puedes esperar diez minutos.

—No tengo prisa. Gracias.

La comida era absolutamente mediocre, sin embargo, me dejó una sensación positiva en el cuerpo por el modo tan amable de tratarme.

Cuando me volví a sentar en el coche me noté somnoliento. Probablemente debido a la combinación de la pasta tan pesada y lo poco que había dormido esa noche. Afuera estaba oscuro y decidí descansar un momento antes de seguir conduciendo. El asiento chirrió a modo de queja cuando, con cierta dificultad, logré echarlo un poco hacia atrás. Cerré los ojos y enseguida entré en ese estado tan raro en el que estás despierto pero sientes que estás casi dormido. Me pareció oír el sonido relajante del ronroneo de un gato.

En Tiveden tuve un par de veces la sensación de que en cualquier momento me iba a despertar en mi coche, después de haber perdido el conocimiento al chocar con el sofá Chesterfield. Creía que todas las cosas raras que me pasaban solo eran un sueño.

Abrí los ojos y parpadeé unas cuantas veces. Me acababa de despertar y todo me parecía vago y confuso. Estaba inclinado hacia delante en una postura incómoda, y tenía la cara apoyada en el volante.

¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? ¿Estoy en mi Passat? ¿Es antes o después del día del solsticio de verano? ¿Qué me alegraría más, que lo de Tiveden hubiera sido un sueño o que fuera verdad?

Me incorporé en el asiento y un sol deslumbrante me dio en los ojos. Vi que era de día y que estaba en la parada de camiones en el interior del destartado coche de Gunnar y Greta. Un camión de grandes dimensiones dio marcha atrás y se detuvo en el estacionamiento con un enervante pitido de advertencia. Me eché

hacia atrás y estiré la espalda. Suspiré aliviado. Casi todo el tiempo que había pasado en Tiveden me había sentido incómodo, sin embargo; había sido una experiencia de la que no quería prescindir.

54

Los edificios se hacían más numerosos cada vez según me iba acercando a la capital. Suburbios descoloridos con filas de bloques altos e impersonales se sucedían constantemente. Ignoré la indicación de Sundbyberg y seguí atravesando Estocolmo en busca de una de las zonas residenciales más ostentosas de la ciudad. Los que vivían allí disponían de mucho espacio y podían estar en paz cuando querían. Extensas parcelas y garaje para dos coches al menos.

El chalé de Sebastian y Charlotta estaba en una zona alta con vistas a una bahía que brillaba bajo el sol de junio. La terraza de cristal que Harald y Janine vieron en una revista de decoración, era casi más grande que mi apartamento. En su embarcadero privado había un barco deportivo. Se oía un débil ruido de tráfico procedente de un puente que había un poco más allá, pero aparte de eso todo estaba tranquilo y silencioso. Los pocos pájaros que cantaban en la zona parecían hacerlo con cuidado, como si estuvieran bien educados y no quisieran molestar.

El verano anterior había estado allí sentado en mi Passat. Después de media hora de mirar y dudar si entrar o no, me marché.

Esta vez no lo iba a hacer.

Salí del Citroën de Gunnar y Greta, que destacaba en la zona como una verruga oxidada. La ventanilla de mi puerta se había quedado atascada por el camino y no se podía bajar. Me retumbaban los oídos por la fuerza del viento y llevaba el pelo revuelto y despeinado. Me arreglé el traje, que se había arrugado después de pasar toda la noche en el incómodo asiento del vehículo. Me levanté la solapa, y al olerla percibí un suave aroma a Tiveden. Reconfortante de algún modo.

Debía cepillarme los zapatos, aunque eso tal vez podía esperar al no estar en la parte superior de la lista de las cosas que tenía que hacer.

Seguí el seto espeso, alto y bien recortado y llegué a una verja ancha. Dos discretas cámaras de vigilancia me controlaban desde arriba. Al parecer había más seguridad allí que en el centro de tratamiento de Bläcktornet. Había un portero automático, pero no lo miré y agarré directamente el picaporte. La puerta estaba abierta.

Era una verja muy pesada y las bisagras debían de estar bien engrasadas, ya que no se oyó el más mínimo chirrido. El camino pavimentado que conducía al garaje parecía recién hecho, sin una sola hoja ni rastro de tierra.

Cuando subí al chalé de madera pintada de amarillo al que, en mi opinión, apenas le faltaban dos metros cuadrados para que fuera considerado una mansión, vi a Sebastian. Estaba cortando el césped y su aspecto era de total concentración, mientras intentaba acceder a la hierba que había alrededor de la base de un reloj de sol. Camiseta sin mangas, pantalones de chándal de tela brillante, chanclas en los pies. Y calcetines. Me sorprendió que no tuviera a alguien que se encargara de ello, y el cortacésped era manual y un modelo antiguo, pero tal vez a él le gustaba cortar el césped. ¿Quién sabe?

En las películas suelen carraspear cuando se quiere llamar la atención de alguien. Probé a hacerlo. No me oyó. De repente, dudé. Tal vez debería darme la vuelta y marcharme antes de que me viera. Eché un vistazo a la casa por si acaso Charlotta estaba en una ventana o sentada en la terraza de cristal. No la vi. Respiré profundamente y noté el olor fresco y limpio de la hierba recién cortada. Dudé unos segundos.

Ahora o nunca.

—¿Sebastian?

Él se volvió. Lo he visto en la televisión demasiadas veces a lo largo de los años, así que la versión adulta de Sebastian me era familiar. Unos kilos de más aquí y allá, bronceado artificial, una cruz de plata en una fina cadena alrededor del cuello e implantes capilares en la cabeza que casi parecían pelo natural, aunque no del todo. Es como cuando ves en el cine un caballo animado por ordenador que, aunque esté perfectamente diseñado y con todo lujo de detalles, da la sensación de que es algo artificial. Sebastian me miró un momento antes de mostrar una amplia sonrisa. Dientes blanqueados.

—¡Mira quién está aquí, joder! ¡Hola!

Nos quedamos de pie sin decir nada. Desconcertados e incómodos. Yo le sacaba la cabeza, igual que antes; sin embargo, me daba la impresión de que tenía que estirar un poco el cuello para mirarlo a los ojos.

Sebastian fue superando su sorpresa poco a poco y empezó a decir cosas como: «¿Qué tal te van las cosas?». «Hacía tiempo». «¿Cómo están tus padres?». «¿Estaba la puerta abierta?». Ello ayudó a romper el hielo. Dio unos pasos hacia el reloj de sol y destapó una nevera portátil.

—¿Quieres zumo? ¿Agua vitaminada? ¿Agua mineral gasificada con sabor a fruta? ¿Licuado de melón recién exprimido?

—Gracias, está bien. Iba de camino a casa. Se me ha ocurrido pasar a veros... y saludaros.

Él abrió una botella cubierta de escarcha de algún tipo de refresco importado.

—¿Trabajas por aquí?

—No, me muevo más bien por carretera. Voy de regreso a casa después de un... una increíble semana mágica, se podría decir.

—¿No me digas? ¿Todavía conduces? ¡Qué divertido!

Él no tenía idea de que yo llevaba veinticinco años trabajando como un mago más o menos profesional. ¿Y por qué iba a hacerlo? No me lo tomé a mal, lo que fue realmente liberador para mí.

Intenté decidir si meter o no las manos en los bolsillos, dejé que Sebastian le diera unos sorbos a su refresco y después procuré hacer contacto visual con él.

—Bueno, solo pensaba pasar para felicitaros. A ti y a Charlotta. Os felicito por todos los éxitos. Me alegro un montón de que os haya ido tan bien. Muchísimas felicidades.

Después de decir esas sencillas palabras fue como si hubiera pronunciado un conjuro mágico que me ayudaba a quitarme de encima un bloque de piedra de varias toneladas de peso y envidia.

—Gracias. Todo ha ido rodando como una enorme y maldita apisonadora. Hasta el punto de que el traje *casi* nos queda demasiado grande. A veces me dan ganas de minimizar todas esas asquerosas luces de los *flashes* y volver a lo que hacíamos tú y yo al principio.

—Eso es lo que hago aún. Sigo donde empezamos.

Sonrió con desgana. Yo hice lo mismo.

—Y empiezo a tener la desagradable sensación de que soy bastante mediocre —proseguí—. Solo puedo impresionar a un viejo lloroso y apolillado que no sabe lo que es un juego de cartas. Eso es todo.

Sebastian se echó a reír.

—Acabas de describir a la mayor parte de nuestro público. Autobuses llenos de ancianos de pueblo. No hay absolutamente nada malo en ello, pero en algún

momento de mi vida pensé que llegaría a ser genial.

—Lo mismo que yo. Supergenial.

—¿Recuerdas la primera fiesta de empresa que hicimos? Nos sentíamos un poco como estrellas de *rock*. Y, aunque las chicas querían estar con nosotros, nos sentamos en un rincón y mantuvimos una especie de reunión de crisis, como dos imbéciles.

Entonces fue mi turno de reír. Por supuesto que recordaba aquella noche, y aquella había sido sin duda la época más feliz de mi vida, pero entonces no lo sabía.

Me di cuenta de que ya no tenía que estirar el cuello cuando hablábamos, como si Sebastian hubiera encogido un poco, o más bien la imagen que tenía de él en mi mente. Era el mismo Sebastian que cuando éramos pequeños, al que le presté mi reloj con calculadora y luego me lo agradeció comprándome golosinas que él mismo había elegido minuciosamente. El genial Sebastian.

—¿No te apetece quedarte a comer? Charlotta está en el parque de atracciones con Elin, nuestra hija, pero no tardarán en llegar.

—Tengo que hacer algunas cosas en casa. Salúdala de mi parte.

En realidad no tenía ninguna necesidad de ver a Charlotta, al menos ese día. Tal vez en otro momento. Ella había terminado conmigo hacía más de veinticinco años, y yo acababa de terminar con ella. Por fin.

—He empezado a comprar un montón de películas de terror en versión nueva. Ya sabes, las que veíamos en casa de mi padre en viejas copias de vídeo. Son malísimas, la verdad; sin embargo, me encantan. Por desgracia nadie quiere verlas conmigo. Si te interesa, dímelo y pasamos una verdadera noche basura.

—Con mucho gusto.

Fuimos hacia la verja mientras hablábamos de las maratónicas sesiones de cine que solíamos pasar delante del aparato de vídeo. Cuando encuentras a alguien que no has visto en muchos años, puede que percibas que os habéis alejado el uno del otro, o que todo continúe como cuando pulsas *Play* en un vídeo. Al menos es lo que suele decir la gente. Yo no he experimentado ninguna de las alternativas debido a que solo he tenido un amigo en mi vida. Para nosotros fue tan sencillo como pulsar *Play*. Le facilité mi dirección de correo electrónico ya que yo no tenía móvil. Eché un último vistazo a la parcela vallada, al jardín, al garaje y al impresionante chalé. Después miré de nuevo a Sebastian. Ya era hora de volver a casa.

—Que tengas un buen día.

—Lo mismo digo, Sebastian. Espero que hablemos pronto.

Cuando estaba a punto de traspasar la verja, Sebastian se acercó y me dio un fuerte abrazo.

55

Sundbyberg me recibió con una combinación de tarde soleada y ligera llovizna. El municipio de menor superficie de Suecia tenía el mismo aspecto agradable y aburrido de siempre. Había optado por no tener aparcamiento para ahorrar dinero, lo que significaba que siempre tenía que dar vueltas por el reducido núcleo urbano y buscar durante diez minutos, lo que a su vez significaba que el regreso a casa para mí siempre iba asociado a ponerme de mal humor, antes incluso de llegar a la puerta. Pero esta vez no me importaba. Podía llevarme todo el tiempo que hiciera falta.

Encontré un sitio libre a unos doscientos metros de mi edificio y pensé que debería comprar algo de comida antes de ir a casa, pero al final solo me pasé por una tienda pequeña que había en una esquina a una manzana de allí.

En la puerta de entrada a mi edificio vi a una mujer que estaba de pie con un paraguas de color lila. Tosía y tenía los ojos irritados. ¿Enferma? ¿Triste? ¿Ambas cosas? Me detuve y me volví hacia ella en vez de teclear el código de la puerta.

—¿Te ocurre algo?

Ella levantó el paraguas. No es que lloviera mucho, pero tal vez no quería que se mojara su pelo negro. La mujer de ojos irritados era de mi edad, tal vez unos años más joven. Alta y delgada, y tenía un aspecto que a mí me pareció de lo más normal, que es lo que se podría decir del mío. Se limpió la nariz y se aclaró la voz. Parecía estar molesta.

—No es nada grave. Me he atragantado un poco, solo es eso.

Asentí con la cabeza y la dejé en paz. Me volví hacia la puerta. La mujer señaló una bolsa de comida que tenía a sus pies.

—Creía que había comprado cacahuetes normales, pero eran tostados. Es como comer cacahuetes llenos de polvo. Al respirar mientras mastico me producen tos.

Me detuve con una de las piernas casi en el hueco de la escalera. La miré y noté que estaba molesta.

—A mí me pasa lo mismo —dije—. Los cacahuets tostados me dan tos.

Su rostro se iluminó.

—¿Suele darte tos también el tiramisú? —preguntó, y yo supuse que se refería al polvo de cacao fino.

—No, con eso nunca he tenido ningún problema —dije mientras pensaba en algo divertido e ingenioso que comentar acerca del tiramisú.

Por suerte fue ella la que volvió a hablar.

—¿Vives aquí?

—Sí.

—Hola. Me llamo Saga. Me estoy mudando a la última planta.

—¡Oh! Yo también vivo en la última planta, así que vamos a ser vecinos. Ese apartamento lleva un tiempo vacío.

La semana anterior, cuando pegué la oreja a la pared para intentar averiguar quién se mudaba al lado, me desagradó un poco la idea porque esperaba vivir solo en esa planta el mayor tiempo posible.

—Hola, vecino —dijo ella.

—Hola, Saga. Es un nombre un poco... inusual —dije y enseguida me di cuenta de lo cuadriculado que sonaba.

Por desgracia, nunca he sido bueno para parlotear.

—Mi abuela se llamaba así. Es un nombre muy antiguo.

—Sí, no debe de haber muchas que se llamen así actualmente.

—Probablemente.

—Yo me llamo Anton. También es bastante antiguo.

—Hola, Anton.

—Hola, Saga.

—De Falköping.

—Hola, Saga de Falköping.

Tal vez no era la conversación más espectacular que podían mantener dos personas, pero en ese momento ni siquiera me di cuenta de que había empezado a llover a cántaros.

—¿Estás esperando a alguien? ¿Tienes las llaves del portal, el código y esas cosas? ¿No te habrás quedado fuera?

—No, estoy desembalando las cosas a toda velocidad. Está todo bien.

Excepto que he tenido un lío enorme por un camión de mudanzas que tendría que haber estado aquí la semana pasada, pero los empleados perdieron un sofá.

—¿Cómo se puede perder un sofá?

—Buena pregunta. Están llamando a la gente para ver si lo han llevado a casa de otra persona, pero ha desaparecido sin dejar rastro, y ahora vienen para acá con un camión. Sin el sofá.

—¿Tal vez se habrá salido del camión? —dije empezando a sentir una sensación extraña en el cuerpo.

—Pero ¿cómo puede perder alguien un sofá sin darse cuenta?

Sí, sonaba raro, la verdad, aunque yo me había hecho esa misma pregunta a mí mismo la semana anterior. El corazón me empezó a latir más deprisa. Era algo increíblemente raro. Sin teléfono móvil me resultaba difícil ubicar Falköping en el mapa. Había actuado allí una vez hace mucho tiempo. Una ciudad pequeña que probablemente estaba en Västra Götaland. ¿Se pasaría cerca de Tiveden si se iba subiendo a lo largo del lago Vättern en dirección a Estocolmo? Se supone que un camión de mudanzas puede tener varios destinos a lo largo del trayecto, así que yo no podía saber qué ruta exactamente habían seguido, pero simplemente me vi obligado a hacer la pregunta.

—¿Es posible que se trate de... un sofá Chesterfield rojo?

—¿Cómo...? ¿Cómo puedes saberlo?

Saga me miró con sus ojos azules muy abiertos. Casi parecía asustada.

—Creo que sé dónde está —dije, lo que hizo que retrocediera unos centímetros, más o menos como si yo fuera una asquerosa pitonisa que acababa de decirle algo terrible sobre su futuro.

No quería que se sintiera incómoda de ningún modo e hice todo lo posible para que mi tono de voz sonara tranquilo y normal.

—La semana pasada choqué contra un sofá Chesterfield rojo. Estaba en medio de la carretera como si alguien lo hubiera dejado caer desde el remolque de un camión. No se rompió, pero puede que se haya mojado con la lluvia y, si no lo ha robado nadie, seguirá al borde de la carretera.

Después de procesar la información unos segundos, Saga me hizo sitio bajo el paraguas. Yo sostuve el paraguas para que ella pudiera ver el mapa en su teléfono móvil. Estábamos los dos de pie muy juntos y yo intenté mostrarle más o menos dónde había chocado con mi coche. Ella llamó y habló con los empleados de la empresa de mudanzas. Le dijeron que ellos habían pasado por esa misma zona pocas horas antes que yo, y que se tuvieron que desviar a la

izquierda debido a unas obras, igual que yo. En el mapa llegamos a un sitio donde podían ir a buscar el sofá. No había muchas probabilidades de que se hubiera perdido más de un sofá rojo en esa zona esa misma noche.

Saga se alegró mucho al ver que el misterio parecía tener solución. Yo no soy de los que suelen disfrutar de las cosas, pero estar ahí cerca de ella debajo del paraguas escuchando el repiqueteo de la lluvia era realmente agradable. Ella olía bien, no a ningún perfume fuerte ni nada de eso. Simplemente bien.

—Es absolutamente increíble. Parece imposible que se pueda producir por casualidad una cosa tan azarosa.

Coincidí con ella plenamente. Una cosa tan azarosa no se producía todos los días.

—Tú chocas contra un sofá que llevaban al apartamento de tu vecina, algo increíblemente raro. Hasta el punto de que casi se puede pensar que el cosmos, entre bastidores, puede haber estado involucrado, ¿no crees?

—¿Quién puede saberlo? —dije.

Y a propósito de cosas increíblemente raras, había algo más que de repente sentí que le tenía que decir a Saga.

—Antes vivía una anciana en tu apartamento. La verdad es que no recuerdo cómo se llamaba... lo que hace que me sienta muy mal porque fue mi vecina durante varios años. De todos modos, es posible que ande su fantasma por allí. No creo que debas tenerle miedo porque sé que le gustaban los programas de la naturaleza, ya que yo los solía oír a través de la pared, así que si miras alguno de esos programas de vez en cuando ella se alegrará. Tengo discos *Blu-ray* y te puedo prestar alguno si quieres. Más que nada del mar, tiburones y cosas así. Solo tienes que decírmelo. ¿Supongo que tendrás reproductor *Blu-ray*?

Ella me dirigió una mirada larga y profunda que no pude interpretar bien.

—Bueno solo lo he dicho por si acaso hay fantasmas. Si te resulta difícil, puedo ayudarte a que se vaya. Si no fuera capaz de hacerlo yo, tengo una serie de contactos acostumbrados a ese tipo de cosas extrañas a quienes también les podemos pedir ayuda.

Tuve una desagradable sensación de que con tanto parloteo acababa de echar por tierra todas las posibilidades de volver a hablar con ella, que me evitaría en lo sucesivo y que ni siquiera me miraría a la cara cuando coincidiéramos en el portal.

—De acuerdo, gracias por el consejo. Para empezar necesitaría ayuda para poner unos rieles para las cortinas.

—Entonces tienes que hablar con un chico del segundo piso. Es altísimo. Creo que juega al baloncesto. No en plan profesional pero con bastante buen nivel como aficionado. Podrá ayudarte sin tener que utilizar una escalera.

Le devolví el paraguas a Saga, le deseé mucha suerte con el sofá y crucé la puerta.

56

Al entrar en mi reducido apartamento, que estaba limpio y austeramente amueblado, noté olor a cerrado y a humedad. La decoración nunca me había interesado demasiado. Para mí lo más importante era que todo estuviera en buenas condiciones, limpio y que funcionara. Y que no fuera demasiado caro. Una ventaja de vivir solo era que los bolígrafos y otras cosas se mantenían en el mismo sitio que las dejabas cuando te ibas de viaje.

Recogí un montón de correspondencia del suelo del vestíbulo y luego entré en la cocina y abrí la ventana de par en par. Tiré la publicidad que me habían dejado, a pesar del cartel en el buzón que indicaba que no quería publicidad. Encontré, por desgracia, un recordatorio de mi seguro del hogar. ¿No lo tenía domiciliado? Evidentemente no. Una mirada rápida al frigorífico hizo que me preguntara por qué había entrado en la tienda de la esquina en vez de ir a hacer la compra. Entré en mi oficina/dormitorio y me senté delante de un ordenador no del todo moderno. Me conecté con mi banco y pagué la factura. La cuenta tenía un aspecto realmente lamentable. Revisé mi correo y vi el saludo que me había enviado Elgiganten deseándome feliz solsticio de verano, y el mensaje de mi ex representante artístico cuando había intentado localizarme con sus buenas y malas noticias.

Un segundo después de eliminar los mensajes recibí uno nuevo. De Jorma. Se había hecho un *selfie* en el que posaba orgulloso con el cubo de hielo mágico en la mano. Parecía estar realmente contento y me hizo sonreír. El motivo que había detrás me resultaba familiar. Vistas de un jardín desde una ventana cerrada. Un círculo de grava rastrillada rodeado de macizos de flores. Vi montones de fotos de ese mismo tema cuando revisé la galería de su teléfono móvil y me di cuenta de que debía de ser la habitación que ocupaba Jorma en el centro psiquiátrico Bläcktornet. Esperaba que el hecho de que al fin se hubiera hecho una foto a sí mismo en el entorno en que vivía tuviera algún significado

positivo. Dedicué un rato a contestarle, un mensaje largo y bastante divertido por cierto (si lo puedo decir).

Después envié un mensaje a mis padres en el que les preguntaba si querían almorzar conmigo la semana siguiente. Ya era hora de que empezara a conocer a mis padres. Seguían felizmente casados y eran una pareja de jubilados con una brillante carrera profesional a sus espaldas, así que debían de tener un montón de cosas interesantes que decir acerca de todo, siempre y cuando yo simplemente los invitara y hablara con ellos. Sobre todo si los escuchaba.

Cuando terminé en el ordenador, empecé a quitarme el traje hecho a medida para meterme en la ducha.

De repente me quedé como congelado, inmóvil.

Parecía que una alarma se me hubiera encendido en la cabeza y estuviera rugiendo, e intenté entender por qué mi cerebro hacía ese maldito ruido. Resoplé. Me puse la chaqueta y salí como un rayo del apartamento, bajé corriendo las escaleras y abrí la puerta de la calle.

Afortunadamente, Saga estaba aún en la puerta, bajo la lluvia.

—Si quieres, yo también te puedo ayudar con los rieles de las cortinas.

Ella se asomó por debajo del paraguas.

—Creía que había lanzado un anzuelo suficientemente claro.

—Sí... y al final lo he mordido. Espero que no te haya dado tiempo a hablar con el jugador de baloncesto...

Yo mismo percibí el tono preocupado de mi voz.

Ella negó moviendo suavemente la cabeza.

—¿Quieres cenar? —dijo—. Tengo cerveza y cacahuetes salados normales, no esa porquería tostada. Con un poco de suerte, a eso de las nueve tendremos aquí un sofá Chesterfield en el que sentarnos, aunque esté deteriorado y posiblemente algo mojado por la lluvia.

—Suena de maravilla. Claro que sí, con mucho gusto.

—¿Te puedes traer algunas películas, como medida de precaución, por si a la anciana de los programas de naturaleza se le ocurriera aparecer?

—Por supuesto. Nunca se sabe.

Saga y yo nos miramos a los ojos y sonreímos. Tuve la sensación de que iba a ser la primera de muchas sonrisas.

Por una vez acerté.

AGRADECIMIENTOS

(del autor)

A Märet Jonsdotter por responder a mis preguntas durante la sesión.

A ti, a la que tiró del hilo y desenredó mi camiseta la noche que pasé en la cabaña de Tindra.

A Pär Brandt por sus siete semanas de trabajo minucioso, preparando especificaciones técnicas e información del Saab 37 Viggen, el Thulin Typ G, el Havilland DH 98 Mosquito, el Svenska Aero Jaktfalken y el Friedrichshafen FF 33E. Lamentablemente no habíamos hablado antes, por lo que no te pude decir que mi historia no está relacionada en absoluto con aviones antiguos. Gracias de todos modos.

A la bicicleta estática que me ayudó a contrarrestar tanto pastel enrollado.

A Anders Fager por prestarme la Cabra Negra en Västergötland.

Muchas gracias al etnólogo Halvar Brygga por su perseverante y exhaustivo trabajo de investigación sobre los tocapuertas nocturnos. En su afán de ayudar, tuvo la desgracia de abrir la puerta después de cuatro golpes. Descansa en paz, Halvar.